El Precio del Amor

Amores Encantados VI

E. J. Black

El Precio Del Amor

Saga #4 –Amores Encadenados-

E.J. Black

© 2024 E.J. Black. Todos los derechos reservados.

Título original: El precio del amor
Saga: Amores Encadenados IV
2024
1ª Edición: Agosto 2024
Portada: E.J. Black

Aviso Legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización previa del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El Precio Del Amor
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo Final
Epílogo
Nota de la autora

Sinopsis

Lord Anthony Ross, duque de Beaufort es un hombre orgulloso, vive feliz pensando que su vida no puede ser mejor, pero se da cuenta que no es así cuando es abandonado días antes de su boda por la mujer con la que pensaba pasar el resto de su vida. Desesperado por restaurar su reputación, decide proseguir con la boda, pero esta vez para casarse con su sirvienta.

Evelyn Winslow es una simple sirvienta que ha trabajado toda su vida para los duques de Beaufort, y logra lo impensable al casarse con Anthony, un duque. Juntos, parecen formar la pareja perfecta, pero detrás de la fachada de felicidad y perfección, Evelyn guarda un secreto oscuro y doloroso, uno que ha intentado enterrar.

Mientras las tensiones crecen, la lealtad, el amor y la verdad se ponen a prueba en una trampa donde el pasado amenaza con desmoronar el presente.

Lo mejor para Anthony podría ser nunca saber la verdad... pero la verdad siempre encuentra su camino.

Prólogo

Basing Castle, Hampshire, 1800.

Los gritos resonaban por toda la habitación y más allá, las sirvientas corrían con baldes de agua y paños limpios, la hora había llegado, una nueva vida estaba por nacer.

—Debe respirar hondo, milady, y luego pujar lo más fuerte que pueda —indicó la comadrona encargada de realizar el parto. No habían llamado a un doctor, ya que se quería evitar el escándalo de un hijo bastardo—, todo estará bien, usted es una mujer fuerte y su hijo también tiene la voluntad de nacer.

—No... No puedo... ¡Duele!

—¡Vamos, milady! ¡Su hijo viene en camino! ¡Puje un poco más! —gritó la comadrona.

Largos minutos después, el llanto de un niño se escuchó en toda la habitación y los gritos de la madre cesaron y fueron sustituidos por débiles sollozos de felicidad.

En ese instante, el duque ingresó a la habitación sin importarle el estado de la mujer que acababa de dar a luz.

—Excelencia, no puede entrar.

—¿Qué es? —exigió saber el marqués.

—Es una niña, excelencia.

—Quiero ver a mi hija. —Las palabras de la madre resonaron en la habitación, el duque la miró sin expresión alguna.

—Ahora no, debes descansar —demandó el duque y luego se dirigió a la comadrona para quitarle a la recién nacida y entregársela a una de sus sirvientas.

—No puedes llevártela, es mi hija y quiero verla —exigió la mujer y el duque le hizo una seña a la sirvienta para que le entregara la niña a su madre.

Al verla, la joven madre sonrió y nuevas lágrimas de felicidad brotaron de sus ojos.

—Es... Tan hermosa y pequeña —susurró ella mientras acariciaba la mejilla de la bebé aún manchada de sangre. Al observarla con profundidad, pudo notar la marca cerca de su nuca, la cual tenía forma de una media luna, exactamente igual a la que ella tenía en su hombro izquierdo—. Te amo, pequeña.

—Milady —habló la sirvienta—, debemos limpiarla, se la traeremos enseguida.

Ella asintió y le entregó su hija a la sirvienta, vio como se la llevaban de la habitación mientras otras sirvientas la limpiaban de los restos del parto, cambiaron sus ropas, colocaron nuevas sábanas y le dieron algo de comida y bebida para que recuperara las fuerzas perdidas. Y sin darse cuenta, cayó profundamente dormida.

∞∞∞

—¿Hizo lo que le ordené? —preguntó el duque y la sirvienta asintió —¿Y ya se durmió?

—Sí, excelencia, el brebaje hizo su efecto muy rápido, su hermana tardará en despertar.

—Perfecto, ahora haga lo otro que ordené —demandó el duque.

—¿Está seguro, excelencia? Es solo una bebé.

—¿Estás cuestionando mi orden?

—Claro que no, excelencia —la sirvienta respondió con rapidez bajando la cabeza.

—Bien, entonces haz lo que te ordené, deshazte de la bastarda y consigue una muerta, mi hermana debe creer que su hija murió.

—¿Pero qué hago con la niña, excelencia?

—No sé, y no me importa, haz lo que quieras, dásela a una familia que no tenga hijos o déjala en un orfanato o en las calles, si muere mucho mejor, es solo una bastarda.

La sirvienta se horrorizó al escuchar las palabras del duque, tanto que apretó a la recién nacida contra su pecho tratando de protegerla.

—Sí, excelencia—respondió la sirvienta y luego se alejó lo más rápido que pudo para llegar al pueblo —estarás mejor lejos de ellos, ahí solo recibirás maltratos y rechazos. Yo encontraré un buen hogar para ti, pequeña.

Capítulo 1

Pss Pss Pss

El Diamante de París se ha transformado en el refugio predilecto de numerosos nobles y burgueses en este nuevo año, 1825, y todo gracias a los espectáculos que ofrece. Lord Nicholas Chavelier ha demostrado gran astucia al traernos los más destacados y refinados entretenimientos desde París. Sin embargo, me parece un tanto injusto que solo los caballeros tengan acceso a estos «placeres». Estoy convencida de que más de una dama desea descubrir lo que se oculta tras las puertas de El Diamante de París.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Tomar un baño caliente era lo más relajante que Anthony había hecho en todo el día. Aunque ya manejaba a la perfección el título, eso no lo liberaba de las grandes responsabilidades que conllevaba.

Anthony Ross, duque de Beaufort, obtuvo su título a una temprana edad debido a la muerte de su padre. Tuvo que asumir la responsabilidad que conllevaba ser un duque, y no era nada fácil, como muchos pensaban. Pero ahora, a sus treinta y dos años, podía decir que había logrado mucho más de lo que se esperaba de él; era alguien importante en la Cámara de Lores, toda la aristocracia lo respetaba, y era rico. Lo único que faltaba para completar su dicha era una esposa, y eso estaba a un paso de cumplirse.

Sonrió al pensar en su prometida Dayse, la mujer que amaba y quería como su duquesa. Cuando sintió que el agua comenzaba a enfriarse, decidió salir, colocándose únicamente una toalla alrededor de la cintura. Luego, pidió a su ayudante de cámara que retirara la bañera. Una vez a solas, se recostó en su cama, completamente desnudo, como era su costumbre para dormir.

Anthony exhaló profundamente mientras sus pensamientos se dirigían a su madre y a su obstinada negativa a aceptar a su prometida. No quería ser duro con ella, pero debía entender que él amaba a Dayse y que pronto se convertiría en su esposa. Después de reflexionar sobre posibles soluciones, decidió que lo mejor sería que ambas mujeres interactuaran y se conocieran mejor; tal vez, con el tiempo, su madre podría empezar a aceptarla. Organizar una cena parecía la mejor manera de facilitar ese encuentro.

Con la decisión tomada, Anthony cerró los ojos para descansar.

∞∞∞

La mañana siguiente, Anthony se había levantado y desayunado sin esperar a nadie. Debía terminar de firmar unos documentos importantes para los lores y revisar los números y valores de la nueva sociedad de la que pensaba formar parte. Ese trabajo le ocupó gran parte de la mañana, pero al terminar, abandonó su despacho decidido a visitar a Dayse e invitarla a la cena que había planeado.

Antes de salir de la residencia, escuchó voces provenientes de la sala verde. Anthony pensó que era el momento ideal para comunicarle a su madre sobre la cena en la que su prometida

estaría presente. Al llegar a la sala verde, encontró a su madre junto a lady Claire; también estaban lady Lucianne y la Sra. Odella, la mujer que había criado a Lucianne.

—¿Alguna reunión de la cual no sabía? —expresó Anthony al percatarse de que estaban todas las damas reunidas.

—Hijo, solo estábamos pensando en cómo presentaremos a Lucianne en sociedad para esta temporada como la hija de Claire —explicó lady Delphina, su madre.

—¿Saben que toda la sociedad ya está al tanto de todo? Lo más lógico sería esperar la próxima temporada para que el escándalo disminuya, y solo así, puede que no reciba tanto rechazo —explicó Anthony.

—Anthony tiene razón, Delphina, lo mejor es regresar a América —comentó Claire, luego se giró para mirar a Lucianne—. Hija, allá conocerás un mundo totalmente diferente a Londres, nadie nos juzgará, y con ayuda de Simón podrás casarte con un buen hombre.

Lucianne miró a Odella y luego a Claire.

—Ir a América —musitó Lucianne, mientras todos la miraban esperando una respuesta—. Sí, siempre he querido conocer otros lugares.

—Perfecto, le diré a Simón para que arregle el viaje —informó Claire con evidente emoción.

—¿Y por qué no esperan hasta que la temporada inicie? Quisiera aprovechar más tiempo con mi querida amiga —expresó Delphina.

—Y también pueden estar presentes en mi boda. —Anthony aprovechó el momento para iniciar el tema de su boda con Dayse.

—Anthony, hijo, esa boda...

—Invitaré a Dayse a cenar esta noche; espero que seas buena anfitriona y muy amable con mi futura esposa y duquesa —advirtió Anthony interrumpiendo las palabras que sabía que su madre diría.

—¡Por Dios, Anthony! —replicó Delphina, claramente ofendida por la actitud de su hijo.

—Debes conocerla, madre; ya has retrasado mucho este encuentro, es hora de que te acostumbres a su presencia. Nos vemos en la noche, que pasen buen día.

Y sin más, Anthony abandonó la habitación, dejando sorprendidas a todas las presentes por su determinación.

Al llegar al departamento donde Dayse se quedaba cada vez que visitaba Londres, fue recibido con un apasionado beso al que no pudo resistirse. Anthony quería a Dayse, y aunque sabía que era mal visto casarse con una cantante, no le importaba; él había hecho mucho por la sociedad, ¿por qué no podía ser feliz con la mujer que deseaba?

—Te estuve esperando toda la noche —musitó Dayse una vez que terminó el beso. Anthony sonrió y la apretó más a su cuerpo.

—Lo siento, trabajé hasta muy tarde y terminé cansado —explicó Anthony—, pero pienso recompensarte.

Dayse levantó una de sus cejas, y Anthony no pudo resistirse a ese gesto que la hacía ver tan seductora.

—¿Y cómo piensas hacerlo, excelencia? —preguntó ella con voz suave.

—Te lo demostraré justo ahora —susurró Anthony en su oído y luego besó su cuello, empezando un acalorado y apasionado momento que terminó en la cama.

Una hora después, ambos se encontraban muy cómodos recostados en la cama, Dayse sobre el pecho desnudo de Anthony mientras él acariciaba su sedoso cabello castaño.

—Quiero que vengas esta noche a mi casa; ordené preparar una cena para ti —comunicó

Anthony acabando con el silencio. Dayse levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Sé lo que vas a decir, pero es hora de que te relaciones con mi madre; además, debes conocer oficialmente tu futura residencia.

Dayse lo miró con inseguridad.

—Anthony —musitó ella, bajando la mirada para posarla nuevamente en los ojos café de Anthony—, quiero ser tu esposa, pero me da miedo todo lo que conlleva serlo. No eres cualquier noble, eres un duque y uno respetado, y sé que casarte conmigo puede perjudicarte.

Anthony se sentó recostándose en el cabezal de la cama, luego tomó a Dayse por la cintura para sentarla en su regazo. La miró por unos segundos, disfrutando de su belleza, era una mujer hermosa, con cabello castaño y sedoso, rostro fino y jovial, ojos color avellana, labios carnosos y una nariz pequeña y respingona. Al mirar sus ojos, no pudo evitar recordar a alguien que los tenía del mismo color.

—No debes preocuparte por eso; yo me haré cargo. Solo encárgate de hacerme el hombre más feliz de Inglaterra —expresó él, besando su cien—. ¿Estamos de acuerdo?

Dayse asintió sonriendo.

—Bien, entonces te espero esta noche. —Dayse volvió a asentir para luego besarlo con ternura.

∞∞∞

En la tarde, Anthony se encontraba distraído en los pasillos de Beaufort House, mirando unos documentos importantes, hasta que alguien chocó con él. Con rapidez, Anthony miró quién pudo ser y se sorprendió un poco al ver de quién se trataba. Con agilidad, la sirvienta se incorporó y bajó la cabeza con las mejillas sonrojadas.

—Excelencia, no era mi intención chocar con usted, fue un accidente —se disculpó la joven rápidamente, bajando la cabeza.

—No te preocupes, Evelyn; también fue culpa mía por estar en medio del pasillo —respondió Anthony, sorprendiéndola al llamarla por su nombre. Él mismo se quedó perplejo, consciente de que no debería haberlo hecho—. ¿Te ocurre algo?

—No es nada, excelencia —musitó ella, inclinándose para recoger los vestidos que habían caído al suelo, pero Anthony la detuvo, posando sus manos sobre sus brazos. Sintió cómo se tensaba y rápidamente la soltó.

—Pero estabas llorando —señaló Anthony, frunciendo el ceño, incapaz de reprimir el impulso de saber por qué ella estaba llorando.

—No debe preocuparse por mí, excelencia —replicó la joven, continuando con la tarea de recoger los vestidos y evitando su mirada. La expresión de Anthony cambió de preocupación a una más fría y distante.

No tengo que preocuparme por ella; es solo una sirvienta —pensó Anthony, mirándola con seriedad.

—Bien, entonces dile a la cocinera que prepare una torta de limón para el postre de esta noche; es la favorita de Dayse —ordenó Anthony, enfocando su atención nuevamente en los documentos.

—Por supuesto, excelencia —murmuró la sirvienta, inclinando ligeramente la cabeza antes de alejarse. Anthony no pudo evitar observarla mientras se marchaba, ni detener los recuerdos que

regresaron a su mente.

Decidió apartar esos pensamientos; no tenía sentido revivir los errores de su juventud.

∞∞∞

Ya en la noche, el comedor estaba listo para la cena. No estaba ansioso ni nervioso, pero esperaba que esa noche todo saliera bien, o al menos que su madre aceptara de una vez por todas a Dayse; ella tenía que entender que muy pronto la haría su esposa.

Al menos se había esforzado para ofrecer una cena digna. La gran mesa del comedor estaba perfectamente cubierta con un mantel blanco inmaculado, acompañado de servilletas igualmente blancas como el mantel. El centro de la mesa estaba adornado con cestillos de plata, llenos de todo tipo de frutas, y estos eran complementados con arreglos florales. Tenía tres candelabros de oro llenos de tintineantes velas.

—Espero que te sepas comportar con Dayse; no hagas tus típicas preguntas incómodas, sé que te encantan —advirtió Anthony en voz baja, solo para que su madre lo escuchara.

Delphina lo miró ofendida y algo enfadada, pero al final asintió. Todos estaban en el gran salón esperando la llegada de su prometida, mientras Anthony bebía junto a Simón, el esposo de Claire, un poco de coñac.

—Excelencia, la señorita O'Sullivan ha llegado —anunció el mayordomo, y todos se pusieron de pie para recibir a Dayse, quien hizo su entrada con una sonrisa impecable en el rostro. Anthony fue el primero en acercarse a ella y tomar su mano.

—Estás hermosa, como siempre —elogió Anthony mientras besaba su mano. Dayse sonrió aún más y luego dirigió una mirada a todos en la sala. Hizo una ligera reverencia hacia Delphina, quien la observaba con atención pero sin mostrar, hasta el momento, ninguna actitud desagradable.

—Es un placer acompañarlos esta noche, excelencia —expresó Dayse.

—Bienvenida, querida —respondió Delphina, devolviéndole una sonrisa.

Posteriormente, Anthony presentó a Claire, su esposo y sus hijos. Una vez que todos estuvieron debidamente presentados, Anthony indicó que pasaran al comedor para disfrutar de la deliciosa comida que les esperaba. Al llegar a la mesa, Anthony ayudó a Dayse a acomodarse en el lugar reservado para ella, justo a su lado.

—Pueden empezar a servir —ordenó Anthony, y los lacayos comenzaron su labor. La mesa estaba repleta de deliciosos manjares: asados y estofados de distintas carnes de res, un pavo relleno de salchichas y bacon, patatas asadas, puré de patata, coles de Bruselas, repollo, nabos y ensaladas. Sin embargo, iniciaron la cena con una sabrosa sopa de guisantes.

Los lacayos habían formado una perfecta línea recta a la derecha de la mesa, y las doncellas y ayudantes de cámara a la izquierda, mientras todos comentaban sobre la deliciosa cena, Anthony no pudo evitar desviar la mirada hacia una de las sirvientas, y tampoco pudo pasar desapercibida la expresión de tristeza de su rostro, la cual había notado cuando chocó con ella esa misma tarde, pero Evelyn se había negado a decirle algo.

Antes, ella solía contarme todo —pensó Anthony sin dejar de mirarla, hasta que sintió que le estaban hablando.

—Perdón, ¿qué decías, mi amor? —preguntó Anthony, dándole toda su atención a Dayse.

¿Por qué justo ahora tenía que recordar su pasado con Evelyn?

—Solo mencionaba lo deliciosa que estaba la cena; tienen buenas cocineras —habló Dayse, mirando a Anthony.

—Será tuya también y podrás disfrutarla mucho mejor cuando seas mi duquesa —aseguró Anthony, ofreciéndole una amplia sonrisa y un guiño de ojos, olvidándose así de su sirvienta.

—Pronto serás la nueva duquesa de Beaufort; y como la boda será antes de que la temporada inicie, sería bueno que los duques de Beaufort inauguraran la temporada con un magnífico baile —opinó Delphina sonriendo. Anthony le dio una mirada amenazadora.

—¿Baile? —preguntó Dayse con evidente preocupación.

—Claro, una duquesa tiene responsabilidades, querida —respondió Delphina sin hacerle caso a las advertencias de su hijo. Dayse miró a Anthony con el rostro lleno de confusión.

—No tienes que preocuparte por eso ahora, mi amor; mi madre estará para ayudarte en todo. ¿No es así, madre? —replicó Anthony, levantando una de sus cejas.

—¡Por supuesto! —respondió Delphina con fingida euforia.

Después de la incómoda conversación, Anthony ordenó que se retiraran los platos y fueran servidos los postres. Los lacayos cumplieron su orden, y nuevamente la mesa fue servida con una gran diversidad de postres deliciosos: tartas dulces, con diferentes coberturas, bizcochos borrachos de brandy y dulces de almíbar.

—Mi cocinera también es la mejor haciendo postres; son una delicia, y más la tarta de limón. Anthony mencionó que era su favorita —comentó Delphina, comiendo de su tarta.

—¡Oh, no! No me gusta comer cosas dulces; cuido mucho mi figura —alegó Dayse, dándole una sonrisa de disculpa.

La cena terminó y todos se habían retirado hacia el salón de música, ya que Claire había sugerido que Dayse cantara para ellos, mientras Lucianne, su hija, tocaba el piano. Dayse había aceptado con gusto, por lo que ahora estaban disfrutando de su melodiosa voz.

—Mi hija es realmente talentosa en el piano —comentó Claire, orgullosa.

—Por supuesto que sí, la eduqué muy bien, milady —expresó la Sra. Odella, que estaba a su lado.

—Y te lo agradeceré siempre; no dejaste a mi hija en las calles, la cuidaste y educaste muy bien. No sé cómo reaccionaría si mi hija hubiera terminado en otros andares.

Las palabras de Claire hicieron que Anthony frunciera el ceño. No le gustó en absoluto la forma en que Claire se había expresado.

—¿Y si hubiera sido al revés, tía Claire? ¿No habrías aceptado a tu hija si hubiera sido criada por personas de clase baja? —preguntó Anthony en voz baja, procurando no interrumpir el concierto improvisado. Claire lo observó por unos segundos antes de dirigir su mirada hacia Lucianne, con su entrecejo ligeramente fruncido.

—Claro... que sí... es mi hija; la creí muerta por más de veinte años, y saber que está viva... —Claire negó con la cabeza—... No me hubiera importado nada más que recuperarla.

Anthony asintió lentamente, volviendo a enfocar su atención en su prometida.

Cuando la música terminó, la conversación se centró en los planes para la boda. Delphina permaneció en silencio, sin hacer más comentarios negativos. Se limitó a escuchar la conversación, observando la dinámica entre su hijo y su futura esposa. Sonrió al notar que no existía entre ellos el amor que Anthony estaba empeñado en hacerles creer a todos. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció al recordar lo que había sucedido años atrás. En ese momento, prefería que su hijo se casara con Dayse antes que revelar lo que el padre de Anthony había hecho.

Capítulo 2

Pss Pss Pss

Estoy ansiosa por comenzar la nueva temporada porque este año tiene mucho que ofrecer. Nuevas debutantes, nuevas solteronas y nuevos escándalos, de los cuales me encargaré de informar.

Mientras comienza la temporada, les informo que lady Claire y su familia probablemente permanecerán en Gran Bretaña durante un período más prolongado, lo que resultaría en un gran escándalo si su objetivo es encontrar un esposo para lady Lucianne. Si es así, les aviso que ningún noble de buena cuna aceptará casarse con una bastarda, pero puedo afirmar que hay muchos que sí podrían aceptar un matrimonio con la dama; solo deben buscar en el nuevo Club, "El diamante de París".

¿Es posible que la duquesa viuda de Beaufort, lady Delphina Ross, haya aceptado finalmente a la prometida de su hijo? Ya que la Srta. Dayse O'Sullivan fue vista en Beaufort House ayer en la noche.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Antes de la cena...

Beaufort House era símbolo de lujo y poder, con habitaciones que reflejaban la riqueza del ducado.

Al entrar, el gran salón recibía a los visitantes con sus techos altos, candelabros y tapices exquisitos. Los eventos sociales cobraban vida en el salón de baile, con su suelo de madera pulida y paredes adornadas con espejos y cuadros. La biblioteca ofrecía un refugio de estudio y lectura, mientras que el comedor formal, con una mesa para numerosos invitados, prometía deliciosos banquetes. La música llenaba el aire en el salón de música, equipado con un pianoforte y otros instrumentos.

Los dormitorios principales, con camas con dosel y vestidores, brindaban confort y privacidad, cada uno con su propio baño. La propiedad se extendía más allá de las paredes de la casa, con jardines exuberantes, un invernadero y rosaledas, y establos bien equipados.

La cocina era un hervidero de actividad, con varias chimeneas y hornos. Un personal dedicado, que incluía mayordomo, ama de llaves, cocineros, criados, doncellas, jardineros y mozos de establos, los cuales aseguraban el funcionamiento impecable de la residencia.

Evelyn Winslow había sido criada en Beaufort House, conociendo y limpiando cada rincón de la inmensa residencia, sus habitaciones preferidas eran el salón de música y la biblioteca, pero su trabajo solo le había permitido conocer a la perfección el área de la cocina.

—¡Todo es un desastre! No soporto más ser una doncella ¡Ahg! —expresó Evelyn entrando a la lavandería de la residencia, lugar donde trabajaba su hermana menor, Sharon.

—¿Qué hizo esta vez? —preguntó Sharon, refiriéndose a Lucianne, a la vez que doblaba algunas sábanas.

—El té no era de su agrado y terminó sobre la alfombra. Si supiera lo difícil que es lavar esa maldita alfombra, creo que no caminaría sobre ella.

—Pero ese es el problema, Eve, ellos no saben lo duro que es —explicó Sharon.

—¿Por qué me eligieron justo a mí para ser la doncella de Lucianne? Prefiero seguir

trabajando en la cocina. —Evelyn suspiró pegando su espalda a la pared mientras veía a su hermana trabajar.

Desde que la amiga de Delphina había llegado a Londres, se había dedicado a buscar a su hija, y hacía más de tres mes que por fin la había encontrado y traído a vivir con ella en Beaufort House, lo malo de toda esa situación fue que la escogieron a ella para ser su doncella.

—Pero ahora puedes ver al duque con más frecuencia —bromeó Sharon, pero luego se percató que su comentario estuvo fuera de lugar.

—Sharon, por favor —respondió Evelyn algo incómoda.

La verdad, para Evelyn era más difícil estar cerca del duque que ser la doncella de lady Lucianne, porque sabía que estar cerca de él era peligroso, y más con los antecedentes del pasado.

—Lo siento, no debí decir eso. — Sharon se disculpó, y Evelyn solo asintió en respuesta.

—Claro que no, alguien pudo escucharte, Sharon. Y tú mejor que nadie sabes como luchamos para hacer que todos olvidaran lo que pasó. —Sharon solo asintió, no tenía palabras para disculparse por su error—. Pero olvídalo, ya sabes que no puedes volver a bromear con algo así.

Sharon sonrió un poco y volvió a asentir con la cabeza. Evelyn también sonrió, ella sabía lo despistada que era su hermana menor, y es que para tener diecinueve años aún se comportaba como una niña. Evelyn era lo contrario, que con veinticinco años parecía una señora de más de cuarenta años en carácter y pensamientos, pero algunos golpes transforman a las personas ya sea para bien o para mal.

—¿Y lady Delphina te trata bien? —preguntó Sharon en voz baja, temiendo que Evelyn se enojara más con la pregunta.

Evelyn solo suspiró, sabía que su hermana solo estaba preocupada por ella.

—Ni siquiera me mira. Además, solo intento cumplir mi trabajo, no es que esté merodeando por la casa a todas horas. —Evelyn se encogió de hombros, omitiendo que también estaba evitando encontrarse con Anthony.

—Lo bueno es que visitas las zonas más glamurosas de Mayfair cuando tienes que acompañar a lady Lucianne en sus paseos.

—Cierto, aunque solo puedo observar como están comiendo deliciosos helados o dulces —mencionó Evelyn—. Pero la verdad no me quejo de esos paseos, es como salir de una prisión por al menos unas horas.

—Tienes suerte. —Sonrió Sharon.

—Solo por ese lado.

Antes de continuar la conversación, otra sirvienta entró a la habitación de lavado.

—Evelyn, lady Lucianne precisa de tus servicios —informó Sera, una moza de limpieza.

Evelyn rodó los ojos mientras recuperaba la compostura. Ajustó la falda de su vestido y el delantal, que debía ser blanco, pero mostraba algunas manchas de pintura que ya no se podían quitar, producto de su afición por la pintura. Pintar era su pasión, el único momento en que sentía verdadera libertad, guiando su vida a través de un pincel. Aunque las témperas que había conseguido eran de baja calidad, conseguía crear obras hermosas.

Cuando se enteró de que lady Claire tenía una academia de arte, vio en ello una oportunidad para salir adelante y ayudar a su madre y hermana, ofreciéndoles una vida mejor. Evelyn era consciente de que, en su posición, las mujeres tenían pocas posibilidades de triunfar, y más aún siendo una sirvienta. Pero si lady Claire lo había logrado, ella también podría hacerlo. Solo necesitaba ser paciente y rodearse de las personas adecuadas para que su arte fuera reconocido.

—Gracias por avisarme, Sera —agradeció Evelyn, luego se despidió de su hermana para ir a cumplir con su trabajo.

—¿Y qué se siente ser doncella ahora? —quiso saber Sara mientras se dirigían al salón verde.

—Algo muy agotador, más si eres doncella de una señorita como la hija de lady Claire —explicó Evelyn encogiéndose de hombros.

—Lady Lucianne se ve que es muy mimada, pero era de esperar, creció rodeada de lujos y con una buena educación, es normal que esas señoritas sean así.

—Lo sé, pero no le tengo paciencia. Primero quiere un vestido, luego quiere otro, el peinado no le gusta y al final termino haciéndole el mismo, no entiendo como mi madre puede aguantar algo así.

—Pero Elina lleva años siendo la doncella de la duquesa viuda —comentó Sera.

—Desde que llegamos a esta casa, yo era muy pequeña aún, pero sé que desde ese momento mi madre fue la doncella de lady Delphina, y para ser sincera, nunca la he escuchado quejarse, ni cuando mi padre murió y tuvo que trabajar sin descanso para cuidarnos a mí y a Sharon ella sola.

—Lady Delphina siempre ha sabido lo que quiere, tal vez por eso a tu madre se le ha facilitado ser su doncella.

—Sí, puede ser —concordó Evelyn.

—¿Cómo crees que sea la nueva duquesa? —preguntó Sera.

El corazón de Evelyn comenzó a latir más rápido, y luego bajó la mirada al suelo con un toque de tristeza.

—¿Te refieres a la prometida del duque? —preguntó, y Sera asintió en respuesta. Evelyn se encogió de hombros con aparente desinterés. Sera había comenzado a trabajar en la residencia un año después de los acontecimientos, por lo que no temía preguntarle específicamente a ella sobre la futura esposa de Anthony.

—No sé cómo es ella, Sera; ni siquiera la conozco.

—Lo sé, ¿pero no te la has imaginado? Para que el duque la escogiera y más siendo solo una cantante, es porque de seguro debe amarla.

—Es lo más probable —respondió Evelyn con indiferencia. No podía demostrar cuanto le afectaba toda esa situación.

Cuando Evelyn llegó a la sala verde se dio cuenta de que no solo estaba Lucianne, también estaban Delphina, Claire y Odella, la mujer que había criado a Lucianne.

Al ver a Claire, pensó que tenía que buscar el momento oportuno para hablar con ella sobre sus obras de arte. Pero temía su reacción cuando se le acercara, ya que cuando Claire llegó a Beaufort House, ella interrumpió su presentación llegando tarde, luego rompió algunas vajillas en su presencia cuando supo de la pronta boda de Anthony. Desde entonces trataba de no estar en la misma habitación que Claire, ya que cada vez que estaban cerca, la miraba con hostilidad y desagrado.

—¿Desea algo, milady? —le preguntó Evelyn a Lucianne y esta la miró sin expresión alguna en su rostro.

—Sí, iremos a ver a la Sra. Jayson, mi hija necesita nuevos vestidos —habló Claire sin siquiera mirarla, solo le prestaba atención a la revista de Lady Kennt que tenía en sus manos—, quiero que saques los viejos vestidos que ya no usará y hagas espacio para los nuevos.

—Bien, ¿necesita algo más? —volvió a preguntar.

En ese instante Anthony ingresó en la habitación, haciendo que Evelyn tomara una postura rígida, pero por dentro su corazón latía sin freno alguno.

Lord Anthony Ross, duque de Beaufort, desprendía masculinidad, él era un hombre grande: Alto, espalda ancha y músculos bien definidos debido al boxeo que practicaba de vez en cuando. Evelyn había visto a todos sus amigos, y Anthony era el más grande en ancho y músculos, y eso que sus amigos eran grandes también.

—¿Alguna reunión de la cual no sabía? —inquirió Anthony. Evelyn solo observó como se llevó a cabo la conversación, y como Anthony le había ordenado a su madre que organizara una cena para su prometida.

¿En serio esta noche tendré que verla? —pensó Evelyn torciendo los labios. Imaginó que solo la vería una vez que ella fuera oficialmente la duquesa, no antes.

Sin más, Evelyn observó como Anthony abandonó la habitación dejando sorprendidas a todas las presentes por su determinación en cuanto a su prometida. Ella había visto y escuchado con sus propios ojos y oídos lo que aún se negaba a aceptar: Que Anthony sí estaba enamorado de Dayse O'Sullivan.

∞∞∞

Jamás podría soñar con ponerse un vestido como el que tenía en las manos, era muy hermoso, y aún más los otros que estaban sobre el diván. Evelyn se encontraba en la habitación de Lucianne haciendo lo que Claire le había ordenado, retirar los viejos vestidos.

—Es una locura querer deshacerse de estos vestidos, están todos nuevos —musitó Evelyn para sí misma al mismo tiempo que se miraba en el espejo que estaba al lado del diván, ella sostenía el vestido mientras se lo medía—, pero estos nunca me servirían, lady Lucianne es muy delgada comparándose conmigo.

Evelyn dejó el vestido de lado para tomar otro, este era de un color turquesa, era aún más hermoso, lo que daba a entender que era un vestido para asistir a los eventos sociales.

—¿Qué haces? —Evelyn se sobresaltó dejando caer el vestido al suelo, rápidamente lo recogió y se giró para ver que era Claire.

—Milady, yo no... solo estaba...

—No importa, ¿dónde está mi hija? —interrumpió Claire sin darle mucha importancia.

—Ella… digo, lady Lucianne está con la Sra. Odella en el jardín —respondió Evelyn y Claire asintió con intención de retirarse—. ¡Lady Claire!

Claire se detuvo y la miró con el ceño fruncido. Evelyn tragó grueso el nudo que se le había formado en la garganta. Claire parecía ser una mujer fuerte y dura de carácter, que no se andaba con juegos, por lo que si quería tener la opinión o el apoyo de ella tenía que demostrar su carácter también.

—Estoy esperando que me digas para qué me detuviste —habló Claire seriamente.

—Yo... —Evelyn carraspeó para aclarar su voz, era muy difícil demostrar carácter frente a esa mujer, la cual la miraba como si no fuera nada—... Sé que usted tiene una prestigiosa academia de arte en América y...

—¿Y? Eso no es tu asunto ni debería de importarte —volvió a interrumpir Claire y Evelyn sintió como sus manos empezaban a sudar por la seriedad y despotismo que Claire estaba empleando.

—Lo sé, pero yo tengo algunas pinturas, yo misma las he hecho y quería enseñárselas para saber...

—¿Quieres que yo valore tus pinturas? —preguntó Claire nuevamente interrumpiendo a Evelyn, que solo pudo asentir en respuesta— ¿Sabes leer y escribir?

Evelyn se sorprendió por la pregunta, realmente no se la esperaba.

—Muy poco, milady, solo sé lo básico...

—No. —Evelyn no se sorprendió que la volviera a interrumpir, pero si le sorprendió su seca y determinada respuesta—. ¿Qué te hace pensar que yo perdería mi tiempo en tus juegos?

—No son juegos, milady, realmente amo pintar, como usted y si...

—¿Osas compararte conmigo?

—!No! !Claro que no! —respondió Evelyn con rapidez reteniendo las lágrimas que amenazaban con salir.

—Solo eres una sirvienta, muchacha, no has tenido la educación adecuada, y mi academia es solo para personas con educación y talento, en cambio tú, ¿qué talento podrías tener, además de limpiar y servir a mi hija?

Y sin poder aguantar más, una gruesa lágrimas bajó por su mejilla. Esas palabras le habían dolido, su única esperanza para ser algo más que una sirvienta acaba de ser pisoteada, pero aun así, Evelyn retiró las lágrimas y asintió.

—Bien, disculpe si la incomodé, milady.

—Lo hiciste, y te prohíbo volver a dirigirte a mí si no es por tu trabajo, que es servirme. Ahora deshazte de esos vestidos, mi hija necesitará espacio para los nuevos.

Y sin decir una palabra más, Claire salió de la habitación, dejando a Evelyn atrás, totalmente triste y desilusionada. Sin embargo, en el fondo ella esperaba algo parecido, pero menos doloroso.

Claire había demostrado que no sentía empatía ni respeto hacia las personas de clase baja, que solo hacen lo posible por sobrevivir con honradez, y para eso tienen que ser humillados por la sociedad aristocrática.

Evelyn terminó con los vestidos y los dobló, los tomó con mucho esfuerzo tratando de que no se le cayeran, pero su vista borrosa por las lágrimas dificultaba un poco su trabajo.

Todo estaba yendo de mal en peor, Claire ni siquiera vio sus cuadros y ya le estaba diciendo que no tenía talento alguno.

Al salir de la habitación, caminó por el pasillo, pero antes de llegar a los escalones sintió como su cuerpo impactó con otro cuerpo y algunos vestidos cayeron al suelo. Evelyn miró contra quien chocó, y sus mejillas rápidamente se encendieron al ver a Anthony.

¿En serio tenía que ser él? —pensó Evelyn.

—Excelencia, no era mi intención chocar con usted, fue un accidente —se disculpó bajando la cabeza.

—No te preocupes, Evelyn, también fue culpa mía por estar en medio del pasillo —respondió Anthony, Evelyn lo miró sorprendida, hacía mucho tiempo que no lo escuchaba decir su nombre—. ¿Te ocurre algo?

—No es nada, excelencia —respondió ella inclinándose para recoger los vestidos que cayeron al suelo, pero Anthony la detuvo posando las manos sobre sus brazos, pero las apartó con agilidad.

—Pero estabas llorando —volvió a hablar él con el ceño fruncido.

—No debe preocuparse por mí, excelencia. —No podía decirle lo que había pasado con Claire, a él no le importaría, y es más, le daría hasta la razón a Claire.

Evelyn notó como el rostro de Anthony cambió de preocupación a uno más frío y serio.

—Bien, entonces dile a la cocinera que prepare una torta de limón para el postre de esta noche; es la favorita de Dayse

Y con esas palabras, podría decir que su día había sido terrible, y aún no había terminado.

—Por supuesto, excelencia. —Y sin esperar más, recogió los vestidos del suelo y se alejó de él.

Desde que había comenzado a trabajar como doncella, había hecho todo lo posible por evitar situaciones como la que acababa de ocurrir. Sabía que, tarde o temprano, sucedería; después de todo, él era el dueño de Beaufort House y podía estar donde quisiera. Ella, en cambio, estaba obligada a mantenerse alejada de él.

«—Serás la doncella de la hija de mi amiga, porque según entiendo eres la más adecuada para el puesto. Pero recuerda, no debes acercarte a mi hijo; haz todo lo posible por evitarlo.»

Recordó las palabras que Delphina le había dicho con mucho cuidado. Sabía que, si quería mantener su trabajo y poder sobrevivir, debía obedecer.

Al llegar a su habitación, la cual compartía con su hermana Sharon, dejó los vestidos sobre su cama y se dio media vuelta para salir. Una vez más, pensó en lo lamentable que sería deshacerse de ellos, pero al menos le servirían si los vendía en Bethnal Green, la zona comercial de la clase baja de Londres. No podría pedir mucho por ellos, ya que eran tan pobres como ella, pero al menos obtendría unos cuantos peniques extra.

Capítulo 3

Pss Pss Pss

Es impresionante lo que puedes hacer comenzando desde cero. Soy consciente de que no entenderán lo que estoy hablando porque esta sociedad es muy superficial para ver los sacrificios y el trabajo duro de otras personas. Y hablo sobre el London Industrian Alliance (LIA), una sociedad fundada desde cero que ha impulsado la industrialización del país. Sin embargo, en esta ocasión sólo quería hablar del vizconde de Brekely, quien ha amasado una gran fortuna liberándose de grandes deudas.

Además, menciono que el vizconde está soltero y, debido a su gran riqueza acumulada, espero que este año decida casarse.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

La tarde en Beaufort House había transcurrido muy agitada, debido a que Delphina estaba muy estresada por la cena que Anthony había demandado para su prometida. Pero al final todo quedó como la duquesa había ordenado.

—¿Y si no consigo casarme? —preguntó Lucianne. Evelyn la estaba ayudando a prepararse para esa noche, y debía admitir que el nuevo vestido que estaba usando era aún más hermoso que los anteriores, los cuales se encontraban aún en su habitación.

—Sí lo harás —respondió la Sra. Odella. Quien también estaba en la habitación—, y deberíamos fijarnos en el duque, lord Anthony, sería buen partido.

Evelyn se tensó al escuchar la sugerencia de la mujer.

—El duque no puede ser, tía. Además, ya está comprometido —musitó Lucianne sin expresión alguna en su rostro, algo normal en su carácter.

Desde que Evelyn había comenzado a ser la doncella de Lucianne había notado que ella era muy reservada, y ni siquiera sonreía. No sabía si se debía a su educación o que simplemente era una mujer fría y amargada.

—¿Y crees que su madre aceptará? Estoy más que segura que esa unión no se efectuará, y ahí es donde debemos entrar. Tienes que convencer a tu madre de que hable con lady Delphina para una futura unión entre tú y el duque. De lo contrario te quedarás solterona o tendrás que hacer lo que dijo Lady Kennt, ir al *Club El diamante de París* y conseguir un esposo que esté dispuesto a casarse contigo.

La Sra. Odella salió de la habitación sin decir nada más. Sin embargo, Lucianne apretó los puños con impotencia, algo que Evelyn había notado, ella no entendía mucho a la sociedad aristocrática, pero sabía que ser un bastardo era muy mal visto, y aunque Lucianne era una mujer hermosa, no sería fácil lograr casarla con un noble respetado y rico.

Minutos después, Evelyn terminó de peinar a Lucianne y ajustó los últimos detalles. Al concluir su trabajo, salió de la habitación, dejándola sola. Se dirigió a la cocina, donde encontró a su madre y a su hermana. Mientras las demás sirvientas iban y venían, ocupadas llevando la vajilla al comedor, Evelyn tomó una manzana del frutero y se sentó en la mesa destinada al personal.

—¡Hmm! ¡Qué delicioso! —comentó con una sonrisa, mordiendo la fruta mientras sus ojos se posaban en la tarta de limón que descansaba tentadoramente cerca de ella. Le había sorprendido

cuando Anthony mencionó que era la favorita de su prometida, especialmente porque él sabía que también era su postre preferido—. Ava, por favor dime que hiciste otra tarta de limón.

La cocinera sonrió y asintió en su dirección.

—Por supuesto, sé cuánto te gusta, y los señores nunca dejan ni un trozo —respondió Ava, y Evelyn levantó los brazos en señal de agradecimiento con una sonrisa.

—¡Eres la mejor, Ava! —expresó Evelyn emocionada, antes de notar a su madre y hermana cuchicheando—. ¿De qué hablan? —preguntó Evelyn, curiosa.

—De la prometida del duque —respondió Sharon, provocando que Evelyn se tensara ligeramente. Su madre lanzó una mirada fulminante a Sharon antes de volverse hacia ella.

—¿Ya está aquí? —preguntó Evelyn a la vez que le daba un mordisco a su manzana. Su madre se mordió el labio inferior y miró a todos los sirvientes, luego asintió.

Debía afrontar la realidad, y la realidad era que tendría que ver esa noche a la futura duquesa junto a Anthony, una escena a la que tendría que acostumbrarse, ya que pronto la boda se llevaría a cabo. Y dudaba que Delphina se opusiera como dijo Odella, el dueño y señor de esa casa era Anthony, por lo que su palabra era la ley.

—¿Y como va tu trabajo como doncella, hija? —preguntó Elina, su madre. Sabía que su pregunta era para desviar el tema de la prometida de Anthony. Evelyn le dio una mirada que lo decía todo, a lo que ni su hermana, ni su madre pudieron evitar reír.

—El peor trabajo de mi vida —admitió Evelyn—No me gusta ser doncella, prefiero estar aquí en la cocina.

—Es solo hasta que regresen a América, no será mucho tiempo.

—Piensan quedarse hasta que la temporada de inicio, ¿eso te dice algo, mamá? —inquirió Evelyn algo molesta—. No entiendo por qué lady Delphina me escogió a mí teniendo más opciones.

—Yo tampoco, hija. Le pedí que no lo hiciera, pero no me escuchó —expresó su madre bajando la mirada. Evelyn sabía que su madre se sentía un poco culpable por lo que pasó años atrás, pero ella sabía que no tuvo elección y que no podía haber hecho nada.

—Mejor olvidemos ese tema. La cena está por servirse y debemos estar preparadas —musitó Evelyn, su madre y hermana asintieron en respuesta.

Después que la cena terminó, los sirvientes comenzaron a retirar la mesa y limpiar todo. Y horas más tardes, Evelyn se encontraba una vez más en la habitación de Lucianne, esta vez para ayudarla a colocarse sus ropas de dormir. Antes de salir, Lucianne la detuvo.

—Necesito que lleves este libro a la biblioteca y consigas el segundo tomo —ordenó Lucianne. Evelyn tomó el libro y asintió.

Se dirigió a la biblioteca mientras miraba el libro en sus manos, a pesar de no leer fluidamente, logró deletrear el título del libro y se sorprendió al descubrir que Lucianne leía filosofía avanzada. Nunca pensó que a ella le interesaban esos temas.

Al llegar a la biblioteca, la encontró vacía y oscura, por lo que tuvo que encender varias velas para iluminar la estancia. Luego se dispuso a colocar el libro en su lugar y tomar el segundo tomo que Lucianne había pedido. Pero antes de salir de la biblioteca pensó que podría tomar un libro que hablara sobre las artes, así podría estudiar y saber más sobre pintura.

—Puedo devolverlo después —murmuró Evelyn encogiéndose de hombros. Luego se dispuso a buscar los libros que trataran de arte.

Estaba tan entretenida mirando los libros que no se percató que alguien más había entrado en la habitación.

—Creo que encontré uno —volvió a murmurar ella tomando el libro.

—¿Qué has encontrado? —La voz de Anthony hizo que Evelyn se sobresaltara, dejando caer el libro al suelo. Rápidamente, se giró para encontrarse con él frente a ella.

Su corazón latía con fuerza, tanto por el susto como por el hecho de que Anthony la había sorprendido tratando de llevarse un libro de su biblioteca. Evelyn intentó tragar el nudo que se formó en su garganta.

—Excelencia, lo siento. Solo estaba buscando un libro para lady Lucianne, ella me pidió que...

—Está bien —la interrumpió Anthony. Evelyn mantenía la mirada baja, sin atreverse a mirarlo directamente. Era la segunda vez en el día que se cruzaba con él. ¿Por qué?—. Me alegra saber que no has olvidado lo que te enseñé.

Esta vez, Evelyn alzó la mirada, frunciendo el ceño.

¿Por qué tenía que recordar el pasado? —se preguntó Evelyn. Primero la tarta de limón, y ahora le recordaba que había sido él quien le enseñó lo poco que sabía sobre leer y escribir.

—Por supuesto. Ahora debo irme, tengo que entregarle este libro a lady Lucianne —informó Evelyn, recogiendo el libro que había caído al suelo y devolviéndolo a su lugar. Luego, tomó el que necesitaba entregar y se dispuso a salir—. Que tenga buenas noches, excelencia.

Anthony asintió, observándola mientras se alejaba, tal como lo había hecho esa misma tarde cuando se encontraron en el pasillo. Sonrió ligeramente al notar cuánto había cambiado con los años. Su cabello seguía siendo de un castaño claro, y sus ojos mantenían el mismo tono avellana, pero sus facciones ahora eran más maduras y definidas. Su cuerpo también había cambiado, volviéndose más voluminoso y curvado, una clara señal de que ya no era la misma jovencita de antes.

—Esto es muy difícil, Anthony —expresó Evelyn tirando el libro a un lado. Anthony solo sonrió.

—No lo es, Eve. Solo debes hacerlo con paciencia, además, te estoy enseñando yo, si fuera uno de mis profesores ya estarías llorando —habló Anthony acercándose a Evelyn—. Se acabaron las lecciones por hoy.

Evelyn frunció el ceño.

—Pero acabas de decir que no nos iríamos hasta que lograra leer el párrafo completo.

—Lo haces mañana. Ya nos queda poco tiempo y quiero disfrutarlo besándote —musitó él muy cerca de los labios femeninos. Evelyn no pudo evitar sonreír.

—Eres un profesor muy malo, así no es como debes enseñarme, milord. —Evelyn intentó ser juguetona y sensual al acercarse más él.

—Yo creo que es la forma, correcta. Ahora deja de hablar y bésame.

Evelyn sonrió aún más e hizo lo que él le había pedido, lo besó profunda y apasionadamente.

Anthony movió la cabeza para apartar esos recuerdos. Ahora solo eran eso, recuerdos. O eso quería pensar él.

∞∞∞

Evelyn había terminado su trabajo del día, le había entregado el libro a Lucianne y con eso finalizaba. Ahora se dirigía a su habitación, mientras pensaba en el encuentro que tuvo con Anthony. Fue efímero, pero fue la segunda vez que lo había tenido tan cerca en el día, y eso no había sucedido desde hacia siete años. Pero una vez más, no tenía caso pensar en el pasado.

Al llegar a su habitación, encontró a Sharon probándose los vestidos que había dejado sobre la cama.

—¿Qué haces, Sharon? —preguntó Evelyn recostándose en la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho. Su hermana solo sonrió.

—Solo quería ver como me quedaban. Son muy hermosos —expresó Sharon mirándose así misma.

Evelyn sonrió al ver lo hermosa que se veía su hermana con esos vestidos, pero el mérito no era solo del vestido. Sharon era realmente hermosa, muy parecida a su madre. Tenía una figura esbelta, con el cabello negro y suaves rizos enmarcando su rostro. Sus ojos azules brillaban, y su piel clara resaltaba aún más sus delicados labios finos y rosados. Sharon era ligeramente más baja que Evelyn, pero igual de encantadora.

—Lo son. Pero lady Claire ordenó deshacerse de ellos. —Evelyn se encogió de hombros. Al recordar a Claire también recordó sus crueles palabras—. Esa mujer es inhumana.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sharon tomando otro vestido.

—Esta mañana quise hablarle sobre mis pinturas, pero ni quisiera me escuchó, solo me humilló —contó Evelyn recordando cada una de las palabras dichas por Claire.

—Entiendo, pero debes saber que así es la nobleza. Ellos solo se interesan por sí mismo.

—No todos son así —musitó Evelyn suspirando.

—Si lo dices por el duque, no estoy de acuerdo. Si él fuera diferente no te habría dejado atrás con tanta facilidad y te hubiera buscado —reprochó Sharon con molestia. Evelyn no se atrevió a responder, sabía que su hermana tenía razón.

—Si quieres puedes quedarte con los vestidos, pero la verdad, no sé donde puedas usarlos.

Sharon sonrió.

—Sé exactamente donde usarlos. —Evelyn entrecerró los ojos.

—¿Qué estás planeando, Sharon? —preguntó Evelyn, su hermana solo se encogió de hombros.

—No es nada malo, no te preocupes. Ahora ve a pintar tus cuadros.

Evelyn continuó con el ceño fruncido, pero asintió. Esa era su hora para pintar, tenía tranquilidad y sobretodo, nadie la molestaba. Dejando la habitación y a su hermana atrás, se dirigió de forma silenciosa al sótano de la residencia, era su rincón favorito donde guardaba sus humildes herramientas de arte: Un viejo caballete tambaleante, pinceles desgastados y una paleta con colores escasos eran todo lo que poseía. A pesar de las limitaciones, su creatividad nunca se agotaba.

En un gesto automático, Evelyn comenzó a pintar, dejando que la tristeza y la culpa se reflejaran en cada trazo. La oscuridad de la noche se mezclaba con los tonos sombríos y melancólicos que ella utilizaba, como un eco de su propio dolor interno. Evelyn solo buscaba liberar las emociones que la atormentaban ese día, aunque solo fuera por un momento. Los colores se deslizaban por el lienzo formando un paisaje de desolación.

—Hija. —Evelyn se volteó para mirar a su madre—. Sabía que estarías aquí.

Elina se acercó a su hija y la abrazó, fue entonces que Evelyn dejó las lágrimas caer una tras otra cada vez más fuerte.

—Hoy se cumplen siete años, mamá —susurró Evelyn entre lágrimas—. Y aunque el tiempo pasa, mi dolor es el mismo.

—Lo sé, mi niña. Lo que ocurrió fue un golpe devastador, una herida que tarda en cicatrizar, o tal vez nunca lo haga. Pero debes recordar que no estás sola en tu dolor, que yo estoy aquí para sostenerte y ayudarte a sanar.

—¿Pero como puedo perdonarme a mí misma por lo que sucedió? —sollozó Evelyn aún más fuerte.

—Siempre te he dicho que no tuviste elección —musitó Elina tomando las manos de Evelyn entre las sayas.

—Pero pude haber luchado, mamá —Evelyn sorbió su nariz, mientras secaba sus lágrimas.

—¿Cómo, hija? No teníamos ese poder. Solo acepta tu dolor, permítete sentirlo y liberate de esa culpa, solo así podrás seguir adelante —expresó su madre con ternura mientras volvía a abrazarla.

—Lo intento, pero no puedo.

Capítulo 4

Pss Pss Pss

Según fuentes cercanas, el duque de Beaufort tiene intenciones de unirse a la London Industrial Alliance, lo cual resulta un tanto sorprendente, considerando que ya posee varias propiedades y fuentes de ingresos muy prósperas.

Por otro lado, les informo que la boda del duque está a la vuelta de la esquina. En solo unos días, seremos testigos del enlace más esperado de la temporada. ¿Estará la señorita O'Sullivan preparada para asumir el papel de la nueva duquesa de Beaufort?

Revista de sociedad de Lady Kennt.

La señorita O'Sullivan esperaba en la sala verde para ser recibida por la duquesa viuda de Beaufort, lady Delphina, quien la había invitado a tomar el té y conversar. Dayse había aceptado con la esperanza de ganarse la aprobación de su futura suegra y aprender a ser una buena duquesa.

—Buenos días, Srta. Dayse —saludó Delphina al entrar en la sala.

—Buenos días, excelencia —respondió Dayse, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Me alegra que haya aceptado mi invitación.

—Y yo le agradezco que me haya invitado. A Anthony le hará muy feliz saber que estuve aquí con usted. —Dayse sonrió, pero Delphina no correspondió al gesto.

—La verdad, preferiría que mi hijo no se entere de este encuentro —indicó Delphina, lo que hizo que Dayse frunciera el ceño—. La invité porque sabía que mi hijo estaría fuera toda la mañana y porque quería hablar seriamente con usted.

—¿De qué quiere hablar? —preguntó Dayse, empezando a arrepentirse de haber aceptado la invitación.

—Sobre el matrimonio y lo que implica ser una duquesa. —Dayse la miró brevemente antes de desviar la mirada—. Estoy segura de que Anthony no le ha mencionado todas sus futuras responsabilidades.

—Me dijo que no eran muchas.

Delphina soltó una suave risa.

—¿De verdad dijo eso? Las duquesas tienen numerosas responsabilidades, desde la representación social hasta la filantropía y la beneficencia, además de las responsabilidades domésticas. Y cuando tengan hijos, será su deber encargarse de su educación —Delphina sonrió con satisfacción al mencionar todas estas responsabilidades, que apenas había resumido.

—¿Hijos? —preguntó Dayse, nerviosa.

—Por supuesto, querida. Una vez sea la esposa de Anthony, su principal tarea será darle un heredero al ducado.

Dayse asintió lentamente.

—Solo quiero que sea una duquesa perfecta, Srta. Dayse —musitó Delphina—. Y, por supuesto, deberá dejar de cantar.

Dayse se levantó de su asiento, alterada, y Delphina hizo lo mismo.

—Eso no, por favor —pidió Dayse.

—No es una cuestión de preferencia personal, querida. Son normas sociales. Una duquesa no puede ser una cantante —respondió Delphina, observando cómo los ojos de Dayse se llenaban de lágrimas. Sabía que esto era difícil para la joven, pero las normas eran claras, y no podía permitir que el título se viera manchado—. Si amas a mi hijo, tendrás que hacer ese sacrificio.

Dayse negó repetidamente con la cabeza.

—Yo lo amo, pero mi carrera me ha costado mucho, es mi sueño —musitó Dayse, mirando a Delphina.

—Lo siento mucho, Dayse.

Delphina no lo decía por maldad; más que nadie, deseaba que su hijo se casara para dejar atrás un pasado que temía saliera a la luz, pero si lo hacía con una cantante, ella tendría que aprender y

adaptarse a la sociedad.

—Debo irme. Lo siento.

—No se preocupe. En todo caso, siempre estaré aquí para ayudarla —aseguró Delphina. Dayse solo asintió.

—Gracias.

Dayse salió de la sala y respiró hondo. Mientras se dirigía hacia la salida, escuchó un nombre que Anthony mencionaba con frecuencia hasta en sus sueños.

—Evelyn, no olvides mi parasol —escuchó decir a Lucianne.

—Aquí está, milady —respondió Evelyn. Finalmente, Dayse la vio, y la miró fijamente hasta que Evelyn se dio cuenta y la miró también.

Dayse frunció el ceño al notar que sus ojos eran sorprendentemente similares a los suyos. Luego, apartó la mirada y continuó su camino. Amaba a Anthony, pero su decisión ya estaba tomada.

∞∞∞

Anthony esperaba junto a su amigo, el duque de Agnes, ser atendidos por el vizconde de Brekely, quien lo había invitado a visitar su fábrica textil y de accesorios.

—¿En serio estás interesado en invertir en el *The House of silks*[1]? —preguntó Agnes refiriéndose a la fábrica.

—Es una buena inversión, ahora no lo vemos así, pero el futuro dependerá de las industria. Créeme, Agnes, esto es un buen negocio —aseguró Anthony observando la oficina.

La habitación era amplia y llena de maquinaria en movimiento, con un aroma a lana y aceite en el aire. Un escritorio de madera maciza ocupaba el centro de la sala. En la pared, se podía observar un cartel con el lema *«Trabajo, Progreso y Prosperidad»*, y en el fondo, el sonido de las tejedoras mecánicas llenaban el ambiente.

—Quizás tengas razón —habló Agnes después de pensarlo mejor.

En ese instante la puerta de la oficina se abrió, ambos se levantaron se sus lugares.

—Buenos días, Beaufort, Agnes. Disculpen la demora —expresó el vizconde de Brekely acercándose a su puesto detrás del escritorio —. Por favor, tomen asiento.

Una vez los tres estuvieron cómodos, comenzaron su conversación.

—Lo felicito, Brekely. Nunca había visto una fábrica tan grande. Las tejedoras son

impresionantes —alagó Beaufort. El vizconde sonrió en respuesta.

—Gracias, aunque hubieron complicaciones, logré levantar esta fábrica a lo es ahora —expresó orgulloso Brekely.

—Parece que tienes un equipo muy eficiente. ¿Cuántas tejedoras tienes en total? —esta vez quien preguntó fue Agnes.

—Tenemos unas 20 tejedoras en funcionamiento, cada una capaz de producir más tela que una docena de tejedores manuales.

Agnes miró a Beaufort, y este sonrió asintiendo.

—Beaufort, le agradezco que haya aceptado mi invitación. Y sabrá de que se trata esta reunion, ya le he he hablado en varias ocasiones sobre mi propuesta, aunque podría darle más detalles ahora que está aquí. Y estoy seguro que podría ser beneficiosa para ambos.

—Lo escucho, Brekely —aceptó Anthony.

—Su plantación produce el mejor algodón del sur de Estados Unidos. Yo, por mi parte, tengo la experiencia y la maquinaria para convertir ese algodón en telas de alta gama. Con las tejedoras mecánicas, podemos producir mucho más rápido y a un costo menor —explicó el vizconde, mientras que Anthony y Agnes lo escuchaban.

—¿Y debo entender que usted quiere...? —Anthony hizo un gesto para que el vizconde saciara su curiosidad.

Brekely se inclinó hacia adelante.

—Le propongo una alianza. Yo le compro todo el algodón que produzca su plantación, a un precio justo y estable. Y usted a cambio, se convierte en socio de mi fábrica —propuso Brekely y Anthony sonrió interesado.

—¿Socio? ¿Qué tipo de socio? —indagó Anthony. La idea de ser socio de la fábrica le gustaba, ya había hecho los cálculos y había hecho sus investigaciones sobre el London Industrial Alliance (LIA).[2]

—Un socio con derecho a voto en las decisiones de la fábrica. Podría participar en la distribución y comercialización de las telas, ampliando su mercado y sus ganancias.

—Es una propuesta interesante. Pero... ¿cómo aseguraríamos la calidad del algodón? —preguntó Anthony y Brekely volvió a sonreír.

—Ese es el punto clave. Mi fábrica tiene un equipo de expertos en control de calidad. Podemos establecer un sistema de inspección en su plantación, asegurando que el algodón cumpla con los estándares más altos —respondió Brekely con seguridad en cada palabra—. Además, con el astillero Dawn Ships[3] de Gideon podemos hacer la transportación aún más segura.

—Es una idea tentadora. Pero necesito tiempo para analizarla con más detalle.

—Por supuesto, Beaufort. Entiendo que es una decisión importante. Le puedo mostrar los libros de la fábrica y darle toda la información que necesite.

—¿Los otros miembros de la LIA[4] están de acuerdo? —preguntó Anthony y el vizconde asintió.

—Buscamos la expansion, somos fieles creyentes de un futuro donde las industrias dominen el mercado. Usted hará historia si se une a nosotros.

La habitación quedó en silencio por unos segundos, hasta que Beaufort se levanto haciendo que Agnes y Brekely hicieran lo mismo.

—Gracias por su tiempo, Brekely. Me ha convencido la idea. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo beneficioso para ambos —expresó Anthony haciendo que el vizconde sonriera.

—Me alegra mucho escuchar eso, Beaufort. Estoy seguro de que esta alianza será un éxito.

Los dos hombres se dieron la mano sellando el trato.

—Por supuesto que lo será. La alianza entre la fábrica textil y la plantación de algodón es el comienzo de una nueva era de éxito para ambos negocios —aseguró Beaufort.

—Agnes. —Brekely se dirigió al duque—. Si está interesado también puede formar parte de la LIA —Agnes negó con la cabeza.

—Gracias por la oferta, pero por el momento estoy bien así.

El vizconde solo asintió. Luego los tres salieron del despacho para realizar el recorrido por la fábrica. Comenzaron en el sector de hilandería, donde observaron a las cincuentas trabajadoras hilando fibras de algodón con destreza. Luego, pasaron al sector de tejeduría, donde otros treinta empleados tejían en las tejedoras las hebras de algodón para crear los tejidos que luego se convertirían en prendas de vestir. Las maquinarias resonaban en el ambiente, creando una atmósfera de trabajo constante y dedicado. Después, visitaron el sector de tintorería, donde cincuenta trabajadoras sumergían los tejidos en grandes calderas de colores brillantes, tiñéndolos con maestría y cuidado. El olor a tintes y productos químicos impregnaba el aire, mientras los empleados realizaban su labor con precisión. Finalmente, llegaron al sector de confección, donde sesenta costureras cosían a mano y a máquina las telas ya teñidas. Las agujas se movían con rapidez, creando hermosas prendas que pronto estarían en manos de los clientes.

En total, la fábrica textil contaba con doscientos trabajadores, cada uno desempeñando un papel fundamental en el proceso de producción.

—Me parece increíble todo, de verdad debo felicitarlo, Brekely. E imagino que si su fábrica es así de increíble, las de sus otros socios deben ser igual —expresó Beaufort sorprendido por todo lo que había visto.

—Por supuesto, cada fábrica de la LIA[5] es única, y cada una tiene las maquinarias hechas por Blackwood Mills.[6]

—Lo imaginaba, Blackwood es uno de los mejores en su trabajo —habló Anthony mientras miraba la hora en su reloj de bolsillo—. Fue un placer conocer su trabajo, Brekely, pero ya debemos irnos, ahora tenemos una conferencia con la Cámara de Lores.

—El placer fue mío. Espero respuestas pronto —contestó Brekely.

—Y las tendrá, es un hecho.

Horas después, Anthony salió del Westminster[7] juntos a Agnes y Windsor, quien también había asistido a la conferencia de los Lores.

—Mi trabajo ha terminado por hoy, ¿vamos al *El Diamante de Paris*? —propuso Anthony.

—Ahora no puedo, debo hacer otras negligencias —respondió Agnes—. Mejor reunámonos en la noche.

Anthony y Windsor asintieron antes de despedirse, cada uno tomando un camino diferente. Al llegar a su residencia, Anthony se dirigió directamente a su despacho, donde debía escribirle a su abogado para iniciar la alianza con Brekely. Después de un rato, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —habló Anthony. El mayordomo abrió la puerta y entró.

—Excelencia, la señorita O'Sullivan ha solicitado hablar con usted urgentemente —informó el mayordomo, lo que hizo que Anthony frunciera el ceño.

—Hágala pasar —ordenó Anthony.

¿Qué habrá sucedido? —se preguntó Anthony con preocupación.

Segundos después, Dayse entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Dayse, ¿ha ocurrido algo? —preguntó Anthony, levantándose de su asiento para acercarse a ella.

—Anthony, yo... Necesitamos hablar seriamente —musitó Dayse, bajando la mirada. El ceño de Anthony se frunció aún más.

—Mi amor, me estás preocupando. —Anthony trató de acercarse más, pero ella retrocedió—. ¿Dayse?

—Yo... No puedo hacerlo, Anthony —declaró Dayse sin mirarlo a los ojos.

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —preguntó Anthony, esta vez con la voz más seria.

—No puedo casarme contigo.

Silencio.

La habitación se mantuvo en silencio por un minuto. Anthony solo intentaba asimilar las palabras dichas por Dayse, hasta que la miró.

—¿Estás jugando? —Dayse negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, Anthony. Pero yo...

—Se supone que nos casaremos en tres días, Dayse. ¿Y dices que no puedes casarte conmigo? ¿Por qué?

—Yo te amo, eso no lo voy a negar, pero si me convierto en tu esposa, también seré tu duquesa, mi vida cambiaría totalmente, tendría que acostumbrarme a la sociedad, y lo peor es que nunca más podría cantar —explicó Dayse.

—Eso lo sabías, Dayse.

—No, no lo sabía, Anthony. Nunca me explicaste todo lo que cambiaría mi vida si me convertía en tu esposa. Y es mucho.

—Por favor, Dayse. No me dejes. Te necesito —suplicó Anthony acercándose a ella.

—Anthony, no me necesitas y lo sabes. Solo soy la mujer que te hace olvidar a otra. —Anthony la miró sorprendido por esas palabras.

Si bien ninguno de los dos hablaba sobre eso, Dayse era muy realista y sabía que Anthony nunca la amaría realmente, no como ella lo amaba a él. Lo mejor era terminar todo y alejarse, ella seguiría su vida tal y como era.

—Eso no es verdad, yo te amo, Dayse —aseguró él.

—Seamos sinceros, Anthony. Tú solo amas el refugio que te ofrezco, y yo no merezco eso. Además, quiero seguir cantando, viajar por diferentes lugares para mostrar mi voz, y si me convierto en tu duquesa, nunca podré cumplir ese sueño. Y antes que el amor, me elijo a mí misma, Anthony.

Cada palabra de Dayse era como una puñalada en el corazón de Anthony, reabriendo viejas heridas.

—Pero puedes seguir cantando, te prometo que...

—No, eso solo te avergonzaría ante la sociedad. —Anthony se negaba a aceptar la decisión de Dayse—. Solo déjame ir. Te aseguro que serás más feliz cuando encuentres a la mujer que realmente deseas, y quizá ella pueda ser tu perfecta duquesa.

Entonces, Anthony se dio cuenta de algo.

—Hablaste con mi madre, ¿verdad?

—Sí, hablé con ella, pero su opinión no influyó en mi decisión —aseguró Dayse, y Anthony rio sin humor.

—No te creo. Mi madre siempre consigue lo que quiere, y desde el principio no aceptó nuestro compromiso. Dime, ¿qué fue lo que te dijo?

Dayse se negó a responder.

—Por favor, mi amor. ¿Cómo puedes pensar que seré feliz sin ti? Te prometo que podemos encontrar una solución, pero no me dejes —suplicó Anthony nuevamente.

—No hagas esto más difícil. Yo... no soy la persona que puede hacerte feliz a largo plazo. Lo sé en mi corazón. Quizás algún día entiendas que esto es lo mejor. —Dayse terminó con la poca distancia entre ellos y depositó un suave beso en los labios de Anthony. Al separarse dos gruesas lágrimas salieron de los ojos avellanas de Dayse—. Te amo.

Y sin decir más, Dayse salió del despacho de Anthony, dejándolo desolado y sin rumbo.

La intención de Dayse era salir lo más rápido posible de la residencia, pero se detuvo al vislumbrar la figura de una mujer. Apretó los puños y retuvo sus lágrimas para tomar el valor que necesitaba, debía entregar la carta que escribió.

—¡Evelyn! —llamó Dayse haciendo que la recién nombrada se detuviera.

—¿Si, señorita? —Dayse notó la sorpresa en el rostro de Evelyn.

—Debes prometerme que no lo dejarás solo — habló Dayse mientras le tendría el sobre, haciendo que Evelyn frunciera el ceño, cuando notó que iba a hablar no la dejó hacerlo—. Anthony te necesita, no lo dejes de nuevo. Por favor.

Dayse tomó la mano de Evelyn y le entregó la carta. Una vez más, Dayse se retiró sin decir nada más, esta vez sin hacer paradas, simplemente salió de Beaufort House y de la vida de Anthony. Para siempre.

Capítulo 5

Pss Pss Pss

¿Habrá boda o no? Todos estamos ansiosos por saber si debemos estar en la iglesia de St. James el martes por la tarde. Sin embargo, si la novia ya ha dejado Londres, parece inútil esperar. Pero aún no hemos recibido ninguna noticia del duque de Beaufort. Me pregunto cuál podría ser la razón.

¿Será que hay otra mujer en escena? Me lo pregunto debido a la demora del duque en cancelar todo. ¿Será que ha encontrado a la duquesa perfecta que lady Delphina tanto buscaba? Porque todos sabíamos que la señorita O'Sullivan estaba lejos de ser perfecta.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Evelyn estaba sorprendida por las palabras que le había dicho la prometida de Anthony. Miró el sobre en sus manos, confundida.

¿Que no me aleje de Anthony? —pensó Evelyn.

En ese momento, la puerta del despacho de Anthony se abrió bruscamente.

—¡Dayse! —gritó él, sobresaltando a Evelyn, quien se preocupó al ver su estado.

Evelyn quiso preguntar si estaba bien, pero se contuvo. No podía olvidar su lugar. Sin embargo, la expresión de Anthony era devastadora, y ella notó cómo su presencia parecía empeorar su ánimo.

—Anthony —susurró ella, llamándolo por su nombre y queriendo acercarse, pero él la detuvo.

—No. ¡Aléjate, Evelyn! —el grito de Anthony la hizo detenerse en seco—. Solo sigue ignorándome como lo has hecho todos estos años.

Evelyn negó con la cabeza, queriendo hablar con él, pero Anthony simplemente se alejó.

—Yo nunca te abandoné —susurró Evelyn, recordando lo que había sucedido siete años atrás.

—Pero él no lo sabe, hija —expresó su madre. Evelyn la miró, sabiendo que había escuchado todo. Solo esperaba que nadie más lo hubiera hecho.

—Lo sé.

—Debes contarle la verdad —insistió su madre, pero Evelyn negó con la cabeza.

—No serviría de nada, mamá. No podemos deshacer lo que ya está hecho —murmuró Evelyn —. Será mejor que vayamos a cenar y a descansar.

Elina asintió, aunque no estaba del todo segura de las decisiones de su hija, pero sabía que era Evelyn quien debía dictar el rumbo de su vida.

A pesar de su intento por mantener la calma, Evelyn seguía preocupada por Anthony. Ya había pasado de la medianoche desde que él había salido en ese estado tan lamentable. Incapaz de dormir, decidió esperarlo, escondiéndose detrás de una columna en el vestíbulo. Era demasiado tarde para que alguien la viera, así que no temía estar allí sola y vestida solo con su camisón. Sabía que Anthony debía estar herido por lo sucedido con su prometida, pero no creía que Dayse lo hubiera dejado por ella, o al menos eso indicaba la carta que había leído con cierta dificultad.

Evelyn,

No puedo casarme con Anthony porque he llegado a comprender una verdad que no puedo ignorar. Él no me ama a mí; su corazón siempre te ha pertenecido. Lo conocí por que tú lo abandonaste, y ni eso hecho ha permitido que te olvide. A lo largo de estos años, me he dado cuenta de que nunca podré ocupar el lugar que tú tienes en su vida.

**Sé que esto puede parecerte inesperado, pero te lo ruego, Evelyn: no lo abandones. Anthony ha sufrido mucho en estos años por tu abandono. Y no creo que él sea feliz con otra mujer que no seas tú. Quédate a su lado, por favor. Él merece ser feliz, y esa felicidad solo puede encontrarla contigo.*

Dayse O`Sullivan.

Media hora después, Evelyn escuchó el sonido de la puerta abriéndose y cerrándose con fuerza.

Debe de ser él —pensó mientras se asomaba por detrás de la columna para asegurarse. Efectivamente, era Anthony.

En medio de la oscuridad, Evelyn pudo notar que Anthony estaba un poco ebrio. Se debatió brevemente sobre si debía ayudarlo, recordando cómo la última vez él había rechazado su ayuda.

Sin pensarlo más, se acercó a él.

—Excelencia —susurró en voz baja. Anthony la miró por unos segundos—. Déjeme ayudarlo.

Con nerviosismo, Evelyn se acercó y, no muy segura, tomó su brazo. Esperó un rechazo, pero al no recibirlo, decidió colocar el brazo de Anthony sobre su hombro.

—Vamos —murmuró ella. Juntos comenzaron a caminar hasta llegar a la habitación de Anthony. Evelyn lo recostó en la cama y le quitó los zapatos.

Sabiendo que no podía hacer más, se dispuso a marcharse.

—Al menos ya estás en tu cama —susurró para sí misma. Olvidándose por un momento de su preocupación, miró alrededor; la habitación estaba tal y como la recordaba.

Cuando estaba a punto de salir, escuchó la voz de Anthony, deteniéndola.

—Evelyn, no te vayas, por favor —habló Anthony, levantándose de la cama. Al girarse, Evelyn se sorprendió al verlo tan cerca.

No pudo evitar observarlo. Su imponente altura y el ancho de sus hombros la hacían sentirse pequeña frente a él.

—Quédate conmigo esta noche, aunque mañana me destroce tu abandono —murmuró Anthony, acercándose y rodeándola con un brazo por la cintura.

Evelyn cerró los ojos, intentando resistirse a su toque. Sabía que no podía dejarse llevar, pero era demasiado difícil. Siete largos años habían pasado, y tenerlo tan cerca aún la afectaba profundamente.

—Excelencia, por favor —suplicó ella, aunque en realidad no sabía qué estaba pidiendo. Anthony levantó suavemente su mentón, acariciando su labio inferior—. Esto no puede ser.

—No me importa, y sabes que nunca me importó. —Evelyn sabía que era cierto, pero el camino que habían tomado no les había dejado otra opción—. ¿Por qué me dejaste, Eve? No sabías que hacerlo me mataría en vida.

—Déjalo, Anthony —respondió, llamándolo por su nombre al darse cuenta de lo personal que se estaba volviendo la conversación—. No vale la pena hablar del pasado.

—Tienes razón, nada cambiará el hecho de que me abandonaste.

Evelyn estuvo tentada a gritarle que no lo había abandonado, pero se contuvo. Cuando intentó alejarse, Anthony no se lo permitió.

—No te vayas. Quédate.

—No puedo qued...

Antes de que pudiera terminar, sintió los labios de Anthony sobre los suyos, silenciándola con un beso.

Anthony saboreó sus labios hasta que sintió cómo ella se rendía ante su toque, momento en el que comenzó a despojarla de su ropa con urgencia. La había deseado desde siempre, y tenerla de nuevo esa noche era un regalo que no podía desaprovechar. Con un suave mordisco en su labio, fue aflojando los últimos lazos hasta que la tela cayó lentamente, acariciando su cuerpo desnudo. Él se desnudó con rapidez, sin poder apartar los ojos de ella. Era perfecta, tan hermosa como siempre. Cuando se liberó de las últimas prendas, contempló las curvas de Evelyn, iluminadas por la luz de la luna que entraba por la ventana. Se desconectó de todo, concentrándose solo en ella.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —susurró.

No era una exageración. Lo sentía desde lo más profundo de su ser. Cuando vio que Evelyn intentaba decir algo, la sujetó suavemente por las mejillas y la besó de nuevo, dejando que todo el deseo acumulado se transmitiera a través de ese contacto. Sus cuerpos se rozaron revelándole cuán excitado estaba en ese instante.

La tumbó en la cama y recorrió cada centímetro de su piel con los labios, arrancándole gemidos de placer que pedían más, que rogaban por saciar el fuego que los consumía

—Pídemelo —susurró él.

—Quiero... —respondió Evelyn con la mirada nublada de deseo.

—¿Qué, exactamente? Sé específica.

—Anthony… —gimió ella, desesperada. Él sonrió mientras se posicionaba sobre ella, apartando con ternura la cabellera castaña de su frente para besarla suavemente. Luego, sin dejar de mirarla, colocó su miembro entre sus piernas, rozándola y tentándola.

—Necesito oírte decirlo, Eve.

—Te quiero a ti, dentro de mí —musitó ella, su voz cargada de urgencia.

Anthony respiró hondo, apoyando su frente contra la de ella, y lentamente comenzó a entrar en su interior. Comenzó a moverse despacio, disfrutando de cada embestida, de la humedad que los unía, y de tenerla solo para él una vez más, aunque fuera por un tiempo limitado.

Pronto, Anthony sintió que estaba perdiendo el control.

—Eve... —jadeó—... Eres perfecta. Esto es perfecto

—No pares, Anthony, no pares —le pidió ella, rodeando sus caderas con las piernas. Él respondió a su ruego intensificando sus movimientos, sin poder pensar en nada más que en esos ojos avellana que lo traspasaban, en ese cuerpo delicioso lleno de curvas que lo volvía loco. Con una mano, acarició su punto más sensible con rapidez, buscando su liberación.

—Córrete conmigo —le susurró al oído.

—¡Anthony! —Evelyn cerró los ojos al sentir que alcanzaba el clímax.

—Déjate llevar. No lo pienses.

Y entonces ocurrió. El cuerpo de Evelyn se tensó, apretándolo aún más en su interior, provocando que él también alcanzara el orgasmo cuando el de ella lo estremeció. Sus bocas se encontraron en medio de la intensidad, jadeando juntos, perdidos en la neblina del placer que los envolvió, desplomándose uno sobre el otro.

Evelyn perdió la noción del tiempo. No sabía cuánto habían estado abrazados en silencio, pero mientras sentía sus fuertes brazos rodeándola y acariciándole el cabello, supo que si no quería complicar aún más las cosas, debía levantarse e irse a donde pertenecía. Sin embargo, no pudo hacerlo. Por alguna razón, no quería moverse. Era más fácil quedarse allí, junto a él, sintiéndose protegida por el único hombre del que se había enamorado.

En algún momento, sin darse cuenta, se quedó dormida.

∞∞∞

Cuando Anthony despertó, ya habían pasado varias horas y todavía no había salido el sol. Se encontraba abrazando a Evelyn como si fueran recién casados compartiendo la cama. Su primer instinto fue apartarse bruscamente, pero su segundo instinto lo detuvo, al darse cuenta de cuánto había extrañado tenerla entre sus brazos. A pesar del dolor y los viejos resentimientos, no podía evitar desear mirarla sin cesar, recordando cada línea de su piel. Así que eso hizo. Permaneció un buen rato contemplándola en el silencio de la madrugada, absorbiendo su presencia.

Se había jurado a sí mismo que nunca más volvería a tocarla, ni siquiera hablar con ella.

—Pero cómo hacerlo cuando la... —selló los labios incapaz de terminar lo que pensaba decir.

Él debería de estar enojado, triste y dolido por la partida de Dayse. Sin embargo, solo se sintió así en el momento que ella lo abandonó, y durante las primeras cinco copas de whisky que había bebido en el club junto a sus amigos, luego sus pensamientos cambiaron hacia Evelyn y su pasado, como ella lo había abandonado y rechazado todo lo que le había ofrecido.

Haberla tenido entre sus brazos una vez más había sido como su antídoto, pero recordar que Evelyn lo dejaría en unas horas hacía que volvieran el enojo y el rencor que sentía por ella.

Cuando las primeras luces del amanecer empezaron a colarse por la ventana, la sacudió suavemente para despertarla.

Evelyn abrió los ojos, y cuando reconoció a Anthony, rápidamente se incorporó en la cama cubriendo su desnudes. Miró todos los rincones de la habitación, incapaz de mirarlo a él, pero respiró hondo para tomar valor y mirarlo a los ojos. No supo descifrar lo que encontró en los ojos café de Anthony.

—Yo... Debería irme —murmuró ella nerviosa. Anthony solo asintió.

—Por supuesto, es lo que sabes hacer. Huir —acusó Anthony una vez más, y sin esperar respuesta de Evelyn se levantó de la cama.

—Pero... deberíamos hablar de esto primero. —Evelyn observó cada movimiento de Anthony, que sin vergüenza alguna se plantó frente a ella completamente desnudo.

—¿En serio quieres hablar, Evelyn? Por que recuerdo que la última vez no quisiste hacerlo, solo dejaste una maldita carta —escupió él mirándola fijamente desde arriba. Evelyn no apartó la mirada, sino que le devolvió el mismo enojo.

Ya se estaba cansando de que él le reprochara algo que no hizo. Ella no tenía la culpa.

—Anthony...

—Tienes razón, deberías irte. Olvida lo que pasó anoche —interrumpió él dándole la espalda.

Evelyn solo lo miró por unos segundos hasta asentir, luego se levantó dejando su desnudes al descubierto, ella tampoco tenía vergüenza ante él de mostrarse sin nada de ropa. Él ya conocía su cuerpo perfectamente.

Por su parte, Anthony no podía apartar la mirada de Evelyn mientras ella se vestía, y en ese intervalo de tiempo tampoco pudo evitar recordar el día en que su mundo se desmoronó como un castillo de naipes.

Anthony ya tenía todo preparado para el plan que había creado. Ellos serían felices juntos, solo debían irse lejos y comenzar una nueva vida. El plan de huir hacia España y luego hacia America era bueno, su padre nunca sabría donde encontrarlo.

—Milord. —Anthony miró a su ayudante de cámaras—. Evelyn dejó esto para usted.

Miró el sobre en las manos del otro hombre. No se sorprendió que fuera su ayudante quien le hiciera el favor a Evelyn, después del escándalo en Beaufort House esa misma mañana, sabía que ya todos los sirvientes estarían enterados de su romance. Pero frunció el ceño, Evelyn apenas sabía escribir como para dejarle una carta.

—Gracias. —Tomó el sobre y lo abrió, luego empezó a leer las garabateadas letras de Evelyn.

Lo siento, no puedo hacerlo. Eres un marqués y en el futuro serás un duque respetado, no puedes perder eso por una simple sirvienta que no vale nada.

Al terminar de leer, dejó el papel a un lado y salió de su habitación con el corazón retumbando en su pecho y las manos temblorosas.

No, ella no puede dejarme, no puede dejar lo que tenemos—pensó Anthony mientras corría hacia la cocina.

En el trayecto se encontró a su madre, pero la ignoró.

—Anthony, hijo. ¿A dónde vas? —escuchó a su madre preguntar.

Sin detenerse, llegó hasta la cocina donde estaban la mayoría de los sirvientes, que al verlo llegar detuvieron su función.

—¿Dónde está Evelyn? —preguntó con tono alto y serio. Los sirvientes intercambiaron miradas, sin saber qué responder.

—Ella no trabaja en la cocina, milord —respondió el ama de llaves.

—Lo sé. Estoy preguntando dónde está. Como ama de llaves, deberías saberlo —replicó Anthony, perdiendo la paciencia. Necesitaba encontrar a Evelyn, convencerla de que huyeran juntos, sin temor a las consecuencias que podría imponer su padre, el duque de Beaufort.

—No lo sé, milord. Debe estar con su madre —fue la respuesta del ama de llaves. En ese instante, Delphina también entró en la cocina.

—Anthony.

—Ahora no, madre —replicó él dirigiéndose a los dormitorios de los sirvientes, sabía perfectamente cual era el de Evelyn, muchas veces la persiguió hasta su habitación.

Al llegar, abrió la puerta de golpe, sin preocuparse por lo que pudiera estar ocurriendo dentro. Pero solo encontró a Elina, la madre de Evelyn, con los ojos llenos de lágrimas, abrazada a su hija menor. Delphina llegó justo detrás de él.

—¿Dónde está Evelyn? —preguntó Anthony desesperado.

Elina lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa, luego dirigió su mirada hacia Delphina, quien la observaba en silencio. Pasado unos segundo, habló.

—Ella se fue, milord. Dijo que sería lo mejor —respondió Elina desviando la mirando. Anthony movió con la cabeza negándose a creer lo que ella decía.

—Ya la escuchaste, hijo. Se fue —habló su madre tocando su hombro, pero él la apartó.

—¡No! Es mentira. Evelyn no lo haría —expresó Anthony con voz rota.

—Ella dejó una carta. Ahí ella lo dice, milord. Lo siento —musitó Elina.

Entonces, Anthony cayó al suelo de rodillas.

—¡Anthony! —gritó su madre, arrodillándose a su lado para abrazarlo—. Anthony, hijo,

levántate. Eres un hombre, podrás superarlo.

—¿Cómo? La amo más que a nada, madre. Sin ella nada tiene sentido —susurró Anthony con la voz rota. Se sentía devastado, la mujer de su vida lo había dejado, y ni siquiera le dio la cara o le dijo a dónde iría. Ella solo se fue.

Delphina miró a Elina y bajó la mirada, luego su atención volvió a su hijo.

—Hijo, por favor. Si tu padre te encuentra en este estado por ella... Dios, quien sabe lo que haría. Por favor, levántate —suplicó Delphina con ojos llorosos. Anthony no podía escuchar nada más que los latidos de su corazón, y cientos de recuerdos pasaron por su mente, recuerdos de ellos dos juntos, y donde ella le prometía que serían felices juntos sin importar las diferencias.

Eres una mentirosa —pensó Anthony levantándose, y sin mirar a nadie, salió de la habitación con el corazón destrozado.

Anthony salió de sus pensamientos al escuchar la puerta de su habitación cerrarse. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo. Evelyn se había ido. Otra vez.

Es lo que le pediste —le reprochó esa voz en su mente.

Tratando de alejar el doloroso recuerdo de Evelyn, se recostó nuevamente en la cama, pero dejar de pensar en ella era imposible, sobre todo cuando su aroma seguía impregnado en las sábanas y almohadas.

Ahora debía concentrarse en el escándalo que estallaría al cancelar su boda a tan solo tres días de la fecha. Y más aún cuando todos supieran que había sido abandonado, aunque eso era algo que no le preocupaba demasiado, tenía una reputación que mantener. Lo único positivo era que la temporada social recién comenzaba, y pronto habría otro escándalo que eclipsaría el suyo.

∞∞∞

Evelyn llegó a su habitación con la respiración agitada, apoyándose contra la puerta mientras llevaba su mano izquierda al corazón, intentando calmarlo. Había corrido desde la habitación de Anthony hasta la suya, temerosa de que alguien la viera.

—¿Dónde pasaste la noche? —La voz de su hermana la sobresaltó. Abrió los ojos y la vio parada frente a ella. En su apuro por entrar, no la había visto, y se había olvidado completamente de ella.

—Sharon, yo... —balbuceó, mientras su hermana alzaba una ceja, esperando una respuesta. Se reprendió mentalmente por haber sido tan imprudente al quedarse dormida en la habitación de Anthony. Volver a hacer el amor era una cosa, pero quedarse a dormir era cometer el mismo error que los había llevado a separarse—... Solo fui a tomar aire.

Evelyn se encogió de hombros, intentando que su mentira sonara creíble. Caminó hasta su cama y se sentó.

—Mientes. Estuviste con el duque, ¿cierto? —acusó Sharon, y Evelyn abrió los ojos de par en par.

—¿Qué hiciste qué?

Ambas quedaron sorprendidas por haber sido descubiertas.

Capítulo 6

Pss Pss Pss

Sé que muchas damas no consideran a un escocés como una opción ideal para esposo, y menos aún piensan en casarse con uno. Debo admitir que el nuevo conde de Warwick es un hombre apuesto y varonil que atrae la atención de más de una dama, aunque ellas no lo admitan abiertamente. Sin embargo, su sangre escocesa hace que no sea visto como un soltero codiciado.

Aunque, si lo pensamos bien, estoy segura de que el conde tampoco estará interesado en relacionarse con ninguna dama inglesa. Solo podemos esperar que la convivencia con sus pupilas, las hermanas Straton, haga que cambie su opinión sobre los ingleses.

Espero tener el placer de ver en esta temporada a la mayor de las hermanas Straton, Lady Amelia. Ha pasado demasiado tiempo recluida, y ya es hora de que nos deleite con su presencia.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Evelyn y Sharon observaron a su madre, quien las miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y bien, es verdad? —preguntó Elina. Evelyn bajó el rostro con vergüenza, y luego asintió con lentitud—. Por Dios, Evelyn.

—Sí, lo sé. Estuvo mal. Y no tengo excusas para lo que pasó. Pero te juro que no volverá a pasar —aseguró Evelyn.

Y era la verdad, no podía permitir que algo como eso volviera a suceder. Tenía que protegerse a sí misma. Anthony no tardó en encontrar a Dayse y comprometerse con ella, quien le asegura que no volverá a hacer lo mismo en cuanto solucione los problemas. Ella sabía que tarde o temprano él tenía que casarse y tener hijos, era su deber como duque.

Elina suspiró y asintió.

—Eso espero, Evelyn. El antiguo duque ya no está, pero aún está lady Delphina. Y no queremos que se repita la misma historia de hace siete años.

—Por supuesto que no —concordó Evelyn.

—¿Pero no podría haber una posibilidad ahora que el duque es lord Anthony? Tal vez él...

—No, Sharon. Entre el duque y yo no hay nada, solo soy su sirvienta —aseveró Evelyn sin mirar a su hermana.

—Solo pensaba. —Sharon se encogió de hombros.

—Mejor empecemos a trabajar —habló Elina—. Ponte tu uniforme, Evelyn.

Evelyn asintió mientras su madre y su hermana salían de la habitación. Su mente volvió a la noche que pasó con Anthony. Lo había extrañado durante todos esos años, pero también había sufrido al ver cómo él había seguido adelante, encontrando a otra mujer.

No queriendo seguir pensando en Anthony, se levantó de su pequeña cama para cambiar su camisón por su uniforme de trabajo.

Una vez lista, salió de su habitación y se dirigió a la cocina para tomar su desayuno. Aún era temprano para despertar a Lucianne, quien había sido muy clara en cuanto a su horario: no le gustaba que la despertaran temprano y prefería que le sirvieran el desayuno en su habitación. Por lo tanto, Evelyn tenía tiempo antes de comenzar su labor como doncella de Lucianne ese día.

A esas horas, la cocina estaba tranquila. Solo los chefs y ayudantes de cocina se movían en su

rutina, mientras algunas doncellas ya estaban sentadas en la mesa, tomando su desayuno. Evelyn tomó su lugar mientras disfrutaba el aroma del pan fresco y la mantequilla derretida, que se mezclaba con el suave olor del té recién servido.

Mientras tomaba una rebanada de pan y le untaba mantequilla, Evelyn evaluó la cocina, donde había trabajado por siete años antes de que la escogieran como la doncella de Lucianne. Comenzó como moza de cocina, limpiando y organizando todo. Con el tiempo, se convirtió en ayudante, pelando vegetales y asistiendo a los cocineros principales. Descubrió que cocinar podía ser relajante, un arte en sí mismo, pero no era su tipo de arte.

Para el difunto duque y su esposa, Delphina, fue fácil mantenerla en la cocina, lejos de su hijo. En ese entonces ella tenía prohibido salir de ahí, por eso sabía donde estaba cada cosa en esa inmensa cocina, ubicada en el sótano para aislar los olores y el calor, Solo tenía una gran puerta que daba al pequeño huerto lleno de legumbres, situado detrás de la residencia.

Era una cocina amplia que albergaba fogones de hierro con varios niveles para cocinar diferentes platos a la vez, hornos de piedra empotrados en la pared y se calentaban con leña o carbón. Largas mesas de madera maciza y despensas donde se almacenaba gran cantidad de alimentos secos, conservas, especias y otros ingredientes que no requerían refrigeración. Los utensilios colgaban de las paredes o se guardaban en grandes alacenas: Cuchillos de diferentes tamaños, cazuelas, sartenes de hierro, ollas de cobre y morteros. Y también incluía un espacio dedicado a la limpieza, con fregaderos de piedra y grandes barriles para lavar los utensilios y la vajilla.

—Escuché que la prometida del duque lo abandonó. —Evelyn miró disimuladamente a la sirvienta que habló, y no pudo evitar rodar los ojos al ver de quien se trataba.

—¿Como supiste? —preguntó otra sirvienta, interesada.

—Solo lo escuché, ¿cierto, Evelyn?

Evelyn lanzó una rápida mirada y se encogió de hombros.

—No lo sé, Lydia. Además, esas son cosas de ellos, nosotros somos solos sus sirvientes, no tenemos que meternos en nada —respondió Evelyn.

—¿Y lo dices tú? —Lydia levantó una de sus cejas retándola. Evelyn pensaba responder, no se quedaría callada, pero una mano en su hombro la detuvo.

—No vale la pena, cariño —expresó Ava, la segunda cocinera. Ella fue la que más la acogió cuando comenzó su trabajo en la cocina.

Evelyn asintió y le sonrió a Ava, quien le dio un poco más de té.

—Gracias —agradeció Evelyn.

—Yo también quiero otro poco —pidió Lydia, pero Ava la miró con seriedad.

—Si quieres más, sírvetelo tú misma —replicó Ava, dejando la tetera sobre la mesa.

Evelyn sonrió y siguió disfrutando de su taza, ignorando a Lydia. Nunca se llevaron bien; ambas habían llegado a Beaufort House casi al mismo tiempo, pero su enemistad creció cuando Evelyn empezó a recibir más privilegios por ser hija de la doncella de la duquesa. Y cuando se descubrió su romance con Anthony, el resentimiento de Lydia se intensificó. No perdió la oportunidad de burlarse de Evelyn cuando fue confinada a la cocina.

—Tengo una buena noticia para ti —le susurró Ava al oído. Evelyn sonrió y la miró.

—¿Es lo que creo? —preguntó Evelyn sonriendo aún más cuando Ava asintió en respuesta.

Hace unos meses, Ava le había mencionado que tenía un amigo que trabajaba con un famoso artista. Habían ideado un plan para que una de las pinturas de Evelyn se incluyera entre las obras que él evaluaba, con la esperanza de que su talento fuera descubierto. Evelyn esperaba ansiosa

que las noticias fueran positivas.

Una hora más tarde, la campanilla de la habitación de Lucianne comenzó a sonar, indicando que ya estaba despierta y esperando su desayuno. Como ya sabía que era la hora de despertar de Lucianne, Evelyn tenía todo preparado.

Evelyn subió las escaleras con pasos ligeros y firmes, dirigiéndose a los aposentos de Lucianne. La residencia aún respiraba el silencio de la mañana, sus largos pasillos decorados con tapices y cuadros reflejaban la tranquilidad antes del bullicio del día. Al llegar, abrió la puerta con delicadeza y se adentró en la habitación, donde Lucianne ya estaba despierta, sentada en su lecho con una expresión de calma y serenidad.

—Buenos días, milady —saludó Evelyn mientras hacía una ligera reverencia.

—Buenos días —respondió Lucianne, mientras Evelyn colocaba una bata de seda sobre los hombros de ella, ayudándola a levantarse. Acto seguido, se dirigió a la mesita cercana y vertió un poco de agua fresca en el aguamanil de porcelana, ofreciendo un paño suave para que Lucianne pudiera refrescarse el rostro.

Tras asegurarse de que Lucianne estaba cómoda, Evelyn preparó el té matutino. Sirvió una taza humeante de té Earl Grey, acompañada de un platito con finas galletas de mantequilla, unas rebanadas de pan con jalea de fresas y otro platito con uvas.

—Hoy no quiero té, Evelyn. Mejor traerme leche tibia —ordenó Lucianne.

—Claro, milady. —Evelyn salió de la habitación para buscar la leche. Por eso decía que Lucianne era exasperante, desde el primer día le había llenado la bandeja con variedades, incluyendo la leche, pero Lucianne solo había escogido unos pocos alimentos y ordenado que siempre le sirvieran los mismos. Ahora, de repente, quería leche.

Al menos no derramó el té en la alfombra —pensó Evelyn mientras se dirigía a cumplir con la nueva petición.

∞∞∞

Lady Delphina estaba nerviosa caminando de un lado a otro sin saber que hacer, solo esperaba a su hijo para hablar y resolver la situación de la boda ahora que Dayse había abandonado todo. Por un lado se sentía triste por su hijo, ya que sabía que Dayse actuaba como un refugio para él, pero también sabía que su hijo no amaba realmente a Dayse.

La cuestión era que Delphina estaba preocupada por su hijo.

—Delphina. —Claire entró en la sala verde y se acercó a ella—. ¿Estás bien? Sé que la noticia es devastadora, especialmente cuando todo ya estaba listo. Pero mira el lado positivo: Anthony y esa cantante ya no se casarán, justo como querías.

Delphina miró a su amiga, sin estar del todo contenta. Era cierto que nunca había aprobado ese matrimonio; siempre había creído que su hijo merecía una esposa más digna y adecuada para ser duquesa, no solo una cara bonita. Pero tampoco podía confesarle a Claire que, en el fondo, prefería a Dayse antes que aceptar a Evelyn como esposa de Anthony. Una cantante era mejor que una sirvienta.

—Anthony aún no cancela nada, y ya todos saben que Dayse se ha ido. Nuestro nombre está en boca de todo Mayfair —expresó Delphina con la preocupación evidente en su rostro.

—Estoy segura que podemos resolverlo —aseguró Claire.

—Después de esto Anthony no querrá casarse, y él necesita una esposa e hijos. El rey no tardará en exigirle que cumpla con su deber. Es un duque, y su responsabilidad es continuar el legado.

—¿Por qué no le propones una esposa, aprovecha que está dolido y despechado para que acceda a casarse, Delphina. Eres su madre, debes saber como influenciarlo —propuso Claire. Delphina la miró pensativa.

Ella no tenía influencia sobre su hijo, la había perdido toda después de lo que ocurrió con Evelyn.

—No lo sé, Anthony no se deja influenciar muy fácil, Claire —musitó Delphina.

Claire sonrió y se acercó más a su amiga.

—Solo piénsalo, Delphina. Anthony está vulnerable y dolido por la ruptura con la mujer que amaba. Todo está listo para una boda; no hay mejor manera de mitigar el escándalo que continuar con los planes, pero con una novia diferente —explicó Claire, intentando ser lo más convincente posible.

Delphina reflexionó por unos momentos y asintió, reconociendo que Claire tenía razón.

—Hay muchas jóvenes perfectas para ser la esposa de Anthony. Mi hija, por ejemplo. —Claire se encogió de hombros.

—¿Lucianne? —Delphina frunció el ceño y Claire asintió.

—Has visto sus modales, es inteligente, sabe tocar el pianoforte, y entiende cómo manejar una casa. Conoce sus deberes como esposa, y estoy segura de que como duquesa haría un trabajo impecable. Además, siempre estarás tú para guiarla y convertirla en la duquesa perfecta, como deseas.

Delphina no respondió de inmediato, pero consideró las palabras de su amiga. Era cierto que Lucianne tenía muchas cualidades, aunque el hecho de ser la bastarda del duque de Devonshire era un inconveniente. Aun así, era una lady y comprendería sus responsabilidades. Además, no había más candidatas con tan poco tiempo disponible.

—Hablaré con Anthony, pero no prometo nada. Él puede no estar de acuerdo —admitió Delphina, consciente de que su hijo no sería fácil de persuadir.

—Es solo una sugerencia —replicó Claire.

Delphina asintió, se levantó y salió de la sala verde en busca de su hijo. El tiempo era crucial en ese momento, y no podía permitirse esperar a que Anthony decidiera salir de su habitación para enfrentar los problemas.

Anthony escuchó el sonido de la puerta de su habitación al abrirse, pero no se molestó en levantarse del sillón para mirar; sabía quién era. Sostenía una copa de whisky en la mano, y su ropa estaba desaliñada.

—Anthony, hijo. No deberías beber tan temprano —habló su madre, y él rodó los ojos.

—¿Qué quieres, madre? —preguntó, sin mirarla todavía.

—Solo estaba preocupada por ti, hijo. Sé que debes estar dolido por... Dayse.

Anthony rio sin humor y finalmente giró la cabeza para mirar a su madre.

—¿Acaso no era eso lo que querías? Que no me casara con Dayse. —Delphina negó con la cabeza y se acercó más a su hijo.

—Nunca te desearía el mal, hijo. Es verdad que siempre expresé mi desacuerdo con tu decisión de desposarla, pero jamás desearía verte infeliz. Sabes que al final la acepté, y lo hice por ti —admitió Delphina. Anthony bebió todo el contenido de su copa.

—¿En serio la aceptaste, madre? ¿Por qué no te creo? —Delphina suspiró, consciente de que hablar con su hijo en esos momentos sería difícil.

—Anthony, por favor. Solo quiero ayudarte. Ahora no sirve de nada que estés aquí bebiendo. Dayse tomó su decisión de alejarse. Ahora debes ser responsable y evitar que tu título se vea envuelto en un escándalo social.

—No me importa el escándalo. —Anthony se encogió de hombros.

—Sí te importa, Anthony. Tu posición en la Cámara de los Lores y tus negocios podrían verse afectados. Nuestra posición en la sociedad se vería comprometida. —Delphina trató de sonar firme, más que todo porque era una duquesa.

—Bien, ¿qué sugieres?

—Que sigas adelante con la boda. Lo mejor es silenciar un poco el escándalo casándote. Nadie pensará que te abandonaron, sino que fuiste tú quien la dejó.

Por un lado, Anthony encontró lógica en las palabras de su madre; proteger su orgullo de hombre era primordial para mantener su reputación.

—Claro. Pero no me casaré, madre.

—Piénsalo, Anthony —musitó Delphina, considerando si debía mencionar a quién podría elegir—. Solo tenemos tres días. Podrías considerar a la hija de Claire, Lucianne. Es una joven hermosa y tiene las cualidades necesarias para ser tu esposa y duquesa.

La ira burbujeó en el cuerpo de Anthony. Miró a su madre con una seriedad palpable.

—¿Este era tu plan, verdad? Hacer que Dayse se fuera para luego arreglar todo. Lo que querías era que me casara con la hija de tu amiga —replicó Anthony, levantándose de su asiento.

—Por supuesto que no, Anthony. Ni siquiera había pensado en ella hasta ahora. Solo hice una propuesta, pero puedes elegir a quien quieras. Solo quiero que salves tu reputación, hijo —trató de explicarse Delphina.

—Eso es exactamente lo que haré. Quieres que me case, lo haré. Salvaré mi reputación y la del ducado. Buena noticia, madre, la boda continúa.

Sin decir nada más, salió de la habitación, dejando a su madre atrás. Anthony estaba más que enojado. ¿Por qué su madre se empeñaba en arruinarle la vida? ¿Por qué nunca podía aceptar a la mujer que él eligiera?

Al llegar a su despacho, volvió a servirse otra copa de whisky, pero esta vez la bebió de un trago y luego tiró la copa al suelo. Sus emociones lo estaban llevando al límite, y no eran buenas emociones. Cualquiera que lo viera en ese momento sabría que estaba sufriendo. Por Evelyn, por Dayse, por su madre, por todo.

Unos minutos después, aún sentía la ira acumulada en su cuerpo, mientras las palabras de su madre resonaban en su cabeza.

—¿Quieres una duquesa perfecta, madre? Entonces voy a darte lo que más temes y desprecias.

Con rapidez, tocó la campanilla para que su mayordomo se presentara ante él. Segundos después,el hombre entró en la habitación.

—¿Desea algo, excelencia? —preguntó el hombre.

—Ordena a Evelyn que se presente ante mí, urgentemente —demandó Anthony. El mayordomo inclinó la cabeza, un poco confundido, pero se enderezó con rapidez y cumplió con la orden de Anthony.

—Enseguida, excelencia.

Pocos minutos después, Evelyn se encontraba frente a él, mirándolo con curiosidad. Anthony no podía evitar observarla, sus ojos se detenían en cada detalle de su figura, recordando vívidamente cómo la había hecho suya una vez más la noche anterior. Desde su perspectiva, Evelyn era la encarnación misma de la belleza y la sensualidad. Su cuerpo voluminoso, con curvas pronunciadas que él había recorrido con devoción, era una obra de arte que no dejaba de fascinarlo. La intensidad de esos recuerdos amenazaba con distraerlo, pero apartó esos pensamientos, sabiendo que había algo más importante que debía hacer en ese momento.

—Debes saber que Dayse ya no se casará conmigo —comenzó Anthony, y Evelyn asintió.

Ella no le había mencionado la carta que Dayse le dejó; era una información que Anthony no necesitaba saber—. Bien, quiero que te cases conmigo, Evelyn.

—¿Qué?

—Sé que escuchaste, Evelyn. Necesito que te cases conmigo —repitió Anthony.

—¿Por qué? —quiso saber ella, con el corazón latiéndole fuertemente en el pecho. Era la segunda vez que Anthony le proponía matrimonio.

—Dayse me abandonó, eso ya lo sabes. Se supone que en tres días es la boda. Necesito cubrir el escándalo —respondió Anthony con simpleza, mostrándose serio en todo momento. Evelyn pensó que debía haber otro motivo.

—¿Por qué yo? Hay muchas damas que pueden hacerlo —expresó ella, con la misma seriedad, ocultando el dolor que le causaba la frialdad que él estaba mostrando, aún más después de haber pasado la noche juntos.

—Mi madre se molestará mucho cuando vea que eres tú mi esposa. Y en la sociedad nadie te conoce, puedo hacerte pasar por americana.

Entonces es eso, él solo quiere hacerle pasar malos ratos a su madre y recuperar su reputación —pensó Evelyn.

Por un momento, creyó que él quería casarse con ella porque ahora tenía el poder de hacer lo que quisiera, pero se equivocó. Aunque Evelyn entendía que él no sabía la verdadera razón por la cual ella desapareció cuando pensaban huir juntos.

—¿Y si no quiero? —Anthony levantó una ceja.

—Evelyn, no te estoy preguntando si quieres casarte conmigo o no. Es una orden.

—Pero...

—Me lo debes. Además, no te puedes quejar, serás una duquesa.

—¿Al menos puedo pensarlo? —preguntó Evelyn, desviando la mirada. Anthony tardó unos segundos antes de asentir.

—No tienes mucho tiempo, Evelyn. Esta noche quiero tu respuesta.

Capítulo 7

La noche estaba casi llegando, y el límite de tiempo que Anthony le había dado estaba a punto de expirar. Evelyn aún no sabía qué debía hacer.

Aunque él no me dio muchas opciones —pensó Evelyn.

Ella lo amaba, eso no era un secreto y nunca lo sería, pero ¿merecía estar con él y ser feliz? Evelyn no creía que pudiera ser feliz, no después de lo que pasó y todo lo que sufrió sola. Pero Anthony no la entendería porque ella nunca le diría la verdad; prefería seguir cargando su dolor sola. Él ya estaba sufriendo bastante también; ella lo sabía, aunque él se negara a exteriorizarlo.

—Hija, ¿qué te pasa? —preguntó su madre, que estaba junto a ella. Era la hora de la cena y ambas esperaban que sus señoras terminaran para poder seguirlas.

—¿Podemos salir y hablar con más privacidad? —Elina asintió, y juntas salieron al jardín de la residencia. Estaba iluminado gracias a los faroles distribuidos por toda el área.

—Ahora dime qué te pasa.

—Anthony me pidió que me casara con él —confesó Evelyn. Esperó ver la sorpresa en el rostro de su madre, pero solo encontró calma.

—La verdad, era de esperarse.

—¿Qué? —Evelyn era la que estaba sorprendida.

—El duque siempre te ha amado, Eve. Antes lo dudaba, pero después, cuando lo vi caer de rodillas, derrotado cuando le confirmé que te habías ido y...

—Espera, ¿Anthony hizo qué? —la interrumpió Evelyn, confundida y sorprendida.

—Cuando el difunto duque los descubrió e hizo todo lo posible por separarlos. —Evelyn asintió—. Él fue hasta nuestra habitación, desesperado, queriendo saber dónde estabas. No le importó el escándalo que había formado en su recorrido, y cuando le confirmé que te habías ido y le habías dejado solo una carta, él cayó de rodillas al suelo, hija. Sus ojos estaban rojos, conteniendo las lágrimas. Sentí su dolor, y era grande, Eve.

—Por eso el rencor y la culpa —susurró Evelyn, y luego miró a su madre—. Él no deja de echarme en cara que lo abandoné.

—Él piensa que le rompiste el corazón, por eso debes decirle la verdad de lo que realmente pasó, hija.

—No sé qué hacer, mamá. Si le digo la verdad ahora, sufrirá más, y no quiero verlo sufrir más. Pero tampoco quiero que me culpe y me trate como una herramienta para su objetivo. Si acepto su propuesta, quiero que vuelva a ser el mismo Anthony que era antes de alejarnos.

—Entonces lucha por eso. Toma el lugar de su esposa y demuéstrale que lo amas. Pero sabes que si no le dices la verdad, será difícil, Evelyn. No lo viste romperse, y para volver a reunir sus pedazos sin una razón o explicación, será bastante complicado —expresó Elina. Evelyn asintió, decidida.

—Gracias, mamá. —Evelyn abrazó a su madre, sintiéndose más ligera y resuelta—. Y no le digas a Sharon hasta que todo esté claro. Hablaré con él esta noche.

—Está bien, mi niña.

∞∞∞

Anthony esperaba a Evelyn en su despacho, pensando si era buena idea hacerla su esposa. Tenerla cerca le nublaba los sentidos y lo hacía olvidar su rencor hacia ella, y él no podía perdonar tan fácilmente lo que ella había hecho. Al menos la usaría para demostrarle a su madre que él era dueño de su vida y tomaba como esposa a quien él eligiera, y por supuesto, para silenciar el escándalo.

Sintió un toque en la puerta, y su corazón comenzó a latir desenfrenadamente. Había empezado a sentirse así desde que la vio de nuevo hace unos meses, cuando comenzó a trabajar como doncella de Lucianne.

Anthony se había sorprendido al verla, ya que desde el día en que supo que ella lo había abandonado y dejado la residencia, había asumido que no volvería. Sin embargo, no pudo contenerse y, tiempo después, cuando tomó el titulo de duque tras la muerte de su padre, preguntó por ella al mayordomo y al ama de llaves; ambos le confirmaron que no estaba allí.

Fue entonces cuando se dio cuenta de algo, frunciendo el ceño mientras abría la puerta de su despacho, revelando a Evelyn de pie justo frente a él.

—Antes que nada. Después de que me abandonaste y te fuiste, ¿regresaste, cierto? —Evelyn frunció el ceño también y lo miró durante unos segundos antes de asentir, no muy segura.

—¿Cuándo regresaste exactamente?

—Anthony, no vale la pena recordar...

—¡Habla! —Evelyn se sobresaltó por el grito de Anthony.

Al ver que la había asustado, él decidió relajarse, tomó sus manos y la jaló con cuidado para hacerla entrar. Luego, cerró la puerta.

—Solo quiero saber eso, Evelyn.

—Regresé dos meses después —respondió Evelyn. Anthony asintió.

—¿Dónde estuviste ese tiempo? —quiso saber nuevamente. Evelyn suspiró, preguntándose por qué él quería saber esa información de repente.

—Dijiste que solo querías saber eso —indicó ella, y él asintió.

—Tienes razón, no debería importarme eso. —Anthony se sentó en su silla detrás del escritorio y le indicó a Evelyn que hiciera lo mismo en la silla frente a él—. ¿Entonces?

Se había prometido no obligarla, pero ahora, teniéndola frente a él, su decisión vacilaba, por lo que solo optó por escuchar su respuesta.

—Acepto casarme contigo, Anthony —respondió ella, y Anthony no pudo evitar que una sonrisa se formara en su rostro, aunque la borró en segundos.

—Perfecto. Ya que aceptas, quisiera dejar todo claro. —Evelyn asintió, dispuesta a escuchar lo que él tenía que decir—. Este matrimonio solo durará un año.

—¿Cómo? —Evelyn estaba confundida.

—No me interrumpas —aseveró él, y ella solo asintió—. Como dije, estaremos casados solo un año. Esto es únicamente para castigar a mi madre y proteger mi reputación. Después de eso, ya no te necesitaré. Como nadie te conoce aquí y no tendrás familia, fingiremos tu muerte. Yo seré un duque viudo. Te compensaré, por supuesto. Podrás elegir dónde quieres vivir, excepto en Inglaterra. Te daré una casa y una buena suma de dinero para que hagas lo que quieras, siempre y cuando te mantengas lejos.

Anthony vio cómo los ojos de Evelyn se llenaban de lágrimas, pero sabía que debía mantenerse firme y no dejarse conmover por ellas.

—¿Por qué me quieres lejos de ti? —preguntó Evelyn, dolida por las palabras que acababa de

escuchar.

—¿No es obvio? Te repito, hago esto para castigar a mi madre y salvar mi reputación, pero te escojo a ti por mi madre, porque para salvar mi reputación lo puedo hacer con cualquier otra dama. Pero, ¿en serio crees que podría pasar el resto de mi vida con la mujer que pisoteó mi corazón, me ilusionó y luego me abandonó sin razón aparente?

—Tus padres...

—Mis padres no iban a ser un problema una vez que huyéramos, pero de todos modos no creo que esa sea tu razón, Evelyn. Siempre supiste que había riesgos de que ellos nos encontraran, y aún así, seguiste conmigo, metiéndote en cada parte de mí, para luego romperme.

—Anthony... —susurró ella con un dolor desgarrador en el pecho.

«No lo viste romperse, y para volver a reunir sus pedazos sin una razón o explicación, será bastante difícil».

Evelyn recordó las palabras de su madre, dándose cuenta de que eran ciertas; él aún estaba roto y no confiaba en ella. Pero haría lo posible por reunir los pedazos de ambos, porque aunque Anthony no lo viera, ella también estaba rota.

—Bien, acepto tu propuesta con todo. Pero yo también tengo una condición.

Anthony levantó una ceja y sonrió de medio lado.

—¿Cuál es tu condición?

—Dormiremos juntos en la misma habitación y en la misma cama. —Anthony dejó de sonreír y la miró fijamente.

—¿Por qué quieres algo como eso?

—Quiero volver a tener al mismo Anthony de antes, que confiaba en mí. Quiero que aprovechemos esta oportunidad de estar juntos, arreglar lo que nos quebró la primera vez y ser más fuertes juntos. Quiero que me des la oportunidad de demostrarte que podemos ser más —expresó Evelyn, con la esperanza de que él aceptara.

—Podemos dormir juntos, pero nunca te perdonaré, Evelyn. —La frialdad en la voz de Anthony era palpable.

—Si cuando termine el tiempo que marcaste, aún sientes que no puedes perdonarme y que me deseas lejos de ti, entonces me iré sin aceptar nada de lo que me ofreces.

—Estás loca. Pero está bien. —Evelyn observó cada detalle del rostro de Anthony y no vio vacilación, como

si realmente la quisiera lejos de él—. ¿Algo más?

Evelyn lo pensó antes de mencionar la segunda condición.

—Quiero que mi madre y mi hermana estén conmigo y dejen de trabajar para ti. No quiero que mi familia tenga que servirte mientras yo sea tu duquesa.

Anthony no se sorprendió por esa petición; sabía cuánto amaba Evelyn a su madre y su hermana. También comprendía que no permitiría que, mientras ella viviera cómodamente, su familia continuara en la pobreza.

—Bien, tu madre y hermana dejaran de trabajar, eso hará enojar aún más a mi madre, ya que tendrá que buscar una nueva doncella. —Evelyn rodó los ojos ante el comentario de Anthony. Ya le había quedado más que claro su razón para pedirle que fuera su esposa—. Necesito tus tallas, te compraré un vestido que sirva para la boda; no da tiempo de mandar a hacer uno nuevo.

Evelyn asintió y le dio lo que necesitaba.

—No le puedes decir a nadie. Será un secreto hasta que entres por la puerta de la iglesia. Si no

hay más dudas, puedes retirarte. Tengo trabajo que hacer —expresó Anthony, tomando unos documentos en sus manos y dejando a Evelyn de lado. Solo notó cómo ella se levantó de su silla y abandonó el despacho. Al verse solo, soltó los documentos y respiró hondo. Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para ser fuerte y frío con ella. Pero lo logró.

Ahora solo debía arreglárselas una vez estuvieran casados y tuviera que dormir con ella cada día. Sería una tortura para él no poder tocarla y hacerla suya como deseaba.

∞∞∞

Evelyn solo pensaba en la conversación que había tenido con Anthony. Por un lado, no pudo evitar sonreír al saber que en menos de tres días se casarían. Para él, era solo un medio para silenciar el escándalo y hacer pagar a su madre, pero para ella, era la oportunidad que perdieron hace siete años y que por fin recuperarían.

Espero que las diferencias sociales no nos afecten más de lo que ya lo ha hecho —pensó Evelyn. Sabía que no sería fácil convivir con Delphina.

Pero si antes estuvo dispuesta a dejarlo todo por él, ahora estaba dispuesta a hacer más.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, rompiendo la paz de la mañana. Los padres de Anthony, lord Andrew y lady Delphina, entraron en la habitación con rostros desencajados por la furia y la sorpresa. La duquesa se llevó una mano a la boca con incredulidad.

—¡Anthony! —exclamó Andrew, su voz resonando con autoridad. Sus ojos fríos pasaron del rostro somnoliento de su hijo a la figura aterrorizada de Evelyn—. ¡Esto es inaceptable! —gritó él, su tono cortante—. ¡Una sirvienta en la cama de mi hijo!

Evelyn, asustada, intentó cubrirse con las sábanas, mientras Anthony se incorporaba sin importarle su desnudez ante sus padres. Él solo intentaba mantener la calma ante la tormenta que se avecinaba. Sin embargo, su determinación era muy clara ante la situación. Tomó la mano de Evelyn con firmeza y miró directamente a su padre.

—Padre, madre, amo a Evelyn —declaró Anthony con voz firme, ignorando las miradas de sus padres—. Y me casaré con ella, con o sin su aprobación.

El silencio cayó sobre la habitación por un momento, roto solo por el jadeo de incredulidad de Delphina. Andrew, sin embargo, se mantuvo firme, con su expresión endureciéndose aún más.

—Eso es imposible, Anthony —respondió el duque con frialdad—. Esta joven es una sirvienta; no es digna de tu título ni de tu nombre. No permitiré que arruines tu vida y la reputación de nuestra familia.

Anthony se levantó de la cama sin soltar la mano de Evelyn. Sus ojos, normalmente llenos de respeto hacia su padre, ahora lo miraban con desafío.

—No puedo renunciar a ella, padre. Evelyn es mi vida. Si ustedes no pueden aceptar eso, entonces tendré que renunciar a todo lo demás —expresó Anthony con seguridad en sus palabras.

Delphina, horrorizada, miró a su esposo en busca de apoyo.

—Si decides seguir adelante con esta locura, Anthony, serás desheredado y expulsado de esta casa —advirtió el duque, con un tono bajo, pero lleno de amenaza—. Y ella —añadió, señalando a Evelyn con desdén— tendrá un destino peor.

Evelyn intentó retirar su mano, temerosa de las consecuencias, pero Anthony la sujetó con

más fuerza.

—Entonces, así será —respondió Anthony con voz firme—. No puedo vivir sin Evelyn. Prefiero perderlo todo antes que vivir sin ella.

La tensión en la habitación era palpable. La duquesa, con lágrimas de rabia en los ojos, se giró hacia su esposo, quien miró a su hijo con decepción. Sin decir más, el duque dio media vuelta y salió de la habitación, seguido de cerca por su esposa.

Anthony y Evelyn quedaron solos; el silencio se asentó en el aire, solo interrumpido por los suaves sollozos de Evelyn. Anthony la sostuvo en sus brazos, acariciando su cabello para consolarla. Su corazón latía rápidamente, no solo por la confrontación con sus padres, sino también por la decisión que acababa de tomar.

Anthony tomó el rostro de Evelyn entre sus manos y la miró a los ojos con intensidad.

—Eve, sé que esto suena loco, pero no puedo imaginar mi vida sin ti —declaró Anthony casi en un susurro solo para que ella escuchara—. Dejemos todo esto atrás. Nos iremos de aquí; encontraremos un lugar donde podamos vivir sin que nadie nos juzgue.

Evelyn, con lágrimas aún en los ojos, lo miró con asombro. Había soñado con un futuro con Anthony, pero nunca creyó que él estuviera dispuesto a renunciar a todo por ella.

—Pero... ¿y tu familia? ¿Y tu título? —preguntó Evelyn preocupada—. No quiero que pierdas todo por mi culpa.

Anthony sacudió la cabeza, tomando sus manos con firmeza.

—Nada de eso importa si no tengo tu amor, Evelyn. Mi familia no me entiende, y mi título no significa nada sin ti a mi lado. Podemos empezar de nuevo, lejos de Londres, donde nadie nos conozca. Podríamos ser felices, simplemente siendo nosotros mismos.

Evelyn pensó en su propia familia, su madre y su hermana, quienes también trabajaban como sirvientas en la residencia. Sabía que dejarlas atrás sería doloroso, pero su amor por Anthony era más fuerte. Era una oportunidad única para vivir una vida que nunca había imaginado posible, una vida de libertad y amor.

Ella respiró profundamente, mirando a Anthony con determinación.

—Estoy dispuesta a hacerlo, mi amor. Dejaré todo por ti, como tú lo harás por mí. No sé qué nos deparará el futuro, pero sé que mientras estemos juntos, podremos enfrentar cualquier cosa.

Anthony sonrió, una sonrisa cargada de alivio y esperanza. La abrazó con fuerza.

—Entonces, nos iremos esta misma noche —decidió Anthony—. No hay tiempo que perder, y no quiero arriesgarme a que mi padre te lastime. Iremos a un lugar donde nadie pueda encontrarnos y empezaremos nuestra nueva vida juntos.

Evelyn asintió, sintiendo una mezcla de nervios y excitación. Sabía que el camino que estaban eligiendo no sería fácil, pero también sabía que era el único que quería tomar.

—Sí, mi amor. Esta noche.

—¿Qué estás haciendo en este pasillo? —Evelyn salió de sus recuerdos al escuchar la voz de Claire, quien la miraba con el ceño fruncido.

—Yo... ya estaba regresando a la cocina, milady —respondió Evelyn, bajando la cabeza.

—Tu trabajo con mi hija terminó hace mucho; no deberías estar merodeando por los pasillos —aseveró Claire, levantando el mentón.

—Por supuesto, lo siento mucho, milady. No volverá a pasar.

—Eso espero; si no, tendré que hablar con Delphina para que te devuelva a la cocina. Seguramente estarás mejor ahí. Ahora, vete.

Evelyn hizo una pequeña inclinación y luego se alejó lo más rápido que pudo de Claire. No

sabía por qué, pero desde que la conoció, sentía que ella quería arruinarla.

Cuando llegó a la cocina, encontró a casi todos los sirvientes sentados en la mesa, comiendo su cena. Sin querer interrumpir, se acercó a su lugar, donde estaban su madre y hermana esperándola. Algunos sirvientes miraron a Evelyn con curiosidad, pero nadie dijo nada. A pesar de todo, muchos la respetaban.

Una vez que todos terminaron de cenar, cada uno se retiró para descansar. Antes de seguir a su madre y hermana, Evelyn fue hasta donde estaba Ava para saber si el plan de su pintura y el artista había salido bien.

—¿Y entonces? —preguntó Evelyn. Ava sonrió y sacó un papel doblado del bolsillo de su vestido para luego entregárselo a Evelyn.

—Le gustó tu pintura, y ahora quiere conocerte.

Evelyn sonrió y luego abrió rápidamente el pedazo de papel.

—Esto es una dirección —musitó Evelyn, con el ceño fruncido.

—Sí, quiere que lo visites en su taller —explicó Ava.

Evelyn sonrió con emoción contenida, no podía creer que el famoso artista Montford quería conocerla.

—¿Sabe que soy una mujer?

—Creo que no, pero según me dijo mi amigo, a él no le importa mucho eso. Mientras demuestres talento, él puede ayudarte a ser reconocida.

—Gracias, Ava. Siempre te lo agradeceré.

—Espero que cuando seas una pintora famosa, recuerdes a esta anciana —bromeó Ava, haciendo reír a Evelyn.

—Por supuesto que sí.

—Yo espero que nos recuerdes a todos aquí, ¿verdad, Evelyn? —habló Billmar, uno de los ayudantes de cocina.

—Nunca me olvidaré de ustedes, pero primero tengo que hacer muchos cuadros para ser muy famosa —expresó Evelyn con galantería mientras sonreía.

—Dudo que llegues a ser más que una sirvienta, Evelyn. —todos los que rodeaban a Evelyn se voltearon a ver a Lydia.

—Mejor lleva tu envidia a otro lugar, Lydia —replicó Ava, mirándola severamente.

—¿Envidia? ¿De Evelyn? —Lydia rió, pero todos la ignoraron.

—Mejor iré a descansar; mañana será otro día —musitó Evelyn, sin perder la felicidad del momento, porque, en verdad, el comentario de Lydia no le había afectado en nada.

Al llegar a su habitación, su madre la estaba esperando junto a su hermana, quien las miraba sin entender.

—¿Me puedes decir qué pasa, Evelyn? Mamá no ha querido ir a descansar esperándote, y yo estoy muy cansada. Necesito dormir —expresó Sharon, tirándose en su cama como un saco de papas.

Elina, en cambio, miró a su hija, esperando su respuesta.

—Ya todo está arreglado, será en dos días —informó Evelyn, mirando a su madre.

—¿Qué será en dos días? —preguntó Sharon, pero ninguna le respondió, lo que hizo que Sharon resoplara—. ¿Por qué no me cuentan nada? Yo también quiero saber.

—Porque eres muy chismosa —respondió Evelyn, burlándose.

Elina se acercó a Evelyn y asintió, sonriendo un poco.

—Estoy segura de que sabrás llevar las cosas a buen puerto y que lograrán ser felices, hija.

—Gracias, mamá. —Elina besó la mejilla de Evelyn y luego la de Sharon, deseándoles una buena noche. Una vez que Elina abandonó la habitación, Sharon se colocó frente a Evelyn, sonriendo.

—¿No me contarás? —Evelyn negó con la cabeza.

—Lo sabrás pronto, hermanita —musitó Evelyn, girándose para que Sharon desatara los cordones del delantal y del vestido.

—Espero que al menos sea algo bueno —expresó Sharon, trabajando en los nudos de los cordones del uniforme de su hermana.

—Yo también —susurró Evelyn.

Capítulo 8

Pss Pss Pss

El Evento más esperado de la temporada, sin duda ha sido la boda del duque de Beaufort, lord Anthony Ross. Sin embargo, lo que debería haber sido una celebración radiante ha dejado a todos en absoluto asombro y especulación, debido a la identidad desconocida de la nueva duquesa. Pero no podemos negar que la mujer era de una belleza clásica y porte digno. Muchos dieron su opinion sobre quien podría ser la esposa del duque, como que podría ser una aristócrata extranjera por la falta de información sobre ella, ya que nadie pudo reconocerla. Sin embargo, lo más desconcertante fue la reacción de la madre del duque, la duquesa viuda de Beaufort, quien se mostró visiblemente sorprendida y, algunos dicen que incluso estaba incómoda, por lo que supongo que ella no estaba enterada sobre los planes de su hijo.

Lo mejor fue que todos esperaron el final de la ceremonia para conocer a la nueva duquesa, pero eso no fue posible, ya que el duque sorprendió a todos al partir apresuradamente con su esposa, sin ofrecer la recepción. Este gesto no ha hecho más que alimentar las especulaciones. ¿Por qué tanta prisa por retirarse? ¿Qué secretos oculta esta misteriosa mujer?

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Evelyn estaba nerviosa; el día había llegado, pero no era como se lo había imaginado. Anthony ni siquiera mostraba la emoción que ella esperaba; él parecía serio y disgustado.

Él estuvo presente durante todo el tiempo que preparaban a Evelyn en su residencia de soltero, pero ni siquiera la miró durante el proceso. Esto hacía que Evelyn se sintiera dolida y triste; al menos esperaba una sonrisa.

Cuando despertó esa mañana, sabía todo lo que tenía que hacer: seguir una rutina normal y sin levantar sospechas. Una vez que Delphina y los demás hubieran salido, Anthony la llevaría con él hasta su residencia de soltero, donde el vestido y dos mujeres la estarían esperando.

Evelyn ya estaba casi lista, pero aún no se había mirado en el espejo para apreciar el resultado. Estaba emocionada y nerviosa; nunca había usado un vestido tan bonito como el que llevaba en ese momento, y mucho menos había sido peinada o atendida con tanto respeto y delicadeza. Pero cada vez que miraba a Anthony, su sonrisa se desvanecía al verlo tan serio, más aún cuando ella estaba feliz y emocionada.

¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Él aún me ama? ¿O al final tendré que irme y dejarlo? —esos eran los pensamientos de Evelyn mientras las mujeres colocaban el velo sobre su cabello.

—Coloca esto también —indicó Anthony, sosteniendo una tiara de perlas y piedras preciosas en su mano. Evelyn lo miró a los ojos desde su lugar, pero él aún no le devolvía la mirada.

Una vez lista, le permitieron mirarse en el espejo. Evelyn caminó hacia él con lentitud, y al ver su reflejo, se asombró por la visión que tenía ante ella. Estaba vestida como una auténtica duquesa, con un vestido deslumbrante que nunca habría soñado usar. El vestido, de un exquisito satén marfil, tenía una falda que se extendía en una larga cola detrás de ella, decorada con

delicados bordados de hilo de oro y plata, formando intrincados patrones florales que reflejaban la luz en cada movimiento.

El corpiño, ajustado a su curvada figura, estaba adornado con perlas y cristales, brillando con un resplandor suave. Tenía un escote en forma de corazón, que enmarcaba elegantemente su cuello y hombros, mientras que las mangas, hechas de encaje fino y transparente, se extendían hasta sus muñecas, terminando en delicados puños de encaje.

El velo, de tul y encaje, caía en suaves pliegues desde un tocado de flores de seda y pequeños broches de diamantes que relucían como estrellas. Cubría suavemente su cabello, que había sido recogido en un sofisticado peinado con rizos y trenzas, adornado con la tiara que le había dado Anthony. Los accesorios completaban la transformación: un collar de perlas a juego con unos pendientes, y en sus manos, llevaba un ramo de flores blancas compuesto por lirios y rosas.

Al verse reflejada, Evelyn sintió una vez más la emoción. Nunca en su vida había llevado algo tan lujoso y hermoso. La sensación del satén y el encaje sobre su piel, el peso del vestido, el brillo de las joyas, todo era una experiencia completamente nueva para ella. Se sentía como si estuviera viviendo un sueño, un sueño en el que se transformaba de una sirvienta en una figura de una belleza deslumbrante, digna de la nobleza.

A pesar de la alegría y el asombro, también sentía un leve temor y nerviosismo por lo que significaba todo eso. Estaba a punto de dar un paso monumental, y Anthony no la estaba ayudando a relajarse, porque su expresión y falta de emoción eran muy evidentes.

Pero tomó una respiración profunda, sintiéndose llena de determinación y coraje. Haría que Anthony volviera a confiar en ella.

Estaba lista para enfrentar el futuro.

∞∞∞

El ambiente en la iglesia de St. James, una elegante estructura gótica de piedra blanca en el centro de Londres, estaba decorado con flores blancas y doradas, creando un entorno de puro lujo. Los invitados esperaban ansiosos el comienzo de la ceremonia. Había murmullos de curiosidad y especulación, ya que Anthony había mantenido en secreto la identidad de su futura esposa.

Anthony, vestido con un traje negro con detalles dorados, estaba de pie en el altar junto al párroco. Su expresión neutral era visible para todos, aunque por dentro estaba tratando de controlar sus emociones. En pocos minutos convertiría a Evelyn en su esposa, y mentiría si dijera que eso no lo emocionaba.

Ese había sido su único deseo hace siete años, cuando pensaba dejar todo por ella. Pero ahora, sabiendo que dentro de poco sería suya, la emoción y la desesperación eran las mismas de hace siete años.

Cuando la estaban preparando, Anthony tuvo que controlar sus impulsos para no acercarse, tomarla de la cintura, besarla, y ordenar a las mujeres que se fueran y los dejaran solos. Por eso había evitado mirarla más de lo debido. Pero el resultado final había sido deslumbrante; él no pudo negarlo y tampoco pudo apartar la mirada de ella, que parecía una verdadera duquesa.

Cuando la música del órgano comenzó, todas las miradas se dirigieron hacia las grandes puertas de la iglesia. Al abrirse, Evelyn apareció en el umbral, y hubo un instante de silencio. Ella avanzó lentamente por el pasillo.

Anthony no pudo evitar sonreír al verla caminar hacia él. Era tan hermosa que le quitaba el aliento. Observó cómo el vestido le quedaba perfecto y recordó cómo había pasado todo un día buscando el vestido adecuado para ella, hasta que lo encontró en una nueva sastrería cerca de East End.

Anthony no se molestó en mirar a su madre; sabía que estaría enojada, pero le alegraba saber que tendría que guardar silencio, ya que a Delphina no le gustaban los escándalos.

Por otro lado, Delphina, sentada en uno de los primeros bancos junto a Claire y su familia, observaba con una expresión de incredulidad y sorpresa. Había esperado una joven de buena familia, quizás alguien de la aristocracia local. Sin embargo, allí, caminando hacia el altar, estaba Evelyn, la sirvienta que conocía a la perfección. Delphina parpadeó, tratando de asimilar lo que veía.

Los murmullos se intensificaron entre los invitados, algunos sorprendidos, otros escandalizados. Pero Evelyn se mantuvo serena, sin mostrar dudas o miedo, solo mantuvo la cabeza alta y su mirada fija en Anthony, quien la observaba también. Cuando finalmente llegó al altar, Anthony tomó su mano, y ambos se miraron con una intensidad que hablaba por sí sola, dándole a Evelyn una pizca de esperanza. El párroco comenzó la ceremonia, y mientras recitaba las palabras sagradas, Evelyn y Anthony solo tenían ojos el uno para el otro.

Delphina, que inicialmente había estado sorprendida y quizás escandalizada, no pudo evitar sentir una cierta admiración al ver cómo Evelyn había dejado una buena impresión al actuar con tanta educación y delicadeza. De cierto modo eso la relajaba, al menos no se armaría un escándalo por la falta de modales de la novia.

—No puedo creer que Anthony haya escogido a la sirvienta para convertirla en duquesa, Delphina —susurró Claire en el oído de Delphina, pero ella no respondió y siguió observando la ceremonia. Era claro que Claire esperaba que Anthony escogiera a su hija.

Finalmente, cuando el párroco anunció a Anthony y Evelyn como marido y mujer, Anthony inclinó la cabeza para besar a su nueva esposa. El beso fue seguido por un aplauso generalizado de los invitados, aunque algunos aún murmuraban en voz baja.

Evelyn, ahora la duquesa de Beaufort, y Anthony caminaron juntos por el pasillo hasta salir de la iglesia. Sin esperar a los invitados, Anthony ayudó a Evelyn a subir al carruaje que los había estado esperando, y rápidamente se alejaron de la iglesia.

Durante el trayecto hacia Beaufort House, Anthony no podía dejar de observar a Evelyn y pensar que ahora ella era su esposa. Ese pensamiento, junto con la imagen de ella mordiéndose el labio inferior, hicieron que perdiera el control que había estado reprimiendo durante horas. Se lanzó hacia ella y la besó con pasión desmedida. Un suave jadeo se escapó de los labios de Evelyn, lo que hizo que Anthony la apretara más contra él, hasta sentarla sobre su regazo. Cuando el aire comenzó a faltar, despegaron sus labios, pero mantuvieron sus frentes unidas.

—Lo siento, no pude resistirme —musitó Anthony con los ojos cerrados, y sintió cómo Evelyn reía suavemente—. ¿Por qué te ríes?

—Es que me alegra saber que aún me deseas —respondió Evelyn.

Anthony abrió los ojos y se alejó un poco para mirarla a los ojos.

—Creo que eso lo dejé claro la otra noche, Evelyn —murmuró él.

—Entonces fue bueno que una de mis condiciones fuera dormir juntos en la misma cama, porque yo también te deseo, Anthony —declaró ella, acariciando el rostro masculino y detallándolo con la mirada. Su mirada recorrió con aprecio sus rasgos marcados, la línea fuerte de su mandíbula y el ligero rastro de barba que acentuaba su aspecto varonil. Los ojos café, la

observaban con una intensidad que siempre lograba hacerla sentir vulnerable y deseada a la vez. Su cabello oscuro, perfectamente peinado le daba un aire de aún más atractivo, mientras que su boca, de labios firmes pero suaves, la tentaba a besarla una vez más.

Pero antes de que pudiera acercarse más, Anthony la apartó con suavidad, devolviéndola a su lugar con una mezcla de deseo y autocontrol.

—No creo que sea buena idea intimar, Evelyn —habló él sin mirarla, mientras ella fruncía el ceño sin entender—. En un año esto terminará, y tener relaciones sería arriesgado. Podrías quedar embarazada.

Evelyn se tensó ligeramente al escuchar esas palabras y recordó algo que quería pero no podía olvidar.

—Tienes razón, es un riesgo. Y entiendo que el hijo de una sirvienta no es lo ideal para tu linaje.

—Evelyn, eso no fue lo que quise decir. —Anthony trató de explicarse, pero en ese instante el carruaje se detuvo, señalando que habían llegado a Beaufort House—. Nunca me avergonzaría si me dieras un hijo, Evelyn, al contrario, lo amaría.

Evelyn no respondió a sus palabras; solo decidió quedarse callada, pensando que sería lo mejor.

Ambos bajaron del carruaje, y Anthony llevó a Evelyn de la mano hasta el gran salón de la casa. Los sirvientes, previamente avisados por orden del duque, ya estaban reunidos allí. Anthony se colocó al frente de la sala junto a Evelyn, quien se veía radiante en su vestido.

—Buenas tardes a todos —comenzó él, su voz firme y autoritaria—. Quiero anunciarles que Evelyn ahora es mi esposa, la duquesa de Beaufort.

Hubo un murmullo entre los sirvientes, algunos sorprendidos, otros impactados al ver la transformación de Evelyn. Sabían que la joven que una vez trabajó a su lado ahora se encontraba en una posición que ninguno de ellos hubiera imaginado.

—Y quiero dejar claro que, a partir de hoy, Evelyn debe ser tratada con el mismo respeto que se le da a cualquier miembro de esta familia. Ella es su nueva señora, y espero que todos la traten como tal. Además, quiero ser explícito en algo más —continuó Anthony, su tono se endureció ligeramente—. A partir de hoy, queda absolutamente prohibido hablar con alguien fuera de Beaufort House sobre el origen de Evelyn. Lo que era antes, ya no importa. Lo único que debe importar es que ella es su duquesa, y debe ser tratada como tal.

Evelyn, sintiendo las miradas de sus antiguos compañeros de trabajo, mantuvo la cabeza alta. Aunque una parte de ella se sentía incómoda al ser el centro de atención. Había trabajado junto a esas personas, compartido su vida y sus dificultades, y ahora todo había cambiado.

Los sirvientes intercambiaron miradas, asimilando las palabras del duque.

—Excelencia, felicidades por su matrimonio. Puede contar con nuestro respeto y lealtad —expresó una de las sirvientas, Ava, quien dio un paso adelante con una inclinación de cabeza respetuosa.

Otros sirvientes siguieron su ejemplo, inclinándose y ofreciendo sus felicitaciones. Evelyn, con una sonrisa agradecida, asintió.

—Gracias a todos —respondió ella con humildad—. Sé que esto es un gran cambio, y espero que podamos trabajar juntos para que esta transición sea lo más fácil posible.

Anthony, satisfecho con la respuesta de los sirvientes, miró a Evelyn con orgullo, aunque lo escondió de ella.

—Pueden retomar sus labores —ordenó Anthony, y mientras los sirvientes se dispersaban para continuar con sus tareas, Elina, la madre de Evelyn, se acercó a ellos junto a Sharon.

—Por Dios, hija. Qué hermosa estás —expresó Elina con lágrimas en los ojos al ver el cambio en Evelyn. Miró a Anthony sin atreverse a abrazar a su hija, pues ahora ella era una duquesa.

—Gracias, mamá —respondió Evelyn, cerrando la distancia para abrazarla. Por encima del hombro de su madre, observó a su hermana y sonrió.

—¿Era esto lo que me ocultaban, cierto? —Evelyn no pudo evitar reír más, pero también recibió un abrazo de su hermana.

Anthony solo observó la escena. Una vez que Evelyn se alejó de su hermana, se incorporó frente a él.

—Ya estamos casados, ¿cumplirás con mi segunda condición? —preguntó Evelyn, mirándolo a los ojos sin vergüenza ni temor. Anthony tuvo ganas de reír, pero se contuvo; le parecía encantador ver cómo Evelyn intentaba desafiarlo, aunque era difícil no desviar su atención a sus labios.

—Por supuesto que cumpliré con mi palabra, Evelyn —aseguró Anthony, luego desvió su mirada a la madre y hermana de su esposa—. A partir de ahora serán tratadas con el mismo respeto que pedí para mi esposa, y les asignaré nuevas habitaciones.

Elina miró a Evelyn con los ojos muy abiertos, y Evelyn solo asintió y sonrió.

—¿En serio? —inquirió Sharon, con una inmensa sonrisa en los labios.

—Por supuesto, esta misma noche podrán trasladar sus pertenencias a sus nuevas habitaciones.

—Gracias, excelencia —agradeció Elina. Anthony solo asintió y luego miró a Evelyn, quien sonreía con alegría. Ver su sonrisa de felicidad hizo que su corazón se llenara de orgullo por haberla hecho feliz.

En ese momento, llegó Delphina seguida de los demás: Claire, Simon, Albert, Lucianne y Odella. El rostro de Delphina, normalmente sereno y controlado, mostraba una mezcla de sorpresa y preocupación mientras miraba a su hijo y a su esposa.

Anthony, al saber lo que se avecinaba, decidió adelantarse. Con una postura firme, avanzó un paso hacia su madre, sosteniendo la mano de Evelyn con fuerza. Delphina los observó, especialmente a Evelyn, quien mantenía la cabeza alta a pesar de la tensión evidente en el aire.

—Quiero que quede claro para todos, incluyéndote a ti, madre, que Evelyn es ahora mi esposa, la duquesa de Beaufort. Ella merece el mismo respeto y condescendencia que cualquiera de nosotros. No permitiré ninguna falta de respeto hacia ella, su madre y su hermana, venga de quien venga —expuso Anthony sin preámbulos ni titubeos.

Delphina parpadeó, sorprendida por la firmeza en la voz de su hijo; la misma expresión estaba en el rostro de Claire, quien no podía creer que una sirvienta estuviera ocupando el lugar de una duquesa. Después de un momento de silencio, Delphina, con una expresión de resignación, asintió levemente. Sabía que, aunque no estuviera de acuerdo con la elección de su hijo, no podía ignorar su orden. Evelyn era ahora la nueva duquesa de Beaufort y debía ser tratada como tal.

Anthony tomó a Evelyn de la mano, y ambos se alejaron. La llevó a la habitación de la duquesa para mostrarle que esa sería su habitación.

—Esta es tu habitación ahora —indicó Anthony. Evelyn miró a su alrededor.

La habitación era espaciosa y elegantemente decorada, con un techo alto adornado con molduras intrincadas y un gran ventanal con cortinas de terciopelo dorado y marfil. En el centro, destacaba una cama con dosel, cubierta con sábanas de satén y un edredón bordado en tonos cálidos como dorados, cremas y marrones. Un tocador de madera oscura, un armario y un aparador tallados con detalles florales completaban el mobiliario. La habitación también contaba con un escritorio, sillones tapizados en terciopelo, cuadros enmarcados en oro, y una chimenea de mármol adornada con un reloj, candelabros, esculturas y flores frescas.

—¿Mi habitación? Quedamos en que compartiríamos la...

—Lo sé, pero como duquesa, debes mantener tu propio espacio, aunque... durmamos juntos —explicó Anthony, y Evelyn asintió—. Ahora ven.

Anthony le mostró la puerta que comunicaba las dos habitaciones, luego pasaron a la habitación de Anthony, la cual sería la que compartirían en la noche.

—Me encargaré de contratar los servicios de una modista para encargar tus vestidos. En tu armario hay algunos que compré junto a tu vestido de novia —informó Anthony—. No puedes salir de esta casa sin mi consentimiento; aún no es momento de que te exhibas. Debemos presentarte formalmente.

—¿Ya creaste la historia perfecta para tu esposa? —preguntó Evelyn, mirándolo fijamente desde su lugar.

—Aún no; primero debo prepararte, Evelyn.

—¿Prepararme? —Anthony asintió.

—Te asignaré una institutriz que te enseñe lo básico para ser una duquesa; mi madre no sería una buena maestra teniendo en cuenta las circunstancias.

—Entiendo —Evelyn asintió.

Luego de unos segundos de silencio, Evelyn miró a Anthony y luego se acercó a él.

—Quisiera quitarme el vestido, ¿puedes ayudarme? —Anthony la miró, dudando si debía hacerlo o no; su control se desvanecía cuando la tenía muy cerca, pero terminó asintiendo.

Con movimientos lentos y delicados, Anthony comenzó a desatar las cintas del vestido hasta que este cayó al suelo, dejando a Evelyn en corsé, enaguas, medias y zapatos. Evelyn se giró, quedando frente a Anthony, mientras llevaba sus manos a su cabello para retirar las horquillas y los accesorios, dejando que su largo cabello castaño cayera como una cascada sobre sus hombros y espalda.

Anthony abrió la boca ligeramente para luego pasar la lengua por sus labios. Evelyn, al percatarse de aquel gesto, se acercó, lo tomó de los hombros y lo besó. Enseguida, Anthony correspondió al beso, tomándola de la cintura para acercarla más a su cuerpo. El deseo era innegable, pero pasados unos segundos, Anthony se retiró, alejándose dos pasos de Evelyn.

—No, Evelyn —gruñó Anthony sin mirarla.

Evelyn frunció el ceño, aún con la respiración entrecortada.

—¿Por qué no, Anthony? Me deseas y yo igual. —Ella trató de acercarse una vez más a él, pero él retrocedió.

—Recuerda por qué nos casamos; no somos un matrimonio enamorado, Evelyn. Es un acuerdo mutuo —expuso Anthony con seriedad, dejando a Evelyn sin palabras.

Ella sabía a qué se enfrentaría una vez tuviera casada con Anthony; a ella no le interesaba ser una duquesa, solo quería recuperar a Anthony. Pero entonces, la imagen de Dayse vino a su mente y frunció el ceño.

¿Y si él la ama a ella? ¿Y si me equivoqué con las señales? —se preguntó Evelyn, mirando un punto fijo de la habitación. Luego lo miró y suspiró. Debía salir de dudas; debía saber a qué se enfrentaba, porque si él aún pensaba en Dayse, no habría forma de recuperarlo. Entonces entendería que cuando llegara el momento, se iría.

—Anthony —lo llamó en voz baja. Él la miró—. ¿Aún amas a Dayse?

Capítulo 9

Pss Pss Pss

No entiendo porque el duque de Beaufort prefiere estar en un club, en vez de estar disfrutando de su noche de bodas con su esposa, una de la cual aún no sabemos nada.

No estoy cuestionando las acciones del duque, después de todo desconocemos las razones que lo llevaron a casarse con una mujer desconocida.

También menciono que la reciente boda, más que cualquier otro evento, ha capturado la imaginación de la alta sociedad.

Mientras algunos se preguntan si el duque ha cometido una imprudencia, otros están simplemente intrigados y esperan con ansias más detalles sobre la nueva duquesa. Sea quien sea esta misteriosa dama, una cosa es segura: Ha dado mucho de qué hablar, Londres y yo, por supuesto, no descansaremos hasta desvelar su verdadero origen.

Revista de Sociedad de Lady Kennt.

Anthony miró a Evelyn con el ceño fruncido, pero luego relajó sus facciones, caminó hasta la cama y se sentó en el borde. Todos sus movimientos fueron seguidos por la atenta mirada de Evelyn, que aún esperaba su respuesta.

—No la amo, Evelyn. —fue sincero al responder, mirándola a los ojos. Evelyn sintió cómo algo pesado abandonaba su cuerpo al escuchar su respuesta—. Pero no voy a mentirte al decir que no siento nada por ella.

Nuevamente, la tensión volvió al cuerpo de Evelyn. Anthony, al notarlo y ver la derrota y tristeza en los ojos avellanas de Evelyn, sintió la necesidad de explicarle mejor.

—Dayse, más que una amante, era una amiga. Ella me ayudó cuando me abandonaste, estaba perdido y ella lo notó. Dayse me dio la seguridad y amor que necesitaba en ese momento, y con el tiempo, cuando vi que no me abandonaría, la convertí en mi refugio. Pero si quieres la verdad, nunca llegué a amarla como debía.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Evelyn, con la voz algo temblorosa.

—En París.

En la bulliciosa ciudad de París, las luces de los candelabros iluminaban con un brillo cálido la sala de conciertos del Théâtre des Italiens. Entre la elegancia de los nobles y el murmullo de las conversaciones, Anthony se encontraba charlando con su amigo Pierre, un parisino de espíritu vivaz y amante del arte.

—Anthony, quiero presentarte a alguien muy especial —indicó Pierre con entusiasmo, conduciendo a Anthony a través de la multitud—. Es una estrella en ascenso en nuestra ópera. Una voz que no olvidarás jamás.

Al llegar a un rincón más tranquilo del salón, Pierre se detuvo frente a una mujer de porte elegante y gracia natural.

—Anthony, esta es Mademoiselle Dayse O'Sullivan, la soprano que está cautivando París. Dayse, este es mi querido amigo Anthony Ross, marqués de Revenshire.

—Un inglés. —Dayse sonrió. Anthony hizo lo mismo después de meses sin sonreír de verdad.

—Encantado de conocerla, Mademoiselle O'Sullivan —musitó Anthony, inclinando la cabeza en una reverencia cortés.

—El placer es mío, monsieur —respondió Dayse con una sonrisa amable y una ligera inclinación.

Después de unas amables palabras de presentación, Pierre, siempre inquieto por conocer a más personas, se disculpó y se alejó, dejándolos solos en medio del bullicio festivo. Ellos comenzaron una amena conversación fluida. Sin darse cuenta, estaban fuera del salón, observando la noche.

—¿Le está gustando París, monsieur? —preguntó Dayse, con un toque de curiosidad en su voz melódica.

—Es una ciudad magnífica —respondió Anthony, mirando a su alrededor antes de volver su atención a ella—. Pero, debo admitir que no he podido disfrutarla plenamente.

—¿Algo le preocupa? —Dayse notó la sombra en sus ojos.

Anthony suspiró, sintiendo una conexión inmediata con la sinceridad en la mirada de Dayse.

—Hace poco perdí a la mujer que amaba —confesó en voz baja. Dayse asintió comprensivamente, su expresión suave y llena de empatía.

—¿Puedo preguntar cómo sucedió?

—Me abandonó —expresó Anthony simplemente, con la tristeza palpable en sus palabras.

Dayse guardó silencio por un momento, dejándolo sentir que había sido escuchado.

—La pérdida de un amor puede ser una de las experiencias más dolorosas que alguien puede enfrentar. No hay remedio fácil, pero hay formas de seguir adelante.

Anthony dejó de mirar la luna y la miró a ella, buscando consuelo en sus palabras.

—Permítase sentir el dolor, monsieur —continuó Dayse—, pero no deje que lo consuma. Dedique tiempo a aquello que le apasiona, rodéese de personas que le aprecian y valoran. Y recuerde, el tiempo tiene una manera de sanar incluso las heridas más profundas.

Anthony asintió.

—Gracias, Mademoiselle Dayse. Sus palabras significan mucho para mí.

Dayse le sonrió, una sonrisa que irradiaba comprensión y fuerza.

—La música siempre ha sido mi refugio en tiempos de dolor. Quizás encuentre en ella un consuelo también.

—Quizás lo haga —respondió Anthony, sintiéndose un poco más ligero—. Y tal vez, mientras lo hago, vuelva a encontrar la belleza en la vida, como su voz ha traído belleza a esta noche.

Dayse rió suavemente.

—Eso es todo lo que puedo desear para usted, monsieur Anthony. Que encuentre su camino hacia la felicidad, paso a paso.

∞∞∞

Anthony empujó la puerta del Club de los Ilustres, un refugio para la élite masculina de Londres. Aunque era uno de los clubes más antiguos, muy pocos lo frecuentaban. Las paredes revestidas de caoba y decoradas con terciopelo carmesí exudaban exclusividad y elegancia. Retratos de antiguos miembros, filósofos y políticos, adornaban las paredes, mientras una gran chimenea central irradiaba un cálido resplandor que contrastaba con el frío de la noche.

En ese momento, Anthony no buscaba compañía; deseaba la soledad para ordenar sus

pensamientos. Se dirigió a una esquina apartada del salón principal, donde había un sillón de cuero y una pequeña mesa de mármol. Se sentó pesadamente soltando un suspiro de agotamiento.

No había podido dejar de pensar en Evelyn, la mujer a la que siempre había amado, aunque se negaba a admitirlo, especialmente cuando sus sentimientos eran un torbellino. Evelyn lo había abandonado una vez, partiendo su corazón de manera irreparable.

¿Cómo puedo perdonarla? Me dejó, dejando tras de sí un vacío enorme —pensó Anthony mientras observaba absorto el fuego de la chimenea.

Pero al mismo tiempo, recordaba los momentos felices que compartieron, la risa que iluminaba sus días y la profunda conexión que siempre sintió con ella. Anthony cerró los ojos, intentando encontrar claridad. Se preguntaba si alguna vez podría dejar atrás el dolor y la desconfianza.

En ese momento, un camarero se acercó discretamente para ofrecerle una copa de brandy, a lo cual Anthony asintió en silencio. Tomó un sorbo, dejando que el licor quemara suavemente su garganta, y se recostó en el sillón mientras el fuego crepitaba y el murmullo de conversaciones lejanas llenaba el club. Se quedó contemplando las llamas, buscando una respuesta a su dilema.

Minutos después, una figura masculina se alzó ante él. Anthony levantó la mirada y se encontró con el vizconde de Brekely.

—Excelencia, no esperaba encontrarlo aquí esta noche —saludó Brekely. Anthony se levantó, dejando su copa en la mesita de mármol.

—Brekely —respondió Anthony—. Nunca se sabe dónde podemos encontrarnos.

—Eso es cierto. Y felicidades por su boda.

—Gracias —agradeció Anthony sin entusiasmo.

—¿Le gustaría acompañarnos a beber una copa? Así podrá conocer a los demás miembros de la LIA[8] —propuso Brekely al notar la falta de entusiasmo de Anthony al mencionar su reciente boda.

—Por supuesto —aceptó Anthony.

Brekely lo guió hasta una mesa donde estaban cuatro hombres. Anthony había oído hablar de algunos de ellos, pero no los conocía directamente.

—Amigos, les presento al duque de Beaufort, el futuro socio de la LIA —anunció Brekely. Los hombres se pusieron de pie de inmediato.

—Excelencia —expresó uno de ellos, haciendo una pequeña inclinación de cabeza.

—Déjeme presentarlos, Beaufort. Jasper Thorne, Rowan Grey, Malcolm Blackwood, y Alistair Fenwick —los presentó Brekely señalando a cada uno de sus amigos.

—Es un placer.

—Gideon ya nos comentó sobre su interés en unirse a la LIA —informó Rowan Grey.

—Para mí es un honor unirme a lo que será el futuro de Inglaterra —respondió Anthony con elegancia.

—También hemos oído que posee una de las mejores plantaciones de algodón en América —comentó Malcolm Blackwood.

—Así es. Mi plantación produce algodón de la más alta calidad —afirmó Anthony asintiendo.

—Eso es excelente, Beaufort. El algodón es el alma de mi fábrica. Con la Revolución Industrial en pleno apogeo, la demanda de algodón de alta calidad nunca ha sido mayor. Las fábricas utilizan maquinaria avanzada gracias a Blackwood Mills[9] —señaló Brekely hacia Malcolm, quien era el segundo hijo de un marqués—. Y con un suministro confiable de algodón como el suyo, podríamos aumentar nuestra producción y reducir costos.

—Sin duda —concordó Anthony, dirigiéndose a Malcolm—. He visto las máquinas que tiene The House of Silks[10], y son increíbles. Ninguna otra fábrica textil tiene ese nivel de tecnología.

—Muy pocas lo tienen, y es gracias a Blackwood Mills. Estamos trabajando en un nuevo proyecto: una máquina de hilar que aumentará significativamente la producción. Aunque se necesitará menos mano de obra, seguirá siendo esencial.

Anthony sonrió ante la explicación de Malcolm.

—Además, podríamos equipar su plantación, Beaufort, con maquinaria de vanguardia para mejorar la eficiencia y la productividad —ofreció Malcolm.

—¡Excelente! —respondió Anthony, aceptando la oferta con una sonrisa.

—Entonces tendríamos una cadena de suministro completa: el algodón transportado desde América hasta Londres, para ser procesado en las fábricas textiles con la tecnología más avanzada.

—Exactamente —añadió Rowan Grey—, y con una alianza sólida, podríamos asegurarnos una ventaja competitiva en el mercado. La clave será la integración y la innovación constante.

—Además —añadió Jasper Thorne—, la situación política actual en Europa nos favorece. Hay una gran demanda de textiles británicos, y con una cadena de suministro robusta, podríamos dominar el mercado.

La conversación continuó, afinando los detalles de la posible alianza. Anthony estaba satisfecho con la dirección de la discusión. La sinergia entre sus plantaciones y las fábricas de sus futuros socios prometía ser un proyecto lucrativo y transformador para todos los involucrados.

Durante todo ese tiempo, Anthony olvidó el conflicto de sus sentimientos y, por un breve momento, también a Evelyn. Sin embargo, ella no tardaría en volver a ocupar sus pensamientos.

Horas después, Anthony regresó a Beaufort House. Con el temor de encontrar a Evelyn aún despierta, decidió ir a su despacho, donde se sirvió otra copa de brandy y se sentó en uno de los sillones. Sabía que los próximos días no serían sencillos; tendría que guiar a Evelyn y prepararla para su presentación social. También sabía que, a primera hora, algunos de sus amigos lo visitarían para saber más sobre su esposa.

La puerta del despacho se abrió, mostrando a Delphina. Anthony frunció el ceño al verla.

—¿Qué haces despierta, madre? —preguntó Anthony. Delphina se acercó y se sentó a su lado.

—Estaba preocupada por ti, hijo —respondió ella. Anthony bufó, pero Delphina continuó—. Nos sorprendiste hoy.

—Ese era el objetivo —contestó él encogiéndose de hombros. Hubo unos segundos de silencio.

—Al final te casaste con ella —musitó Delphina, mirando a su hijo.

—Debiste imaginarlo cuando la pusiste una vez más en mi camino, madre —replicó Anthony mirándola. Delphina desvió la mirada.

—Pensé que la habías olvidado cuando te empeñabas tanto en casarte con Dayse. Gritabas a los cuatro vientos que amabas a la cantante. Creí que Evelyn ya no sería un problema —explicó Delphina—. Pero me equivoqué.

—Ciertamente —asintió Anthony. Tras unos segundos de silencio, la miró con seriedad—. ¿Por qué me la escondiste todos estos años?

Delphina dejó de respirar por un momento antes de responder. Sabía que nada de lo que dijera sería suficiente.

—¿Qué habrías hecho si hubieras sabido que ella aún estaba aquí? ¿Casarte con ella y convertirla en tu duquesa?

Anthony solo miró a su madre, y los recuerdos llegaron a su mente sin poder evitarlo.

Anthony se encontraba en el despacho de su padre, un espacio que ahora era suyo, al igual que el título de Duque de Beaufort. Su padre había fallecido hacía algunas semanas, y desde entonces, Anthony había estado lidiando con los asuntos administrativos y las complejas relaciones sociales que venían con el ducado. Pero, a pesar de la responsabilidad y las distracciones, una sombra persistente seguía nublando su pensamiento: Evelyn.

Ahora que todo estaba más organizado, lo primero que decidió hacer, tras asumir su papel como duque, fue buscarla. Evelyn había dejado un vacío que ninguna otra mujer podía llenar, y aunque había aceptado, con el paso de los meses, que ella lo había dejado, no podía dejar de pensar en ella. Su corazón se negaba a aceptar la realidad.

Durante días la buscó por todo Londres. Pero no había respuestas.

Finalmente, Anthony, frustrado y ansioso, llamó a su mayordomo y al ama de llaves, con la esperanza de que ellos al menos tuvieran alguna información, la servidumbre siempre tenía información de todo.

—Necesito saber de Evelyn —demandó Anthony sin rodeos, sus manos tensas sobre el escritorio—. ¿Qué fue de ella después de que se fue?

El mayordomo intercambió una mirada incómoda con la ama de llaves antes de responder.

—Excelencia —comenzó el mayordomo, eligiendo cuidadosamente sus palabras—, después de que Evelyn dejó la residencia, no ha vuelto. No sabemos nada más de ella.

La ama de llaves asintió solemnemente.

—Algunos dicen que abandonó Londres, pero no tenemos pruebas de ello.

Anthony sintió una punzada de dolor en el pecho. Todos esos meses había guardado una pequeña esperanza de que Evelyn regresara o que, al menos, pudiera encontrarla y preguntarle por qué lo abandonó. Pero ahora, la amarga certeza de que ella realmente se había ido lo golpeaba de nuevo.

—Así que ella… nunca volvió —murmuró, más para sí mismo que para sus sirvientes. Miró por la ventana, su mirada perdida en los jardines, sintiendo que cualquier pequeña esperanza que quedaba en él se desvanecía.

Con un gesto de la mano, despidió a ambos sin decir una palabra más. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Anthony se dejó caer en su silla, resignado a la idea de que Evelyn lo había dejado para siempre.

Días después, mientras revisaba la correspondencia diaria, encontró una carta entre los demás documentos. El sello rojo y elegante le llamó la atención de inmediato, y reconoció la delicada caligrafía. Dayse.

Rompió el sello con curiosidad, desdoblando el papel perfumado. La carta era breve, pero su contenido hizo que una sensación incómoda recorriera su cuerpo.

Mi querido Anthony,

> *Espero que esta carta te encuentre bien. Londres siempre ha sido una ciudad que ansío visitar, y me complace decir que pronto estaré en la capital. En unas semanas, tengo la intención de llegar y me encantaría verte de nuevo. Espero tu respuesta con ansias.*
>
> *Con afecto,*
> *Dayse O'Sullivan*

Anthony soltó la carta y dejó escapar un suspiro. No había pensado en Dayse en mucho tiempo. La cantante francesa había sido una presencia tranquilizadora en París, una amiga cercana, pero no había ocupado sus pensamientos desde su regreso a Inglaterra. Sin embargo, al leer sus palabras, se dio cuenta de que verla nuevamente podría ser justo lo que necesitaba

para distraer sus pensamientos de Evelyn.

Dayse siempre había sido alguien capaz de brindarle buenos consejos. No había amor romántico entre ellos, pero la conexión que compartían era genuina, y su presencia le ofrecía cierta paz. La idea de reencontrarse con ella, de revivir aquellas charlas llenas de comprensión, le parecía ahora una oportunidad para aliviar la carga que Evelyn seguía representando en su corazón.

Quizás, verla podría ayudarlo a desviar su mente de los recuerdos que lo atormentaban, aunque solo fuera por un tiempo.

¿Si la hubiera encontrado cuando la buscó, la habría perdonado y hecho su esposa?

—Tal vez —respondió Anthony al fin. Delphina no se sorprendió por la respuesta—. Cuando ella se fue hace siete años y regresó dos meses después, ¿sabes dónde estuvo?

La pregunta de Anthony hizo que Delphina se tensara, algo que él percibió.

—No lo sé, hijo. Ella solo regresó y pidió volver a trabajar. Tu padre, como castigo, la asignó a la cocina, y no podía salir de allí. Aceptó, y así ha estado trabajando todos estos años.

Anthony entrecerró los ojos; no creía del todo en esa explicación. A Evelyn le gustaba la libertad, y aceptar estar confinada en un sótano no era su naturaleza. Si quería la verdad, tendría que buscar en otro lugar.

—Le pondré una institutriz a Evelyn; debe aprender cómo ser una duquesa —informó Anthony.

—Pero yo puedo ayudarla, hijo.

—No, madre.

—Sé que no confías en mí para guiar a tu esposa, pero ya están casados. No puedo hacer nada al respecto, y quiero que la mujer que esté a tu lado sea perfecta. Has elegido a Evelyn, entonces compórtate como un duque y déjame instruirla.

Anthony sabía que su madre hablaba en serio. Más que nadie, Delphina Ross odiaba los escándalos. Había sido una duquesa perfecta para su padre, y él entendía que su madre quería lo mismo para él.

—Entiendo, pero Evelyn necesita más. Tiene que mejorar su escritura, lectura y modales.

—Como prefieras, pero estaré al tanto de todo, quieras o no —declaró su madre.

—Una cosa más, madre —la detuvo antes de que saliera de la habitación—. Evelyn ama pintar y tiene talento. Me gustaría que hablaras con la tía Claire para que valore sus pinturas y la enseñe.

Delphina frunció el ceño.

—No creo que ese pasatiempo sea apropiado. En su tiempo de aprendizaje, será una distracción, y una duquesa no puede permitirse eso.

—Madre, te aseguro que Evelyn sabrá cumplir con sus responsabilidades. Pero también podrá hacer lo que le apasiona —indicó Anthony seriamente—. No quiero volver a escucharte decir lo contrario. Ahora ve a dormir; ya es muy tarde.

—Tú también deberías ir a dormir —musitó Delphina.

—Subiré en unos minutos, no te preocupes.

Delphina asintió.

—Buenas noches, hijo —expresó, y salió del despacho, dejando a Anthony solo.

No fue hasta que dieron las dos de la madrugada que Anthony decidió ir a su habitación. Al abrir la puerta, todo estaba oscuro, lo que le indicó que Evelyn ya debía estar dormida. Se quitó la ropa, dejando solo sus pantalones, y se dirigió a la cama. Con cuidado, se acostó boca arriba y,

luego de unos minutos, giró para tomar a Evelyn de la cintura y acercarla a su cuerpo. Así, abrazándola con firmeza, como temiendo que ella lo dejara nuevamente, se quedó dormido.

∞∞∞

A la mañana siguiente, Evelyn despertó en una cama vacía, tal como se había dormido. Respiró hondo, sintiéndose vulnerable.

Él me está evitando —pensó Evelyn.

Había esperado por él hasta tarde, pero nunca llegó. Durante todo ese tiempo, no pudo dejar de pensar en la conversación que tuvo con Anthony sobre Dayse. Aunque él le aseguró que no la amaba, admitió que la apreciaba. En el fondo, Evelyn no reprochaba esas palabras ni odiaba a Dayse; al contrario, le agradecía en silencio por haber cuidado de Anthony cuando más lo necesitaba.

También pensó en las palabras de su madre, pero sabía que no podía contarle a Anthony la verdad. No podía hacerle sufrir más contando lo que realmente había ocurrido. Esperaba que él llegara a confiar en ella sin necesidad de decir nada.

Escuchó un suave golpe en la puerta de su habitación. Rápidamente, se levantó y abrió, encontrándose con su madre y su hermana. La sonrisa en su rostro fue instantánea. Deseaba ver rostros familiares después de tantos cambios.

—Buenos días, hija —saludó su madre mientras entraba en la habitación.

—Buenos días —respondió Evelyn—. ¿Durmieron bien en sus nuevas habitaciones?

—Fue maravilloso, esa cama es tan suave que dormí toda la noche sin despertarme —expresó Sharon, vestida con uno de los vestidos que Lucianne había desechado. Su madre, en cambio, llevaba un sencillo vestido, el mejor que tenía.

—Veo que le darás mejor uso a esos vestidos que lady Lucianne —comentó Evelyn, y su hermana asintió—. ¿Y tú, mamá?

—Dormí bien, pero ¿y tú? —preguntó Elina, mirando a su hija con preocupación. Evelyn sonrió con tristeza, sabiendo que su madre la conocía a la perfección.

—Lo mejor será que vayamos a mi habitación. Esta es la de Anthony —explicó Evelyn, mientras arreglaba la cama.

—No deberías hacer eso, Evelyn. Ahora eres la esposa del duque —señaló Sharon. Pero Evelyn ya había terminado de arreglar la cama.

—Es la costumbre —musitó encogiéndose de hombros—. Vamos, les mostraré mi habitación.

Sharon abrió la boca con asombro al entrar en la recámara.

—Dios mío, esto es mil veces más grande que mi habitación, ¡y la mía ya es grande! Tienes de todo aquí, Eve —exclamó Sharon, sorprendida.

—Es la habitación de la duquesa, después de todo —musitó su madre—. Ven, te ayudaré a vestirte.

Evelyn asintió.

—¿El duque te pondrá alguna doncella? —preguntó Sharon mientras olía los frascos de perfume que estaban sobre el tocador.

—No lo había pensado. Son tantas cosas que ni siquiera sé —expresó Evelyn con disgusto. Quería hacer bien su papel, al menos durante el tiempo que estuviera casada con Anthony.

—Pero tu esposo te ayudará, ¿verdad? —preguntó su madre con el ceño fruncido. Evelyn

asintió, aunque no estaba segura.

—Dijo que me pondría una institutriz —respondió—. ¿Quién atendió a Lady Delphina esta mañana?

—Lo hice yo —respondió su madre, haciendo que Evelyn frunciera el ceño.

—Mamá, ya no tienes que hacerlo. ¿No escuchaste a Anthony ayer? —preguntó Evelyn mientras buscaba entre los vestidos que Anthony le había comprado.

—Lo sé, pero los cambios bruscos no son buenos para nadie —comentó Elina.

—Es cierto, aún no me acostumbrando que soy una duquesa —musitó Evelyn—. Creo que este vestido es perfecto para hoy.

—Es hermoso, Eve —opinó Sharon.

El vestido era de color azul zafiro, con una cintura alta y una falda amplia que llegaba hasta el suelo. La parte superior tenía un escote redondeado, adornado con encaje delicado y bordados intrincados. Las mangas eran cortas y estaban decoradas con volantes.

Elina ayudó a Evelyn a vestirse y a colocarse los accesorios.

—No me dirás qué te preocupa, ¿verdad? —preguntó Elina mientras peinaba a su hija.

Evelyn suspiró.

—Es que... no sé. ¿Y si fue un error haberme casado con Anthony? —inquirió Evelyn, bajando ligeramente la cabeza.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó su madre.

—Hay muchas razones. Anthony ya no es el mismo, mamá.

—Eso lo sabías, Evelyn. —Ella asintió, dándole la razón a su madre, aunque lo que no quería admitir era su miedo a no poder recuperar la confianza de Anthony o, peor aún, que él nunca volviera a amarla como antes—. Dale tiempo. Todo es muy reciente y puede que necesite espacio para pensar.

—Tal vez.

—¿Qué harías tú en su lugar? —preguntó Elina. Evelyn la miró durante unos segundos antes de responder.

—Creo que lo mismo, o peor —admitió Evelyn.

—Solo el tiempo te dirá si fue un error —musitó Elina, terminando el peinado de Evelyn—. Listo. Ahora debes bajar a desayunar.

—Vamos todas —pidió Evelyn, pero Elina se negó.

—Vayan tú y Sharon. Yo ya desayuné y tengo cosas que hacer.

—¿Estás segura? —insistió Evelyn, y su madre asintió—. Está bien. Gracias por el peinado, quedó hermoso.

—Tú eres hermosa, mi niña. Ambas lo son —respondió Elina—. Ahora vayan, los demás deben estar esperándolas en el comedor.

Evelyn y Sharon salieron de la habitación, dejando a Elina atrás. Fue entonces cuando se permitió cambiar su expresión serena por una de preocupación. Sacó una carta que había guardado en el bolsillo de su vestido. La carta era de su hermana, quien estaba enferma, y Elina sabía que el momento que tanto temía había llegado. Abrió el sobre sin esperar más y trató de leer las palabras, sabiendo que su hermana no las había escrito personalmente.

Elina, mi espíritu cada día abandona más mi cuerpo. No puedo esperar más. Debes saber la verdad sobre Evelyn.

Sara.

Capítulo 10

Pss Pss Pss

Con la reciente boda del duque de Beaufort me había olvidado de los otros solteros de Londres que también son muy deseables por las damas. Le aviso queridas lectoras, que acabo de enterarme que el duque de Windsor, Lord Logan William estará buscando una esposa esta temporada, desde ahora ya estoy imaginando como todas intentarán llamar la atención del duque. Pero también debo incluir a la lista a los caballeros que forman parte del London Industrial Alliance, y estoy segura que el más deseado será el vizconde de Brekely.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Evelyn y Sharon llegaron al comedor, pero antes de entrar se detuvieron al escuchar cómo Delphina hablaba sobre ella.

—Debes dar a conocer a tu esposa pronto, Anthony. Todos están especulando sobre su origen, y temo que pronto descubran que te casaste con la sirvienta que trabajaba para ti —comentó Delphina.

—Delphina tiene razón. Aún no entiendo cómo terminaste con una sirvienta en la iglesia, Anthony, cuando había muchas damas más elegibles para ser tu esposa —comentó Claire.

—Exactamente, pero mi hijo tiene gustos... diferentes.

Anthony dio un fuerte golpe sobre la mesa, sobresaltando a todos los presentes.

—No quiero escuchar una palabra más sobre mi esposa, a menos que sea para halagarla o respetarla. Resérvense sus opiniones —ordenó Anthony con voz firme.

En ese instante, Evelyn decidió entrar al comedor junto a su hermana, llamando la atención de todos.

—Buenos días —saludó ella, con la cabeza en alto. Pero las miradas sobre ella la hacían querer esconderse. Miró su vestido para asegurarse de que todo estaba bien, y al ver que no había nada fuera de lugar, se tranquilizó. Las miradas se dirigieron entonces a Sharon, pero la más sorprendida fue Claire, quien se levantó de su asiento, provocando que Anthony y los otros hombres presentes hicieran lo mismo.

—¿Qué hace ella con el vestido de mi hija? —preguntó Claire, señalando a Sharon.

—¿Cómo? —preguntaron Anthony y Delphina al unísono.

—Madre, esos vestidos no son míos. Los desechamos para hacer sitio a los nuevos. No tiene importancia —respondió Lucianne, con su característica seriedad.

Anthony se acercó a Evelyn con la intención de protegerla.

—Claro que importa, le ordené que se deshiciera de los vestidos, no que los conservara —objetó Claire con furia contenida.

—Claire, por favor. Son solo vestidos, y tú misma dijiste que querías deshacerte de ellos —intervino Simon, el esposo de Claire, claramente avergonzado por la actitud de su esposa.

—Exactamente —habló Evelyn, captando la atención de todos, especialmente la mirada furiosa de Claire—. Usted quería deshacerse de ellos, y a mi hermana le gustaron. No vi por qué tendría que tirarlos a la basura. Pero me doy cuenta de que usted no valora el dinero de su esposo, o peor aún, el suyo propio.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó Claire.

—¡Basta! No permitiré que le alces la voz a mi esposa. Ante todo, ella es la señora de esta casa y mi duquesa. Incluso tú, Claire, le debes el máximo respeto —declaró Anthony, dejando a

todos en silencio—. Ahora desayunemos en paz.

Con esas palabras, Anthony guió a Evelyn y a Sharon a sus asientos. Le indicó a Sharon que se sentara junto a Albert, el hijo de Claire y Simon. Luego, acompañó a Evelyn a su lugar, a la derecha de la cabecera de la mesa, el lugar del duque.

Anthony sabía que el lugar de Evelyn estaba en el extremo opuesto de la mesa, pero también sabía que estaría más cómoda con él a su lado, sobre todo después de la escena que acababa de ocurrir.

—Come, Evelyn —le indicó Anthony. Evelyn observó los platos sobre la mesa, deseando probar muchos de ellos, ya que como sirvienta no le permitían disfrutar de las mismas exquisiteces que los señores de la casa.

La mesa estaba llena de opciones tanto dulces como saladas: variedades de quesos con uvas y nueces, salmón ahumado con alcaparras y limón, croissants recién horneados, omelettes de finas hierbas y champiñones, bollos de crema, mermeladas de frutas, y para acompañar, café, té de jazmín y zumo de frambuesa.

El desayuno continuó en silencio. Evelyn observó cómo los demás solo probaban algunas cosas, dejando gran parte de la comida sin tocar. Ahora entendía por qué tanta comida volvía a la cocina, y lo peor es que los sirvientes no podían disfrutar de esos manjares.

Una vez terminó el desayuno, todos se retiraron. Anthony le pidió a Evelyn que lo acompañara a su despacho.

—Hoy vendrá una modista a tomarte las medidas para tus vestidos. También le tomarán medidas a tu hermana —le informó Anthony. Evelyn lo miró rápidamente, sintiéndose avergonzada.

—Anthony, lo que ocurrió en el comedor fue...

—Innecesario —la interrumpió él.

—Sí. No imaginé que lady Claire se enojaría por haber conservado los vestidos que ella misma quería desechar —murmuró Evelyn.

—Lo sé, Evelyn, y quiero que sepas que no te culpo por nada —expresó Anthony—. Por cierto, ese vestido que llevas es para eventos sociales.

Evelyn abrió los ojos ampliamente, y sus mejillas se sonrojaron, provocando una leve risa en Anthony.

—Yo... yo no lo sabía —murmuró Evelyn, bajando la mirada, pero Anthony tomó su mentón y la hizo mirarlo.

—No tienes que avergonzarte, mi flor —musitó Anthony. Evelyn lo miró, sorprendida. Había pasado mucho tiempo desde que él la había llamado «*mi flor*».

Impulsada por ese gesto, Evelyn lo besó, apretándolo contra ella. Anthony respondió al beso, incapaz de resistirse.

—Lo siento —susurró Evelyn, alejándose ligeramente de sus labios.

—No lo sientas, Eve —musitó él, acercándola aún más para besarla de nuevo, esta vez con un deseo más profundo y apasionado.

Anthony la llevó hasta su escritorio y la levantó para sentarla sobre la superficie de madera. Continuó besándola mientras sus manos recorrían su cuerpo por encima del vestido. Con una mano, apartó las telas de la falda y comenzó a tocarla por debajo, hasta que Evelyn no pudo evitar emitir un gemido.

—Anthony —gimió ella—. Te deseo.

Anthony bajó sus labios por su cuello hasta llegar al nacimiento de sus pechos, pero el apasionado momento se interrumpió cuando la puerta del despacho se abrió sin previo aviso.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Delphina al ver la escena.

Con fastidio, Anthony se alejó de Evelyn y la ayudó a recomponerse antes de girarse hacia su madre y Claire.

Evelyn, roja de vergüenza y deseo reprimido, no sabía dónde esconderse.

—¿Cuántas veces tengo que repetirlo, madre? Debes tocar la puerta antes de entrar —reclamó Anthony, aún cubriendo a Evelyn con su cuerpo.

—Lo siento, hijo. No pensé que... estuvieras ocupado —se disculpó Delphina.

—¿Qué quieres? —preguntó Anthony con seriedad, mirando a su madre y a Claire.

—Quería hablar contigo —respondió Delphina, como si fuera evidente.

Evelyn salió de detrás de Anthony.

—Yo... me iré —informó Evelyn, pasando junto a Anthony y Claire hasta salir del despacho.

—¿Bien? —inquirió Anthony.

—Realmente soy yo quien quiere hablar contigo, Anthony —habló Claire dando un paso adelante. Anthony la invitó a continuar—. Quiero disculparme por lo ocurrido durante el desayuno. No fue apropiado de mi parte.

—Realmente no es a mí a quien le debes esa disculpa —respondió Anthony.

—Lo sé, pero quería disculparme contigo primero. Estuvo mal —admitió Claire—. También quería ofrecerte algo.

Anthony levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

—Delphina me comentó que piensas contratar una institutriz para tu esposa —explicó Claire, mirando a Delphina antes de volver la vista a Anthony—. Mi hija, Lucianne, puede ayudar a tu esposa junto a Delphina. Mejor ella que traer a alguien más, que podría hablar y difundir rumores sobre la verdad.

Anthony entendió el punto de Claire y supo que tenía razón. Nadie debía saber que Evelyn había sido una sirvienta; eso la arruinaría antes de que siquiera fuera presentada en sociedad.

—Mi hija fue educada para ser una dama, y puede hacer lo mismo con tu esposa —añadió Claire, con un tono de orgullo al hablar de Lucianne, aunque cambiaba al referirse a Evelyn.

—Lo pensaré —respondió Anthony.

—Anthony, no tenemos mucho tiempo. Evelyn debe comenzar su aprendizaje lo antes posible. La temporada ha comenzado, y sería raro que no hicieras su presentación en sociedad antes de que empiecen los eventos —expresó Delphina, con evidente preocupación.

Anthony sabía que su madre tenía razón. Debía detener las especulaciones.

—Dije que lo pensaré —reafirmó Anthony, dándoles la espalda mientras se dirigía a su escritorio y se sentaba—. Ahora debo trabajar.

Delphina y Claire abandonaron el despacho, dejándolo solo. Anthony suspiró, sabiendo que Evelyn debía comenzar sus tareas.

¿No que el matrimonio sería solo por un año? —le recordó una vocecita en su cabeza.

Ese era el plan: estar con Evelyn solo por un año y luego inventar una escusa para la sociedad. Pero Anthony no se veía dejándola ir en ese plazo.

—Lo mejor es que comience con esto —susurró, tomando los primeros documentos que tenía sobre el escritorio. Eran los relacionados con la LIA, que debía entregar a su abogado para que los revisara.

Media hora después, sintió que tocaban la puerta.

—¿Quién es?

—Excelencia, el duque de Agnes está aquí —anunció su mayordomo a través de la puerta. Anthony suspiró.

—Hágalo pasar —ordenó. Ya sabía que su amigo no tardaría en visitarlo.

Segundos después, la puerta se abrió, dejando ver al duque de Agnes.

—No sé si debería felicitarte o darte el pésame —expresó Agnes, sentándose frente a él.

—Creo que lo primero suena mejor —respondió Anthony, y Agnes no pudo evitar sonreír.

—Pues me dio la impresión contraria ayer en tu famosa boda. Pero, felicidades, ahora eres uno más en el club de los hombres casados.

Anthony rió por las palabras de su amigo. Luego se levantó para servir dos copas de brandy, le tendió una a Agnes, quien la aceptó sin quejas. Ambos tomaron un sorbo mientras Anthony caminaba hacia el gran ventanal de su despacho.

—¿Puedo preguntar quién es tu esposa? —inquirió Agnes, mirándolo con curiosidad.

—Es complicado de explicar, Agnes —musitó Anthony, observando a través del cristal. Podía confiar ciegamente en Marcus, era su mejor amigo desde que eran niños, pero respecto a Evelyn... eso era diferente. Ni siquiera cuando estuvieron juntos hace siete años había compartido esa felicidad con él.

—Lo entenderé, pero tómate tu tiempo, amigo. Cuando quieras hablar, aquí estaré —expuso Agnes, sabiendo que no debía presionarlo. Anthony sonrió levemente. No le sorprendían las palabras de Agnes, ya que él no era de los que insistía demasiado.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó Anthony, desviando el tema de su matrimonio.

—Bien, aunque algo emocional estos días —respondió Agnes, sonriendo.

—El embarazo no es fácil, amigo —comentó Anthony, mientras fijaba su vista en un punto del jardín: Evelyn conversando con Albert. Anthony frunció el ceño.

¿Desde cuándo se conocen para hablar tan cerca y sin compañía? —pensó Anthony molesto.

—Supongo que lo entenderás cuando tu esposa esté en la misma situación —comentó Agnes. Ese comentario hizo que Anthony lo mirara rápidamente.

¿Tener hijos con Evelyn?

Él le había dicho que no debían tener hijos, pero sonrió ante la idea.

—¿Por qué no salimos? Creo que necesitas un poco de aire —sugirió Agnes, pero Anthony no podía dejar de observar a Evelyn, que parecía cómoda conversando con Albert. Incluso sonreía, lo que hizo que Anthony apretara los puños.

—Supongo que ella es tu esposa; de otro modo, no querrías romper el cristal para ir a apartarla de él —comentó Agnes con humor.

Anthony lo miró con seriedad. Lo que su amigo decía era cierto: deseaba apartar a Evelyn de Albert. No podía soportar ver cómo le sonreía.

—Vamos, realmente necesito aire —gruñó Anthony, alejándose de la ventana. Sabía que, si se quedaba un segundo más, haría exactamente lo que Agnes había dicho. No quería parecer un cavernícola, ni mucho menos mostrar que estaba celoso. Muy celoso.

Capítulo 11

Después de salir del despacho de Anthony avergonzada, Evelyn había subido a su habitación, donde se encerró durante al menos quince minutos, rodeada de un lujo que aún le resultaba extraño. Se había aburrido rápido; nunca había tenido tiempo para estar quieta, y ahora se encontraba con demasiadas horas libres.

Ni siquiera podía salir y conocer más de Mayfair. Lo bueno era que ahora tendría tiempo para pintar y mostrar su trabajo al artista.

Sentada junto al ventanal, Evelyn observaba los extensos jardines de la residencia, deseando estar ocupada en alguna tarea. Pero debía esperar la llegada de la modista para tomar sus medidas y, seguramente, después Anthony le presentaría a su institutriz.

Tras suspirar profundamente, decidió que necesitaba salir a caminar para despejar su mente. Se cambió el vestido por uno más sencillo, y al estar acostumbrada a vestirse sola, lo hizo sin problemas. Luego salió de su habitación, dispuesta a recorrer los pasillos y jardines de la mansión.

Al llegar al primer piso, se encontró con algunas sirvientas ocupadas en sus labores. Entre ellas reconoció a Lydia, la sirvienta con quien siempre había tenido problemas. Ahora, la situación era completamente diferente.

Lydia, al ver a Evelyn acercarse, se tensó visiblemente. Evelyn notó la incomodidad y sonrió de manera conciliadora.

—Buenos días —saludó Evelyn con amabilidad.

—Buenos días, excelencia —respondió Lydia en voz baja y medida. Antes, le habría contestado con frialdad o incluso con desdén, pero ahora se vio obligada a hacer una reverencia respetuosa.

Evelyn notó el esfuerzo que le costaba a Lydia mantener la compostura. Era evidente que, aunque su nueva posición exigía respeto, los viejos resentimientos no desaparecían fácilmente.

Evelyn asintió con una sonrisa y continuó su camino hacia los jardines. Mientras caminaba por los senderos rodeados de flores, disfrutando de la brisa fresca y el canto de los pájaros, pensó en lo que había ocurrido en el despacho de Anthony. Si no hubieran sido interrumpidos, tal vez él habría cedido al deseo que ambos sentían.

Sonrió al recordar la primera vez que Anthony le hizo el amor. Ella había estado asustada y nerviosa, pero él había sido paciente y delicado, logrando relajarla. Esa había sido una de las mejores noches de su vida.

Era verano y una noche tranquila en Beaufort House. Evelyn, con el corazón acelerado de emoción, salió silenciosamente de su habitación y caminó con cuidado por los pasillos oscuros, guiada solo por la luz de la luna que entraba por las ventanas. Anthony le había pedido que se encontraran en el pequeño jardín de invierno de la residencia para una sorpresa.

Al llegar, Evelyn se detuvo un momento para admirar la escena. El jardín de invierno, un lugar lleno de plantas exóticas y flores, estaba iluminado suavemente por faroles de papel y velas dispuestas por todo el lugar. Conmovida por la belleza del entorno, se adentró en el jardín, siguiendo un sendero de pétalos de rosa que conducía a una manta en el suelo. Sobre la manta, había dispuesto algunos alimentos: fresas, uvas, quesos y una botella de vino.

—¿Tú hiciste todo esto? —preguntó Evelyn emocionada. Anthony asintió y la tomó de la mano para acercarla a él. Se sentaron juntos en la manta.

Sabían que estaban desafiando las normas y los peligros de ser descubiertos, pero en ese momento, nada importaba más que estar juntos.

—Siempre soñé con tener una noche así contigo —expresó Anthony, mirándola con ojos llenos de amor—. Un lugar donde podamos ser nosotros mismos, sin preocupaciones, solo disfrutando del momento.

Evelyn se sonrojó, encantada por la dulzura de sus palabras. Tomó una fresa de la bandeja y la mordió, saboreando el dulzor mientras miraba a Anthony.

—Nunca imaginé que algo así sería posible para nosotros —respondió ella, con voz baja pero llena de emoción—. Todo esto es como un sueño, pero me hace tan feliz saber que es real.

Anthony la miró fijamente, con una expresión de amor profundo que la hizo sentir como la mujer más afortunada del mundo.

—Eve, tú eres mi sueño hecho realidad —admitió, acercándose más a ella—. No importa lo que pase, siempre encontraré una forma de estar contigo.

Se miraron a los ojos, perdiéndose en la profunda conexión que compartían. La noche estaba tranquila, solo el sonido suave del viento y el susurro de las hojas alrededor de ellos. Anthony se inclinó y la besó suavemente.

Después del beso, Anthony sirvió el vino en las copas y luego le tendió una a Evelyn, quien tomó un pequeño sorbo, disfrutando del exquisito sabor. Nunca había probado algo tan divino.

—Es muy bueno —alagó ella, y Anthony sonrió.

—No pensé que te gustaría el vino, pero me alegra que te haya gustado, mi flor —musitó Anthony, disfrutando de la expresión de gusto en el rostro de Evelyn.

—Es que nunca tuve la oportunidad de probarlo —respondió Evelyn, bajando la mirada.

Anthony decidió que ya era hora de darle el regalo que había traído.

—Esto te gustará más —aseguró, sacando una caja de bombones de la cesta donde había llevado la comida.

Evelyn sonrió, incrédula.

—¡Chocolates! —exclamó en voz baja, sonriendo, aunque no tomó la caja de las manos de Anthony.

—Los compré para ti. Una vez mencionaste que darías lo que fuera por probar el chocolate —comentó Anthony con una sonrisa pícara en los labios.

—Entiendo, milord. ¿Y qué va a querer usted a cambio? —Evelyn le siguió el juego con una sonrisa.

—Dos besos —respondió él, y luego añadió—. O tres... tal vez una docena.

—Ese es un precio muy alto, milord, pero creo que puedo pagarlo.

—¿Puedes pagarlo? —preguntó Anthony acercándose más—. Entonces, ¿por qué no comienzas ya?

Evelyn acortó la distancia entre ambos y lo besó con pasión desmedida. Anthony la rodeó con sus brazos, dejando a un lado la caja de bombones, y la acercó más a él. El deseo comenzó a fluir entre ellos, pero como en tantas otras ocasiones, Anthony se apartó antes de que fuera demasiado tarde.

—Eve... —murmuró Anthony con la respiración entrecortada.

—Solo sigue, mi amor —lo animó Evelyn, mirándolo a los ojos.

—No quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti —admitió Anthony, pero Evelyn sonrió.

—Nunca pensaría eso. Sé que me amas, y yo también te amo, Anthony. Así que, ¿por qué no podemos consumar este amor?

—Debes saber que te deseo más que nada, Evelyn. Y si damos ese paso, quiero que sepas que voy a hacerte mi esposa —habló Anthony con determinación.

—Yo solo quiero que estemos juntos —musitó Evelyn.

Anthony volvió a besarla y, entre besos, la ayudó a levantarse para que ambos quedaran de rodillas sobre la manta.

—Déjame quitarte esto —musitó él, refiriéndose al sencillo vestido que ella llevaba.

Evelyn se giró, dándole la espalda. Con delicadeza, Anthony comenzó a desatar los cordones, y el vestido fue aflojándose sobre el cuerpo curvilíneo de Evelyn. Con las manos sobre sus hombros, Anthony deslizó las mangas del vestido, dejando al descubierto su suave piel, mientras iba dejando un rastro de besos húmedos en su camino, comenzando desde su nuca, besando la marca de nacimiento de media luna hasta ir bajando con pericia por su columna vertebral.

Con cada beso, el cuerpo de Evelyn reaccionaba con una necesidad desconocida. Quería a Anthony, lo deseaba.

El vestido cayó al suelo, y Anthony no tardó en quitar las demás capas de ropa, dejándola completamente desnuda ante él.

—¡Dios! No sabes cuánto he soñado con esto, cuánto he deseado tenerte así, solo para mí —confesó Anthony, recorriendo su cuerpo con la mirada.

—Yo también... quiero verte —admitió ella, con un susurro, sintiéndose tímida al estar desnuda ante él.

Sin más demora, Anthony se despojó de sus ropas, mostrando su cuerpo ante ella. Ambos estaban desnudos ahora. Anthony la hizo recostarse sobre la manta, su cabello claro castaño extendido a su alrededor.

—Eres tan hermosa, mi flor —musitó, tomando uno de sus pies y elevándolo hasta sus labios, besándolos, subiendo lentamente por sus piernas hasta llegar al interior de sus muslos.

Evelyn no sabía qué decir; su mente estaba llena de sensaciones que no podía controlar. Simplemente se permitió disfrutar de las caricias de Anthony, hasta que sintió su aliento cálido entre sus piernas.

—¿Qué... qué piensas hacer, Anthony? —preguntó, titubeante, levantando la cabeza para mirarlo.

Anthony sonrió con lujuria. Arrodillado entre sus piernas, acercó su cabeza al punto más íntimo de ella.

—Ya lo verás. Solo relájate —pidió Anthony.

Con esa advertencia, su lengua comenzó a moverse, torturándola de una forma deliciosa e inimaginable. Evelyn gimió, incapaz de soportar el placer que la invadía, y alcanzó el clímax en cuestión de segundos.

Anthony subió para besarla apasionadamente mientras ella acariciaba su piel. Luego, él apartó su cabello y la miró con intensidad. Verla así, tumbada y a su merced, le hacía pensar que era la mujer más hermosa del mundo. La besó una vez más, mientras comenzaba a hundirse en ella con delicadeza, buscando hacerle el menor daño posible.

Evelyn se quejó suavemente cuando Anthony rompió la barrera de su virginidad, pero pronto el dolor se desvaneció, dejando paso a una sensación abrumadora de plenitud. Alzó sus caderas hacia él, sintiendo cómo sus cuerpos se unían con cada movimiento más profundo y fuerte.

El mundo se desvaneció para Evelyn, y lo único que importaba era estar juntos, haciendo el

amor bajo la luz de la luna y el aroma de las flores.

—Eve… Joder, Eve —gimió Anthony su nombre momentos antes de derramarse en su interior, sacudido por la intensidad del placer.

Ambos se quedaron unos instantes en silencio, respirando entrecortadamente, mientras Anthony descansaba su cabeza en el cuello de Evelyn, intentando recuperar el aliento.

—Anthony... fue... increíble —susurró Evelyn. Anthony levantó el rostro, acomodándose a su lado.

—Lo fue, mi flor. Gracias por este momento —expresó él, y la besó con ternura. Luego se recostaron juntos sobre la manta.

Evelyn se acurrucó en el pecho de Anthony, escuchando el ritmo constante de su corazón, mientras él acariciaba suavemente su cabello.

—Eve —susurró Anthony, rompiendo el silencio—, este momento... es más de lo que jamás podría haber soñado. Cada segundo contigo es maravilloso.

Evelyn levantó la mirada, encontrándose con los ojos de Anthony.

—Anthony, te amo.

Se besaron suavemente. Después, Evelyn se acurrucó nuevamente contra él, disfrutando de la calidez de su cuerpo.

—Prométeme que siempre encontraremos momentos como este —murmuró Evelyn, cerrando los ojos y disfrutando del tacto de los dedos de Anthony acariciando su espalda.

—Te lo prometo —respondió Anthony, con voz firme y sincera—. Siempre tendremos nuestro jardín de invierno, y siempre encontraremos la manera de estar juntos, sin importar lo que pase.

Evelyn sintió cómo su sangre se calentaba ante aquel recuerdo, pero también le daba el incentivo para luchar por Anthony, para recuperar al hombre que la había tratado como a una diosa cuando ella solo era una sirvienta.

Mientras continuaba su paseo por los jardines, se encontró con un joven sentado en un banco de piedra, completamente absorto en lo que hacía. Tenía un caballete frente a él y sostenía una paleta de colores en una mano y un pincel en la otra.

Evelyn se acercó con curiosidad y reconoció al joven como lord Albert, el hijo menor de Claire. Él levantó la vista cuando oyó sus pasos y, al verla, se puso de pie con una sonrisa amable.

—Buenos días, excelencia —saludó Albert, haciendo una ligera reverencia—. Lamento haber ocupado este espacio. No esperaba compañía aquí.

Evelyn sonrió, aliviada por la amabilidad del joven. Había temido que fuera igual de déspota y hostil que su madre, pero al parecer era una persona agradable. Albert solo tenía parecido físico con su madre: Cabello es rubio oscuro, ligeramente ondulado, ojos azules claro, piel clara con un toque de bronceado, era alto con un porte elegante, pero con un aire más relajado y amistoso que otros nobles de su estatus. Puede que se deba a que nació en Estados Unidos, y no en la remilgada y exigente sociedad inglesa.

—No tiene por qué disculparse —respondió, acercándose para ver la pintura—. ¿Puedo ver lo que estás pintando?

Albert asintió, dando un paso al lado para que ella pudiera ver mejor. Evelyn se inclinó hacia adelante, admirando la obra. Era un paisaje del jardín, capturado con una habilidad que revelaba un talento natural y un ojo agudo para los detalles.

—Es hermoso —comentó Evelyn, impresionada—. Ha heredado el talento de su madre.

—Tal vez, aunque ella dice que mis trazos aún son torpes —respondió Albert, con un deje de

tristeza en su voz. Evelyn notó la misma decepción que ella había sentido cuando Claire se negó siquiera a evaluar sus cuadros.

—Yo pienso que son perfectos. ¿Has estado pintando por mucho tiempo?

Albert sonrió, complacido por el elogio.

—Gracias. He estado pintando desde que era un niño. Observaba a mi madre pintar y un día tomé un lienzo y un pincel sin saber que se convertiría en mi mayor pasión.

Evelyn asintió, sintiendo una extraña conexión con él, aunque no podía identificar por qué. La manera en que hablaba de su amor por el arte resonaba profundamente en ella.

—A mí también me gusta pintar —alegó Evelyn con una sonrisa—. Es una de mis formas favoritas de relajarme y expresarme. A veces siento que puedo comunicarme mejor con un pincel que con palabras.

Albert rió suavemente.

—Curioso, yo también siento lo mismo —respondió él con una sonrisa juguetona—. Es como si apreciáramos las mismas cosas. ¿Qué tipo de pintura prefieres?

Evelyn se sorprendió de lo fácil que era hablar con él.

—Me gustan los paisajes y los retratos —respondió ella—. Hay algo fascinante en capturar la esencia de una persona o un lugar. Es como intentar atrapar un momento en el tiempo y darle vida en el lienzo.

—Exactamente. Pintar es como contar una historia sin palabras, mostrando lo que vemos y sentimos. A veces, me pregunto si puedo transmitir toda la belleza que veo, pero es un reto que me encanta asumir —comentó Albert, compartiendo su entusiasmo.

Evelyn asintió, sintiéndose más confiada. Había algo en la forma en que Albert hablaba que le resultaba reconfortante.

—Bueno, parece que tenemos mucho en común —opinó Evelyn con una sonrisa cálida—. Tal vez podamos compartir ideas y técnicas otro día. Me encantaría ver más de tu trabajo. Incluso podría mostrarte un rincón que he ocultado en la residencia.

Albert sonrió ampliamente, mostrando una amabilidad que hizo que Evelyn se sintiera aún más cómoda.

—Me encantaría —respondió él—. Siempre es agradable conocer a alguien que comparte la misma pasión. Y si alguna vez necesitas un compañero para explorar nuevos temas o técnicas, estaré encantado de ayudar.

Con una última sonrisa, Evelyn se despidió, sintiendo una mezcla de alegría y curiosidad por el encuentro. Mientras se alejaba, no podía evitar pensar en lo natural y fácil que había sido la conversación, como si de alguna manera ya se conocieran.

—No puedo creer lo diferentes que pueden llegar a ser madre e hijo —susurró Evelyn mientras regresaba a la casa.

Si comparaba a Claire con Albert, parecía que no tenían mucho en común, además de la pintura. Claire, en su trato frío y despectivo hacia quienes no pertenecían a su misma clase social, era el completo opuesto de su hijo.

Al entrar de nuevo en la casa, fue interceptada por una de las sirvientas. Evelyn le sonrió amablemente, pero la joven no le devolvió el gesto.

—Excelencia, lady Delphina quiere hablar con usted. Está en el salón verde —informó la joven con tono formal.

—Está bien. Gracias —respondió. La sirvienta hizo una pequeña reverencia antes de continuar su camino.

Evelyn torció ligeramente el labio inferior, un gesto que estaba volviéndose habitual cuando

algo no le gustaba. No quería que las personas con las que había trabajado la vieran simplemente como una señora más; deseaba la misma confianza y lealtad que antes.

Sin demora, se dirigió al salón verde para encontrarse con Delphina. Sería la primera vez que hablarían después de la boda. Al llegar, encontró a Delphina acompañada por Claire y su hija, Lucianne. Evelyn se detuvo un momento para observar a Lucianne, quien sostenía un bastidor de bordado. Su expresión, como siempre, era seria y carente de emoción.

—¿Quería verme, excel... —Evelyn se detuvo, dudando sobre cómo debía dirigirse a ella ahora que era la duquesa—... ¿milady?

Evelyn notó cómo Claire puso los ojos en blanco ante su vacilación, pero decidió ignorarla. No valía la pena atormentarse por esa actitud.

—Sí, querida —respondió Delphina, asintiendo—. Como no habrá luna de miel por ahora, deberás comenzar con tu aprendizaje lo antes posible.

Evelyn asintió varias veces, dándole la razón.

—Por favor, siéntate —pidió Delphina, señalando un sillón cercano. Evelyn dudó unos segundos antes de sentarse. El sillón era increíblemente cómodo; ahora entendía por qué las damas siempre estaban en esos asientos—. ¿Te gustaría una taza de té o algún jugo? ¿Galletas de mantequilla, tal vez?

Evelyn no sabía cómo reaccionar. Toda su vida había servido a Delphina como a una reina, y ahora era ella quien ocupaba ese lugar. Aún se preguntaba si la amabilidad de Delphina era sincera o solo una fachada. Sabía que, en el fondo, Delphina debía odiarla, tanto por el pasado con su hijo como por haberse convertido en la nueva duquesa.

No podía olvidar lo que le habían hecho, cómo Delphina había apoyado a su difunto esposo para causarle gran parte de su sufrimiento. Aunque ahora intentara mostrarse amable, ese dolor no se desvanecía tan fácilmente.

Capítulo 12

Pss Pss Pss

Le aviso que el nuevo conde de Warwick, Lord Ian Dunmond ya no estará disponible en el marcado matrimonial de esta temporada. De seguro se preguntaran la razón.

Pues les comunico que el conde ha recibido una orden directa del rey, donde él tendrá que desposar a una de las hermanas Straton. Otra boda se aproxima. La pregunta es: ¿Cuál de las tres hermanas será la próxima condesa de Warwick?

Pero no deben preocuparse por que un soltero más haya pasado al lado de "Los Hombres Prohibidos". aún tenemos a otros, como el duque de Windsor, quien, les repito, estará buscando esposa en esta temporada.

Quizá puedas ser tú.

Revista de sociedad de Lady Kennt

Evelyn rechazó las galletas y el jugo que Delphina le había ofrecido. Solo quería saber por qué la había llamado.

—¿Y qué quería, milady? —preguntó Evelyn.

—Por supuesto —respondió Delphina con serenidad—. Como estoy segura de que mi hijo aún no ha hablado contigo, quiero discutir algunos asuntos importantes respecto a tus responsabilidades como la nueva duquesa de Beaufort.

Claire, quien se había mantenido en silencio, esbozó una ligera sonrisa.

—Sí, hay muchas cosas que necesitas aprender para estar a la altura de tu nueva posición —intervino Claire con voz suave, aunque con un matiz de condescendencia.

Delphina miró a su amiga con el ceño ligeramente fruncido, pero la ignoró y volvió su atención a Evelyn, quien mantenía una expresión tranquila, aunque podía sentir la tensión en el ambiente.

—Uno de los primeros deberes que tendrás es elegir una doncella personal. Como duquesa, necesitarás a alguien de confianza que te asista en tus tareas diarias. Es una decisión importante, ya que esa persona será tu confidente y te ayudará a mantener las apariencias y cumplir con las expectativas que se esperan de ti. Tu madre fue una excelente doncella.

Aunque Evelyn asintió, no pasó desapercibido que Delphina quería recordarle que sus orígenes siempre serían señalados.

—Entiendo —respondió Evelyn—. Quiero asegurarme de elegir a alguien competente y con quien pueda sentirme cómoda. ¿Hay alguna persona que me recomendaría?

Delphina intercambió una breve mirada con Claire antes de responder:

—Creo que lo mejor es que tomes esa decisión por ti misma, querida. Es crucial que te sientas a gusto con tu elección.

Claire se inclinó ligeramente hacia adelante, su tono aún más dulce, pero con una nota de frialdad:

—Sería prudente elegir a alguien con experiencia y discreción, ya que estoy segura de que no querrás que divulgue tu pequeño secreto.

Evelyn la miró con seriedad; sus comentarios estaban llenos de indirectas y desdén.

—Por supuesto —fue la única respuesta de Evelyn. Sabía que su éxito o fracaso como duquesa dependería, en parte, de cómo manejara sus decisiones—. Consideraré cuidadosamente todas las opciones para asegurarme de tomar la mejor decisión.

Delphina asintió, pareciendo satisfecha con la respuesta de Evelyn.

—Estoy segura de que tomarás una decisión sabia. La modista debe estar al llegar, Anthony me informó que será alguien discreta —concluyó Delphina—. Este es solo el primer paso, Evelyn. Con el tiempo, habrá más responsabilidades y deberes que deberás asumir. Pero por ahora, es importante que te familiarices con tus nuevas obligaciones y te prepares para tu papel.

Evelyn se levantó de su cómodo asiento para retirarse, agradeciendo a Delphina por la conversación. Mientras se despedía, no pudo evitar notar la mirada crítica de Claire, que seguía su salida con un aire de desaprobación apenas disimulado.

Al salir del salón, Evelyn sintió una mezcla de emociones. Sabía que tenía mucho que aprender y demostrar, y aunque la aceptación completa por parte de todos los miembros de la familia aún parecía lejana, estaba decidida a hacer su mejor esfuerzo para integrarse y cumplir con sus nuevas responsabilidades.

Cuando se dirigía a su habitación, fue interceptada por otra sirvienta, que le informó con una leve inclinación de cabeza que la modista había llegado y la esperaba en una de las salas de estar del ala este de la mansión. Evelyn, algo sorprendida, agradeció la información y se dirigió al lugar indicado.

Al entrar en la sala de estar, Evelyn notó que su hermana Sharon ya estaba allí, al igual que otras dos mujeres. Evelyn supuso que una de ellas sería la modista.

—Milady, es un honor estar aquí para servirle. Soy Madame Eloise —expresó la modista con un acento francés que añadía un aire de sofisticación a su presencia—. Su esposo me ha pedido que prepare algunos vestidos para usted y su hermana, y estoy aquí para tomar sus medidas y discutir sus preferencias.

Evelyn solo asintió. Sharon, por su parte, parecía emocionada por la experiencia.

Madame Eloise abrió su caja de herramientas y sacó una cinta métrica, mientras su asistente colocaba una plataforma de madera para que Evelyn se subiera. La modista comenzó a tomar las medidas mientras murmuraba en voz baja las cifras a su asistente, quien las anotaba diligentemente.

Mientras tomaba las medidas, Madame Eloise comenzó a hacer recomendaciones, evaluando la figura de Evelyn con un ojo crítico pero profesional. Al ser Evelyn una mujer con una figura más llena, Madame Eloise adaptó sus sugerencias para complementar sus formas naturales.

—Creo que un vestido de corte imperio sería ideal para usted, milady —comentó Madame Eloise, mirando a Evelyn—. Este estilo alarga la figura y acentúa el busto de una manera muy elegante. En cuanto a los colores, sugeriría tonos suaves como el lavanda, el azul claro o el verde menta. Estos colores realzan la piel clara y son perfectos para la temporada.

Evelyn, que no sabía nada de costura y mucho menos de moda londinense, asintió. No estaba segura de qué era exactamente un *«corte imperio»* ni por qué ciertos colores serían mejores que otros.

—Eso suena... bien —respondió Evelyn, con una sonrisa que intentaba disimular su confusión —. Estoy segura de que me encantará el resultado.

Madame Eloise continuó con las medidas, moviéndose hacia Sharon, quien observaba con curiosidad.

—Para la Srta. Sharon, recomendaría un vestido con una falda amplia y ajustado en la cintura, quizá en un tono más brillante, como el azul real o el rosa coral. Estos colores no solo resaltan su

juventud, sino que también son muy favorecedores para eventos sociales.

Sharon sonrió con entusiasmo ante la perspectiva de tener vestidos nuevos, mientras Madame Eloise continuaba tomando notas.

La modista luego abordó el tema de los interiores, un aspecto que sorprendió un poco a Evelyn.

Después de terminar con las medidas y las discusiones, la modista prometió regresar con los primeros bocetos y muestras de telas para su aprobación. Evelyn, aunque aún un poco abrumada, se sintió agradecida por y la guía de la modista. Sabía que esas prendas eran una parte importante de su adaptación a su nuevo rol como duquesa, y estaba decidida a estar a la altura de las expectativas.

Sharon, por su parte, no podía esperar a ver los vestidos terminados y se deleitaba en la idea de dónde podría lucirlos.

La sesión con la modista fue un recordatorio más para Evelyn de los muchos cambios que acompañaban a su nueva vida y de cómo, poco a poco, aprendería a navegar en el complejo mundo de la alta sociedad.

∞∞∞

La cena de esa noche había transcurrido sin incidentes, algo que Evelyn agradeció, y hasta le pareció corta. Anthony ni siquiera le habló durante todo ese tiempo, lo que la dejó con el ceño fruncido. Había esperado que le dirigiera algunas palabras o preguntas después de que él pasara todo el día fuera.

Tal vez lo haga cuando estemos solos —pensó con esperanzas.

Una vez que la cena terminó, Evelyn se reunió con su madre, mientras Anthony se dirigía a su despacho.

—Mamá, ¿recuerdas a Dina? —preguntó Evelyn.

—¿Dina? —Evelyn asintió—. Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Voy a llamarla para que sea mi doncella —respondió Evelyn sonriendo. Su madre frunció el ceño.

—¿Estás segura? Ella fue despedida porque intentó robar.

—No es cierto, la culparon para despedirla, y recuerda que no encontraron nada.

—Pero aun así la echaron —se encogió de hombros Elina.

—Eso fue porque la señora May estaba celosa. Sabía que su esposo estaba detrás de Dina. Fue algo muy injusto —bufó Evelyn, arrugando el rostro con descontento. La señora May, el ama de llaves de la residencia, nunca había sido hostil con Evelyn, pero tampoco era amable con las sirvientas.

—Tú la conoces mejor, Evelyn. Si confías en ella para ese trabajo, está bien —aceptó su madre.

—Dina solo trabajaba para mantener a sus hijos. Después de que su esposo la abandonó, dejándola con los pequeños, su único objetivo ha sido sostenerlos. En ese entonces no pude ayudarla como ella me ayudó a mí, pero ahora sí. Trabajando como mi doncella, podrá ganar más.

—¿Sabes dónde está ahora? —preguntó Elina.

—La última vez que la vi, me comentó que estaba trabajando en la casa de un duque —

respondió Evelyn, y su madre asintió—. Le pediré a la señora May que la busque y le ofrezca el trabajo.

—Eso es cruel, hija —expresó Elina, riendo.

—No es crueldad, es darle un empujoncito a la vida para que se cobre sus acciones —explicó Evelyn, acercándose a su madre para darle un beso en la mejilla—. Voy a descansar. Hasta mañana, mamá.

—¿No quieres que te ayude con el vestido? —Evelyn negó con la cabeza—. Bien. Que descanses, hija.

Evelyn salió de la habitación de su madre para dirigirse a la suya. Esperaba encontrar a Anthony, pero suponía que lo más probable era hallarlo en su despacho. Para su sorpresa, cuando abrió la puerta de su habitación, Anthony ya estaba allí.

—¡Oh! No pensé que estarías aquí —expresó Evelyn mientras cerraba la puerta y se adentraba en la habitación.

El rostro de Anthony permanecía serio, igual que durante la cena.

—¿Pasa algo? —preguntó Evelyn acercándose a él—. ¿Anthony?

—No —respondió él bruscamente, lo que le dejó claro a Evelyn que sí ocurría algo.

—Nunca has podido mentirme, Anthony. Sé que te pasa algo.

—Las cosas cambian, Evelyn —respondió él. Evelyn frunció el ceño ante sus palabras—. Como también noto lo rápido que te vas mezclando con los demás.

Ahora sí estaba confundida.

—¿A qué te refieres, Anthony? Deja de hablar en clave —replicó Evelyn, poniendo las manos en su cintura.

—Hablo de ti y el hijo de Claire —gruñó Anthony, acercándose más a ella.

Anthony no había dejado de pensar en lo cómoda que parecía Evelyn hablando con Albert. Sabía que reclamarle por hablar con él o intentar integrarse era egoísta, pero los celos no lo dejaban pensar con claridad.

—¿Qué? —exclamó Evelyn, desconcertada—. ¿Qué estás insinuando? Ese joven y yo solo hablamos de pintura. ¡Por Dios, Anthony!

Al ver que él no respondía, Evelyn se acercó aún más, acortando la distancia entre ellos hasta que solo milímetros los separaban.

—¿Estás celoso?

Anthony la miró con intensidad antes de tomarla de la cintura y apretarla contra su duro y fuerte cuerpo. Evelyn soltó un ligero jadeo por la fuerza con la que la sujetó.

—¿Celoso? Estoy furioso, Evelyn. No me gusta que mi mujer hable con otro hombre, y mucho menos que le sonría —advirtió Anthony con la mandíbula apretada, a pocos centímetros del rostro de Evelyn.

—No creo que te moleste tanto. Estoy segura de que no te enojabas así con Dayse cuando ella tenía que sonreírle a un hombre —lo retó Evelyn con sus palabras.

—Tú no eres ella —gruñó Anthony de nuevo.

—Claro... —musitó Evelyn, bajando la mirada y arrepintiéndose de haber mencionado a Dayse. Quiso alejarse, pero Anthony no se lo permitió. Al contrario, la sostuvo con más fuerza.

Anthony notó el cambio en los ojos de Evelyn, que lo miraban con un brillo especial, desafiante. Pero su respuesta apagó ese brillo, reemplazándolo por una expresión de agonía. En ese momento, quiso decirle que no podía compararse con Dayse, porque ella no era la mujer que él amaba y deseaba con locura desmedida. Sin embargo, en lugar de expresar sus sentimientos,

decidió besarla, un beso duro que poco a poco se volvió más suave y apasionado.

Evelyn lo guió hacia la cama y lo empujó con suavidad sobre el colchón, quedando de pie frente a él y mirándolo con ojos llenos de deseo. Anthony no era capaz de detenerla ni de levantarse para alejarse, sobre todo cuando ella lo miraba con esa mezcla de deseo y determinación. Sabía que no lo dejaría ir esa noche. Él también la deseaba con locura, y no se creía capaz de resistirse a hacerla suya. La necesitaba.

A Evelyn no le tomó mucho tiempo despojarlo de sus ropas, admirando su desnudez y fuerza varonil. Lo tenía sometido a ella. Pero no esperaba que Anthony se levantara con rapidez y la girara, doblando su cuerpo sobre la cama. Ahora era ella la que estaba sometida.

Anthony le quitó el vestido y las prendas con rapidez, su necesidad era tal que algunas de las telas no salieron ilesas. Pero no se detuvo hasta que Evelyn estuvo completamente desnuda frente a él.

Con delicadeza y habilidad, recorrió las curvas de su cuerpo, sintiendo cómo su miembro se endurecía más con el deseo de estar dentro de ella. Sin perder tiempo, Anthony la tomó por las piernas y con un giro rápido la colocó boca arriba en el colchón. Su cabello castaño se esparcía sobre las sábanas blancas, sus ojos avellanas brillaban con deseo, y su respiración entrecortada le indicaba lo mucho que ella lo deseaba.

Anthony estuvo tentado a decirle lo hermosa que era, cuánto la deseaba y cuánto la había extrañado, pero nuevamente guardó sus sentimientos. En lugar de hablar, recorrió sus piernas, que se mantenían alrededor de su cintura, bien abiertas para él. Tenía una vista perfecta de su vagina, ya húmeda y lista para recibirlo.

Con una mano, acarició su punto más sensible, haciendo que Evelyn soltara suaves jadeos y cerrara los ojos.

—No. Mírame, Evelyn.

Ella obedeció su demanda, mirándolo a los ojos mientras él la tocaba e introducía dos dedos dentro de ella.

—Anthony, por favor —gimió.

Anthony no esperó más y, sin previo aviso, se hundió en ella con una sola embestida. Ambos gimieron de satisfacción por la unión. Él continuó embistiéndola con fuerza, descargando todo su deseo en ese instante, pero ambos sabían que no sería suficiente, nunca lo había sido para ellos. Anthony tomó uno de sus pechos en la boca mientras seguía embistiéndola, lo que le dio a Evelyn la oportunidad de girarlo, quedando ella encima de él. Anthony sonrió; le gustaba que ella también quisiera llevar el control.

Evelyn se incorporó, aún con el miembro de Anthony dentro de ella, y cuando sus miradas se encontraron, soltó un agudo gemido. Él la miraba con intensidad, pasión y... Ella se dejó caer sobre él, lanzando un profundo gemido antes de abrir nuevamente los ojos para mirarlo.

Comenzó a moverse, recordando todas las veces que habían hecho el amor con la misma fiereza en el pasado.

—Salta, hazlo.

Evelyn afianzó sus piernas alrededor de sus muslos y obedeció la orden de Anthony. Sin vergüenza, tomó las manos de Anthony, que estaban firmemente sobre su cintura, y las llevó a sus pechos. Él gruñó ante la acción y le ordenó que ella también se tocara. Evelyn se dejó llevar por una inmensa ola de placer que la hizo explotar sobre su esposo, dejándose caer sudorosa sobre su fornido pecho.

Anthony no se detuvo. La giró una vez más, retomando el control, y la penetró sin advertencia, tomando su pierna y colocándola sobre su hombro mientras se movía sobre ella. Una vez más

encontraron el punto perfecto, y Evelyn lanzó un grito que fue silenciado por el beso voraz de Anthony.

La habitación dejó de existir para ellos. Hicieron el amor dos veces más antes de terminar exhaustos sobre el colchón.

Después del apasionado encuentro, Evelyn descansaba con la cabeza sobre el pecho de Anthony, sintiendo el suave latido de su corazón. Recordaba cómo, en el pasado, muchas veces habían terminado en esa misma posición, pero a diferencia de aquellos momentos, donde él no dejaba de tocarla, ahora se mantenía distante, con las manos detrás de la cabeza.

—Creo que será difícil evitar estos encuentros —musitó Anthony. Evelyn levantó la cabeza para mirarlo y asintió, dándole la razón—. Voy a buscar un método para evitar que quedes embarazada.

Esas palabras hicieron que Evelyn dejara de sonreír.

—¿La idea de que tenga un hijo tuyo es tan mala para ti? —preguntó Evelyn, tratando de que su voz no sonara quebrada.

—Es lo mejor, Evelyn.

—¿Y tu heredero? —preguntó ella, temiendo la respuesta.

Anthony apretó los labios en una fina línea. Le dolía ver la tristeza en el hermoso rostro de su esposa, pero si no era firme y mostraba sus sentimientos como lo hizo una vez, podría acabar igual o peor que antes. Esta vez, prefería protegerse.

—Eso no importa. Recuerda que este matrimonio solo durará un año, Evelyn. No puedes quedar embarazada.

Sabía que sería difícil dejarla ir, si es que podía, pero debía hacerlo. Sabía que nunca volverían a ser felices como lo fueron en el pasado. Eso quedó atrás, su desconfianza y el rencor no permitirían que ese matrimonio continuara. La falta de confianza en Evelyn era la principal razón por la que debía dejarla ir.

¿Pero podrás dejarla? —resonó en su mente esa pequeña voz.

—Por supuesto —habló ella, sacándolo de sus pensamientos. Se levantó y se alejó de él—. El mejor método para evitar el embarazo es no volver a repetir lo que hicimos.

—Existen otros métodos, Evelyn.

—Para mí, ese es el más efectivo. ¿Y de qué sirve que hagamos el amor si me vas a desechar en un año? —replicó Evelyn, levantándose de la cama sin importarle su desnudez.

—Evelyn...

—No, Anthony. No quiero escucharte —sentenció, tomando sus ropas para salir de la habitación.

—Dijiste que debíamos dormir juntos —indicó Anthony, levantándose también de la cama, con la intención de detenerla.

—¡Hoy no me apetece dormir contigo! —replicó ella, abriendo la puerta que conectaba ambas habitaciones y cerrándola con fuerza en su rostro—. ¡Idiota!

Evelyn tiró el bulto de ropa al suelo y se dirigió a su cama. Las lágrimas no tardaron en salir, y en silencio, lloró.

Anthony no quería tener un hijo con ella, y eso le confirmaba que no podía contarle la verdad sobre lo que sucedió años atrás. Ese secreto moriría con ella. Era lo mejor.

Capítulo 13

Pss Pss Pss

¿No se han preguntado por qué lady Lucianne sigue soltera? Esta será su sexta temporada y ningún hombre ha mostrado interés en desposarla. Lo curioso es que, siendo una dama tan hermosa, que encaja perfectamente en el ideal de belleza de nuestra sociedad, cabría esperar que tuviera numerosos pretendientes. Sin embargo, creo que, por desgracia, todos conocemos la verdadera razón. Antes de ser conocida como la hija bastarda de un duque, se rumoreaba que era la hija ilegítima de su madre, la hermana de la Sra. Odella.

Me temo que la señorita Lucianne tendrá mucho tiempo libre en el futuro, pues no la imagino convirtiéndose en una mujer casada.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Anthony esperaba en su despacho con cierta impaciencia; necesitaba salir para resolver los últimos detalles de su asociación con la LIA. En ese instante, escuchó cómo tocaban la puerta.

—Adelante —indicó, y en segundos la puerta se abrió.

—¿Quería hablar conmigo, excelencia? —preguntó Lucianne. Anthony asintió ante su pregunta.

—Sí, por favor, entra —respondió, señalando la silla frente a su escritorio. Lucianne cerró la puerta tras de sí y se acercó para sentarse—. Su madre me ha mencionado que usted podría guiar a mi esposa en sus nuevas responsabilidades, algo así como una institutriz.

—¿Mi madre? —inquirió Lucianne, frunciendo el ceño antes de retomar su postura recta y seria—. Si me necesita para esa función, claro que podría ayudar a su esposa, excelencia.

—Solo quería preguntarle primero, pero si no está preparada para eso, lo entenderé.

—Puedo hacerlo. Además, tengo mucho tiempo libre —respondió Lucianne, recordando la revista de Lady Kennt que había leído esa mañana.

—Ciertamente, lady Lucianne, yo prefiero que sea usted. Es como parte de la familia y conoce bien los pormenores de mi matrimonio con Evelyn —explicó Anthony.

—Entiendo, excelencia. Será un placer —expresó Lucianne asintiendo—. ¿La duquesa ha aceptado?

—Aún no, pero no debe preocuparse, ella lo aceptará. Espero que puedan comenzar lo más pronto posible; debo presentarla ante la sociedad en unas semanas.

—Bien. Proponga los horarios y estaré disponible —aseguró Lucianne, sin mostrar ninguna emoción.

—Gracias, ya puede continuar con su rutina.

Lucianne se levantó, hizo una ligera inclinación y salió del despacho. Se dirigió a su habitación, deseando estar sola. Sin embargo, su suerte no fue tan buena, pues su tía Odella irrumpió en la habitación sin siquiera tocar.

—¿Qué quería el duque? —preguntó Odella con altivez. Lucianne puso los ojos en blanco antes de girarse para enfrentarla.

—Me pidió que fuera la institutriz de la duquesa —respondió Lucianne con tono inexpresivo.

—¡No puedo creerlo! Debes decírselo a Claire. Pero esto es tu culpa —señaló Odella, con un

atisbo de enojo.

—¿Mi culpa? —inquirió Lucianne, apretando los dientes.

—Por supuesto. Te crié para que fueras alguien, pero sigues siendo la misma, solo que más amargada. Hace tiempo que debiste haberte casado —criticó Odella.

—Lo hubiera hecho si...

—Todos unos fracasados. ¿Crees que gasté mi tiempo y dinero cuidándote y enseñándote para que terminaras con un vizconde? —espetó Odella, y Lucianne rio con amargura.

—Tal vez tus métodos no son tan efectivos, si no, estarías casada con un duque. Pero aquí estás —respondió Lucianne, sin prever el fuerte golpe que recibió en la mejilla derecha.

La ira estaba a punto de dominar su cuerpo, pero respiró hondo y se tragó sus emociones.

—Recuerda que estás aquí gracias a mí. Si no, estarías en la calle. Así que compórtate, y en lugar de cuidar la vida de otra, presta atención a la tuya y encuentra un esposo esta temporada.

Odella salió de la habitación, dejando a Lucianne con la ira y la impotencia burbujeando en sus venas.

∞∞∞

Habían pasado dos semanas desde que Evelyn discutió con Anthony después de haber hecho el amor. Le tomó toda una semana volver a dormir con él, y solo lo hizo porque Anthony fue personalmente a su habitación a disculparse y pedirle que regresara a dormir a su lado. Por supuesto, al día siguiente volvió a mencionar el uso de un método anticonceptivo.

—Bien, si es lo que quieres —había respondido ella, ocultando lo afectada que estaba emocionalmente.

—¿Estás de acuerdo entonces? —inquirió él con cuidado.

—¿Si no lo estuviera, te retractarías? —soltó ella, dejando ver su enojo.

—Evelyn, debes entender que...

—Lo entiendo, Anthony. Entiendo que no quieres hijos conmigo. Es una explicación bastante clara y justificada para mí —lo interrumpió antes de que él pudiera dar más excusas—. Ahora debo ir con Lucianne, tengo una lección hoy.

Desde aquella conversación, no volvieron a mencionar el tema. Sin embargo, Evelyn tampoco permitía que Anthony la tocara. Su autocontrol ante el contacto de él era enorme; nunca había podido resistirse a él, pero antes él era diferente, ahora simplemente es el duque que dictaba reglas y órdenes.

—¿Excelencia? —La voz de Lucianne sacó a Evelyn de sus pensamientos.

—Lo siento, estoy algo distraída —confesó Evelyn.

—Lo entiendo. Hoy asistirá a la cena de los marqueses de Normanby, y supongo que no será fácil para usted —expresó Lucianne. Evelyn solo asintió.

Ambas estaban en el salón de estudio de la residencia, que había sido transformado para Evelyn con muebles de caoba y cortinas de terciopelo azul, creando un ambiente formal pero acogedor. En el centro de la habitación, una mesa había sido preparada como una réplica de un banquete formal, con toda la vajilla, cubiertos y cristalería en su lugar.

—Supongo. Aunque en estas dos semanas me has enseñado mucho sobre etiqueta y modales más refinados... aún temo que lo arruinaré —musitó Evelyn, bajando la cabeza.

—Excelencia...

—Evelyn, por favor —pidió ella. No le gustaba mucho ese título, aunque sabía que debía acostumbrarse. Le había pedido a Lucianne que la llamara por su nombre, después de todo, ella la estaba ayudando.

Cuando Lucianne comenzó con sus clases, Evelyn pensó que la trataría igual que Claire o que simplemente no le enseñaría adecuadamente por petición de su madre o de la propia Delphina. Pero se equivocó. Lucianne demostró que no estaba influenciada por nadie y que realmente la estaba ayudando. Incluso le enseñó a elegir vestidos adecuados para cada evento o momento del día y aceptó instruir a su hermana Sharon. Aunque Evelyn aún no comprendía por qué Lucianne siempre demostraba tanta frialdad e insensibilidad.

—Bien, Evelyn. Solo tienes que ser tú misma, pero aplicando lo que te he enseñado —explicó Lucianne, y Evelyn notó un atisbo de una sonrisa genuina, aunque efímera—. Ven, repasemos las lecciones. Las necesitarás para hoy.

Evelyn asintió, decidida a olvidar a Anthony por unas horas.

—Hablemos de la disposición de la mesa y los diferentes cubiertos —señaló Lucianne—. Aquí tenemos los cubiertos para el primer plato, que suele ser sopa —indicó, señalando la cuchara—. Recuerda, siempre usamos los cubiertos de afuera hacia adentro.

Evelyn asintió, recordando lo aprendido.

—¿Y si olvido algo? —preguntó Evelyn con tono de preocupación.

Lucianne negó suavemente, en un gesto tranquilizador.

—No te preocupes, Evelyn. Si dudas, observa a la anfitriona o al anfitrión y sigue su ejemplo. Es una forma segura de evitar errores.

Luego, Lucianne pasó a explicar cómo manejar las interacciones sociales durante la cena.

—En una cena formal, es importante mantener una conversación ligera y educada. Evita temas controvertidos como la política o la religión. En su lugar, habla de arte, literatura o música. Pregunta a tus compañeros de mesa sobre sus intereses y escúchalos con atención.

Evelyn asintió nuevamente, sintiéndose más segura con cada consejo.

—Otra cosa importante es el comportamiento durante los brindis —continuó Lucianne—. Cuando el anfitrión haga un brindis, levanta tu copa ligeramente y sonríe. No es necesario beber mucho, solo un sorbo es suficiente.

Lucianne levantó una copa de vino para demostrar, y Evelyn la imitó, practicando el gesto con cuidado.

—Perfecto —la elogió Lucianne, y por primera vez se reflejó cierta simpatía en su rostro—. Recuerda, la postura es muy importante. Siéntate erguida, pero relajada. No apoyes los codos sobre la mesa y evita movimientos bruscos.

A medida que avanzaba la lección, Evelyn se sentía más cómoda y confiada.

—Eres una excelente profesora, Lucianne —la felicitó Evelyn sinceramente, pensando en lo diferentes que eran Albert y Lucianne respecto a su madre—. No sé qué haría sin ti.

—Eres una excelente alumna, Evelyn. Sé que te adaptarás rápidamente y brillarás en cualquier evento social. Recuerda, lo más importante es ser tú misma y mostrar un interés genuino por los demás.

La tarde pasó rápidamente, y al final de la lección, Evelyn se sentía mucho más preparada para enfrentar la cena de esa noche.

Al caer la noche, Evelyn se dirigió a su habitación, donde la esperaba un baño caliente. Desde que se había convertido en duquesa, una de las mayores diferencias en su vida era la oportunidad de disfrutar de baños regulares, algo que aún consideraba un lujo extraordinario.

Las doncellas la ayudaron a desvestirse, dejando que su ropa cayera suavemente al suelo. La

puerta se abrió y cerró, dejando ver a Dana, su amiga, quien había aceptado con gusto el puesto de doncella personal.

—Ya pueden retirarse —ordenó Dana, haciendo que las otras tres doncellas se marcharan. Luego, se acercó a la bañera y vertió dos frascos en el agua. El vapor perfumado se elevó, llenando el aire con una mezcla de lavanda y rosas.

—El baño está listo, Evelyn —informó Dana con una cálida sonrisa.

Evelyn asintió y se deslizó lentamente en la gran bañera de hierro fundido. El agua caliente envolvió su cuerpo, relajando sus músculos tensos y brindándole una sensación de profundo confort. Aún no se acostumbraba completamente a los exquisitos aromas ni a la sensación de pureza que estos baños le proporcionaban.

Cerró los ojos y dejó que el agua acariciara su piel, disfrutando unos momentos de pura relajación, olvidándose de las preocupaciones y expectativas que su nueva vida conllevaba.

Después de unos minutos, Dana volvió con una esponja suave y jabón perfumado, ayudando a Evelyn a lavar su cabello y su cuerpo con movimientos gentiles y cuidadosos. Evelyn sintió cómo cada tensión en su cuerpo se desvanecía, dejando solo una sensación de ligereza y frescura. Justo frente a ella, colgado en la pared, estaba el cuadro que Albert le había regalado. Era una pieza hermosa que a Evelyn le había encantado, aunque no a Anthony. Si ella no lo hubiera detenido, probablemente habría ido con Albert a hacer algo que solo Dios sabría.

—Aún no me acostumbro a esto, Dana —habló Evelyn con una sonrisa—. Es como un sueño del que no quiero despertar.

Dana rió suavemente mientras enjuagaba el cabello de Evelyn.

—Te lo mereces. Todo esto y más. Y yo te agradezco por pensar en mí para este trabajo.

—Eres mi amiga, y sé lo injusta que fue la Sra. May —respondió Evelyn, y ambas no pudieron evitar reír.

—La verdad, me sorprendí mucho cuando se presentó en Windsor House para verme —Evelyn sonrió al imaginar la escena—. Al principio dudé un poco cuando mencionó que la nueva duquesa de Beaufort quería verme. Nunca imaginé que terminarías siendo tú después de lo que pasó.

Evelyn suspiró y asintió.

—Creo que la vida nos quiere juntos, aunque sea para sufrir —bromeó Evelyn. Dana, aparte de su madre y su hermana, era la única que conocía su secreto.

—Yo creo que es una nueva oportunidad, Evelyn. No todos tienen una —expresó Dana, y Evelyn supo que se refería a su esposo, que la había abandonado. Dana meneó la cabeza y continuó lavando el largo cabello de Evelyn—. Solo me preocupa alguien en Windsor House.

—¿Quién? —preguntó Evelyn.

—Es una joven nueva. El duque la trajo de España. La pobre no tiene a nadie aquí y ni siquiera habla nuestro idioma. Todos la tratan muy mal por orden del duque.

—¿Pero por qué? —inquirió Evelyn, frunciendo el ceño.

—No lo sé. Intenté preguntarle a Esmeralda, pero no se comunica bien. Algo debió de pasar para que el duque la trajera desde España y la pusiera como su sirvienta. De todos modos, le dejé un papel con la dirección de Beaufort House por si necesita algo. ¿No te molesta, verdad?

—Por supuesto que no. Yo también podría ayudarla. Recuerda que también fui una sirvienta, Dana.

—Pero ahora eres una duquesa —respondió Dana.

Evelyn suspiró.

—Nadie olvidará que solo soy una sirvienta con vestidos elegantes —murmuró Evelyn.

—Lo olvidarán si tú lo haces. Demuestra que eres más que eso y que mereces ser llamada la duquesa de Beaufort —aconsejó Dana.

Evelyn no respondió, limitándose a permanecer unos minutos más en el agua, disfrutando de los últimos momentos de su baño antes de salir y envolverse en una toalla de lino suave. Dana la ayudó a secarse y luego la cubrió con una bata de seda.

Con la piel aún cálida y fragante por el baño, Evelyn se sentó frente al tocador, lista para que Dana comenzara a prepararla para la cena. Dana empezó a trabajar en su cabello, recogiendo mechones y fijándolos con alfileres dorados, creando un elegante moño bajo adornado con pequeñas flores de seda y perlas. Evelyn observaba su reflejo en el espejo, pensando en lo que sucedería esa noche. Conocería a personas de la alta sociedad y hablaría con ellas siendo una mujer respetada, no como la sirvienta que solía atender sus necesidades.

—Ahora, el vestido —anunció Dana, ayudando a Evelyn a ponerse un vestido de satén azul marino. El vestido caía en suaves pliegues hasta el suelo; la cintura alta acentuaba su figura, y las mangas largas de encaje cubrían sus brazos. Dana ajustó el vestido perfectamente, añadiendo los toques finales con un delicado collar de perlas y pendientes a juego. Evelyn se miró en el espejo, impresionada por la transformación.

—Dana, estoy... deslumbrada. No sé cómo agradecerte —habló Evelyn, emocionada por el resultado.

Dana sonrió, complacida con la reacción de Evelyn.

En ese momento, Anthony apareció en la puerta, vestido con un elegante traje de gala negro con detalles dorados. Al ver a Evelyn, sus ojos se iluminaron.

—Eve, estás... maravillosa —alabó Anthony, acercándose a ella.

Evelyn sonrió en agradecimiento. Dana se retiró discretamente, dejando a la pareja sola por un momento.

—Estoy lista para enfrentar lo que venga —expresó Evelyn, respirando hondo, aunque los nervios se apoderaban de ella.

—Lo haremos juntos. No te preocupes por nada, solo son mis amigos, Eve. No te juzgarán —respondió Anthony, inclinándose para besar suavemente la frente de Evelyn.

—¿Ellos saben quién soy? —preguntó Evelyn, frunciendo ligeramente el ceño.

—Saben que eres mi esposa. No necesitan saber nada más —respondió Anthony con seriedad.

—¿Y si algunos preguntan de dónde soy o cómo nos conocimos?

—Solo di lo que acordamos, Eve. En Oxfordshire. Pero las personas que asistirán son cercanas. Normanby solo anunciará que se casará formalmente en la iglesia con su esposa, lady Katherine. También estarán lady Liviana y lady Jayne, esposas de mis otros amigos. Estoy seguro de que serán muy buenas amigas para ti —explicó Anthony, y Evelyn asintió—. De verdad estás hermosa.

—Gracias —respondió Evelyn, sonrojándose un poco, pues Anthony no dejaba de mirarla.

—Tengo algo para ti, pero es para cuando regresemos —informó Anthony. Evelyn frunció el ceño ligeramente.

Entonces, Anthony sacó su mano izquierda de detrás de su espalda, revelando una caja de bombones. Evelyn la miró, reconociendo la caja. Era la misma que él siempre le regalaba años atrás.

—¿Bombones? —La euforia en su voz era evidente. Anthony asintió, sonriendo al ver la expresión en el rostro de Evelyn—. ¡Por Dios, Anthony! ¿Y quieres que me contenga hasta que regresemos? Hace años que no pruebo uno.

—Si no hubieras huido, no habrías dejado de comer estos bombones —recriminó él.

—Anthony, por favor —respondió Evelyn suspirando. Ya estaba cansada de ese tema.

—Está bien. Solo te dejaré comer uno, con una condición.

Evelyn entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

Anthony sonrió y, sin previo aviso, la besó profundamente. Evelyn se derritió en sus brazos, correspondiendo al apasionado beso.

—Esa era la condición —murmuró Anthony sobre sus labios al terminar el beso. Luego le dio otro, más suave y tranquilo—. Ahora puedes tomar tu chocolate.

Evelyn quedó un poco aturdida por los besos, no los esperaba, pero debía admitir que un beso inesperado era mucho mejor.

Anthony abrió la caja de bombones y sacó uno, retiró la envoltura y lo acercó a los labios de Evelyn, quien abrió la boca de una forma tan sensual que Anthony no pudo evitar gemir suavemente.

—Dios, Eve. Vas a matarme, y tenemos que ir a esa maldita cena —gruñó Anthony, controlando su deseo.

—¿Y es obligatorio asistir? —preguntó Evelyn, acercándose a él. Tomó la caja, sacó otro bombón, quitó la envoltura y lo colocó en sus labios, luego se acercó a Anthony para que tomara la otra mitad. Él lo hizo, y sus labios se rozaron, haciendo que Anthony devorara no solo la mitad del bombón, sino también sus labios.

—Debemos irnos, seguro que ya nos esperan —indicó Evelyn.

Con una última mirada al espejo, Evelyn se alejó, dejando a Anthony sumido en un estado de desconcierto.

—¿De verdad vas a dejarme así? —preguntó Anthony con incredulidad. Evelyn simplemente se encogió de hombros y asintió.

—Quizá cuando regresemos pueda hacer algo al respecto. Ahora vámonos.

Anthony soltó un gruñido bajo.

—Esto no quedará así, mi flor. Esta noche me lo cobraré —prometió Anthony con una sonrisa traviesa.

Capítulo 14

Pss Pss Pss

La gran sala de baile de Beaufort House fue el escenario de una noche que muchos ya llaman perfecta.

Lady Evelyn Ross, la nueva duquesa de Beaufort, presentada en sociedad tras su reciente matrimonio y una impecable presentación en la corte, dejó a todos maravillados con su gracia y naturalidad. Lady Evelyn se movía con la elegancia innata de una verdadera Duquesa. De seguro Lady Delphina Ross debe estar orgullosa de la esposa de su hijo, ya que seguramente será la duquesa perfecta que ella esperaba.

En resumen, la recepción de la duquesa ha sido un éxito rotundo, consolidando su posición y ganándose la aprobación y el respeto de todos. La sociedad londinense no puede esperar para ver más de esta encantadora nueva Duquesa, que ha demostrado estar a la altura de su título con una gracia y naturalidad envidiables.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Evelyn ya estaba lista para salir de Beaufort House y ser presentada en la corte inglesa por su esposo. Negar que estaba nerviosa sería mentir; sus manos sudaban y su estómago era un torbellino. Sabía que, por su apariencia, sería bien recibida. El vestido era más que hermoso, y el diseño le había fascinado. Era de seda blanca, con una larga cola y elaborados bordados dorados. Su cabello estaba peinado en un elegante moño, adornado con plumas de avestruz y flores de azahar, mientras un abanico de marfil colgaba delicadamente de su muñeca.

Según había entendido, todo en su atuendo debía estar impecable y acorde a las estrictas normas de etiqueta de la corte.

—No te preocupes, hija. Verás que todo será perfecto. Has aprendido mucho durante estas semanas —expresó Elina, intentando calmarla al verla tan nerviosa.

—Sí, lo sé. Pero aun así, no puedo evitarlo, mamá. Voy a estar frente al rey y la reina. ¿Y si no les gusto? —Elina negó con la cabeza.

—Eso no pasará. Eres hermosa, y debo felicitarte porque has dominado perfectamente tu postura y hablas con más pausas —señaló su madre.

—Gracias a Lucianne, que estuvo constantemente sobre mí para que no lo olvidara —comentó Evelyn mientras Dana ultimaba los últimos arreglos del vestido. Evelyn miró detenidamente a su madre—. ¿Vas a salir?

—Sí. Quería estar presente en el baile de esta noche, pero será mejor que no. Nadie puede relacionarnos, hija. —Evelyn miró a su madre con tristeza.

—No sabes cuánto lo siento, mamá. Quisiera que estuvieras conmigo esta noche. Habrá muchas personas que ni siquiera conozco —musitó Evelyn con el miedo a flor de piel.

—Estoy segura de que lo harás perfecto, mi niña. Pero sabes que no puedo —explicó Elina. Evelyn asintió.

—¿Y a dónde irás? —preguntó Evelyn.

—Iré a Hampshire con tu tía. Está muy enferma, y temo que no llegará al invierno —respondió Elina con pesar.

—Lo siento, mamá —expresó Evelyn, intentando consolarla—. Ordenaré preparar un carruaje para ti con algunas provisiones.

—No es necesario, hija.

—Claro que lo es, estaré menos preocupada si te vas en uno de los carruajes de Anthony. Por favor —pidió Evelyn.

—Bien. Cuida a tu hermana, sabes cómo es, y si no estoy para reprenderla, temo que se descarrile —Evelyn sonrió y asintió.

—No te preocupes, la mantendré muy ocupada estudiando. Cuídate mucho, mamá —pidió Evelyn, acercándose para abrazar a su madre—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi niña. Mucho, nunca lo olvides —Elina la abrazó con fuerza, sabiendo que a su regreso, todo podría ser diferente.

Una vez que Elina salió de la habitación, Evelyn le pidió a Dana que ordenara preparar el carruaje y las provisiones para su madre. Luego quedó sola unos segundos hasta que Anthony entró.

—¿Estás lista? —preguntó Anthony, con una sonrisa en los labios al verla tan hermosa—. Ese vestido te queda perfecto. Aunque creo que eres tú quien lo hace perfecto.

Evelyn sonrió también.

—Gracias, excelencia. —Evelyn agradeció con una pequeña reverencia.

Después de asistir a la cena de los marqueses de Normanby la semana pasada, las cosas entre ellos habían mejorado considerablemente. No discutían y pasaban noches apasionadas, sin poder quitarse las manos de encima.

En cuanto a Delphina, no podía quejarse, ya que ni siquiera le hablaba. Aunque no podía decir lo mismo de Claire, quien seguía mirándola con hostilidad y se había negado nuevamente a evaluar sus pinturas, incluso cuando Anthony se lo había pedido. Sin embargo, no podía quejarse; tenía muchos aliados en Beaufort House: los sirvientes, Lucianne, Albert, Sharon, su madre y, por supuesto, Anthony.

—¿Podemos irnos? —preguntó Anthony. Evelyn suspiró y asintió—. Yo estaré contigo, Eve. Y, de algún modo, soy uno de los favoritos del rey.

—¿Eso debería tranquilizarme? —inquirió Evelyn, frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Créeme, no quieres estar entre los menos favoritos.

Evelyn torció el labio inferior, pero rápidamente lo colocó en su lugar, recordando las palabras de Lucianne: «*Una duquesa no puede mostrar sus emociones, y menos si son negativas*».

—Vamos —indicó Evelyn.

Al llegar al palacio de Buckingham, fueron guiados al gran salón, que estaba lleno de nobles. Todos observaron mientras Evelyn hacía su entrada. Con Anthony a su lado, avanzó hacia el trono donde se encontraban el rey y la reina, quienes la miraban con interés. Al llegar, Evelyn hizo una profunda reverencia, bajando la mirada brevemente en señal de respeto.

El rey, con una sonrisa benevolente, asintió levemente, y la reina le dirigió una mirada evaluadora, pero finalmente aprobatoria.

—Bienvenida a la corte, lady Beaufort —expresó la reina con voz autoritaria.

—Gracias, su majestad. Es un honor estar aquí —respondió Evelyn con una voz serena pero firme.

Después de la presentación y aceptación en la corte, volvieron a Beaufort House. Evelyn se sentía mucho más relajada; todo había salido perfecto. Había cumplido con uno de los requisitos más importantes de su nueva posición. Este reconocimiento público y oficial le permitía ahora ser plenamente aceptada en los círculos de la alta sociedad.

Al llegar a Beaufort House, encontraron la entrada iluminada por faroles. Dentro, el gran salón de baile de la mansión estaba resplandeciente, adornado con candelabros de cristal que lanzaban destellos de luz sobre los muros tapizados y los suelos de mármol pulido. Flores frescas llenaban el aire con su fragancia, y una orquesta tocaba suavemente de fondo. Los invitados, todos miembros de la alta sociedad londinense, esperaban con expectación el momento en que Evelyn sería formalmente presentada. Las normas sociales dictaban que una mujer casada, especialmente una duquesa, debía ser introducida en sociedad con una gran celebración, donde todos pudieran conocerla y aceptarla.

La música se detuvo brevemente, y el mayordomo de la residencia, con una voz firme, anunció:

—Damas y caballeros, les presento a la duquesa de Beaufort, lady Evelyn Ross.

Anthony tomó suavemente la mano de Evelyn y la guió hacia el centro de la sala, donde todas las miradas se posaron en ellos. Evelyn respiró profundamente, recordando las lecciones de Lucianne. Con una sonrisa serena, hizo una reverencia elegante, bajando la mirada brevemente antes de volver a levantarse. Los invitados comenzaron a aplaudir, y un murmullo de aprobación recorrió la sala. Anthony, con orgullo, apretó su mano y luego comenzó el baile reservado solo para ellos.

Evelyn había practicado ese baile hasta aprender todos los pasos. Le resultaba difícil coordinarse y recordar cada movimiento.

—Mírame, Eve —susurró Anthony. Evelyn levantó la mirada rápidamente—. Sonríe un poco.

Evelyn sonrió y continuó bailando hasta que el baile terminó.

—Lo hiciste perfecto, mi flor —musitó Anthony.

—Estaba muy nerviosa. Temía no recordar los pasos —admitió ella, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Pero lo hiciste muy bien. Ahora solo disfruta, esta es tu noche.

En ese momento, se acercaron los duques de Agnes. Evelyn ya los había conocido en la cena de los marqueses de Normanby.

—Buenas noches —saludó el duque de Agnes—. Felicidades, lady Beaufort, su presentación ha sido un éxito.

—Gracias, excelencia —respondió Evelyn, luego miró a la esposa del duque y le sonrió levemente—. Lady Agnes.

Lady Liviana hizo una pequeña inclinación con la cabeza.

—Concuerdo con mi esposo, todo está saliendo a la perfección. ¿Quiere que le presente a algunas personas?

Evelyn miró a Anthony, y este asintió, por lo que ella y Liviana se alejaron, dejando a los hombres atrás.

—Nunca te había visto sonreír de esa forma, Beaufort —expresó Agnes, con un tono que sonaba más a burla que a cumplido.

—No empieces, Agnes —gruñó Anthony.

—Pero es la verdad. Ni siquiera cuando estabas con Dayse. Empiezo a pensar que hay más historia entre tú y tu esposa. Porque si mi memoria no me falla, hace ocho años en Yorkshire vi a tu esposa, y no precisamente como una invitada de tu familia.

—Calla, Agnes. Alguien podría escucharte —demandó Anthony, mirando a su alrededor.

—Nadie está prestando atención, Beaufort. Ahora dime, ¿por qué te casaste con una mujer de su clase? —susurró Agnes.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Anthony, mirando a su amigo.

—Recuerda que visitaba mucho Yorkshire, y justo ese año tus padres me invitaron a tu casa de campo —respondió Agnes. Anthony recordó entonces los tres días que su amigo había pasado con él en el pueblo de Harrogate.

—¿Qué quieres que te diga, Marcus? Evelyn siempre ha sido la mujer de mi vida —declaró Anthony llamándolo por su nombre de pila, y mirando a su esposa desde la distancia, contento de que ella lo estuviera manejando todo de maravilla.

—¿Y Dayse? —preguntó Agnes, frunciendo el ceño.

—La quise, pero...

—Nunca la olvidaste.

Anthony asintió dándole la razón.

—¿Y puedo saber qué pasó entre ustedes? ¿Cuándo ocurrió todo... esto?

Anthony sonrió al recordar el momento en que conoció a Evelyn.

—Nuestro primer encuentro no fue precisamente agradable. Ella trabajaba para mis padres, y nunca me había fijado en ella hasta ese día.

Era una tarde fresca y soleada en Harrogate cuando Anthony decidió salir a cabalgar por los extensos terrenos de la mansión. Había llegado a Beaufort Abbey hacia tres días, tras sus padres, y ya había tenido una discusión con su padre. Hacía todo lo posible para ganarse el orgullo de Andrew Ross, pero parecía que su padre siempre encontraba la forma de hacerlo sentir insignificante, lo que lo irritaba profundamente.

Mientras sujetaba las riendas del caballo, sumido en sus pensamientos, se encontró con una de las sirvientas, que estaba recogiendo flores silvestres cerca del borde del bosque.

Evelyn, absorta en su tarea, no notó la presencia de Anthony hasta que él estuvo casi al lado de ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Anthony bruscamente, con un tono autoritario. No era tanto la presencia de la sirvienta lo que lo molestaba, sino la frustración que sentía hacia su padre.

Evelyn levantó la vista, sorprendida por el tono del joven marqués.

—Recojo flores para la casa, milord. Pensé que añadirían un poco de color y alegría a los salones —respondió Evelyn.

Anthony frunció el ceño, sin ver la lógica en sus palabras.

—Eso no es necesario. Deberías estar ocupándote de tus tareas habituales, no perdiendo el tiempo aquí afuera.

Evelyn, sin mostrar miedo, se enderezó y lo miró directamente a los ojos.

—Con todo respeto, milord —habló Evelyn con firmeza—, esto también es parte de mis deberes. La señora Wilmas, el ama de llaves, me pidió que recogiera estas flores. Y aunque quizá no lo parezca, un entorno agradable mejora el ánimo de todos en la casa, incluido el suyo.

Anthony se quedó en silencio por un momento, sorprendido por la franqueza de Evelyn. No estaba acostumbrado a que los sirvientes le hablaran de esa manera. Para otros, habría sido una ofensa, pero por alguna razón, decidió dejarlo pasar. Sabía que había descargado su frustración injustamente.

—Tal vez tengas razón —habló finalmente, con un tono algo más suave.

Evelyn asintió, aceptando su disculpa no verbalizada.

—Gracias, milord. No todos tienen el valor de admitir cuando están equivocados.

Anthony no pudo evitar sentirse intrigado por la joven. Había algo en su porte y en la forma en que hablaba que la diferenciaba de los demás. Decidió quedarse un poco más, observándola

mientras continuaba con su tarea. Evelyn, por su parte, volvió a recoger las flores, aunque ahora era consciente de la mirada del marqués.

—¿Siempre hablas con tanta franqueza? —preguntó Anthony al cabo de un rato, genuinamente curioso.

Evelyn volvió a levantar la vista.

—Solo cuando es necesario, milord. Creo que todos merecen ser tratados con respeto, sin importar su posición.

Anthony reflexionó sobre sus palabras. Sin decir nada más, continuó su paseo, pero la imagen de Evelyn y sus palabras quedaron grabadas en su mente. Además, no podía dejar de pensar en lo hermosa y cautivadora que era, pero era demasiado joven.

Los días en Harrogate transcurrieron tranquilamente, pero para Anthony, cada día parecía estar lleno de nuevas emociones y pensamientos confusos. No podía dejar de pensar en Evelyn y en su primer encuentro. Su franqueza, dignidad y belleza lo habían dejado con ganas de conocerla mejor, aunque su mente le decía que era una locura.

En los días siguientes, Anthony comenzó a buscar oportunidades para encontrarse con Evelyn. Se aseguraba de pasear por los jardines cuando ella trabajaba allí, o de caminar cerca de la cocina cuando sabía que ella estaría ayudando con las comidas.

Un día, mientras Evelyn estaba en el invernadero cuidando las plantas, Anthony apareció en la puerta, fingiendo que pasaba por allí por casualidad.

—Buenas tardes —saludó él, intentando sonar casual, pero observándola con detenimiento, intrigado por lo mucho que lo atraía. Desde su primer encuentro, había dejado de salir al pueblo para divertirse; su mente estaba plagada de ella.

Evelyn levantó la vista de las plantas, sorprendida de verlo nuevamente.

—Buenas tardes, milord —respondió con una ligera sonrisa, tratando de ocultar el rápido latido de su corazón—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Anthony se acercó, observando las flores que ella cuidaba, pero luego volvió a concentrarse en ella, la verdadera razón de su visita.

—Solo quería tomar un poco de aire y pensé en ver cómo estaban las plantas. Me gusta el perfume que desprenden. Y parece que están en buenas manos —comentó Anthony sin dejar de mirarla.

Evelyn se sonrojó ligeramente, agradecida por el cumplido.

—Gracias, milord. Hago lo mejor que puedo. Estas plantas requieren mucha atención y cuidado.

—Al igual que las personas, supongo —respondió Anthony, sus ojos fijos en los de Evelyn, lamentando que ella evitara mirarlo directamente con más frecuencia.

El silencio que siguió fue cómodo, mientras ambos se sumergían en la tranquila atmósfera del invernadero. Anthony sabía que debía irse, pero no podía evitar quedarse un poco más, disfrutando de la compañía de Evelyn.

Los encuentros continuaron, cada vez más frecuentes y menos casuales. Un día, mientras Evelyn recogía hierbas en el huerto, Anthony se unió a ella, fingiendo nuevamente que había sido una coincidencia.

—¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó, inclinándose para recoger algunas hierbas junto a ella.

Evelyn rió suavemente.

—No, milord. Pero agradezco la oferta. No esperaba ver al marqués ensuciándose las manos en el huerto.

Anthony se encogió de hombros, sonriendo.

—A veces es bueno hacer algo diferente. Además, la compañía es agradable.

—Pero sería un problema si lo vieran en esta posición, y más si estoy yo. Podrían malinterpretar esta situación, milord —murmuró Evelyn, sin dejar de trabajar.

—No sería un problema. Además, no estamos haciendo nada. No hay nada que malinterpretar, Evelyn —respondió él, sorprendiéndola al llamarla por su nombre.

Evelyn se preguntó qué tan interesado estaba él como para molestarse en averiguar su nombre.

Los días pasaron así, con Anthony buscando cualquier excusa para estar cerca de Evelyn. Sus conversaciones se volvieron más profundas, y Evelyn comenzó a descubrir una faceta de Anthony que no había esperado: un hombre reflexivo, con sus propias dudas y anhelos. Su corazón comenzó a latir más fuerte por él, aunque sabía que no debía involucrarse con el hijo de sus patrones. Pero él siempre la encontraba, y la forma en que la miraba la hacía sentir especial.

Finalmente, en una tarde, Anthony encontró a Evelyn sola en el borde del bosque, donde solía recoger flores. Se acercó a ella, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Evelyn —habló suavemente, llamando su atención. Ella se volvió, sorprendida por la intensidad en su voz.

—¿Sí, milord?

Anthony dio un paso más cerca, sus ojos fijos en los de ella.

—Te dije que podías llamarme Anthony.

—No es correcto, milord. Debo saber cuál es mi posición.

Anthony resopló, decidido a terminar con la tortura de tenerla tan cerca y no poder actuar.

—No he podido sacarte de mi cabeza desde el primer día que hablamos. Sé que está mal, que hay muchas razones por las que no debería estar aquí diciéndote esto, pero no puedo evitarlo. Hay algo en ti que me atrae de una manera que no puedo ignorar.

Evelyn se quedó en silencio, con el corazón acelerado. No sabía qué decir, pero sus ojos reflejaban una mezcla de sorpresa y emoción.

—Anthony... —comenzó ella, sin darse cuenta de que lo había llamado por su nombre, como él le había pedido, pero él la interrumpió, acercándose aún más.

—No sé cómo vamos a manejar esto, pero sé que quiero estar contigo, y siento que tú también lo deseas, Evelyn —musitó él, tomando sus manos sucias por la tierra, sin importarle—. Ese primer encuentro no fue una simple casualidad, fue algo más.

—No...

Antes de que ella pudiera responder, Anthony se inclinó y la besó suavemente. Evelyn, después de un momento de sorpresa, correspondió, dejándose llevar por el momento.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad, sus corazones latiendo al unísono.

—No sé qué va a pasar, pero sé que esto es real —aseguró Anthony, mirándola fijamente—. ¿Podemos encontrar una manera?

—En ese tiempo, no te imaginaba como un hombre romántico, Beaufort —admitió Agnes.

—No lo era, hasta que la conocí. Comenzamos una relación clandestina, y cada día me enamoraba más de ella. Era inevitable. La deseaba tanto que llegué a estar dispuesto a enfrentar a

mi padre, pero ella me lo impedía por temor. Llegó un momento en el que solo podía respirar tranquilo cuando estaba con ella.

—Entonces, ¿cómo terminaste con Dayse? —inquirió Agnes, confundido—. Porque si te acobardaste por su clase social inferior, eres...

—Ella me abandonó —interrumpió Anthony, haciendo que su amigo guardara silencio y frunciera el ceño.

—Pero... lo siento —se disculpó Agnes, suponiendo que había sido imprudente—. Entonces, ¿debo suponer que cuando decidiste viajar por el mundo fue para huir de... ella?

—Sí.

—Y ahora estás casado con ella. Que irónico.

—Así es la vida. —Anthony suspiró pesadamente antes de continuar—. En ese momento, no pensé con claridad. Ella estuvo todo este tiempo en mi residencia, y yo no lo sabía. La busqué, Agnes. Mi corazón estaba destrozado, pero la busqué cuando me convertí en duque. Sin embargo, ella no estaba... o eso pensé hasta que la vi frente a mí hace más de tres meses. Estaba tan enojado que la ignoré y seguí adelante con Dayse, aunque su recuerdo me perseguía y atormentaba.

—¿Al menos sabes por qué te abandonó? —preguntó Agnes.

—Solo dejó una carta estúpida diciendo que no podía continuar por nuestras diferencias sociales. Se fue dos meses y luego regresó, pero nunca supe dónde estuvo. Ya he ordenado que investiguen todo lo que pasó hace siete años, algo debe aparecer.

—¿No has pensado que tus padres podrían haber tenido algo que ver? —Anthony miró a su amigo con el ceño fruncido y negó con la cabeza—. No lo sé, es solo una suposición —agregó Agnes.

—Es una suposición que claramente podría ser cierta. ¡Mierda! —siseó Anthony por lo bajo —. La he estado culpando todo este tiempo, pero nunca me detuve a pensar en esa posibilidad.

—Debes calmarte, Beaufort. Lo mejor será que hables con tu esposa cuando termine el baile —sugirió Agnes—. Solo sé que, sin darnos cuenta, a veces herimos a la mujer que amamos. Pero, por alguna razón divina, ellas terminan perdonándonos.

Anthony miró la figura de Evelyn entre la multitud. Sabía que debía estar agobiada por la cantidad de personas a su alrededor, pero verla sonreír, escondiendo sus inseguridades, lo llenaba de orgullo. Evelyn había nacido para ser suya, para ser su igual. Y si quería mantenerla a su lado, sin el peso del rencor por lo que pasó hace siete años, tendría que conocer toda la verdad. Solo así podrían seguir adelante.

Capítulo 15

Pss Pss Pss

Ciertamente, a los William les encanta el escándalo. fuimos testigos de la boda de los marqueses de Normanby, los cuales se habían casado en secreto anteriormente. Pero lo más escandaloso, o en mi opinión la mejor sorpresa para la familia, fue que después de que los novios fueran declarados marido y mujer, la marquesa de Winchester, lady Jayne, emitiera un grito, todos pensamos que daría a luz en ese momento. Pero todo fue una falsa alarma, y el bebé aún continua en el vientre de su madre.

Por otra parte, tuvimos el placer de volver a ver a la nueva duquesa de Beaufort, Lady Evelyn Ross, la cual estaba verdaderamente hermosa con un porte de elegancia y gracia única. No por nada fue muy bien aceptada en la corte, y por el rey y la reina de Inglaterra.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

En la pequeña casa de Hampshire, el aire era denso. Elina estaba preocupada por su hermana Sara, cuya condición empeoraba día a día. Ya no había esperanzas para ella, y Elina lo sabía.

—Elina —susurró Sara con voz débil antes de toser fuertemente. Elina se acercó rápidamente para ayudarla.

—Debes terminar la infusión, te ayudará con la tos —le pidió Elina, acercándole la taza. Pero Sara negó con la cabeza.

—Nada puede ayudarme, estoy muriendo, Elina —musitó con voz ronca. A Elina se le humedecieron los ojos—. Lo sabes, pero estás retrasando lo inevitable por miedo.

—No quiero saberlo. Evelyn es mi hija y siempre lo será, Sara —respondió Elina con un nudo en la garganta.

—Lo sé. Sé que amaste a esa niña desde el primer momento en que te la entregué. Estábamos prácticamente en la calle, pero tú la acogiste —recordó Sara.

—Y no me arrepiento. Por eso no quiero saber quién la abandonó. Es lo mejor. Ahora descansa, hermana —pidió Elina, intentando poner fin a la conversación. Pero Sara negó repetidamente con la cabeza, negándose a callar.

—Evelyn merece ser reconocida, podría tener una vida mejor —musitó Sara.

—Ella ya tiene una vida feliz. Se casó con el hombre que ama, y además es un duque. No necesita saber quién es su verdadera madre —aseguró Elina, aunque su voz temblaba de miedo; no quería perder a su hija.

—No seas egoísta, Elina —la reprendió Sara. Elina apartó la mirada, dejando caer unas lágrimas.

Si era egoísta por querer conservar el amor de Evelyn para ella, entonces sí, lo era. No quería dejar de escuchar a Evelyn llamarla *«mamá»*.

—No me queda mucho tiempo. Al menos tú deberías saber la verdad. Yo era la única que conocía el verdadero origen de Evelyn. Si muero, nadie más lo sabrá.

—Entonces dímelo, pero no esperes que se lo diga a mi hija —afirmó Elina con firmeza.

—Como quieras. ¿Recuerdas cuando trabajaba con el duque de Lancaster? —preguntó Sara, y Elina asintió—. Hace veinticinco años, la hermana del duque quedó embarazada de otro duque.

El duque de Lancaster estaba furioso, pero permitió que el embarazo siguiera con la esperanza de que fuera un varón, para luego casarla con otro hombre. —Sara se detuvo para toser nuevamente —. Pero el deseo del duque no se cumplió, y su hermana tuvo una niña. Para la desgracia de la bebé, él quería deshacerse de ella. Pero yo no podía hacerlo, así que la llevé a nuestra casa.

—Y yo me quedé con ella —completó Elina.

—Sí. En aquel momento pensé que sería peligroso que supieras su origen. El duque era despiadado. Por eso te pedí que te mudaras a Londres. Ahí estarían más seguras, y más aún si yo era la única que sabía el secreto. Por lo que supe, la verdadera madre de Evelyn huyó a América. Nunca volví a saber de ella. En cuanto al padre, escuché que vivía en Londres. Los nombres de los padres de Evelyn son Claire Evans y Caleb William.

Al escuchar la confesión, Elina abrió los ojos, incrédula.

—No... no puede ser ella. ¿Claire? —Elina llevó las manos a su rostro, llorando. No podía creerlo. ¿Cómo era posible que la verdadera madre de Evelyn estuviera bajo el mismo techo que ella?

—¿La conoces? —preguntó Sara, confundida.

—En este mismo momento está bajo el mismo techo que mi hija. ¡Dios! ¿Y si Claire lo descubre? —Elina estaba desesperada. De repente, recordó a Lucianne y frunció el ceño—. Ella cree que su hija es otra.

—¿Qué? —inquirió Sara, perpleja.

—Sí. Claire llegó de América con la intención de buscar a su hija, sabiendo que estaba viva. Nunca imaginé que pudiera ser la verdadera madre de Evelyn, por eso no le presté atención. Eran problemas de la alta sociedad. Luego apareció con una joven que afirmó ser su hija, y Claire le creyó.

—Pero eso es mentira, Elina...

—No me importa. Claire puede quedarse con la que cree que es su hija. Ella es feliz así, y mi Evelyn seguirá siendo mi hija, como siempre ha sido. No hay nada de qué preocuparse.

∞∞∞

El sol brillaba suavemente sobre las calles de Mayfair, iluminando la elegante arquitectura que atraía a la alta sociedad londinense. Evelyn caminaba con una alegría contenida, disfrutando del paseo. A su lado, Sharon, Lucianne y su doncella Dina la acompañaban. Ya habían pasado varios días desde la presentación en sociedad de Evelyn, y desde entonces todo había salido a la perfección. Habían sido invitados a varios eventos de la sociedad, y ella era bien recibida por los distintos grupos de mujeres aristocráticas.

Para Evelyn, todo seguía siendo abrumador, pero siempre se esforzaba por mostrar calma y naturalidad. Tampoco podía atribuirse todo el mérito, ya que Anthony la apoyaba siempre que la situación lo requería, al igual que Lucianne, quien se había vuelto más cercana a pesar de que antes Evelyn había sido su doncella.

Esa tarde, cansadas de estar encerradas, decidieron dar un paseo por Mayfair Street. Evelyn vestía un delicado traje de muselina color lavanda, adornado con encajes blancos, y un sombrero de paja decorado con cintas a juego.

Evelyn observaba las calles, a las personas caminar y conversar, y las diferentes tiendas y

dulcerías, mientras pensaba en cómo antes había recorrido esas mismas calles, pero siempre en la sombra, como una sirvienta más. Ahora, el aire se sentía diferente.

—Es maravilloso estar aquí de esta manera —comentó Evelyn con una sonrisa radiante, dirigiéndose a su hermana—. Nunca imaginé que podría caminar por Mayfair sintiéndome tan... libre.

Sharon, a su lado, asintió con entusiasmo.

—Es un cambio increíble, Evelyn. Pero te lo has ganado. Eres una duquesa ahora, y todos pueden ver lo bien que te has adaptado —comentó su hermana.

—La verdad, nunca imaginé que nuestra vida pudiera cambiar tan radicalmente —expresó Evelyn, pero Sharon la miró con picardía, alzando una ceja.

—¿En serio? Tú y el duque siempre se han amado, Eve. Solo era cuestión de tiempo para que algo así sucediera —volvió a hablar Sharon.

—No pienso lo mismo. Recuerda que Anthony iba a casarse con Dayse, y él piensa que lo abandoné —explicó Evelyn.

—Y yo creo que deberías decirle la verdad —intervino Dina desde atrás, manteniendo la distancia, como era costumbre para una doncella.

Lucianne, que caminaba ligeramente junto a Sharon, observaba con atención, sin entender a qué se referían con *«la verdad»*.

—Es lo mismo que pienso yo, y también nuestra madre —comentó Sharon encogiéndose de hombros—, pero Evelyn insiste en que no valdría la pena.

—¿Qué no valdría la pena? —preguntó Dina con tono serio y abrupto, haciendo que Evelyn se detuviera y se girara hacia ella—. Eve, yo estuve ahí, ¿recuerdas? Tu esposo te acusa de algo que no hiciste, y estoy segura de que si él supiera lo que sus padres hicieron...

—Dana, por favor —interrumpió Evelyn, lanzando una mirada rápida a Lucianne y observando los alrededores—. No es el momento ni el lugar para recordar ese... momento.

Dana vio la lucha y el dolor reflejados en los ojos de Evelyn y asintió suavemente.

—Claro, disculpa. Solo que es injusto para ti, Eve.

—Sigamos con el paseo —propuso Sharon, consciente de que el tema era delicado. Evelyn asintió, pero ya no sentía la misma alegría de antes.

—Recuerda, Evelyn —habló Lucianne con su tono suave pero firme, notando la expresión de Evelyn—, es importante que te muestres accesible, pero con dignidad. Sonríe a las damas que te saluden, pero no te muestres demasiado informal. La clave está en encontrar un equilibrio entre cercanía y autoridad. Y nunca demuestres tus emociones.

Evelyn asintió, agradecida por el consejo de Lucianne. Sabía que tenía razón; su comportamiento debía reflejar su nuevo estatus. Por un momento, antes de reanudar el paseo, Evelyn miró a Lucianne. Estaba sorprendida y, al mismo tiempo, agradecida. Lucianne nunca preguntaba nada que no fuera de su incumbencia. Algunas personas lo interpretarían como falta de interés, pero Evelyn sabía que ella era diferente. Lucianne no preguntaba porque sabía que algunos temas podían ser tristes y dolorosos. Por esa razón, Evelyn tampoco le había preguntado sobre su propia falta de emoción o carisma.

Mientras caminaban, varias damas de la alta sociedad las reconocieron y se acercaron a saludarlas. Lady Beauchamp, una mujer elegante con un vestido de seda verde y un sombrero adornado con plumas, fue la primera en acercarse.

—Lady Beaufort, qué alegría encontrarla aquí —expresó lady Beauchamp, inclinando ligeramente la cabeza—. Este día es perfecto para un paseo, ¿no cree?

—Así es, lady Beauchamp —respondió Evelyn con una sonrisa—. Es un placer verla. Espero

que esté disfrutando del buen tiempo.

Lady Beauchamp sonrió con aprobación antes de seguir su camino. Evelyn respiró aliviada, sintiéndose más segura con cada saludo.

Más adelante, lady Katherine, la esposa de uno de los amigos de Anthony, se unió a ellas con su amiga, la Srta. Sophia. La última vez que se habían visto, Evelyn había disfrutado mucho conversar con ellas.

—¡Evelyn, querida! ¡Qué alegría verte! —exclamó Katherine. Desde el principio, Evelyn le había pedido que dejara los formalismos a un lado y la llamara por su nombre. Katherine estuvo de acuerdo, siempre y cuando Evelyn hiciera lo mismo—. Justo hoy estaba pensando en ti. ¿Te gustaría acompañarnos a tomar el té en el Jardín de Rosalind un día de estos? Sería bueno pasar un rato solo nosotras.

Evelyn aceptó con gusto la invitación.

—Me encantaría, Katherine. Nos vemos allí esta tarde.

Katherine sonrió con entusiasmo y, tras un breve intercambio de palabras, ambas tomaron caminos diferentes. Por un instante, Evelyn se sintió tentada a preguntarle por su esposo, ya que sabía que el marqués de Normanby no permitía que su esposa saliera si no era escoltada por él mismo debido a su embarazo.

Lucianne, observando cómo Evelyn manejaba las interacciones, murmuró una aprobación.

Continuaron el paseo, deteniéndose en algunas tiendas de Mayfair. Entraron en una boutique de moda, donde Evelyn y Sharon admiraron los últimos estilos en vestidos y sombreros. Luego visitaron una librería cercana, donde Evelyn descubrió algunos libros de poesía y novelas recientes. Sin embargo, no compró ninguno, ya que Anthony contaba con una amplia biblioteca llena de libros.

—Estos libros serían un placer para su lectura, excelencia —expresó el propietario, un hombre amable con gafas redondas, pero Evelyn negó, agradeciéndole.

—¿Por qué no compraste esos libros? —preguntó Sharon.

—Anthony tiene muchos en su biblioteca; sería un desperdicio de dinero —respondió Evelyn, encogiéndose de hombros.

—Eres una duquesa, Evelyn. Es responsabilidad de tu esposo complacerte en tus gustos —explicó Lucianne—, al igual que tú debes complacer los suyos.

—Por supuesto —respondió Evelyn con una media sonrisa, interpretando el consejo de Lucianne.

Finalmente, se detuvieron en una pastelería para disfrutar de algunas delicias.

—Creo que después deberíamos regresar. Debo vigilar cómo va la preparación de la cena de esta noche —informó Evelyn.

—¿Para quién es la cena? —preguntó Sharon.

—Anthony me dijo que era para algunos de sus nuevos socios, pero también asistirán el duque de Agnes y su esposa —respondió Evelyn.

Sentadas en una mesa junto a la ventana, la atmósfera ligera y alegre se mantenía, pero no pasó mucho tiempo antes de que Evelyn notara algunas miradas indiscretas dirigidas hacia su mesa. Las otras damas presentes en el salón comenzaron a susurrar entre ellas, fijando sus ojos en Dina, que estaba sentada junto a las tres mujeres de la alta sociedad.

Dina, consciente de las miradas, bajó ligeramente la cabeza, incómoda con la atención no deseada. Evelyn lo notó de inmediato y sintió una punzada de molestia. Sabía que era mal visto que una sirvienta compartiera la misma mesa que su patrona, pero para Evelyn, Dina era más que una simple empleada; era una amiga leal que había estado a su lado en los momentos más

difíciles.

—No prestes atención a esos murmullos —le dijo Evelyn en voz baja, dirigiéndose a Dina con una sonrisa reconfortante—. Eres mi amiga.

Sharon también intervino, apretando la mano de Dina en un gesto de apoyo.

—Evelyn tiene razón, Dina. No dejes que te afecte lo que piensen los demás.

Sin embargo, las miradas y los susurros persistieron. Evelyn escuchó fragmentos de conversaciones a su alrededor, escandalizadas por la presencia de Dina en la mesa.

—¿Has visto eso? —murmuró una de las damas—. Una sirvienta sentada con una duquesa... ¡Qué falta de decoro!

—Es absolutamente inapropiado —agregó otra, mirando a Dina con evidente desdén—. Nunca lo permitiría en mi casa.

—Evelyn, tal vez sea mejor que Dina se retire por un momento. No querría que este asunto escalara y te causara problemas innecesarios —sugirió Lucianne con tacto, al percibir la incomodidad de la situación.

Evelyn miró a Dina, que intentaba mantenerse digna a pesar de la tensión.

—Dina —habló Evelyn suavemente—, sé que esto es incómodo para ti, pero quiero que sepas que no tienes que irte si no lo deseas. Eres tan bienvenida aquí como cualquiera de nosotras.

Dina, aunque agradecida, entendió la situación. Con una leve sonrisa, se inclinó ligeramente hacia Evelyn.

—Gracias, Eve, pero creo que preferiré dar un paseo por la tienda y ver qué tienen en exhibición. No quiero causar más molestias.

Evelyn asintió, respetando su decisión. Dina se levantó haciendo una pequeña reverencia antes de retirarse. Aunque las miradas continuaron, la partida de Dina alivió un poco la tensión en la mesa. Las mujeres cercanas, al ver que Dina se retiraba, intercambiaron miradas satisfechas y volvieron a sus conversaciones, aunque Evelyn sabía que seguirían hablando de lo ocurrido.

Evelyn sintió una ligera ira brotar en su interior; sabía lo que era ser tratada como si no fuera nada. Miró a Sharon y Lucianne con determinación.

—No me importa lo que digan —manifestó Evelyn en voz baja pero firme—. Dina es una amiga, y no permitiré que la traten con desprecio solo por su posición.

Sharon asintió, con orgullo en sus ojos.

—Eres una duquesa con un gran corazón, Evelyn. No todos lo entenderán, pero tú debes saber que la nobleza inglesa es despiadada. Ahora te adoran, pero siempre estarán esperando tu primer error —expresó Lucianne.

Evelyn lo sabía, pero al menos quería hacerse la idea de que podría ser diferente. Ahora sabía que ella era la que tendría que hacer la diferencia.

∞∞∞

Anthony entró en la habitación de Evelyn y la encontró sentada frente a su tocador. Antes de acercarse, la observó por unos segundos. Ella estaba preciosa, como siempre, pero esa noche parecía más distraída de lo habitual.

—Eve. —la llamó Anthony mientras se acercaba.

—Anthony. —Evelyn se levantó rápidamente y le sonrió—. Ya está todo listo. Espero que te guste lo que organicé.

—Seguro que me encantará —aseguró él, acortando la distancia para dejar un ligero beso sobre los labios de su esposa—. Estás preciosa.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa.

Anthony también sonrió, pero la culpa y la duda que llevaba dentro no desaparecían. Desde que había hablado con Agnes sobre Evelyn y la posibilidad de que sus padres fueran los responsables de que ella huyera, no podía pensar con claridad. Desde entonces, había dejado de culpar a Evelyn tan abiertamente, aunque el impulso de preguntarle directamente sobre el pasado seguía siendo fuerte. Sin embargo, se contenía. Quería averiguar la verdad por su cuenta, y cuando tuviera pruebas suficientes, entonces la enfrentaría con la verdad.

—Ahora dime, ¿qué te preocupa? —preguntó Anthony. Evelyn lo miró con el ceño ligeramente fruncido—. Te conozco, Eve.

Esas palabras la hicieron sonreír, ya que era ella quien solía decirlas. Decidió contarle lo que había sucedido esa tarde en la pastelería con su doncella Dina.

—Sé que es difícil aceptarlo, Eve, pero esta sociedad funciona así —explicó Anthony, acariciándole la mejilla derecha.

—Lo sé, mi amor. —Anthony no se sorprendió al escucharla llamarlo *«mi amor»*, pero sonrió al oírlo de nuevo en sus labios. Solo esperaba que no dejara de hacerlo—. Y también sé que, aunque yo trato a Dina con respeto y la considero una amiga, no todos comparten mi perspectiva. No entienden lo que es la empatía y piensan que nosotros no somos nada.

—Ya no eres una sirvienta, Evelyn —gruñó Anthony. Nunca le gustaba que ella se definiera de esa manera.

—Pero lo fui. Y no porque ahora sea tu esposa voy a olvidar lo que fui ni a las personas que me acompañaron toda mi vida. Ellos también merecen un lugar en esta sociedad, o al menos ser tratados con un poco más de respeto —explicó Evelyn, tomando las mejillas de Anthony al notar que él intentaba alejarse para dejar el tema de lado—. Me gustaría hacer algo para cambiar eso, para que las personas de clase baja también sean vistas y tratadas con dignidad. Quiero crear una organización, o tal vez un negocio, que les brinde oportunidades de desarrollo y, sobre todo, acceso a lugares y recursos que les permitan ser tratadas con más respeto.

Anthony la miró con interés, notando la pasión en los ojos de su esposa.

—¿Qué tienes en mente, Eve? —preguntó, sabiendo que cuando ella se proponía algo, lo hacía.

—Quiero crear una organización que ofrezca capacitación y educación a mujeres de clase baja, especialmente a las que trabajan como sirvientas. Podríamos enseñarles habilidades como la lectura, la escritura, la costura avanzada, la gestión del hogar e incluso el protocolo social. Pero no se trataría solo de capacitación. También podríamos establecer una red de apoyo que les permita acceder a mejores oportunidades laborales, y, de ser posible, crear espacios donde puedan socializar y ser tratadas como iguales, independientemente de su origen.

Anthony sonrió, impresionado por la visión de Evelyn.

—Es una idea muy ambiciosa, esposa mía, pero también increíblemente noble. Sin embargo, debes saber que no será fácil; la aristocracia no permitirá un cambio así de inmediato.

—Lo sé —asintió Evelyn, consciente de que si lograba que más mujeres de la nobleza se unieran a su causa, podría tener éxito.

—Pero cuentas con mi apoyo, mi flor. No te dejaré sola —aseguró Anthony. Evelyn lo miró, levantando las cejas.

—¿Estás seguro? No sé si sería bueno que te involucraras. Al final, cuando nuestro año termine...

Anthony la interrumpió con un profundo beso, sin querer escucharla hablar de que su matrimonio tendría un final. Eso no iba a suceder. Tal vez, si todo hubiera seguido como al principio, su idea de dejarla ir seguiría en pie, pero ahora que la tenía de nuevo, como su esposa y duquesa, no se veía capaz de dejarla ir.

—Anthony... —musitó ella, aún con los ojos cerrados—. Te amo.

Aquella confesión tomó a Anthony por sorpresa. No se lo esperaba, por lo que se alejó un poco, poniendo distancia entre ellos.

—Deberíamos bajar, mis invitados están por llegar —expresó Anthony, evitando mirarla a los ojos. Sabía que si lo hacía, vería la decepción reflejada en ellos. Aunque su corazón y mente estaban sincronizados con sus sentimientos, aún no podía corresponder a sus palabras. Él también la amaba, más que a nada, pero había escuchado esas palabras antes y, al final, todo quedó en el aire. Ahora no podía reprocharle sus dudas, pero aún así, necesitaba proteger sus propios sentimientos.

Evelyn simplemente asintió, sintiendo el dolor del rechazo, pero respiró hondo y esbozó una sonrisa, aunque no fuera del todo genuina. No necesitaba mostrar sus emociones a nadie en ese momento. Lo único que necesitaba era que la cena fuera un éxito.

Capítulo 16

Pss Pss Pss

Una boda rápida y poco emocionante. Así fue como muchos llamaron la boda del nuevo conde de Warwick y Lady Brianna Straton, la segunda hija del difunto conde, Lord Jacob. Lord Ian Dunmond no expresó nada más que disgusto, lo que demuestra que este matrimonio no inició en buenos términos. La verdad me compadezco de Lady Brianna, ahora tendrá que soportar a un guapo, pero malhumorado y presuntuoso escocés.

¿Están listos para el evento más esperado de la temporada? Me refiero al baile de máscaras que ofrecerán los duques de Agnes este viernes. Siempre me han fascinado este tipo de celebraciones, y es una lástima que tan pocos aristócratas se animen a organizar uno. Deberían tomar ejemplo de los duques de Agnes, quienes saben cómo combinar diversión y elegancia a la perfección.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Al bajar al primer piso junto a Anthony, se encontraron con todos ya esperando. Albert le dedicó una sonrisa, mientras que su madre, Claire, simplemente giró el rostro hacia su hija Lucianne para acomodar un mechón de su cabello detrás de su oreja. Delphina solo la miró y luego a su hijo, sin mostrar ninguna expresión, mientras que más atrás se encontraban Odella y su hermana Sharon.

Evelyn no se quedó junto a Anthony para esperar a los invitados, ya que necesitaba asegurarse una última vez de que todo estuviera en perfecto orden. Era la primera cena que organizaba, y esperaba que todos quedaran satisfechos. La mesa del comedor, larga y elegantemente dispuesta, lucía un mantel de encaje blanco, sobre el cual se disponían vajillas de porcelana, cubiertos de plata y copas de cristal tallado. Evelyn había supervisado cada detalle para garantizar la perfección de la primera cena que organizaba.

Regresó al salón justo a tiempo para recibir a los duques de Agnes y, minutos después, a los socios de Anthony.

—Es un placer tenerlos aquí. Permítanme presentarles a mi esposa, lady Evelyn Ross —anunció Anthony—. Eve, él es el vizconde de Brekely —señaló a uno de ellos—. Y lord Malcolm Blackwood.

Ambos hombres eran llamativos en todos los aspectos. Brekely tenía un porte distinguido y atractivo. Cabello castaño oscuro ligeramente despeinado, ojos azul profundo. Su mandíbula fuerte y rasgos angulosos le daban una apariencia imponente. Alto y de complexión atlética. Por si parte, Blackwood tenía un porte igualmente distinguido, pero con un aire más reservado y serio. Cabello negro azabache, perfectamente peinado hacia atrás, ojos color verde intenso. Sus facciones son igualmente angulosas, pero su rostro reflejaba una dureza imperturbable. También era alto y de complexión fuerte.

Evelyn les sonrió con cortesía, inclinando ligeramente la cabeza en señal de bienvenida.

—Es un honor recibirlos en nuestra casa. Espero que disfruten de la velada —habló ella con amabilidad.

—El placer será nuestro, excelencia —respondió Brekely, aunque Evelyn notó cómo su mirada se desviaba hacia Lucianne.

Con todos los invitados reunidos, se dirigieron al comedor. Evelyn se sentía algo nerviosa, pero no dejó que los nervios la traicionaran. El menú que había preparado era sencillo, pero

elegante. Como primer plato, sirvieron una sopa de espárragos, cremosa y acompañada de pequeños panes recién horneados. El plato principal consistía en un lomo de cordero asado, jugoso y tierno, acompañado de patatas al romero y zanahorias glaseadas.

Durante la cena, las conversaciones se volvieron más relajadas, pero Evelyn no pudo evitar notar que Lucianne, sentada a su derecha, evitaba a toda costa la mirada de Brekely.

—Lucianne, ¿estás bien? —le preguntó Evelyn en voz baja, tratando de no llamar la atención de los demás.

Lucianne tragó saliva y asintió, aunque su expresión seguía siendo tensa. Algo inusual en ella, ya que siempre mantenía sus emociones bajo control y rara vez mostraba nerviosismo.

—Sí, Evelyn... estoy bien —respondió Lucianne sin mirarla y con un tono melancólico. Evelyn decidió no insistir más, sabiendo que Lucianne no hablaría.

La cena continuó, y Evelyn mantuvo una actitud impecable, recordando los consejos de Lucianne sobre etiqueta y protocolo. Sin embargo, no pudo evitar lanzar miradas furtivas hacia su esposo, que estaba inmerso en conversaciones de negocios con sus socios y el duque. A pesar de no querer demostrar sus emociones, Evelyn no podía evitar pensar en cómo Anthony seguía rechazándola, culpándola por supuestamente haberlo abandonado.

Las risas y el tintineo de las copas llenaron el ambiente, sacando a Evelyn de sus pensamientos y concentrándose en los minutos finales de la cena. Finalmente, concluyeron con un postre de tarta de limón y merengue.

Al final de la noche, mientras los invitados se retiraban, Evelyn se sintió orgullosa de haber superado con éxito su primera velada como anfitriona. Una vez que todos se fueron, Evelyn se disculpó y también se retiró a su habitación. Dana llegó minutos después para ayudarla a cambiar su ropa por su camisón de dormir. Mientras Dana la ayudaba con el corsé, Evelyn notó una pequeña caja de bombones sobre su tocador. Sin pensarlo, se acercó y la examinó.

Está llena —pensó Evelyn, sonriendo al imaginar quién la había dejado allí.

—¿Sabes dónde está Anthony? —le preguntó a Dana.

—Creo que en su despacho —respondió Dana, terminando de quitarle las capas de ropa y ayudándola con el camisón y su cabello.

Una vez lista para ir a la cama, Evelyn le agradeció a Dana y la envió a descansar. Ahora, estando sola, se arregló un poco el cabello, dejándolo suelto, y se colocó una bata sobre el camisón. Tomó la caja de bombones y salió de su habitación, decidida a buscar a Anthony.

Evelyn se dirigió al despacho de Anthony y al llegar, abrió la puerta sin siquiera tocar, lo que hizo que Anthony levantara la mirada.

—Pensé que querrías algunos —expuso Evelyn mostrando la caja de bombones mientras cerraba la puerta y se acercaba a él.

—Los compré para ti —expresó Anthony, mirándola fijamente.

—Gracias, pero no quiero comerlos sola —respondió Evelyn. Abrió la caja y tomó un bombón mientras terminaba con la distancia que los separaba, quedando frente a él, que la miraba desde su silla.

A pesar de que Anthony se negaba a decirle que la amaba, Evelyn estaba segura de que lo hacía. El pasado lo habían dejado herido y cerrado, pero ella estaba decidida a quedarse a su lado y demostrarle que no tenía intención de irse. Con suavidad, acercó el bombón a los labios de Anthony, sin dejar de mirarlo a los ojos. Él lo tomó sin resistirse, lo que le permitió a Evelyn aprovechar el momento para sentarse en su regazo.

—Yo te amo, Anthony —susurró Evelyn, y sintió cómo él se tensaba—. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

—Evelyn... es difícil —respondió Anthony, girando el rostro para evitar su mirada, pero ella tomó su barbilla para que volviera a mirarla—. Si hubiera sido yo quien te hubiera abandonado, ¿me perdonarías y seguirías conmigo como si nada hubiera pasado?

—Lo sé, Anthony, pero... —Evelyn selló los labios y fue su turno de desviar la mirada. Ella no le diría la verdad de lo que pasó, y si no lo hacía, él nunca la perdonaría de verdad.

—¿Al menos dime dónde estuviste esos dos meses en los que desapareciste? —preguntó Anthony, volviendo a clavar sus ojos en los de ella.

Evelyn recordó los peores dos meses de su vida, sabiendo que no sería capaz de hablar de ello; sería como revivirlo.

—Quieres que te perdone, pero te niegas a darme una explicación sincera de por qué te fuiste. Íbamos a comenzar una vida juntos, lejos de todo. Estaba dispuesto a renunciar a mi título por ti, pero eso no te importó. Así que no pidas lo que no mereces —declaró Anthony con dureza.

Evelyn asintió, queriendo levantarse del regazo de Anthony con el poco orgullo que le quedaba, pero él la detuvo.

—Y aun así, no puedo alejarte, Evelyn. Te has vuelto nuevamente mi mayor necesidad, una necesidad que no sabes cómo luché para sacarla de mi cuerpo —confesó Anthony.

Evelyn tenía tantas cosas que decir, pero lo único que pudo hacer fue besarlo con pasión, amor y deseo. Anthony respondió al beso con un gemido, tomándola por la nuca y acercándola más a él. Sus manos se deslizaron hacia abajo, ahuecando completamente el trasero de Evelyn mientras la levantaba en brazos y la sentaba firmemente sobre el escritorio, abriendo sus piernas para quedar entre sus muslos. Evelyn gimió al sentir su excitación.

—Anthony —susurró—. Solo hazme tuya, sin pensar en nada más.

Anthony no respondió, porque cuando la tenía entre sus brazos nunca pensaba en otra cosa. Volvió a besarla mientras sus manos subían el dobladillo de su camisón hasta la cintura de Evelyn.

Evelyn comenzó a quitarle el chaleco y la camisa, dejándolo desnudo de cintura para arriba.

—Vamos a quitar esto, te quiero completamente desnuda —gruñó Anthony con desesperación mientras dejaba caer el camisón de Evelyn al suelo. Sus ojos no podían apartarse de ella, de su cuerpo exuberante que lo atraía como un imán.

Evelyn gritó y se arqueó contra él cuando sus pulgares encontraron sus pezones sensibles. Una de sus manos bajó desde sus senos hasta su entrepierna, donde la acarició con precisión, hundiendo sus dedos dentro de ella. Evelyn gimió sin restricciones, disfrutando de cada caricia, queriendo tenerlo ya dentro de ella. Con manos temblorosas, abrió la apertura de sus pantalones, atrapando su excitación con las manos.

Anthony soltó un gemido al sentir cómo lo tocaba, desesperado por penetrarla y sentirla deshacerse en el orgasmo. La simple idea hizo que su miembro se pusiera aún más duro.

—Anthony, hazlo ya, por favor —rogó ella, guiándolo a su entrada. Pero en vez de entrar de inmediato, él la torturó un poco más al estimularla con su erección. Cuando sintió que ella temblaba de anticipación, Anthony inclinó la pelvis y, con un gemido de pura satisfacción, se hundió en su calor suave y acogedor.

Evelyn levantó sus piernas, apretándolas alrededor de las caderas de Anthony mientras él descansaba contra ella. Con las manos apoyadas en el escritorio, a ambos lados de su cuerpo, Anthony la miró a los ojos. Sus ojos café no se apartaban de los de ella, buscando algo que Evelyn no podía descifrar. Su respiración comenzó a salir en pequeños jadeos mientras intentaba controlar su necesidad de moverse contra él. Finalmente, él la penetró con fuerza, haciéndola

gritar de placer.

Para Anthony, verla echar la cabeza hacia atrás y luego acercarlo para besarlo con deseo era el climas que necesitaba para sentir como su orgasmo se acercaba, pero quería seguir disfrutando la sensación de ella apretándolo cada vez más. Anthony siguió con sus movimientos rítmicos cada vez más aumentando la fuerza de sus embistes. Eso fue todo lo que necesitó para que la cabeza de Evelyn cayera sin fuerzas y su boca se abriera con un grito de éxtasis silencioso. El orgasmo de Evelyn también desencadenó el suyo. Con otro empuje, Anthony se enterró lo más profundo que pudo, arqueándose hacia atrás mientras se corría violentamente. Pareció durar para siempre, pero finalmente todo su cuerpo se relajó y se derrumbó contra ella, enterrando su rostro en su cuello húmedo.

—Evelyn... —murmuró Anthony, besando la marca de media luna en su cuello, siempre había sido un punto que adoraba besar.

—Debes creerme cuando digo que te amo, Anthony —susurró Evelyn, con la respiración más calmada.

Yo también te amo —pensó Anthony, pero no encontró la voluntad para hacérselo saber. Bastante había demostrado al decirle que ella era su mayor necesidad.

—Y aunque no me lo digas, sé que tú también me amas —expresó Evelyn, sonriendo dulcemente. Él levantó la cabeza rápidamente, sorprendido, y encontró su rostro iluminado por una sonrisa comprensiva—. Aún no estoy lista para decirte lo que pasó, y sé que tú tampoco estás preparado para escucharlo. Solo confía en mí, por favor.

La súplica en sus ojos le decía a Anthony que hablaba con sinceridad.

—Está bien, mi flor —musitó Anthony suavemente, tomando un mechón de su cabello para colocarlo detrás de su oreja. En el fondo, quería creer en ella.

∞∞∞∞

Días después, Evelyn se encontraba en el estudio de arte que Anthony había mandado a hacer especialmente para ella. La primera vez que él se lo mostró, se sintió inmensamente feliz de que hubiera pensado tanto en ella como para crearle un espacio completo. Era un lugar amplio, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural y ofrecían una vista panorámica de los jardines. Las paredes estaban adornadas con lienzos en blanco, pinceles y estantes llenos de pinturas y libros de arte.

Evelyn estaba sentada frente a un caballete, concentrada en el retrato que estaba pintando. Sonrió al ver cómo el lienzo comenzaba a tomar forma con el rostro de su madre, una mujer de belleza serena, con ojos cálidos y una sonrisa tierna. El retrato sería un regalo para su madre, ya que su cumpleaños se acercaba.

Evelyn estaba tan absorta en su pintura que no notó la entrada de Albert.

—Ese retrato es impresionante —alabó Albert suavemente, acercándose al caballete con una sonrisa de admiración. Evelyn levantó la vista, sorprendida pero complacida por su presencia.

—Gracias, Albert —respondió ella, volviendo su atención al cuadro—. Es para el cumpleaños de mi madre. Quiero que sea algo especial, algo que realmente refleje lo que ella significa para mí.

Albert se acercó un poco más, observando el retrato con atención.

—Lo has conseguido —murmuró él después de un momento—. Has capturado algo más allá de su apariencia. Se nota el amor en cada pincelada. Estoy seguro de que le encantará.

Evelyn sonrió, sintiéndose más segura al escuchar sus palabras.

—Eso espero. Mi madre ha sido mi pilar en tantos momentos de mi vida. Quiero que tenga algo que le recuerde lo importante que es para mí cada vez que lo mire.

Albert asintió, comprendiendo perfectamente el deseo de Evelyn de expresar sus sentimientos a través del arte.

—A veces quisiera hacer algo así por mi madre, pero sé que no me gustará su crítica, así que prefiero no intentarlo —expresó Albert encogiéndose de hombros. Evelyn dejó el pincel a un lado y lo miró con un poco de pena.

—Lo siento, Albert. No conozco muy bien a Claire, pero las pocas palabras que hemos intercambiado no han sido amables. Es como si me odiara.

Albert sonrió y negó con la cabeza.

—Es así. Si alguien no le agrada, no hará nada para ocultarlo. Creo que ella esperaba que Lucianne se casara con el duque, pero resultaste ser tú la elegida.

—¿En serio? —preguntó Evelyn, levantando las cejas. Albert asintió—. Eso explica por qué parece odiarme aún más. Cuando era sirvienta, quise que ella evaluara mis pinturas, pensando que su aprobación podría abrirme algunas puertas, pero se negó. Y aún lo hace.

—No la necesitas, Evelyn. Tienes un gran talento. Diría que incluso rivalizas con las pinturas de la gran artista Claire Tumbler —comentó Albert con una sonrisa.

Evelyn no pudo evitar reír.

—Lo sé. Anthony fue quien insistió. De hecho, un gran artista en Londres vio una de mis pinturas y pidió conocer al autor —expuso Evelyn.

—¿Y fuiste?

—Aún no —respondió Evelyn.

—¿Por qué no? —preguntó Albert.

—No sabe que soy mujer. Aquí en Londres, una mujer artista lo tiene difícil, y más ahora que soy duquesa —explicó Evelyn.

—Entiendo, pero creo que deberías ir. Es una oportunidad, y nadie sabe lo que pueda pasar más adelante —opinó Albert.

Evelyn meditó unos segundos y luego sonrió.

—Tienes razón. ¿Quieres acompañarme la próxima semana? —preguntó ella con una sonrisa.

—Será un placer —respondió Albert. Tras unos segundos de silencio, volvió a hablar—. Eve, ¿tu hermana irá también al baile de los duques de Agnes esta noche?

Evelyn frunció el ceño, curiosa ante el repentino interés de Albert en Sharon.

—Sí, ¿por qué? —preguntó con una media sonrisa, aunque Albert negó con la cabeza—. Creo que irá disfrazada como la reina María Antonieta de Francia.

—Bien. ¿Te importa si me quedo y pinto un poco? —preguntó Albert, señalando su propio caballete.

—Por supuesto que no, Albert —respondió Evelyn con una sonrisa—. Me alegra que estés aquí.

Mientras Albert se preparaba para trabajar en su propio proyecto, Evelyn continuó añadiendo los toques finales a su retrato. Al levantar el pincel, se dio cuenta de que estaba casi terminado. Satisfecha con su trabajo, miró a Albert, sumido en su pintura, y sonrió. Aún no podía creer que él se hubiera fijado en su hermana, no porque Sharon no fuera digna de él, sino porque estaba segura de que Claire no aceptaría tal unión. Ahora entendía por qué Albert prefería quedarse en Londres en vez de regresar a América con su padre.

∞∞∞

Anthony estaba en su despacho con el vizconde de Brekely. Ambos ya habían firmado los documentos que los convertían en socios. Anthony ahora era parte del London Industrian Alliance y tenía mucha más participación de la que esperaba.

—La primera carga de algodón ya salió de América. Debe llegar en dos meses —informó Anthony.

—Perfecto. Estoy seguro de que dominaremos el mercado de la industria inglesa —aseguró Brekely, a lo que Anthony asintió—. Como todo está en orden, me retiro. Debo escoger un disfraz para el baile de esta noche.

—El baile de Agnes ha sido el más esperado de la temporada —comentó Anthony.

—Muy esperado, Beaufort. Esta noche promete —expresó Brekely, con un tono que hizo fruncir ligeramente el ceño a Anthony, pero decidió no darle importancia.

—Nos vemos esta noche entonces.

—Por supuesto —respondió Brekely. Luego se despidió y salió del despacho, dejando solo a Anthony, quien estaba ansioso por leer los documentos que el detective que había contratado le había enviado.

Esos documentos debían explicar qué hizo Evelyn durante los dos meses que estuvo fuera. Anthony, con la esperanza de encontrar una justificación, aunque fuera mínima, para perdonarla y olvidar el pasado, abrió los papeles sin esperar más.

Informe Confidencial
Fecha: 12 de Julio de 1825
Remitente: James Hawthorne, Detective Privado
Destinatario: Lord Anthony Ross,Duque de Beaufort
Asunto: Investigación sobre la desaparición de lady Evelyn Ross hace siete años.

Resumen del Informe:
Este informe detalla los hallazgos de la investigación realizada sobre la desaparición de Lady Evelyn Ross durante un período de dos meses hace siete años. La investigación se centró en los movimientos de Lady Evelyn durante su ausencia y las posibles razones detrás de su desaparición.

Antecedentes:
Según los registros y testimonios obtenidos, lady Evelyn desapareció inesperadamente de Beaufort House a finales del verano de 1818. Durante esos dos meses, no se supo nada de su paradero, lo que generó una considerable preocupación. Sin embargo, lady Evelyn regresó a la mansión como si nada hubiera sucedido, sin ofrecer una explicación clara sobre su ausencia.

Hallazgos:

Residencia en Berkeley Street: La investigación ha revelado que lady Evelyn residió en un pequeño alojamiento en Berkeley Street, un barrio de Londres conocido por ser hogar de personas de diversas clases sociales, durante su desaparición. Fue allí donde se la vio en varias ocasiones, interactuando con un hombre cuya identidad se ha confirmado como un tal Henry Cartwright, un comerciante de origen sospechoso.

Relación con Henry Cartwright: A través de entrevistas con residentes locales y comerciantes de la zona, se ha confirmado que Lady Evelyn mantuvo una relación cercana con el Sr. Cartwright durante su estancia en Berkeley Street. Fueron vistos juntos en diversas ocasiones, paseando por las calles y entrando en residencias privadas. Testigos han afirmado que la relación parecía ser de naturaleza íntima, sugiriendo que Lady Evelyn pudo haber abandonado Beaufort House para estar con este hombre.

Regreso a Beaufort House: Después de dos meses de ausencia, Lady Evelyn regresó a Beaufort House. Las investigaciones indican que, tras su regreso, Lady Evelyn no ofreció explicaciones sobre su paradero, retomando sus actividades diarias como si nada hubiera ocurrido.

Conclusión:
Los hallazgos de la investigación indican que Lady Evelyn, durante su desaparición hace siete años, mantuvo una relación con Henry Cartwright, un comerciante de Berkeley Street, y vivió con él en ese barrio durante los dos meses en que estuvo ausente. La relación con Henry Cartwright parece haber sido la razón principal para su alejamiento. No se ha podido determinar si Lady Evelyn intentó mantener esta relación después de su regreso a la mansión, pero no se han encontrado evidencias de contacto entre ambos desde su retorno.

Firmado:
James Hawthorne
Detective Privado
Londres, 1825

Anthony se levantó bruscamente de la silla, tirando la lámpara del escritorio al suelo. Su corazón latía con fuerza, cada latido como un tambor ensordecedor en sus oídos.

—¡Esto no puede ser! —gruñó mientras se servía un trago de whisky.

Al principio, una sensación de incredulidad lo invadió. Evelyn, su Evelyn, a quien le había entregado su corazón, ¿lo había dejado por otro hombre? El peso de esa realidad comenzó a asentarse en su pecho, cada palabra del informe perforando su corazón como una daga fría.

Su mente intentaba resistirse, buscando alguna razón, alguna justificación para lo que estaba escrito en esos malditos papeles. Pero la evidencia estaba allí, detallada y precisa. Evelyn había huido de la mansión para buscar consuelo en los brazos de otro hombre.

La tristeza lo envolvió como una nube oscura. ¿Cómo había podido Evelyn hacerle eso? ¿Cómo había podido traicionar su amor de esa manera? Los recuerdos que compartían juntos se volvían amargos. Por un momento, la tristeza fue tan profunda que sintió las lágrimas formarse

en sus ojos, pero se negó a dejarlas caer.

Imágenes de Evelyn con ese hombre, alguien a quien ni siquiera conocía, comenzaron a formarse en su mente, y con cada una de ellas, el dolor en su pecho crecía, transformándose rápidamente en ira.

Sin pensarlo, salió de su despacho con los papeles en las manos, decidido a confrontar a Evelyn. La encontró en el gran salón junto a Delphina, Claire, Lucianne y Sharon, quienes estaban eligiendo antifaces para completar sus disfraces.

Sin importarle nada más, llegó hasta Evelyn y la tomó con fuerza del brazo, provocando que ella soltara un leve jadeo por la intensidad del agarre.

—¡Anthony! ¿Qué te pasa? —preguntó Evelyn, mirándolo con el ceño fruncido y tratando de soltarse de su agarre.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Evelyn? —murmuró entre dientes, su voz temblando de rabia.

—¿Hacer qué? —preguntó ella nuevamente, confundida.

Las demás presentes los observaban, sin entender por qué Anthony estaba actuando de manera tan violenta.

—Eres muy buena fingiendo, Evelyn —acusó Anthony mientras la tiraba del brazo, llevándola fuera del salón. Las demás se quedaron completamente confundidas.

—¿Qué le pasa a Anthony? —preguntó Claire, mirando a Delphina, que se encogió de hombros.

—No lo sé, él no es un hombre violento —respondió Delphina.

—Por Dios, debe hacer algo, lady Delphina. El duque no está en sus cabales y podría lastimar a Evelyn —comentó Lucianne, preocupada. Sharon asintió también, temerosa por lo que pudiera suceder.

—Mi hermana no ha hecho nada para recibir la ira de su esposo —afirmó Sharon.

—¿Quién sabe? Quizás ha ocultado algo —comentó Claire con desdén, captando la atención de todas—. Es solo una suposición.

Delphina decidió no decir nada y prefirió seguir a su hijo para detener lo que estaba ocurriendo. Supo rápidamente dónde estaban por los gritos. Al llegar, vio a Evelyn tirada en la cama y a Anthony frente a ella, fuera de sí.

—¿Cómo te atreviste a engañarme de esa manera, Evelyn? Te di todo, te abrí mi corazón, ¡y tú te divertías con ese Henry Cartwright! —vociferó Anthony, perdiendo el control.

—No sé quién es ese hombre, Anthony. Debes creerme —suplicó Evelyn, arrodillada en la cama con lágrimas recorriendo su rostro.

—¿Qué debo creerte? —rió Anthony, pero sin humor—. Eres una mentirosa. Me dejaste hace siete años por otro hombre y estuviste con él durante dos meses. ¿Qué pasó para que volvieras como una simple sirvienta? ¿Lo dejaste o él se dio cuenta de que eres una mentirosa manipuladora?

—Anthony, por favor, no sé de qué estás hablando —declaró Evelyn, queriendo defenderse, pero sin saber exactamente de qué tenía que hacerlo—. Eso no fue lo que pasó.

—¿Entonces qué fue lo que pasó? ¡Aquí está toda la información! —gritó Anthony, arrojándole los papeles a la cara—. ¡Habla!

Evelyn lo miró, herida y decepcionada, y luego negó con la cabeza, bajando la mirada.

—¡No puedes negarlo! Solo quería entender cómo fuiste capaz de mirarme a los ojos cada día desde que nos casamos. ¡Y querías que te perdonara! Eres una...

—¡No, Anthony! —gritó Delphina, interponiéndose entre ellos cuando vio la intención de su

hijo. No permitiría que la golpeara—. No hagas algo de lo que te arrepentirás.

—Sal de aquí, madre. Esto es entre mi esposa y yo —ordenó Anthony, pero Delphina no se movió.

—Estás enojado, Anthony. Lo mejor es que hablen después, cuando estés más calmado —pidió Delphina—. Sé que no quieres lastimarla de esta manera.

Anthony apretó los puños, mirando a Evelyn por encima del hombro de su madre. El dolor y la ira lo consumían.

—Yo sí te amaba, Evelyn. Pero ahora sé que tú nunca lo hiciste —murmuró antes de salir de la habitación, dejando a Evelyn con Delphina.

Delphina se sentó en la cama junto a Evelyn, que no dejaba de llorar. Tras unos segundos de silencio, Evelyn levantó la vista.

—¿Por qué me protegió? Si me odia —preguntó Evelyn, sorbiendo las lágrimas.

—No te odio, Evelyn. De algún modo, comprendo que mi hijo te ama —respondió Delphina, provocando que Evelyn la mirara como si estuviera loca.

—¿Acaso no vio que casi quería matarme? Si usted no hubiera intervenido...

—Él nunca te habría lastimado de esa forma. Tal vez habría hecho algo menor, pero conociendo la intensidad de sus sentimientos por ti, no se lo habría perdonado —interrumpió Delphina. Tras unos segundos de silencio, continuó—. ¿Por qué está tan molesto?

—Por estos documentos —musitó Evelyn, señalando los papeles esparcidos por la cama—. Un detective que él contrató asegura que lo dejé por otro hombre hace siete años.

—Eso no es...

—Exacto, usted sabe que no es verdad —interrumpió Evelyn esta vez. Delphina bajó la cabeza.

—¿Por qué aún no le has dicho la verdad? —preguntó Delphina.

—¿Entonces usted cree que cuando le diga que su difunto padre me obligó a irme y me encerró en un cuarto durante un mes para saber si estaba embarazada, me va a perdonar? Y aún más si le digo que cuando lo confirmó, él ordenó matar al bebé aún dentro de mí, y todo esto usted lo permitió y nunca dijo nada—Evelyn soltó cada palabra con dolor—. ¿Cree que estará relajado y feliz al saber que no lo traicioné? Diga cuál es el mejor escenario: que siga creyendo la mentira y usted continúe a su lado, o que sepa la verdad y la mande bien lejos.

Capítulo 17

Agosto, 1818

Después de salir de la habitación de Anthony, Evelyn corrió a la suya, la que compartía con su madre y su hermana pequeña. Al llegar, agradeció que la habitación estuviera vacía; necesitaba pensar y reprimir el temor que aún sentía de ser descubiertos por los padres de Anthony.

Anthony le había pedido que huyeran y dejaran todo atrás. Él estaba dispuesto a abandonar su comodidad y su título por ella. Sabía que sería arriesgado, y temía que, en algún momento, cuando Anthony se diera cuenta de lo difícil que era la vida sin dinero y prestigio, él la culpara.

—Pero él me ama —murmuró Evelyn.

Evelyn no podría estar tranquila abandonando a su madre y hermana en esa casa, pero tampoco podía llevarlas con ella a un futuro incierto. Mientras recogía sus pocas pertenencias, pensaba en alguna posibilidad para ayudar a su familia.

Justo en ese instante, la puerta de la pequeña habitación se abrió. Evelyn se sobresaltó y, con rapidez, se giró, quedando sorprendida al ver quién era.

—Excelencia —expresó Evelyn bajando la cabeza ante el duque de Beaufort, el padre de Anthony.

—No digas nada. Termina de hacer lo que estás haciendo y ven conmigo —ordenó el duque con seriedad.

—¿A dónde? —preguntó Evelyn. El duque endureció el semblante y, con enojo, se acercó para tomarla del brazo con fuerza desmedida, haciendo que Evelyn soltara un quejido.

—No entiendo cómo pudiste engatusar a mi hijo, pero esto terminará ahora mismo —refutó el duque mientras la arrastraba por el pasillo—. Recoge las pocas cosas de ella —le ordenó al mayordomo, que estaba parado frente a la puerta del despacho del duque. Luego abrió la puerta y empujó a Evelyn al suelo sin delicadeza alguna—. Desaparecerás de la vida de mi hijo ahora mismo. Él no irá a ninguna parte contigo. ¿Acaso no ves que estás interfiriendo en su futuro? Anthony es un marqués, y algún día será duque. Él es mi legado, y no permitiré que una simple sirvienta lo arrastre a cometer la mayor locura de su vida.

—No huiríamos si usted aceptara que nos amamos —replicó Evelyn, mirándolo directamente sin temor, mientras se levantaba del suelo y quedaba frente al padre del hombre que amaba.

—¿Y dejar que una sirvienta sea la madre de mis nietos? ¡No lo permitiré! Mi sangre no se mezclará con la clase baja —gruñó el duque—. Dejarás a mi hijo, pero sé que él no te abandonará si tú no le rompes el corazón.

Evelyn frunció el ceño, sin comprender a qué se refería.

—Nunca haría eso, yo lo amo —declaró Evelyn con seguridad en sus palabras.

—Lo harás si no quieres que tu madre y hermana terminen en un lugar peor que la cárcel. Puedo vender a tu hermanita —advirtió el duque con una sonrisa perversa al ver cómo Evelyn palidecía ante la amenaza.

—Usted no puede hacer eso —expresó Evelyn con la voz temblorosa, aterrorizada por lo que podría pasarle a su hermana.

—Por supuesto que puedo hacerlo. Ustedes no son más que fuerza de trabajo para esta sociedad. La cosa es simple, Evelyn —pronunció el duque, enfatizando su nombre—. Escribirás una carta para mi hijo dejándolo. Después, vendrás conmigo para asegurarme de que no has engendrado un bastardo. Si el resultado es negativo, te dejaré ir, y tu familia seguirá a salvo bajo

mi techo. Incluso podría aumentar ligeramente el salario de tu madre.

—¿Y qué pasará si... estoy embarazada? —preguntó Evelyn, temiendo la respuesta.

—¿No es obvio? Nos desharemos de ese bastardo antes de que nazca —respondió el duque, sin un atisbo de remordimiento.

—¡No! ¿Cómo puede ser tan cruel? —exclamó Evelyn mientras las lágrimas comenzaban a caer—. No voy a aceptar eso.

—No tienes opción, Evelyn. Si no aceptas, igual vendrás conmigo, pero nunca volverás a ver a tu familia, y tú tendrás un destino mucho peor. Te estoy dando la oportunidad de aceptar voluntariamente.

—Aunque acepte, no es porque quiera. Usted está amenazando a mi madre y hermana. —Evelyn suspiró bajando la cabeza. No podía abandonar a su familia para ser feliz—. Y de todas formas, no estoy embarazada, excelencia.

—Eso no lo sabemos aún. Quiero estar seguro —explicó el duque mientras tomaba papel y pluma—. Ahora, ven. Escribe lo que te dicto.

Evelyn lo miró y luego miró la pluma con el papel.

—Sé que mi hijo te estuvo dando lecciones de escritura y lectura —comentó el duque con desdén.

Evelyn se acercó con poca voluntad y tomó la pluma en sus manos.

—Escribe lo siguiente: Lo siento, no puedo hacerlo, eres un marqués y un futuro serás un duque respetado, no puedes perder eso por una simple sirvienta que no vale nada.

Evelyn comenzó a escribir con lentitud. Su letra aún era imperfecta, pero sabía que Anthony la reconocería y creería cada palabra cruel que estaba escribiendo contra su voluntad. Al terminar, dejó la pluma a un lado y miró al duque.

—Bien —habló él, doblando el papel y guardándolo en el bolsillo de su chaleco—. Ahora nos iremos. Estarás en otra de mis residencias mientras esperamos la confirmación de tu estado. Estoy seguro de que, cuando regreses, mi hijo ya estará casado con una dama digna de su posición.

Evelyn se sentía impotente. No podía hacer nada contra ese hombre; no tenía poder, ni dinero, ni recursos para proteger a su familia. Y temía decirle algo a Anthony. Su padre era capaz de todo para separarlos y hacerla desaparecer de la vida de su hijo.

En ese instante, la puerta se abrió, revelando a Elina, su madre, con lágrimas en los ojos. Evelyn quiso acercarse a ella, pero el duque la detuvo tomándola nuevamente por el brazo.

—Quédate en tu lugar —le ordenó a Evelyn, luego miró a Elina—. ¿Y tú qué haces aquí? Deberías estar cumpliendo con tu trabajo y disfrutando de la libertad que tu hija ha comprado para ti.

—No, suelte a mi hija. Nosotras nos iremos de Beaufort House, y nunca más sabrá de nosotras —aseguró Elina.

—Eso suena perfecto, pero hay un detalle: tu hija se revolcaba con mi hijo sin ningún pudor. —Evelyn bajó la cabeza, incapaz de enfrentar a su madre—. Ahora debo asegurarme de que no esté esperando a un bastardo.

—¡No, por favor, se lo suplico! Nos iremos lejos, pero deje a mi hija —suplicó Elina.

—¡No! Ahora regresa a tu trabajo. Las sirvientas no piden favores a sus patrones —declaró el duque con frialdad—. Y si quieres volver a ver a tu hija sana y salva, será mejor que te apartes. Sabes muy bien que puedo hacer algo peor. Podría convertir a tu pequeña hija en una más en los burdeles del East End.

Elina negó con la cabeza mientras se arrodillaba frente al duque.

—No, por favor —suplicó.

Al ver a su madre así, Evelyn usó todas sus fuerzas para soltarse del agarre del duque.

—Mamá —musitó Evelyn, arrodillándose también frente a Elina—. Perdóname, yo no quería que esto sucediera.

—No es tu culpa, mi niña —musitó Elina, limpiando las lágrimas del rostro de Evelyn.

—Sí lo es. Si no me hubiera enamorado de Anthony, no estarías pasando por esto, y Sharon no estaría en peligro. —Evelyn sollozó—. Ahora debo hacer lo que él quiere si quiero que estén a salvo.

—No puedes, Evelyn —negó Elina, tomando las manos de su hija entre las suyas.

—No te preocupes, él solo quiere asegurarse de que no estoy embarazada, y te aseguro que no lo estoy. —Al menos, ella oraba para que así fuera.

—Hija...

—Piensa en Sharon, mamá. Si nos negamos, podrían hacerle algo peor a ella... y a ti. No quiero perderlas ni que sufran por mi culpa.

Evelyn abrazó a su madre mientras Elina aún negaba con la cabeza y lloraba. Preferiría morir antes de ver a sus hijas sufrir, pero, lamentablemente, no tenía más opciones. Ella podría morir, pero sus hijas sufrirían un destino peor.

El duque apartó a Evelyn de su madre con brusquedad.

—Es hora de irnos. No quiero que Anthony te busque y te encuentre aún aquí —habló el duque mientras la arrastraba fuera del despacho, dejando a su madre atrás, llena de impotencia, incapaz de hacer nada para salvar a su hija.

Evelyn fue escoltada por dos lacayos hacia un carruaje que esperaba en la parte trasera de la mansión. Las palabras amenazantes y llenas de desprecio del duque resonaban en sus oídos mientras el carruaje avanzaba a través de las calles de Londres. Ella no sabía a hacía donde el duque la llevaría.

—Esto es por el bien de Anthony, él merece un futuro mejor —indicó el Duque con una frialdad.

El carruaje se detuvo finalmente en una calle angosta y sombría de Berkeley Street. La propiedad era pequeña y discreta. Evelyn fue conducida al interior, a una habitación en el segundo piso, donde una cama estrecha, una silla de madera y una mesa desgastada eran los únicos muebles presentes. Una pequeña ventana, alta en la pared, dejaba entrar apenas un rayo de luz y el aire estaba pesado con el olor de la humedad.

La habitación era sofocante, un lugar diseñado más para el aislamiento que para la comodidad.

Día tras día, Evelyn permaneció encerrada en esa habitación sin otra compañía. No tenía a dónde ir, ni podía escapar si quería mantener a su familia a salvo. El duque la visitaba ocasionalmente, su presencia siempre acompañada de palabras frías y cortantes.

—Esperaremos —le había dicho en su última visita, su tono tan implacable como su mirada—. Si no hay señales de un embarazo en un mes, podrás irte. De lo contrario, ya sabes lo que debe hacerse.

No pasaba un día sin que Evelyn pensara en Anthony. Lo extrañaba profundamente, aunque sabía que, a estas alturas, él probablemente la odiaba, creyendo lo peor de ella. Lo que más la inquietaba era la incertidumbre de si el duque finalmente cumpliría su promesa de casarlo con otra mujer.

A medida que las semanas pasaban, Evelyn vivía con la angustia y esperando, temiendo el momento en que su cuerpo revelara lo que el duque tanto temía.

Fue a finales del mes y medio de haber estado encerrada que Evelyn comenzó a sentir los

primeros síntomas: Un cansancio abrumador, mareos al levantarse, y una sensación de náusea que no podía ignorar. Su corazón se aceleró con cada nueva señal, aterrada por lo que significaba.

No había dudas, estaba embarazada.

El duque fue informado de inmediato por el médico que había estado visitándola con regularidad. Las visitas del médico habían comenzado como una vigilancia rutinaria, pero ahora habían tomado un giro más siniestro. El doctor llegó a la pequeña habitación acompañado por una curandera, ambos con expresiones de indiferencia.

—Está embarazada —anunció el médico, su voz resonando en la habitación como una sentencia.

Evelyn sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. El eco de esas palabras retumbó en su mente, dejando solo un vacío abrumador. Pero ese vacío fue remplazado por un torrente de emociones: Miedo, desesperación, y una tristeza tan profunda que la dejó sin aliento.

Ese bebé que llevaba dentro era el fruto del amor que compartía con el hombre al que amaba más que a nada.

El terror la envolvió al darse cuenta de lo que significaba la confirmación de su embarazo. No solo perdería a su bebé, sino que se le negaría para siempre la posibilidad de ver su pequeño rostro inocente. La madre que ya era en su corazón estaba siendo brutalmente destrozada. No era solo el miedo por lo que le harían a su cuerpo, sino la agonía de saber que nunca podría ver a su hijo crecer, que nunca podría darle el amor que ya sentía por él.

—Por favor, no puede hacerlo. ¡Es su nieto! —gritó ella desesperada, no quería que le arrancaran a su bebé de sus entrañas.

El duque al escuchar esa palabras no puedo evitar darle una fuerte bofetada haciéndola caer al suelo.

—Ese bastardo no es nada mío. Haga su trabajo, Berry, para eso lo traje —ordenó el duque al medico, quien solo estaba allí para asegurar que el procedimiento se llevara a cabo correctamente, y para intervenir si algo salía mal.

El duque había decidido que ese bebé nunca nacería. Que la vida que llevaba dentro sería arrancada de ella sin compasión.

La voz de Evelyn temblaba mientras intentaba hablar, pero no podía articular palabra alguna. La curandera, con manos firmes y poco amables, comenzó a preparar una mezcla de hierbas en un mortero ignorando los sollozos ahogados de Evelyn. Cada movimiento era meticuloso y preciso, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

Evelyn observó con horror como la curandera machacaba hojas de ruda y raíz de mandrágora, dos plantas conocidas por sus propiedades abortivas. Luego, agregó semillas de tanaceto y bayas de enebro, ingredientes que sabía que provocaban violentas contracciones en el útero.

Una vez que las hierbas estuvieron completamente trituradas, la curandera vertió un poco de agua caliente en una jarra y añadió la mezcla de hierbas, dejando que se impregnara en el líquido.

—Es mejor que no te resistas —informó la curandera con frialdad.

Dana, otra sirvienta de Beaufort House que había sido llevada por el duque para que la atendiera después de lo que le harían, había estado en un rincón de la habitación, se acercó a Evelyn, tomando su mano con una mirada de miedo. Sabía que no podía detener lo que estaba a punto de suceder, pero intentó ofrecerle consuelo, aunque fuera en vano.

Minutos después, la curandera le entregó a Evelyn la jarra con el brebaje, acercándola a sus labios. Evelyn intentó resistirse, su cuerpo temblaba ante la idea de beber aquel líquido que sabía que le arrebataría a su bebé, pero las manos de la curandera no cedieron.

—Debes beberlo todo —ordenó la mujer con voz dura—. Cuanto más te resistas, peor será para ti.

Con lágrimas rodando por sus mejillas, Evelyn sintió como si una parte de ella muriera en ese instante. Sabía que no tenía elección, que no había escape posible. Al fin, con una mezcla de desesperación y resignación, bebió el brebaje en pequeños sorbos, el sabor amargo y picante quemando su garganta y su estómago.

Cuando terminó, la curandera la obligó a acostarse en la estrecha cama. El médico se acercó, palpando su vientre con manos frías y desalmadas, como si ella no fuera más que un objeto sin vida. Evelyn cerró los ojos, rezando para que todo terminara rápido, aunque sabía que apenas estaba comenzando.

Poco después de beber el brebaje, Evelyn comenzó a sentir los primeros efectos. Un dolor sordo y profundo se instaló en su abdomen, como si estuvieran apretando su vientre. El dolor se intensificó, convirtiéndose en contracciones violentas que hacían que su cuerpo convulsionara. Era un dolor insoportable, como si su cuerpo se estuviera desgarrando desde adentro.

El duque observaba todo con frialdad perturbadora, pero sintiendo que por fin se libraría de algo que nunca debió existir.

Evelyn gimió, retorciéndose en la cama, mientras la curandera preparaba otra mezcla de hierbas, esta vez un té de hoja de menta y verbena, que le hicieron beber para intensificar las contracciones y asegurarse de que el proceso fuera eficaz.

El dolor, combinado con la pérdida de sangre que pronto siguió, la dejó débil, al borde de la inconsciencia.

Dana, que estaba junto a la cama, sostenía la mano de Evelyn con desesperación. Ella lloraba en silencio, sabiendo que no podía hacer nada para detener la tragedia que se desarrollaba ante sus ojos. Ella no podría imaginar como terminaría Evelyn después de eso, porque perder a un hijo era desgarrador, pero que se lo arrebataran de esa forma era aún más desgarrador e inolvidable.

Después de lo que pareció una eternidad, el proceso terminó. Evelyn, exhausta, cubierta de sudor frío y sangre, apenas podía respirar. El médico y la curandera revisaron su estado con la misma indiferencia con la que habían comenzado, asegurándose de que no hubiera complicaciones graves antes de salir de la habitación.

—Estará débil por un tiempo, pero sobrevivirá —anunció el médico, como si la vida de Evelyn no fuera más que un trámite.

El duque había logrado lo que quería: El bebé no nacería, y el problema estaba resuelto.

Evelyn se quedó allí, en la cama, temblando de dolor y angustia. Su hijo, el fruto de su amor con Anthony, había sido arrebatado de la manera más cruel posible.

Las semanas que siguieron fueron una tormenta de fiebre, debilidad y una profunda depresión. Evelyn apenas podía moverse. Dana se mantuvo a su lado, cuidándola con dedicación.

Finalmente, después que Evelyn estuvo recuperada físicamente, y el duque consideró que el problema había sido resuelto, permitió que regresara a Beaufort House. Pero la mujer que volvió no era la misma. Evelyn estaba rota, con una tristeza insondable en sus ojos, y un secreto que la atormentaría para siempre.

El regreso a la mansión fue un acto mecánico, fue enviada a trabajar en la cocina y se le prohibió salir más allá de ella. Quería ver a Anthony, necesitaba verlo, pero se había enterado de que él no estaba en Londres, lo que significaba que el duque había logrado cada uno de sus objetivos. Por lo que estando debilitada y dolida emocionalmente, no tuvo otra opción que reanudar su vida como si nada hubiera pasado, mientras el horror de esos dos meses la perseguía

en cada rincón de su mente. Su único consuelo era su madre, quien la ayudaba a mantener la fachada de normalidad, aunque ambas sabían que las cicatrices de aquella experiencia nunca se desvanecerían.

Capítulo 18

Pss Pss Pss

¿Por qué aún el nuevo conde de Warwick no hace una presentación oficial a su esposa, lady Brianna? Este matrimonio no pudo haber empezado peor. Pero también me pregunto porque hace más de cinco meses no vemos en las calles de Londres a lady Amelia Straton. Su ausencia ha levantado susurros en los salones de la alta sociedad. Algunos dicen que está enferma, recluida en Warwick House, mientras que otros especulan que el escándalo en el que estuvo envuelta junto a lady Jayne Evans aún la persigue. ¿Qué estará escondiendo de nosotros? Mientras tanto, el baile de máscaras que se avecina en Agnes House promete ser un evento lleno de sorpresas. Los nobles se preparan para asistir, ansiosos por ver si el nuevo conde de Warwick y su esposa harán finalmente su debut. Y Por supuesto esperamos ver a la nueva y maravillosa duquesa de Beaufort.

Revista de sociedad de Lady Kennt

Los recuerdos se desvanecieron cuando Dana habló nuevamente.

—Disculpa, ¿qué decías? —preguntó Evelyn, mirando a Dana a través del espejo de su tocador.

—Preguntaba si querías usar la diadema de oro o la tiara de flores —repitió Dana, señalando los accesorios.

—La diadema —respondió Evelyn sin mucho entusiasmo.

Dana asintió, prefiriendo no decir más. Sabía que lo mejor era dejar que Evelyn reflexionara en silencio, así que continuó cepillando con delicadeza el cabello castaño claro de Evelyn. Lo alisó hasta que formó suaves ondas que caían en cascada por su espalda. Luego colocó la diadema de oro adornada con pequeñas hojas de laurel sobre su cabello, complementando su disfraz de la diosa Hera. Sería su atuendo para el baile de máscaras organizado por los duques de Agnes esa noche.

A pesar de la elegancia de su apariencia, Evelyn no lograba disfrutarla. Sus pensamientos seguían atrapados en la tristeza y la confusión que la abrumaban desde que Anthony había recibido aquel maldito informe. Un informe que la acusaba falsamente de haberlo traicionado siete años atrás. Aunque Evelyn intentaba explicarse, sentía que ninguna palabra era suficiente para hacer que Anthony confiara en ella.

Mientras Dana ajustaba los últimos detalles de su peinado. Evelyn miró su reflejo en el espejo y se preguntó si acaso no merecía un poco de felicidad. Cada vez que parecía alcanzarla, una fuerza mayor la alejaba de ella. Sabía cuánto le había dolido a Anthony lo que había leído, y aunque quería reparar las cosas, sentía que la grieta entre ellos se hacía más grande cada día.

—Estás lista —anunció Dana en voz baja mientras ajustaba un último mechón de cabello.

Evelyn solo asintió en respuesta. Se levantó lentamente mientras Dana la ayudaba a ponerse el disfraz. El vestido era de seda blanca, con bordados dorados que recorrían el corpiño y la falda, cayendo en pliegues suaves hasta el suelo. Una capa de gasa dorada adornaba sus hombros, evocando las alas de una diosa. El collar de oro con una esmeralda en su cuello simbolizaba el poder y la realeza de Hera.

Aunque el disfraz la hacía lucir imponente, Evelyn no se sentía así. La idea de enfrentarse a Anthony en el baile, de fingir que todo estaba bien mientras la sociedad observaba, le resultaba insoportable. No tenía idea de lo que pasaría entre ellos, ni de qué pensaba Anthony realmente.

«Lo mejor es que le digas la verdad, Evelyn»

Recordó las palabras que Delphina le había dicho antes de dejarla sola en la habitación.

Pero, aunque deseaba contarle la verdad, compartirle todo lo que había sufrido y cómo su propio padre le había arrebatado la vida a su bebé, sabía que él no le creería. ¿Cómo confiaría en ella cuando parecía dar más valor a un simple pedazo de papel que a sus propias palabras? Eso quedó claro cuando él eligió creer en aquella carta, escrita con su letra, pero no con sus palabras.

Dana tomó su mano con suavidad.

—Eve, sé que esta noche es difícil para ti. Pero eres fuerte. Y tienes que seguir siéndolo.

Evelyn apretó la mano de Dana, agradecida por su apoyo, aunque la duda seguía atormentándola. No sabía si debía enfrentar a Anthony o mantener la distancia. Ambas opciones le aterraban.

—No sé qué hacer, Dana —susurró Evelyn—. No sé si estoy lista para enfrentar lo que pueda pasar esta noche. O lo que venga después.

—Lo único que puedes hacer es contarle la verdad, Evelyn. No es justo que te culpe por algo que no hiciste. Anthony debe saber cómo su padre los separó y lo que te hizo pasar.

Evelyn suspiró. Dana podría tener razón, pero sentía que ese momento no era el adecuado para revelar una verdad tan dolorosa. No antes de un baile de máscaras.

Con un último vistazo al espejo, Evelyn forzó una sonrisa. Sabía que la noche sería un desafío emocional, y el baile de máscaras sería el lugar perfecto para ocultar sus verdaderos sentimientos.

Con la cabeza en alto, salió de la habitación y se dirigió al carruaje que la llevaría al baile. Al entrar en el carruaje con la ayuda de un lacayo, lo encontró vacío, lo que le dio un breve respiro. Pero sabía que el inevitable encuentro con Anthony estaba cerca.

Poco después, Anthony entró en el carruaje, disfrazado como Zeus. Su figura encarnaba perfectamente al dios del rayo y soberano del Olimpo. Llevaba una túnica de seda blanca con pliegues majestuosos, ceñida con un cinturón dorado que tenía un intrincado diseño de hojas de roble. Un broche en forma de rayo adornaba su pecho, y una capa de terciopelo azul oscuro caía sobre sus hombros. Una corona de laurel dorada enmarcaba su cabello oscuro y revuelto con elegancia, mientras la máscara que cubría parte de su rostro realzaba sus rasgos severos y varoniles.

Evelyn no pudo evitar mirarlo con asombro. Era imposible no notar lo bien que le sentaba el disfraz de Zeus, como si hubiera nacido para encarnar al rey de los dioses. La combinación de la túnica, la capa y la corona le confería una autoridad natural que lo hacía aún más atractivo. Sus ojos café, que solían mirarla con una variedad de emociones, ahora eran fríos y distantes, y eso la estaba consumiendo por dentro.

Por su parte, Anthony estaba igualmente destrozado. Sentado junto a la mujer que amaba más que a nada en el mundo, sentía un vacío que lo consumía. Las palabras del informe del detective seguían martillando en su mente, llenándolo de dudas y resentimiento. Aunque su corazón quería creer que todo era una mentira, que la Evelyn que conocía jamás lo traicionaría, su mente no dejaba de dar vueltas.

—Creí que no querías que te acompañara hoy —musitó Evelyn, rompiendo el tenso silencio. Anthony la miró con la misma frialdad en sus ojos.

—Este matrimonio es solo para mantener mi reputación intacta, Evelyn. Si hubiera llegado solo al baile de los duques de Agnes, las habladurías habrían comenzado. Créeme, soy el primero que te quiere lo más lejos posible —aseveró Anthony, sin rastro de arrepentimiento en sus palabras.

—Anthony, yo no...

—Cuando la temporada termine, nuestro matrimonio también lo hará —interrumpió él, helándole la sangre a Evelyn con esa revelación—. Lo mejor será hacerle creer a todos que... moriste por alguna enfermedad. Yo cumpliré mi palabra de darte todo lo que necesites.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Evelyn con el ceño fruncido, temiendo la respuesta.

—Encontraré una dama adecuada para casarme y tener a mi heredero —respondió Anthony, mirándola directamente a los ojos. Evelyn sintió cómo su corazón se quebraba en mil pedazos.

Ella asintió lentamente, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con escapar. Era difícil mantenerlas a raya.

—Está bien, pero no quiero nada de ti. Me iré de tu vida, y esta vez será para siempre, Anthony. Si me quieres lejos, no sabrás ni siquiera dónde estoy —expresó Evelyn, levantando el mentón con orgullo.

Anthony la observó, y por un breve instante, la frialdad en su expresión vaciló ante la respuesta de Evelyn. Por dentro, él luchaba por mantener la compostura.

Evelyn apartó la mirada, intentando contener las lágrimas que seguían acumulándose. Sabía que la noche sería difícil, pero debía aceptar la decisión que Anthony ya había tomado. Lo amaba con todo su ser, pero no podía seguir aferrándose a algo que no tenía futuro.

El carruaje avanzó lentamente hacia Agnes House, donde el baile de máscaras ya estaba en pleno apogeo. El silencio reinó durante todo el trayecto. Cuando llegaron, las luces brillaban con gran resplandor. El sonido de la suave música se mezclaba con las risas y los murmullos de la multitud dentro de la mansión.

Anthony fue el primero en descender del carruaje. Extendió la mano hacia Evelyn, quien la tomó sabiendo que debían mantener las apariencias.

La entrada a la mansión estaba llena de aristócratas, todos vestidos con elaborados disfraces y máscaras que ocultaban parcialmente sus identidades. Evelyn, con su vestido de seda blanca y capa dorada, atraía miradas mientras avanzaba junto a Anthony, quien caminaba con la misma elegancia y autoridad de siempre. Su presencia como Hera y Zeus, los reyes de los dioses, era imponente y una elección perfecta para la noche.

—Lord y lady Beaufort, están maravillosos esta noche —exclamó la marquesa de Normanby, lady Katherine, quien estaba junto a su esposo, lord Leonardo—. ¡Qué coincidencia tan encantadora que hayan elegido a Zeus y Hera como sus disfraces! ¡Parecen una pareja divina!

—Gracias, lady Katherine. Ustedes también se ven absolutamente deslumbrantes —respondió Evelyn con una sonrisa genuina.

—Gracias, lady Beaufort —replicó Normanby suavemente, antes de volverse hacia Anthony —. Luego nos reuniremos. Parece que solo en eventos como este tenemos la oportunidad de vernos.

—Por supuesto, amigo —aceptó Anthony con una inclinación de cabeza.

Después de intercambiar algunas palabras, Anthony y Evelyn se sumergieron en la multitud, saludando a otros nobles que se acercaban para felicitarlos por sus disfraces o conversar sobre temas triviales. Ambos mantenían sonrisas y reían en los momentos adecuados, pero Evelyn sentía la frialdad en cada gesto de Anthony. El esfuerzo por mantener las apariencias la estaba agotando.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, llegaron a una zona más tranquila del salón. Evelyn divisó a Sharon junto a Lucianne no muy lejos de ellos. Queriendo alejarse de la frialdad de Anthony, comenzó a caminar hacia ellas, pero no sin antes escuchar las palabras de su esposo.

—No te alejes mucho. Debemos, al menos, bailar una pieza —informó él sin emoción en su

voz. Evelyn solo asintió y siguió su camino.

Mientras se acercaba sonrió un poco al ver lo hermosa que estaba su hermana menor, vestida como la reina María Antonieta de Francia. Su vestido era un espléndido conjunto de seda azul pálido y encaje, con una falda amplia y voluminosa que arrastraba suavemente por el suelo. El corpiño, ajustado y adornado con perlas y delicados bordados dorados, realzaba su figura esbelta. Sobre su cabeza, un elaborado peinado alto, adornado con plumas blancas y pequeñas flores de azahar, se elevaba con una gracia que evocaba el esplendor de la corte francesa.

A su lado, Lucianne, estaba igualmente hermosa vestida como un hada. Su vestido, hecho de capas de gasa plateada y rosa pastel. Pequeñas luces brillaban como estrellas en la tela, y sus alas delicadamente tejidas de seda y alambre estaban extendidas desde sus hombros, le daban una apariencia verdaderamente encantadora. También llevaba una corona de pequeñas flores y hojas en su cabello, que caía en suaves rizos hasta sus hombros.

Evelyn llegó a ellas con una media sonrisa. Sharon y Lucianne la recibieron con sonrisas cálidas, aunque Evelyn pudo ver en sus ojos la preocupación que intentaban ocultar.

—Evelyn, estás impresionante —alagó Lucianne, observándola con su mirada perspicaz.

—Gracias, Lucianne. Ustedes dos también se ven absolutamente hermosas —respondió Evelyn, admirando el vestido de su hermana—. Casi puedo imaginarte en el Palacio de Versalles, Sharon.

Sharon rio suavemente ante el alago de su hermana.

—Y tú podrías gobernar el Olimpo esta noche —bromeó su hermana.

Luego de una platica banal sobre el baile, Lucianne se disculpó y se alejó. Cuando finalmente quedaron solas, la sonrisa de Sharon se desvaneció un poco, reemplazada por una expresión más seria.

—Eve, ¿cómo estás realmente? —preguntó Sharon, su voz suave y llena de preocupación.

Evelyn suspiró, sintiendo que por fin podía bajar la guardia, aunque solo un poco.

—No lo sé, Sharon —admitió con honestidad—. Esta noche me siento como si estuviera en una cuerda floja, tratando de mantener el equilibrio, pero con el riesgo constante de caer.

Sharon asintió, comprendiendo el peso que su hermana llevaba sobre sus hombros.

—Sé que todo ha sido difícil, especialmente con el duque —expresó Sharon, mirando a su hermana—. Pero estoy aquí para ti, pase lo que pase. Lo sabes, ¿verdad?

Evelyn asintió.

—Él quiere terminar todo una vez que termine la temporada —musitó Evelyn. Su hermana la miró con sorpresa y luego frunció el ceño.

—¿Terminar? Pero están casados —expresó Sharon sin comprender.

—Antes de casarnos hicimos un trato, Sharon —declaró Evelyn, luego de unos segundos le explicó a su hermana el trato que los había llevado a ser marido y mujer.

—Pensé que él lo hizo porque te amaba, Eve —musitó Sharon desconcertada. La única que sabía sobre eso era Elina, su madre—. ¿Y que harás?

—Lo que él quiere. No voy a forzar nada. Al finalizar la temporada desapareceremos de Londres, algo que debimos de haber hecho hace mucho —respondió Evelyn.

—Pero Eve, al menos dile la verdad, puede que así...

—Él no confía en mí, Sharon. ¿Qué te hace pensar que lo haría si le digo algo como eso? Es claro que no me creería —intervino ella ante las palabras esperanzadoras de su hermana.

—Si es lo que quieres, mamá y yo nos iremos contigo. Empezaremos una nueva vida lejos de Londres —aceptó Sharon con una sonrisa de apoyo.

—Gracias, Sharon —expresó finalmente, forzando una pequeña sonrisa—. No sé qué haría sin

ti y mamá.

∞∞∞

Anthony, aún con la máscara de Zeus cubriendo parte de su rostro, se movió a través del salón en un intento de despejar su mente. Al avanzar, reconoció a sus amigos reunidos cerca de una de las grandes columnas de mármol del salón. Agnes conversaba animadamente con Normanby, mientras Windsor y Winchester los acompañaban.

Al acercarse a ellos, los hombres alzaron la vista y lo recibieron con una sonrisa.

—Beaufort, por fin te unes a nosotros —expresó Agnes—. Estábamos hablando de cómo Windsor ha estado muy ocupado esta temporada.

Windsor se mostró inexpresivo ante el comentario de Agnes.

—Así es —admitió Windsor con un tono ligero—. Desde que Lady Kennt anunció que estaría buscando esposa esta temporada, todas las damas jóvenes solteras de Londres están esperando a que les preste atención.

—Así que estás en plena cacería de esposa, Windsor —habló Anthony con una ceja levantada —. ¿Alguna candidata ha capturado tu interés?

Windsor hizo una pausa, como si pensara su respuesta con cuidado.

—He bailado con varias damas encantadoras esta temporada, pero no hay ninguna que haya logrado atraparme completamente... aún —respondió Windsor, con una media sonrisa—. Pero no estoy tan seguro de que una esposa esté en mis planes inmediatos.

Normanby, que estaba al tanto del verdadero motivo, intercambió una mirada de complicidad con su hermano.

Aunque Windsor había estado bailando con varias damas esa noche, su entusiasmo por el cortejo no era del todo genuino. Había invitado a numerosas jóvenes a bailar, pero había un propósito oculto detrás de esos gestos que solo su hermano sabía.

En realidad, Windsor ya estaba casado. Pero para el resto del mundo, ella no era más que una sirvienta en su casa, su existencia oculta tras las sombras de Windsor House. La razón de la situación de su esposa era compleja, y Windsor no estaba dispuesto a revelar su situación a nadie más.

—Eres un hombre sensato, Windsor. Pero asegúrate de que, cuando elijas una mujer, sea una confiable. No querrás repetir los errores de otros en nuestra posición.

Windsor asintió con el ceño fruncido ante el consejo de Anthony, los demás hicieron lo mismo y lo miraron con fijeza.

—¿Problemas maritales? —preguntó Winchester.

—Nada que no pueda resolver.

Todos quedaron en silencio por unos segundos y Anthony no pudo evitar sentir una punzada de envidia hacia Windsor. Él estaba libre para disfrutar de la vida, para cortejar a quien deseara sin la carga de un pasado doloroso que amenazara con desmoronarse.

Agnes, imaginando el tormento de su amigo, decidió dirigir la conversación hacia un tema más serio.

—Cambiemos el tema, he oído que la inversión en la LIA está mostrando resultados prometedores —comentó Agnes, mirando a Anthony y a los demás—. ¿Alguno de ustedes ha considerado expandirse en esa dirección?

Normanby asintió, su expresión volviéndose más calculadora.

—He estado analizando las cifras —admitió Normanby—. Los márgenes son estrechos, pero

la demanda está en aumento. Creo que podría ser una buena oportunidad, aunque aún hay riesgos que deben evaluarse.

—El riesgo siempre estará presente en nuevas rutas, pero con la situación política actual en América, los beneficios podrían superar las expectativas —comentó Anthony—. Sin embargo, es crucial asegurarnos de que nuestras inversiones estén diversificadas para mitigar cualquier inestabilidad.

—Lo que Beaufort dice es cierto. Además, el comercio no es solo cuestión de rutas, sino de las relaciones que cultivamos. He estado trabajando en fortalecer nuestros lazos con algunos mercaderes clave en los puertos principales. —agregó Winchester, que había estado escuchando con atención.

La conversación continuó girando en torno a las oportunidades de negocio y las estrategias para el futuro, con cada uno aportando sus ideas y experiencias. Pero mientras Anthony discutía con sus amigos, su mente no podía apartarse completamente de Evelyn. Aun así, mantenía la fachada de normalidad, sabiendo que en este círculo de poder e influencia, cualquier señal de debilidad podría ser percibida. Y aunque sus amigos no sabían nada de lo que ocurría en su vida privada, Anthony estaba decidido a seguir adelante, a mantener su posición y, de alguna manera, encontrar una forma de enfrentar la tormenta que se desataba en su corazón.

Capítulo 19

Pss Pss Pss

No sé por cual escándalo comenzar. Nunca pensé que Londres sería un escenario lleno de dramatismo, pero aquí estoy, relatando los acontecimientos que surgieron durante el baile de mascaras de los duques de Agnes, que aprovecho para mencionar que estuvo encantador, nunca me había divertido tanto en un baile. El mayor acontecimiento fue descubrir como lady Lucianne logró atrapar a uno de lo solteros mas codiciados del momento. Bien era sabido por todos que ella no lograría captar la atención de ningún noble, por lo que forzarlo a una unión fue su única salida.

La boda entre lady Lucianne y el vizconde de Brekely será en una semana.

También debo preguntarme por qué el duque de Windsor aún no escoge una dama para cortejar. En unas pocas semanas la temporada terminará, y debo reconocer que el duque ha tenido a muchas jóvenes en ascuas esperando su elección.

¿Es que acaso el duque busca una mujer que se le parezca a la duquesa de Agnes?

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Cuando Lucianne se alejó de Evelyn y Sharon, se acercó a Claire y Odella, quienes conversaban animadamente.

—Hija, estás preciosa con ese disfraz —alabó Claire, acomodando uno de los mechones rubios de Lucianne.

—Gracias, madre —respondió Lucianne, sin esbozar una sonrisa.

—Eres tan educada y perfecta que a veces pienso que tú deberías haber sido la nueva duquesa de Beaufort. Era una oportunidad única —comentó Claire, con una nota de decepción—. No entiendo cómo Anthony pudo elegir a la sirvienta.

—Por favor, no digas eso. Cualquiera podría escucharte —replicó Lucianne, mostrando su desagrado ante el comentario.

—¿Y te preocupas por ella? —preguntó Claire—. Es solo una sirvienta que tuvo suerte.

—Tiene razón, milady —coincidió Odella—. Pero Lucianne siempre ha tenido un buen corazón con los menos favorecidos.

—Lo noté cuando le pedí que hiciera todo lo contrario al instruirla y ayudarla a integrarse— comentó Claire, bebiendo de su cóctel mientras volvía su mirada hacia Lucianne—. Te sugerí a Anthony para que pudieras hacerle ver que ella no pertenece a esta sociedad.

—Evelyn es muy inteligente. Aunque tus planes hubieran tenido éxito, ella habría encontrado la manera de aprender por sí misma, madre —refutó Lucianne, enfatizando la última palabra.

Claire la miró con el ceño fruncido, sorprendida por la respuesta de su hija.

—Lucianne —advirtió Odella entre dientes, lanzándole una mirada amenazadora.

—Iré a tomar un poco de aire. Tantas personas me sofocan —informó Lucianne, evitando la mirada de Odella.

Sin más, Lucianne se apartó queriendo alejarse de esas dos mujeres, el disgusto por la conversación hostil con Claire bullía en su interior y resonaba aún en su mente, sus palabras mordaces la empujaba a buscar un respiro fuera de esa sofocante atmósfera. Aún seguía sin entender porque a Claire le disgustaba tanto Evelyn si apenas la conocía.

Decidida a encontrar un momento de paz, Lucianne se dirigió hacia los jardines de Agnes House. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar las puertas de vidrio que llevaban al exterior, una figura alta y elegante se interpuso en su camino.

El Vizconde de Brekely, lord Gideon Ashford, era quien obstruía su paso con su imponente estatura y porte. Su cabello castaño oscuro, ligeramente ondulado, caía sobre su frente, y sus ojos verdes observaban a Lucianne con una mezcla de fascinación y desafío.

Lucianne no pudo evitar rodar los ojos. Brekely había intentado cortejarla en varias ocasiones. Esa noche, su máscara, finamente trabajada en terciopelo negro y detalles dorados, apenas ocultaba la determinación en su mirada de hacer que ella lo aceptara.

—Lady Lucianne —comenzó Brekely con una leve inclinación de cabeza, su voz suave y cargada de una falsa amabilidad que no pasó desapercibida para Lucianne—. Qué sorpresa encontrarla justo aquí. Debo aprovechar la oportunidad para invitarla a un baile.

Lucianne lo miró con fijeza y frialdad. Sus labios, finamente delineados, se curvaron en una ligera mueca que apenas podría considerarse una sonrisa.

—Brekely —respondió ella con voz gélida—. Lamento informarle que no tengo interés en bailar con usted. Ni esta noche, ni en ninguna otra. ¿Aún no le bastan todos mis rechazos que aún sigue insistiendo?

Brekely, aunque no mostró sorpresa, sintió el impacto de su rechazo. La frialdad de Lucianne era como un muro impenetrable que él no había logrado atravesar a pesar de sus intentos. Sin embargo, no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—Es una lástima —replicó Brekely, intentando mantener la compostura—. Quería repetir aquel fogoso beso que me dio en...

—¡Cállese! —siseó ella mirando a sus alrededores— No tiene derecho a hablar sobre eso. Fue un error que no volverá a repetirse. Así que olvídelo.

—Es imposible olvidarte, Lucy —susurró él con dulzura acercándose un poco—. ¿Por que intentas reprimir a la verdadera Lucianne, esta mujer fría y sin sentimientos no eres tú, no fue lo que me mostraste esa noche.

Lucianne apartó la mirada y no respondió. Sin una palabra más, dio un paso al costado, esquivando su figura con elegancia. Su rostro permanecía impasible, como una máscara de hielo que escondía cualquier emoción, si es que había alguna, hace mucho las desechó de su vida. Sin pensar más en el vizconde, reanudó su marcha hacia los jardines.

Una vez fuera, la frescura de la noche londinense la envolvió, y el murmullo distante del baile quedó atrás. El aire frío acarició su piel, aliviando la tensión que aún pesaba sobre sus hombros. Lucianne caminó entre los setos y las fuentes, dejando que la serenidad del jardín la envolviera, lejos de la presión y las expectativas que la asfixiaban dentro de aquel salón de baile.

Sin embargo, la paz que anhelaba no duró mucho, ya que el crujido de las ramas llamó su atención. Giró la cabeza y vio a un hombre tambaleándose hacia ella desde la penumbra. Su rostro estaba cubierto por una máscara tosca, y su andar vacilante delataba su estado de ebriedad.

Lucianne sintió una oleada de incomodidad y dio un paso atrás, pero el hombre, con una sonrisa lasciva, acortó la distancia entre ellos.

—Mi bella hada —balbuceó el hombre, con la voz arrastrada por su estado ebrio—. No puedes escaparte de mí esta noche.

Lucianne sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y su mirada se endureció. Intentó moverse para alejarse, pero el hombre fue más rápido y la agarró por el brazo, tirando de ella hacia él con fuerza. El olor a alcohol que emanaba de él era asqueroso.

—Suéltame de inmediato —ordenó Lucianne, sin poder ocultar el miedo en sus palabras.

El hombre, ajeno a su rechazo, intentó forzar un beso, acercando su rostro al de ella. Lucianne se resistió con todas sus fuerzas, empujándolo mientras luchaba por liberarse de su agarre. En el forcejeo, la delicada tela de su disfraz se rasgó, dejando al descubierto sus hombros y parte de sus senos, haciéndola vulnerable ante los ojos del aquel hombre.

El pánico comenzó a instalarse en su pecho, pero antes de que el hombre pudiera ir más allá, una figura emergió de las sombras con rapidez.

—¡Apártate de ella!— Lucianne reconoció la voz de Brekely, que resonó con furia.

Sin vacilar, el vizconde se lanzó sobre el hombre, separándolo de Lucianne con un brusco empujón. El borracho cayó al suelo, incapaz de mantener el equilibrio, y Brekely se colocó entre él y Lucianne.

El hombre, al ver la amenaza en la figura del vizconde, intentó balbucear alguna disculpa antes de tambalearse en dirección opuesta, desapareciendo entre los setos sin atreverse a mirar atrás.

Lucianne, aún recuperándose del susto, intentó cubrir la parte desnuda que había dejado expuesta el vestido. Su respiración aún era entrecortada y sus emociones revueltas. Brekely se giró hacia ella, observando la rasgadura en su vestido y la palidez en su rostro.

—¿Estás bien? —preguntó él, su voz ahora suave, casi con ternura, muy diferente al tono que había usado momentos antes con aquel hombre.

Lucianne asintió con la cabeza, recuperando su compostura habitual. Aunque la experiencia la había dejado muy asuntada, no estaba dispuesta a mostrar vulnerabilidad frente al vizconde.

—Estoy bien —respondió, enderezando los hombros y apartando de su rostro un mechón de su cabello—. Gracias por tu intervención, Brekely.

Gideon la observó con pericia, luego de unos segundos se quitó su capa y, con un gesto cuidadoso, la colocó sobre los hombros de Lucianne, cubriendo la parte rasgada de su disfraz.

—Permíteme escoltarte de vuelta al interior —sugirió Brekely con calma.

—No es necesario —expresó ella girándose para darle la espalda.

Pero Brekely la detuvo, sujetando suavemente el brazo de Lucianne. Ella frunció el ceño y lo miró con desconfianza.

—Lucianne, no puedo dejarte entrar así, tu disfraz está dañado y nadie puede verte en ese estado —expresó Brekely con voz baja y seria.

Ella lo miró, aún más desconfiada, pero no podía negar que lo que decía tenía sentido. Sin embargo, no podía olvidar la sensación de que algo más estaba en juego. Brekely siempre había dejado claro su interés en ella, un interés que no había querido corresponder.

El silencio se alargó entre ellos, interrumpido solo por el suave crujido de las hojas bajo sus pies. Brekely dio un paso más cerca, lo suficiente para que Lucianne pudiera percibir el calor de su cuerpo y el sutil aroma de su colonia.

—Lucianne — habló él en voz baja, su tono adquiriendo una nota más íntima—, eres la mujer más fascinante que he conocido. Quiero protegerte, cuidarte... y, sí, ganar tu amor.

Lucianne sintió su corazón acelerarse, no por las palabras del vizconde, sino por la creciente sensación de peligro que aquellas palabras traían consigo. Dio un paso atrás, pero Brekely fue más rápido, tomando su mano con firmeza.

—Déjame ser el hombre que esté a tu lado —continuó el vizconde, inclinándose hacia ella.

Lucianne trató de apartarse, pero Brekely no se lo permitió. La cercanía entre ellos se volvió abrumadora, y Lucianne sintió una mezcla de furia y temor al darse cuenta de que estaba atrapada.

—Gideon, te lo advierto— gruñó ella con voz cortante y llamándolo por su nombre de pila. Pero cuando intentó retirar su mano, Brekely se inclinó hacia ella y pegó sus labios formando un

beso.

En ese instante, como si el destino quisiera sellar su suerte, se escucharon voces que se acercaban. Un grupo de invitados llegaron al mismo lugar, buscando quizás un momento de aire fresco. La escena que encontraron fue la de Lucianne y el vizconde, extremadamente cerca el uno del otro, con él sujetándola por la cintura y besándola.

Las exclamaciones ahogadas de sorpresa se esparcieron rápidamente, y antes de que Lucianne pudiera soltarse, el lugar quedó rodeado por un pequeño grupo de personas, cuyas miradas escandalizadas hablaban por sí solas.

—¡Dios mío, lady Lucianne! —exclamó una de las damas, llevándose la mano al pecho—. ¡Esto es…!

Brekely, sin perder la compostura, se volvió hacia los presentes, manteniendo a Lucianne oculta tras de él para evitar que la vieran en ese estado.

—Puedo explicar —comenzó él, aunque su voz sugería que no había mucho que explicar—. Esto no es lo que parece, pero por el honor de lady Lucianne, haré lo que se espera de un caballero. —los susurros se intensificaron, y antes de que Lucianne pudiera protestar, el vizconde continuó—. Nos casaremos.

Lucianne sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. ¿Casarse? ¿Con él? ¡Eso era lo último que deseaba! Sus ojos se encontraron con los de Brekely, y en ellos vio una satisfacción velada.

Entonces todo cobró sentido para ella. Él lo había planeado todo y ella había caído en su trampa.

—No… —comenzó a decir Lucianne, tratando de recuperar el control de la situación, pero ya era demasiado tarde. Los rumores empezarían a correr por la mansión y, a la mañana siguiente, por todo Londres. La sociedad no permitiría que ella se escapara de esta sin un compromiso y un gran escándalo.

Brekely había ganado, y Lucianne se dio cuenta con amargura de que ahora estaba atrapada en una red que no había previsto.

∞∞∞

Una semana después, todo seguía igual de mal para Evelyn y Anthony. Él la evitaba siempre que podía y pasaba la mayor parte del tiempo en la fábrica textil.

Evelyn no podía hacer más que observar el tiempo pasar y esperar que el día de partir de Londres llegara. Su madre ya había regresado de Hampshire y ya estaba al tanto de la situación.

—Pienso que lo mejor sería hablar con tu esposo con la verdad, pero si tu decisión es querer dejar las cosas así y alejarte, está bien. Nos iremos de Londres —había dicho su madre después de saber lo que había pasado.

Ahora se encontraba en la sala verde en compañía de Sharon, Elina y Delphina, quien extrañamente, desde que había ocurrido la discusión con Anthony y ella había intervenido, se mantenía más cerca de ella.

Evelyn no sabía con que propósito ahora la trataba mejor e incluso orquestaba encuentros entre Anthony y ella. Pero sus esfuerzos eran en vano. Anthony la rechazaba sin escrúpulos y evitaba estar en la misma habitación que ella. Y aunque tratara de esconderlo, cada rechazo o mirada gélida de Anthony le dolía más que un golpe, y ella no sabía si podría soportar tanto dolor hasta que la temporada finalizara.

Porque si seguía aguantando, sabía no sobreviviría.

—Debes organizar un baile —las palabras de Delphina la hicieron salir de sus pensamientos.

—¿Un baile? —preguntó Evelyn con el ceño fruncido.

—Sí, puedes generar habladurías si la temporada finaliza y la nueva duquesa de Beaufort no ofrece un baile —explicó Delphina y Evelyn asintió lentamente.

A esa alturas, ya ni sabía si seguir fingiendo ante la sociedad valdría la pena. Al final, Anthony la dará por muerta y luego se casará con una dama para que tenga a su heredero.

Y sin embargo, conmigo no quiso uno —pensó ella con tristeza, recordando como él había insistido en usar algún método para evitar la concepción.

¿Él hubiera querido a nuestro hijo si hubiera logrado nacer?

Esa pregunta no salía de la cabeza de Evelyn, no podía tener una respuesta certera sobre eso, Anthony podría ser muy impredecible respecto a ese tema.

—Creo que deberíamos hacerlo después de la boda de Lucianne —sugirió Sharon sonriendo. Ella adoraba los bailes.

—Es una buena idea. Ya que será antes de la fiesta campestre de los duques de Devonshire en Green Hills —concordó Delphina.

—Bien. ¿Por dónde comienzo a organizar un baile? —preguntó Evelyn sin mucho entusiasmo.

—No te preocupes, yo te ayudaré —aseguró Delphina sonriendo—. Pero primero debes confirmarlo con mi hijo.

Evelyn la miró alzando las cejas y luego negó con la cabeza, no quería enfrentar a Anthony ese día, no se sentía con la fuerza necesaria para soportar su rechazo. Pero de igual forma se levantó de su lugar con la intención de buscarlo. Lo que no esperaba era el repentino mareo que la golpeó con intensidad.

—Evelyn, ¿estás bien? —preguntó su madre con preocupación, quien se había levantado con rapidez al verla tambalearse.

—Sí, solo fue un mareo. Seguro es porque me salté la comida —respondió Evelyn sin tomarle importancia.

Una vez recuperada, Evelyn se dirigió al despacho de Anthony, segura de que lo encontraría allí. Al llegar, tocó la puerta con suavidad, esperando que él respondiera. Segundos después, escuchó su voz permitiéndole la entrada. Al cruzar el umbral, pudo notar el disgusto en el rostro de Anthony al verla aparecer.

—Lo siento, no quería interrumpir, pero seré rápida —habló mirando cualquier otro punto de la habitación menos a él, no quería ver en su rostro la molestia por tenerla cerca.

Anthony levantó la vista, y aunque trató de mantener una expresión neutral, no pudo evitar que su mirada se suavizara al verla. A pesar de todo lo que había sucedido, a pesar de la distancia que había mantenido entre ellos, Evelyn seguía siendo la mujer más hermosa que había conocido. Su belleza, ahora teñida de tristeza, le provocaba un deseo irresistible, pero se obligó a mantenerse frío, recordándose a sí mismo las razones por las cuales se había distanciado.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él en tono mordaz y cortante.

Evelyn respiró hondo, sintiendo cómo la dureza en la voz de Anthony cortaba como un cuchillo. Reprimió las lágrimas que amenazaban con caer y se obligó a mantenerse firme.

—Creo que deberíamos organizar un baile antes de que la temporada termine —habló ella, tratando de sonar decidida, pero sin mirarlo—. Sería escandaloso no hacerlo, considerando nuestra posición. La sociedad ya está hablando, y temo que los rumores solo se intensificarán si no tomamos medidas y más cuando... hay una nueva duquesa.

Anthony la miró fijamente, evaluando sus palabras. Sabía que ella tenía razón; no celebrar un baile sería una declaración demasiado notoria, un signo de que algo estaba mal en su

matrimonio. Pero el resentimiento seguía latiendo en su interior, mezclado con el deseo que no podía saciarse. La ironía de tenerla allí, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, lo enfurecía.

—¿Así que ahora te preocupas por lo que piensa la sociedad? —respondió Anthony con dureza.

—Solo estoy pensando en lo mejor para nosotros —murmuró ella, casi rogándole con la mirada que entendiera.

—Me pregunto si ese pensamiento te cruzó por la mente hace siete años. —Su tono cada vez era más cortante.

Evelyn bajó la cabeza, sintiendo cómo las palabras de Anthony golpeaban con fuerza en su ya frágil corazón. Había esperado su dureza, pero eso no hacía que doliera menos. Una vez más, Evelyn se daba cuenta de que nunca podría decirle la verdad de lo que realmente sucedió hace siete años, no valdría la pena porque él no confiaba en ella.

Anthony la observó, su dureza momentáneamente quebrada por ver a Evelyn tan vulnerable frente a él. No quería sentir lo que sentía, no quería que el dolor de su posible traición se mezclara con el deseo de abrazarla, de besarla, de olvidar todo y simplemente amarla como deseaba. Pero ese deseo lo enfurecía aún más, recordándole cuán vulnerable lo hacía ante ella.

—Está bien —aceptó Anthony finalmente—. Haz los preparativos que consideres necesarios. Pero no esperes que te ayude. Hazlo tú sola.

Evelyn asintió, sin poder emitir palabra alguna, su voz estaba ahogada por el dolor. Sabía que lo había perdido, otra vez.

Resignada, aceptó su rechazo sin más palabras. Se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta con la intención de dejarlo en paz, de respetar su deseo de alejarla de su vida.

Pero apenas había dado unos pasos cuando sintió otra oleada de mareos. La habitación comenzó a girar a su alrededor, y un repentino calor la envolvió. Antes de que pudiera reaccionar, su visión se nubló y sintió cómo sus piernas cedían bajo su peso. El mundo se volvió oscuro mientras caía al suelo, desmayada.

Anthony vio cómo Evelyn se tambaleaba. Su frialdad se evaporó al instante, reemplazada por un pánico que lo paralizó por un segundo antes de que corriera hacia ella.

—¡Evelyn! —gritó él, arrodillándose a su lado y levantándola con cuidado—. ¡Evelyn, despierta!

La sostuvo en sus brazos, su corazón latiendo con fuerza mientras la miraba, desesperado por ver algún signo de conciencia en su rostro.

—¡Alguien, que traigan al doctor de inmediato! —gritó Anthony hacia la puerta del despacho

Los sirvientes, que habían escuchado los gritos desde el pasillo, corrieron hacia la habitación. Una de las sirvientas salió corriendo a toda prisa para buscar al médico, mientras Anthony levantaba a Evelyn para llevarla a la habitación. Anthony no podía apartar la vista de su esposa, su dureza desmoronada por la preocupación.

—Evelyn, por favor, despierta —susurró Anthony con la voz cargada de angustia.

A la habitación entraron la madre de Evelyn seguida de Sharon y Delphina, todas preocupadas por el estado de Evelyn.

Quince minutos después, que parecieron eternos, el médico entró apresuradamente en la habitación, llevando su maletín de cuero desgastado.

—Excelencia, ¿qué ha sucedido? —preguntó el doctor Howard, acercándose rápidamente a Evelyn.

—Se desmayó de repente —respondió Anthony, la tensión en su voz era evidente—. Haga lo que sea necesario.

El doctor asintió y se inclinó sobre Evelyn, observando su respiración y revisando su pulso.

—Sus signos vitales son estables, aunque está claramente débil —indicó el doctor, hablando en voz baja para no alarmar a Anthony más de lo necesario. A continuación, revisó los ojos de Evelyn, levantando suavemente sus párpados para observar las pupilas—. Ha tenido un fuerte episodio de fatiga. Ahora, déjeme proceder con un examen más exhaustivo.

El doctor abrió su maletín y sacó un pequeño estetoscopio, colocándolo sobre el pecho de Evelyn para escuchar su corazón. Frunció ligeramente el ceño, como si algo no cuadrara del todo, y luego le pidió a Anthony que le ayudara a reclinar a Evelyn en una posición más cómoda para poder examinarla mejor.

—Voy a necesitar que la doncella de la duquesa esté presente para ayudarme —pidió el doctor, sin apartar la mirada de Evelyn.

—Yo puedo ayudarlo, soy su madre —se ofreció Elina con clara preocupación. El doctor asintió aceptando su ayuda.

—Voy a hacer una revisión más detallada, excelencia—avisó el médico mientras comenzaba a palpar con suavidad el abdomen de Evelyn, buscando signos que pudieran explicar su condición. Mientras lo hacía, su expresión se volvió más grave.

A medida que presionaba con cuidado en ciertas áreas, el doctor notó una leve dureza en la parte inferior del abdomen de Evelyn, un signo que lo llevó a considerar una posibilidad que hasta entonces no había sido evidente. Continuó palpando con mayor atención, confirmando sus sospechas.

Finalmente, se volvió hacia Anthony.

—Excelencia, creo que he encontrado la causa del desmayo de su esposa —informó el doctor —. Ella está embarazada.

Capítulo 20

Pss Pss Pss

Ahora sé porque las hermanas Straton no han sido vistas en ninguno de los eventos recientes, imagino que el nuevo conde debe estar satisfecho al sentirse libre de las tres damas, ya que las envió a Hampshire. No sé la razón para que Lord Ian Dunmond hiciera tal cosa, ya que su deber con la corona inglesa es darle un heredero al condado Warwick.

Aunque si soy sincera, no creo que las hermanas Straton estén en Hampshire, estoy casi segura de las tres van rumbo a un lugar muy lejos de Londres. Pero quien soy yo para juzgar y desmentir las palabras de un conde.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Evelyn comenzó a despertar lentamente. Sus párpados pesados parpadearon varias veces antes de que pudiera enfocar la vista en la habitación que estaba suavemente iluminada por la luz del atardecer que se filtraba a través de las cortinas. Al girar la cabeza, vio a Anthony sentado junto a la cama, observándola con una mezcla de preocupación y algo más, algo que no pudo descifrar.

—Anthony... —murmuró ella, su voz apenas era un susurro, aún débil por el desmayo—. ¿Qué... qué ha pasado?

Anthony no respondió de inmediato. Sus ojos café se mantuvieron fijos en los de Evelyn. Él había pasado todo el tiempo que ella estuvo inconsciente a su lado, observando cada respiración, cada movimiento. Finalmente, después de unos segundos de silencio, Anthony inhaló profundamente preparándose para responder.

—Evelyn... —musitó Anthony, con voz suave pero firme—... El doctor te examinó después de que te desmayaras... y descubrió que... estás embarazada.

Los ojos de Evelyn se agrandaron por la sorpresa mientras que las palabras de Anthony resonaban en su mente como un trueno, y por un momento, todo a su alrededor pareció detenerse. Su mano derecha se movió instintivamente hacia su abdomen, como si intentara sentir la nueva vida que crecía dentro de ella.

Pero junto con la sorpresa vino un torrente de emociones: Miedo, confusión, y un profundo dolor que la atravesó al recordar lo que había pasado siete años atrás, cuando el padre de Anthony la había forzado a abortar a su primer hijo.

El corazón de Evelyn latía con fuerza mientras miraba a Anthony. Sabía que él no quería tener hijos, y lo peor fue recordar como él insistió en el uso de los métodos anticonceptivos.

—Anthony... yo... —comenzó a decir Evelyn, pero su voz se quebró.

Anthony la miró fijamente, su expresión era de una intensidad que casi la asustó. Evelyn bajó la mirada, incapaz de soportar la mezcla de emociones que veía en sus ojos.

—No tienes que preocuparte, Anthony —habló Evelyn finalmente, su voz baja y cargada de resignación—. Sé que no quieres esto, no querías que esto sucediera. Yo... yo me iré lejos, con mi familia. Me llevaré al bebé, y podrás olvidarte de nosotros. Podrás seguir adelante con tu vida, tal y como quieres.

Las palabras de Evelyn cayeron como un balde de agua fría sobre Anthony. Se quedó en silencio, incapaz de responder de inmediato. La idea de perderla de nuevo, de perder no solo a Evelyn, sino también a su hijo, lo golpeó con fuerza. Había sido su decisión inicial mantener

distancia, protegerse del dolor, pero ahora, en este momento, darse cuenta de lo que eso realmente significaba lo llenó de miedo.

—Evelyn... —murmuró Anthony.

Ella lo miró, sus ojos llenos de lágrimas que amenazaban con desbordarse. Había tomado la decisión de alejarse porque no quería ser una carga para él, porque sabía que Anthony no deseaba un hijo, y menos uno de ella.

—No tienes que cargar con nosotros —continuó ella con la voz temblando—. Te liberaré de esta responsabilidad. Haré lo que sea mejor para ti... y para el bebé.

Anthony le sostuvo la mirada con expresión tensa.

—No puedes irte, Evelyn —demandó Anthony, su voz sonó firme pero con una nota de amargura que no pudo ocultar.

Evelyn lo miró, sorprendida por sus palabras.

—Pero tú dijiste... —comenzó ella, recordando como él le había dicho que la quería lejos de él.

—Ahora estás embarazada, no es como si fuera a dejarte ir con mi hijo —replicó Anthony interrumpiéndola—. Sé asumir mis responsabilidades, Evelyn, y aunque deseara que esto entre nosotros acabara, no puedo ignorar que llevas a mi hijo en tu vientre.

Evelyn sintió cómo el dolor en su pecho se intensificaba al escuchar esas palabras. No eran palabras de amor, ni de arrepentimiento; eran palabras nacidas de la obligación, del deber.

—Lo dices como si esto fuera mi culpa —respondió Evelyn con el ceño fruncido—. Como si yo hubiera planeado esto para atarte a mí de alguna manera.

Anthony apretó los labios mientras su mirada se endurecía.

—¿Acaso no lo es? —replicó él con tono cortante—. Te dije que no podías quedar embarazada, te advertí que no quería hijos. Y justo cuando deseo que te vayas, llega esta noticia.

Evelyn sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies al escuchar esas palabras. No podía creer que Anthony pensara así, que realmente dudara de ella, que la viera como alguien capaz de manipular una situación tan delicada.

¿Por qué me sorprende? Él nunca confió en mí —pensó ella con pesar.

—¿Realmente crees que yo haría algo así? —preguntó Evelyn con incredulidad, aunque esa respuesta ya la sabía—. ¿Qué me aprovecharía de este embarazo para retenerte, cuando tú mismo me dejaste claro que ya no me querías aquí? ¡Esto no es algo que planeé, Anthony! ¡Es nuestro hijo, no una herramienta para manipularte!

Anthony desvió la mirada.

—No lo sé, Evelyn... —expresó Anthony en voz baja—. Simplemente ya no sé que esperar de ti.

—Anthony, este no es un juego —musitó Evelyn, con la voz quebraba por la emoción—. Este bebé... es cierto que no fue planeado, pero es nuestro hijo. No puedo creer que dudes de mí así, que pienses que usaría algo tan sagrado para manipularte.

Anthony la miró nuevamente, y por un instante, la vulnerabilidad en sus ojos quedó al descubierto. Sabía que estaba siendo injusto, que sus palabras nacían de su propio dolor y rencor.

—No quiero dudar de ti, Evelyn —habló él finalmente, su voz más suave pero aún tensa—. Pero las cosas entre nosotros no han sido fáciles... no desde que... me abandonaste. Pensé que podía olvidar el pasado y continuar, pero cuando recibí ese informe... todo se rompió dentro de mí. Ya no sé cómo lidiar con esto, con lo que siento. Ahora, con este bebé... simplemente, no sé qué pensar.

El dolor de Anthony era palpable, pero Evelyn no podía permitir que la culpa de su embarazo

recayera únicamente sobre ella.

—Anthony, yo no soy responsable de todo lo que ha salido mal entre nosotros —expresó Evelyn con firmeza, aunque su voz tenía un ligero temblor—. Ambos cometimos errores, ambos fuimos heridos, pero no puedo llevar sola el peso de todo esto. Este bebé es una nueva vida, una nueva oportunidad para mí. —Evelyn bajó la mirada por unos segundos antes de volver a mirarlo —. No puedo quedarme contigo, no quiero que mi hijo crezca sintiendo que fue un error, o una carga. Si no puedes soportar la idea de estar conmigo, si no puedes amarme a mí o a nuestro hijo, entonces déjame ir. Pero no me culpes por algo que es tan tuyo como mío.

Anthony respiró hondo y la miró con intensidad.

—Tienes razón, Evelyn —expresó en voz baja, pero con determinación—. Este bebé es tan mío como tuyo, y no puedo permitir que te vayas como si nada. Si tengo que vivir una vida a tu lado por mi hijo, lo haré. Pero no pienses que este matrimonio tiene salvación, porque nunca lo tuvo.

Y con esas ultimas palabras, Anthony abandonó la habitación dejando a Evelyn con un nudo en la garganta y sin saber que sería de ella a partir de ese momento.

∞∞∞

Evelyn, aún con el peso de la conversación que tuvo con Anthony hacía una hora, decidió bajar a la cocina en busca de algo de comida. Sabía que era un lugar donde podría encontrar un respiro, rodeada de sus antiguos compañeros de trabajo que. Desde que se había casado con Anthony, apenas había visitado la cocina, y ahora se sentía culpable por haberse alejado de ellos durante todo ese tiempo.

De camino a la cocina, mientras pensaba en las palabras de Anthony que aún resonaban en su mente, se encontró con Albert, quien sonrió al verla.

—Eve, me alegra verte mejor —expresó Albert acercándose a ella—. Asustaste a todos con tu desmayo, pero al final resultó ser una buena noticia.

Evelyn no sabía si la noticia de su embarazo era buena o mala, al menos para Anthony.

—Sí... fue una sorpresa para todos —respondió Evelyn encogiéndose de hombros.

—Debo suponer que pospondremos la visita al pintor del que me hablaste —comentó Albert, y Evelyn torció los labios, asintiendo con lentitud.

—Al parecer, pero solo por unos días. Estar embarazada no es un impedimento, Albert.

—Seguro, pero lo digo por tu esposo. No creo que le guste que estés caminando mucho —añadió él, a lo que Evelyn no pudo evitar reír, negando con la cabeza.

—Créeme, Anthony no se preocupará por eso. Yo te avisaré cuando podamos ir, tal vez después de la boda de tu hermana con el vizconde.

—Perfecto —aceptó Albert con entusiasmo, y Evelyn notó que parecía más impaciente que ella por conocer al pintor.

Luego de esa breve charla, Evelyn continúo su camino hasta la cocina. Al abrir la puerta, fue recibida por el calor acogedor del fuego y el aroma familiar de pan recién horneado y estofado. El bullicio de los sirvientes trabajando se detuvo por un momento al verla entrar.

—¡Excelencia! —exclamó Ava dejando de lado sus utensilios para acercarse a ella con una amplia sonrisa—. ¡Qué gusto verla por aquí!

—Por favor, Ava, solo Evelyn —musitó Evelyn con una sonrisa.

Los demás sirvientes, que en su momento habían sido sus compañeros de trabajo, también se acercaron con sonrisas cálidas. Evelyn sintió que su corazón se alivianaba un poco al estar en

medio de ellos, como si por un momento pudiera olvidar la tensión que la había estado consumiendo.

—No saben cuánto los he extrañado —expresó Evelyn sinceramente, devolviendo las sonrisas —. Siento no haber venido antes... Las cosas han sido complicadas, y mis nuevas responsabilidades me han dejado algo ocupada, pero quiero que sepan que siempre los he tenido en mi corazón.

Los cocineros y sirvientes se acercaron aún más, formando un pequeño círculo alrededor de Evelyn.

—No tienes que disculparte, Evelyn —habló Ava con una sonrisa mientras tomaba las manos de Evelyn—. Sabemos que ahora tiene responsabilidades diferentes, y estamos felices de verla, sobre todo ahora que nos trae tan buenas noticias. —Evelyn parpadeó, sorprendida e imaginando que hablaban sobre su embarazo—. Es una bendición para todos nosotros. Felicitaciones.

Evelyn se sonrojó levemente, y sonrió al ver la alegría genuina en los rostros de sus antiguos compañeros.

—Gracias... —agradeció Evelyn—. Gracias a todos.

La cocina se llenó de murmullos felices, de felicitaciones y buenos deseos, y por un momento, Evelyn se sintió en paz, rodeada del cariño de aquellos que la conocían de verdad. Sin embargo, la atmósfera acogedora se rompió cuando una risa burlona resonó desde el fondo de la habitación.

—Vaya, vaya... —habló Lydia, una de las sirvientas que había trabajado con Evelyn en el pasado y que siempre le había tenido envidia, eso no era un secreto para nadie—. Así que la gran Evelyn vuelve a su antigua guarida. ¿Se acabó la felicidad tan pronto que necesita volver aquí?

Evelyn se sintió herida y vulnerable al escuchar las palabras venenosas de Lydia. Las insinuaciones crueles de la mujer golpearon su corazón con una fuerza que no había anticipado. En otro momento le habría respondido y plantado cara, pero ella tenía razón. Justo cuando sintió que las lágrimas amenazaban con desbordarse, la puerta de la cocina se abrió de golpe, y la figura imponente de Anthony apareció en el umbral.

La cocina entera se quedó en silencio, todos los ojos se volvieron hacia Anthony, cuya expresión mostraba una mezcla de ira e indignación al escuchar las palabras de Lydia. Sin dudarlo, se acercó a Evelyn con su mirada fija en Lydia.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Anthony, su voz baja pero cargada de autoridad.

Lydia, quien hasta ese momento había mostrado una sonrisa sarcástica, ahora tenía la cabeza baja sin atreverse a hablar.

—¿Acaso crees que puedes hablar de mi esposa de esa manera? —cuestionó Anthony—. Evelyn no es solo una dama, es la duquesa de Beaufort. Y tú no eres más que una sirvienta que ha olvidado su lugar. ¿Cómo te atreves a faltarle el respeto de esa manera?

Lydia abrió la boca para intentar decir algo, pero las palabras murieron en su garganta. El miedo y la vergüenza la paralizaron.

—Estás despedida —sentenció Anthony, volviendo su mirada a su esposa y luego a todos los sirvientes reunidos en la cocina—. No toleraré a nadie en esta casa que se atreva a humillar a mi esposa. Recoge tus cosas y vete, ahora mismo.

Lydia, con el rostro pálido y los labios temblorosos, apenas pudo asentir. Sin decir una palabra, dio media vuelta y salió apresuradamente de la cocina.

El silencio en la cocina era palpable. Todos los empleados miraban a Anthony con una mezcla de respeto y temor.

—Continúen con su trabajo —ordenó Anthony, sin mirar a nadie más tomó a Evelyn del brazo

para sacarla de ahí—. He estado buscándote. No deberías estar sola, especialmente ahora. ¿Qué tal si te hubieras desmayado una vez más y yo hubiera estado cerca? A partir de ahora tienes que cuidarte y alimentarte bien por el bebé.

Evelyn aún estaba sorprendida por la repentina aparición de Anthony y por la forma en que la había defendido frente a todos. Aunque ahora sabía que sus palabras estaban motivadas por la preocupación por su hijo, pero también sabía que Anthony estaba dispuesto a protegerla.

—Anthony... —susurró ella—. No tenías que despedirla.

Anthony paró en seco y la miró con una intensidad que hizo que el corazón de Evelyn latiera más rápido.

—Sí, sí tenía que hacerlo —respondió él con la voz firme pero con una nota de preocupación —. No permitiré que nadie te trate de esa manera, Evelyn. Eres mi esposa y la madre de mi hijo.

Evelyn asintió, sintiéndose un poco mejor al escuchar esas palabras.

continuaron caminando juntos por los pasillos de la mansión, Anthony, sin soltar la mano de Evelyn, la condujo hasta su habitación, asegurándose de que estuviera cómoda y que tuviera todo lo que necesitaba. Evelyn notó que había una ternura en sus gestos que antes no había percibido, preguntándose que había cambiado para que él se comportara tan amable con ella cuando había dejado claro que no soportaba su presencia. Pero la respuesta era clara: el bebé era la razón principal de su preocupación.

—Prométeme que no te expondrás más a situaciones como la de hoy —habló Anthony suavemente, mirándola con preocupación—. Quiero que estés segura, por nuestro hijo. Ordenaré que suban una bandeja de comida para ti.

Evelyn solo asintió observando como Anthony abandonaba la habitación dejándola sola.

∞∞∞

La noche había llegado y el ambiente era sereno, con las suaves cortinas ondeando ligeramente por la brisa nocturna. Evelyn, quien había estado preparándose para dormir, estaba sentada en su tocador peinando su cabello cuando escuchó un golpe suave en la puerta. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió lentamente, dejando ver a Lucianne en el umbral sosteniendo una botella de licor en la mano, con los ojos ligeramente vidriosos.

Evelyn se levantó de inmediato, alarmada por la presencia de Lucianne en un estado que jamás había visto en ella. Ella, que siempre había sido una mujer controlada, fría y calculadora, ahora se tambaleaba ligeramente, con el rostro descompuesto por una mezcla de emociones que claramente no podía contener.

—Lucianne... —Evelyn susurró con preocupación evidente—... ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Lucianne cerró la puerta tras ella, adentrándose en la habitación con pasos vacilantes. Se dejó caer en el sillón más cercano a la cama, tomando un largo trago de la botella antes de responder.

—No, Evelyn... no estoy bien —respondió Lucianne con la su voz entrecortada y tensa—. Creo que nunca he estado tan mal en toda mi vida.

Evelyn se acercó a Lucianne, quien siempre se mostraba tan segura de sí misma, tan contenida. Verla así, controlada por sus emociones, era como ver a una persona completamente diferente.

—¿Qué está pasando, Lucianne? —preguntó Evelyn suavemente, sentándose a su lado—. ¿Qué te ha llevado a este estado?

Lucianne dejó escapar una risa amarga, que sonó más como un sollozo. Miró la botella en su

mano y luego a Evelyn, sus ojos estaban llenos de desesperación.

—No puedo casarme con Gideon, Evelyn —expresó Lucianne finalmente con voz rota—. No puedo... y lo peor de todo es que todos creen que fui yo quien lo atrapó creando una tetra. Pero fue él quien me engañó.

Evelyn frunció el ceño, preocupada y confundida. No entendía por qué Lucianne no quería casarse con el vizconde y mucho menos como terminó el vizconde engañándola.

—Pero, ¿por qué no puedes casarte con él? —preguntó Evelyn, tratando de entender—. Brekely no parce un mal hombre.

Lucianne apartó la mirada, incapaz de sostener la de Evelyn. Tomó otro trago de la botella antes de hablar nuevamente.

—No quisiera hablar de eso. Solo puedo decir que no deseo casarme, ni con Gideon ni con ningún otro hombre.

Aquella confesión hizo que Evelyn frunciera el ceño y se preguntara que pudo haberle pasado a Lucianne para que tenga esa reticencia al matrimonio y a los hombres.

—Pero tengo la forma de librarme de este matrimonio, y la única manera es revelando la verdad —expresó Lucianne con seguridad.

Evelyn sintió que el corazón le daba un vuelco. La gravedad en la voz de Lucianne la llenó de un mal presentimiento.

—¿Qué verdad, Lucianne? —preguntó Evelyn, temerosa de la respuesta. Lucianne levantó la vista, finalmente encontrando la mirada de Evelyn.

—No soy la verdadera hija de Claire —confesó Lucianne, su voz apenas un murmullo—. He estado viviendo una mentira, asumiendo una identidad que no es la mía. Y ahora... todo podría desmoronarse.

Las palabras de Lucianne golpeó a Evelyn con fuerza. La incredulidad se apoderó de ella mientras trataba de procesar lo que acababa de escuchar. ¿Lucianne no era la hija de Claire?

—Lucianne... eso... eso es imposible —expresó Evelyn, su voz débil por la sorpresa—. ¿Cómo es que... cómo es que... te hiciste pasar por alguien que no eres?

Lucianne se encogió de hombros, su mirada perdida en la botella que sostenía.

—Sí, Evelyn. Y eso se convirtió en mi realidad, y ahora... ahora estoy atrapada. Si me caso con Gideon , viviré una mentira hasta el final de mis días. Pero si digo la verdad podré ser libre de todo y de todos.

Evelyn sintió una oleada de compasión por Lucianne. A pesar de la gravedad de la situación, y de la revelación que acababa de recibir, no podía evitar sentir empatía por su amiga, que claramente estaba sufriendo bajo el peso de su propio secreto.

—Lucianne... —habló Evelyn con suavidad, colocando una mano reconfortante sobre el brazo de su amiga—... Lo mejor será que descanses y pienses las cosas con más claridad mañana. No tomes decisiones ahora, no en este estado. Hay maneras de salir de esta situación sin destruirte a ti misma.

Lucianne la miró, con las lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos. La frialdad que normalmente exhibía se había evaporado, dejando solo a una mujer vulnerable y asustada.

—Gracias, Evelyn —habló ella en un susurro y con la voz quebrada—. No sé cómo enfrentar todo esto, pero al menos... al menos sé que no estoy completamente sola.

Evelyn asintió, sonriendo con ternura.

—Nunca estarás sola, Lucianne. Pase lo que pase, siempre tendrás a alguien que te apoye. Pero por ahora, por favor, deja la botella y descansa. Mañana lo veremos todo con más claridad.

Lucianne dejó caer la botella en el suelo con un gesto de resignación, sintiendo cómo su

cuerpo comenzaba a ceder ante el cansancio. Evelyn la ayudó a recostarse en la cama, cubriéndola con una manta, mientras Lucianne cerraba los ojos, dejando que el agotamiento la envolviera.

Evelyn se quedó sentada a su lado, observando cómo Lucianne se quedaba dormida, su mente aún dando vueltas a la revelación que acababa de recibir. Pensando en que si Lucianne no era la verdadera hija de Claire, ¿entonces quien lo era?

Capítulo 21

Pss Pss Pss

¡No lo puedo creer! A mis manos llegó un telegrama donde me revelaba que lady Lucianne, no es la verdadera hija de lady Claire. A engañado a todos y principalmente a jugado con las emociones de una madre que ha vuelto a Londres solo para encontrar a su hija, además, le quitó el derecho a otra joven de reencontrarse con su madre. Eso es ser muy cruel, lady Lucianne.

Imagino que con este gran escándalo, el vizconde de Berkeley anule su responsabilidad con la dama, ya que después de todo, fue ella misma quien terminó haciendo todo para atrapar al vizconde.

Pero ahora solo quisiera saber la reacción de lady Claire, y aún más, quien es la hija perdida.

Revista de sociedad de Lady Kennt.

Dos días después, Anthony estaba en su habitación mirando por la ventana, aún era temprano, el sol apenas estaba saliendo, pero dormir parecía imposible cuando tenía tantas preocupaciones en su cabeza. Primero estaba Evelyn y luego el hijo que esperaban. Nunca pesó que casarse con la mujer que amaba lo haría tan miserable.

Él había pensando que una vez estuviera lejos, podría olvidarla y rehacer su vida. Pero debía dejar de engañarse a sí mismo, pasó siete años creyéndola lejos y aún así no pudo olvidarla.

¿Y quien me garantiza que podré hacerlo ahora que la tuve una vez más junto a mí? —se preguntó él.

Y ahora tendrían un hijo, sonrió al pensar en ese hecho. Cuando el medico había confirmado el embarazo no supo que sentir en ese momento, todas las emociones, positivas y negativas estaban revueltas en su interior, era una mezcla de alegría, miedo, incertidumbre, e incluso una punzada de dolor que lo habían dejado aturdido. Pero ahora, después de días de reflexión, había comenzado a aceptar la verdad: se alegraba de que Evelyn estuviera esperando a su hijo a pesar de que muchas veces habló sobre usar un método anticonceptivo.

Porque la realidad era, que Anthony no se veía teniendo un hijo con ninguna otra mujer, a pesar de la mentira que le había dicho a Evelyn de que buscaría una mujer para tener a su heredero, él solo lo dijo para lastimarla, para que ella sintiera aunque sea un poco el mismo dolor que él sentía.

Anthony suspiró y se alejó de la ventana, y como cada mañana desde que había alejado a Evelyn de su lado, cruzó la puerta que dividía sus habitaciones y se acercó a la cama de ella con pasos silenciosos para no despertarla, no quería crear una confusión entre ellos si ella despertaba y lo veía en su habitación.

Se quedó junto a la cama, su mirada recorrió el rostro sereno de su esposa, quien dormía profundamente, ajena a su presencia en la habitación. Las facciones femeninas estaban relajadas, libres de la tensión que Anthony había visto en ella en los últimos días. El cabello largo y castaño de Evelyn se esparcía sobre la almohada como un manto suave, enmarcando su rostro con una belleza natural que Anthony nunca había dejado de admirar. No importaba cuántos años hubieran pasado, Evelyn seguía siendo la mujer que había capturado su corazón desde la primera vez que la vio.

Sus ojos descendieron por su cuerpo, observando las curvas que la sábana apenas lograba ocultar. Recordó cuán familiar le era ese cuerpo, cuántas noches había pasado enredado en sus

brazos, deseándola, amándola con intensidad. Había extrañado cada parte de ella, desde el suave contorno de su cintura hasta la calidez de su piel. Extrañaba la manera en que su respiración se acompasaba con la de él, cómo sus cuerpos parecían encajar perfectamente, como si hubieran sido hechos el uno para el otro.

Anthony se permitió unos momentos más de esa tranquilidad, absorbiendo cada detalle de Evelyn. Solo en esos instantes podía permitirse mirarla sin las barreras que había levantado entre ellos. Solo entonces podía dejar de lado el orgullo y el dolor, y simplemente recordar cuánto la amaba, cuánto la había extrañado durante todos esos años en los que la había creído perdida para siempre, y en cuanto la extrañaba ahora, aún teniéndola a tan solo pocos centímetros de distancia.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiera leído ese maldito informe? —se preguntó él en silencio sin dejar de mirarla.

Anthony suspiró, sintiendo cómo el sol empezaba a asomarse completamente por el horizonte, llenando la habitación con una luz dorada. Sabía que no podía quedarse allí por más tiempo, que debía regresar a su habitación antes de que Evelyn despertara y lo encontrara a su lado.

Con la misma suavidad con la que había entrado, Anthony se inclinó ligeramente sobre la cama, apenas rozando con sus dedos la suave tela de la sábana que cubría a Evelyn. Un gesto pequeño, casi imperceptible, pero que para él significaba más de lo que cualquier palabra podría expresar. Luego, con un último vistazo al rostro de Evelyn, se retiró de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, como si nunca hubiera estado allí.

∞∞∞∞

Delphina estaba plácidamente sentada en la mesa del comedor esperando a todos los otros miembros de la familia para desayunar, mientras esperaba leía con atención la revista de Lady Kennt que había llegado esa mañana.

—Buenos días. —Delphina levantó la vista de la revista para ver a Claire entrar y tomar su lugar en la mesa.

—Buenos días —respondió Delphina volviendo la atención a la revista.

—¿Qué dice Lady Kennt esta vez? —preguntó Claire.

—Hasta ahora solo habla de las hija del difunto Warwick, piensa que el nuevo conde la envió lejos para quitarse la responsabilidad —respondió Delphina y Claire rodó los ojos.

—¿Acaso ya no tiene chismes para difundir que solo habla de esas hermanas? —inquirió Claire con diversión.

—Al parecer no es lo único que sabe —habló Delphina después de uno segundos, dejó la revista sobre la mesa y miró a Claire alarmada.

—¿Qué pasa, Delphina? —preguntó Claire con el ceño fruncido. Delphina solo pudo pasarle la revista para que ella misma leyera lo que decía.

Claire, aún con el ceño fruncido, tomó la revista y comenzó a leer la columna. Con cada palabra que leía sus ojos se ampliaban más hasta que se levantó con tanta fuerza que la silla cayó al suelo provocando un gran estruendo.

—Esto no puede ser, Lucianne, ¿ella no es...? —La respiración de Claire era errática y descontrolada por la información que acababa de leer.

Delphina, al ver el estado en el que se encontraba Claire, se acercó rápidamente para intentar calmarla.

—Claire, debes tranquilizarte —habló Delphina tratando de calmarla—. Recuerda que Lady

Kennt disfruta alimentando los rumores y el escándalo. No podemos tomar todo lo que dice como verdad absoluta. Puede que esto solo sea un intento de provocar una reacción.

Pero Claire, aún con la respiración entrecortada, negó con la cabeza vehementemente.

—No, Delphina, algo siempre me dijo que no debía confiar completamente... pero todo coincidía. —La voz de Claire temblaba—. ¿Me han mentido tan descaradamente? ¿Lucianne no es mi hija? ¿Cómo pudieron hacerme esto?

Delphina trató de calmar a Claire una vez más, pero sabía que era en vano. Sabía que ahora Claire solo buscaría respuestas.

—Claire, no saques conclusiones precipitadas —intentó decir Delphina—. Primero debemos obtener respuestas. Pero ir directamente a Lucianne en este estado solo podría empeorar las cosas. Debes abordar esto con cabeza fría...

Pero Claire ya no la escuchaba. Se apartó bruscamente de Delphina, con los ojos fijos en la puerta que conducía a las habitaciones superiores. Sin decir una palabra más, salió del comedor con pasos firmes, su mente completamente enfocada en confrontar a Lucianne.

Delphina suspiró, sintiendo un mal presentimiento, pero decidió no detenerla.

Lucianne estaba en su habitación, preparándose para bajar a desayunar, cuando escuchó los pasos apresurados y los gritos de Claire. Su corazón latía con fuerza, pero se obligó a mantener la calma. Había esperado este momento, sabía que la verdad tarde o temprano saldría a la luz. Y aunque había intentado prepararse, sabía que la confrontación con Claire no sería fácil.

La puerta se abrió de golpe, y Claire entró en la habitación, su expresión era una mezcla de dolor y rabia. Lucianne, viéndola así, decidió no retrasar lo inevitable.

—Ya sabes la verdad, ¿no es así? —expresó Lucianne con voz firme, enfrentando a Claire con la cabeza en alto.

—¿Cómo pudiste? —exclamó Claire, su voz llena de reproche—. Me hiciste creer que eras mi hija, que había encontrado lo que tanto había buscado. Dejé de buscar a mi verdadera hija por tu culpa, y todo este tiempo... todo este tiempo has vivido conmigo, mintiéndome, aprovechándote de mi dolor.

Lucianne apretó los labios, sin apartar la mirada de Claire.

—Tía Odella me dio la idea —respondió Lucianne sin rodeos—. Me dijo que si me hacía pasar por tu hija, mejoraría mi situación económica, que podría tener la vida que nunca soñé. Y lo hice, sí. Aproveché la oportunidad, porque era la única manera de sobrevivir en un mundo que no me ofrecía nada.

—¿Sobrevivir? —gritó Claire, su furia creciente—. ¿Y qué hay de mi hija, la verdadera? ¡La dejé de buscar por tu culpa, porque creí en ti! Te di mi afecto, mi confianza, todo... ¡y me traicionaste!

Lucianne sintió un nudo en la garganta, pero no mostró signos de remordimiento. La vida la había endurecido demasiado para eso. En cambio, sus ojos se oscurecieron, y su voz se volvió más fría.

—¿Tu hija? —expresó Lucianne con un tono amargo—. ¿Qué clase de madre renuncia a buscar a su propia hija por comodidad? Ojalá no la encuentres nunca, porque nadie querría tener una madre tan egoísta y hostil como tú.

Claire se quedó paralizada por un instante, sorprendida por la crueldad de las palabras de Lucianne. Pero el dolor se transformó rápidamente en rabia.

—¡Fuera! —gritó Claire con furia—. ¡Fuera de esta casa! No quiero verte nunca más, Lucianne. Has traicionado mi confianza de la manera más vil.

Antes de que Lucianne pudiera reaccionar, la puerta de la habitación se abrió de nuevo

dejando ver a Evelyn.

—¡No puedes echarla, Claire! —replicó Evelyn, interponiéndose entre ambas mujeres.

Claire, sorprendida por la interrupción, miró a Evelyn con incredulidad.

—¡Esta no es tu decisión, Evelyn! —replicó Claire con firmeza—. Esta mujer me ha mentido, ha usurpado el lugar de mi hija. No puede quedarse aquí.

Pero Evelyn, a pesar del miedo que sentía al enfrentarse a Claire, se mantuvo firme.

—No tienes derecho a echarla, Claire. Esta es mi casa ahora, y Lucianne es mi amiga. No puedes tomar decisiones en mi lugar.

Lucianne miró a Evelyn sorprendida.

—Haz lo que quieras, Evelyn —resopló Claire con frustración y con la voz cargada de desprecio—. Pero no pienses que esto ha terminado.

Con esas palabras, Claire se dio la vuelta y salió de la habitación. Lucianne, al verla irse, sintió que parte del peso que había estado cargando se aliviaba, pero sabía que lo que había perdido era mucho más de lo que podía imaginar, y que el escándalo que había provocado no sería olvidado tan fácilmente, lo que le daría una ventaja para que el vizconde la dejara libre. Miró a Evelyn, quien seguía de pie, y le dio una pequeña sonrisa agradecida.

—Gracias, Evelyn —murmuró Lucianne—. No sé por qué lo hiciste, pero te lo agradezco.

—Lo hice porque, a pesar de todo, sigues siendo mi amiga —respondió Evelyn suavemente—. Y porque sé lo que es sentirse perdida en este mundo. Pero ahora, Lucianne, debes decidir qué hacer. Sé que no quieres casarte con el vizconde, y te apoyaré en las decisiones que tomes. Tú me ayudaste a integrarme a esta sociedad en poco tiempo y te lo agradeceré siempre.

Mientras Evelyn y Lucianne hablaban, Elina había observado toda la escena junto a Sharon, quienes había salido al escuchar los gritos.

—No puedo creer que Lucianne tomó un lugar que no era suyo —murmuró Sharon, pero Elina estaba metida en sus propios pensamientos, los cuales se llenaban poco a poco de miedo.

Sabía que ahora que Claire había descubierto que Lucianne no era su hija, no descansaría hasta encontrar a la verdadera , y temía que algunas de las pistas la condujeran hacia Evelyn.

Su hermana siempre tuvo razón: la mentira nunca permanece oculta para siempre, y la verdad, tarde o temprano, siempre sale a la luz.

∞∞∞

Una semana después, Beaufort House había recuperado su tranquilidad tras la partida de Lucianne y su tía. Al final, Lucianne se vio obligada a casarse con el vizconde, una decisión que Evelyn no comprendía, ya que ella decidió revelar la verdad para escapar de ese matrimonio.

Por otro lado, Anthony continuaba con el mismo comportamiento, solo hablaban lo necesario y sobre el bebé. Evelyn quería más que eso, pero sabía que no podía desear algo que no tendría, Anthony demostraba con cada acción que no tenía intención de arreglar las cosas entre ellos, que prefería seguir adelante con su vida sin involucrarla más de lo debido.

—¿Cuanto tiempo tenemos para regresar? —preguntó Albert, inclinándose ligeramente hacia adelante, ya que estaba sentado frente a ella, su expresión era de una mezcla de emoción y ansiedad.

—Anthony no está en casa, y no regresará hasta la tarde —respondió Evelyn tratando de tranquilizarlo—. Tenemos tiempo suficiente para visitar al Sr. Montford y regresar antes de que se dé cuenta.

Albert asintió ante la respuesta de Evelyn, pero no pudo evitar sentir un ligero nerviosismo.

Estaban a punto de conocer a uno de los artistas más respetados de Londres, un hombre cuyo trabajo era admirado en toda Europa, y que había mostrado interés en conocer el trabajo de Evelyn, sin saber aún que era una mujer.

El carruaje avanzó por las calles de Londres en dirección a Berkeley Street, donde residía Edmund Montford, el artista. Evelyn estaba sentada junto a la ventana, observando cómo el bullicio de la mañana londinense pasaba rápidamente ante sus ojos. El carruaje se detuvo frente a una casa en Berkeley Street, el hogar de Montford. Los dos bajaron con cuidado y se dirigieron hacia la entrada, donde un sirviente los recibió y los condujo a un salón decorado con pinturas impresionantes, cada una de ellas mostraba el dominio del Montford sobre la luz y la sombra.

Evelyn sentía cómo su corazón latía con fuerza mientras esperaba a que el pintor llegara. El nerviosismo la envolvía, no solo por la oportunidad de conocer a Montford, sino también por lo que significaba para ella como artista. Sabía que si seguía siendo la duquesa de Beaufort, no podría continuar persiguiendo su sueño de ser una artista reconocida. Las mujeres en Londres no eran bien vistas como figuras públicas si deseaban mantener su reputación intacta, y mucho menos si querían dedicarse a una carrera que se consideraba inapropiada para su género y estatus.

Finalmente, la puerta del salón se abrió, y un hombre alto, de cabellos canosos y ojos penetrantes, entró con paso decidido.

—Buenos días —saludó Montford con una sonrisa cortés, inclinando ligeramente la cabeza—. Me avisaron que la duquesa de Beaufort deseaba verme.

Evelyn asintió y le entregó la misma carta que él le había enviado para conocerla. El hombre frunció al ceño al leer el papel y luego volvió mirar a Evelyn.

—Así que usted es el artista anónimo —expresó Montford con una sonrisa—. Me soprende que una duquesa tenga tanto talento para la pintura.

—Es que antes no era una duquesa —respondió Evelyn encogiéndose de hombros.

—Entiendo, y me alegra que aún así haya decidido venir a verme. No es común que una mujer de su posición se dedique al arte con tanta seriedad, y mucho menos con tanto talento. Realmente estoy sorprendido.

Evelyn sonrió, aunque en el fondo sentía una mezcla de orgullo y tristeza. Sabía que estaba siendo reconocida por su trabajo, pero también sabía que no podría continuar por ese camino.

—Para mi es un honor estar aquí, Sr. Montford —respondió Evelyn—. Él es lord Albert Tumbler. Él admira mucho su trabajo.

—Realmente lo hago, y conocerlo personalmente es un honor —expresó Albert.

Montford asintió y les hizo un gesto para que lo siguieran. Los condujo por un pasillo adornado con más obras hasta llegar a una amplia sala de techo alto, iluminada por ventanales que dejaban entrar la luz natural. En el centro del estudio, varios estudiantes estaban trabajando en sus propios lienzos, concentrados en sus pinceladas.

Evelyn observó con fascinación el ambiente del estudio, los colores, las telas, los aromas de los óleos y disolventes. Montford se volvió hacia ella, mirándola con atención, como si evaluara algo que no podía ver a simple vista.

—¿Está dispuesta a pasar por alto las normas sociales para ser reconocida? —preguntó Montford. Evelyn sonrió un poco y negó. Antes lo hubiera hecho considerando la situación de su matrimonio con Anthony, pero ahora...

—El arte siempre ha sido una pasión para mí, pero soy consciente de las limitaciones que impone mi posición. Y ahora, con un hijo en camino, mis prioridades han cambiando —respondió Evelyn tratando de mantener la compostura.

Montford asintió, comprensivo.

—Es una pena que nuestras sociedades limiten tanto a las mujeres con talento como usted, lady Evelyn —expresó Montford con sinceridad—. Pero espero que nunca deje de pintar, aunque sea solo para usted misma. El arte es una expresión del alma, y sería una lástima que el mundo no llegara a ver lo que usted es capaz de crear.

Evelyn asintió, sabía que su arte probablemente nunca sería conocido por el mundo, pero también sabía que había otras cosas importantes en su vida ahora. Su hijo, y la organización que planeaba crear para ayudar a mujeres pobres y desamparadas, ocupaban un lugar importante en sus pensamientos.

—Estos son mis alumnos más avanzados. —Montford señaló a los estudiantes con orgullo—. Están aprendiendo a capturar la esencia de la luz y la sombra, a comprender cómo los colores pueden transmitir emociones profundas.

Albert, que se había mantenido en silencio hasta ese momento, se volvió hacia Montford.

—Sr. Montford, ¿aceptaría otro estudiante en su estudio? —preguntó Albert, con la mirada llena de esperanza—. He estado pintando desde niño, y me encantaría aprender más de un maestro como usted.

Montford lo miró con interés, evaluando su solicitud.

—Me encantaría ver su trabajo, lord Albert —respondió Montford—. Si su talento es tan prometedor como el de su madre, entonces estaré encantado de tenerlo entre mis alumnos.

Albert no dejo de sonreír a pesar de la mención de su madre, él no quería crecer entre los artista como el hijo de la dueña de la academia de arte más reconocida de Estados Unidos. Pero aún así se sintió emocionado por la oportunidad. Evelyn, por su parte, se sintió feliz por él también.

Montford continúo mostrando el estudio. Y unas horas después Evelyn y Albert salían del estudio y regresaban al carruaje. Evelyn miró una última vez la gran casa de Montford antes de subir al carruaje, y con eso dejaba atrás su sueño de ser una artista reconocida en el mundo.

El carruaje finalmente se detuvo frente a Beaufort House, Evelyn y Albert bajaron, agradeciendo al cochero antes de dirigirse hacia la entrada principal. Al entrar al amplio vestíbulo, fueron recibidos por el suave murmullo de voces provenientes del salón principal.

—¿Vamos? —habló Albert, tomando su brazo con suavidad—. Parece que mi madre y Delphina están en el salón. Seguro querrán saber cómo te encuentras.

Evelyn asintió, permitiendo que Albert la guiara hacia el salón. A medida que se acercaban, las voces se hicieron más claras, y al entrar, vieron a Delphina y Claire sentadas en los cómodos sillones.

—¡Ah, aquí están! Temía que Anthony llegara antes que ustedes, a él no le gustará saber que saliste sin avisarle —exclamó Delphina preocupada, Evelyn le dio una sonrisa tranquilizadora—. Querida, ven y siéntate un momento. Debes descansar, no es bueno que te esfuerces demasiado con el bebé en camino.

Evelyn se acercó, y se sentó en uno de los sillones. Delphina, siempre atenta, hizo un gesto hacia una de las sirvientas.

—Tráele un jugo fresco a Evelyn, por favor —pidió Delphina, antes de volverse nuevamente hacia Evelyn—. Es importante que te mantengas hidratada, querida. No quiero que tomes riesgos innecesarios.

Clara asintió, pensando en como ahora Delphina sí cuidaba su embarazo. Sabía que gran parte de esa amabilidad se debía al silencio que Evelyn guardaba sobre la verdad de su primer embarazo. Cuando la sirvienta volvió con un vaso de jugo fresco, Evelyn lo aceptó y en seguida

bebió un sorbo mientras se acomodaba aún más en el sillón.

—Las invitaciones del baile ya fueron enviadas —informó Delphina y Evelyn asintió agradecida, al menos la estaba ayudando.

—Gracias —expresó Evelyn dejando el vaso en una pequeña mesa a su lado.

Albert se sentó cerca, atento a la conversación. Claire, sin embargo, se mantenía en silencio.

—No es nada. Mañana debemos ver la orquesta que tocará y la decoración —expuso Delphina.

Evelyn solo asintió mientras movía su cabello hacia un lado dejando su cuello expuesto para refrescarse con el jugo, era un día caluroso y el cabello comenzaba a molestarle.

Claire, que miraba a Evelyn, notó algo que la hizo detenerse en seco. Había una pequeña marca en la nuca de Evelyn, apenas visible bajo la luz del salón. Una marca de media luna, idéntica a la que ella recordaba con mucha claridad.

El vaso de Claire tembló en su mano, sus ojos se abrieron en asombro y su respiración se volvió errática. Los recuerdos se agolparon en su mente, las imágenes de su hija siendo una bebé aún y la marca de media luna en su nuca. Y ahora, frente a ella, veía esa misma marca en la nuca de Evelyn.

Delphina notó el cambio en la expresión de Claire y se inclinó hacia ella, preocupada.

—¿Claire? ¿Qué sucede? —preguntó Delphina en voz baja, pero Claire no respondió de inmediato. En lugar de eso, Claire se levantó lentamente, sus ojos fijos en Evelyn, que seguía disfrutando del jugo.

—Esa marca... —murmuró Claire, su voz temblorosa—. Esa marca en tu nuca, Evelyn...

Evelyn, sorprendida por el tono de Claire, giró lentamente su cabeza y confundida tocó su nuca, justo donde estaba la marca.

—Sí, es una marca de media luna, la tengo desde que nací —explicó Evelyn con normalidad, pero frunció el ceño al ver el rostro contraído de Claire—. ¿Está bien?

—Sí, solo... recordé que debía hacer algo —respondió Claire y sin decir más salió de salón.

Las manos de Claire temblaban mientras se dirigía a su habitación.

—No puede ser —susurró ella cuando cerró la puerta tras ella.

Claire se negaba a aceptar la realidad, pero la verdad estaba frente a sus ojos. Evelyn era su hija.

Capítulo 22

Queridos amigos...

Mientras algunos se contentan con susurros a la luz del día, Lady Midnight ha decidido iluminar las noches de Londres con la verdad completa y sin adornos. Si Lady Kennt prefiere esconderse detrás de insinuaciones, nosotros, en La Gaceta susurrante, no tememos dar un paso al frente y exponer lo que otros solo se atreven a insinuar.

"La Gaceta susurrante" se presenta como la fuente más confiable y reveladora de chismes aristocráticos, diferenciándose por su tono incisivo y directo. A diferencia de Lady Kennt, quien insinúa y deja cabos sueltos para que los lectores llenen los espacios, yo prometo entregar la verdad completa y sin censura. Esta revista se compromete a desvelar los secretos más oscuros y las intrigas más impactantes que se esconden tras los muros de las mansiones nobles, sin dejar lugar a la especulación.

¡Bienvenidos a la era de la verdad sin censura!

La Gaceta Susurrante de Lady Midnight.

Ni Evelyn ni Delphina comprendieron el comportamiento tan extraño de Claire al retirarse de manera tan ofuscada.

—¿Sabes qué le pasa a tu madre, Albert? —preguntó Delphina. Albert solo se encogió de hombros en respuesta.

—Creo que enterarse de que Lucianne no es en realidad su hija la ha afectado mucho —opinó Evelyn mientras bebía de su jugo.

—¿Crees? Mi madre solo regresó a Londres para encontrar a su hija perdida —expresó Albert —. Imagina lo que se siente saber que alguien jugó con ese sentimiento y que tu verdadera hija sigue desaparecida.

—Debe ser... asfixiante —musitó Evelyn, dirigiendo una mirada penetrante a Delphina, pero esta solo desvió los ojos—. ¿No lo cree, Lady Delphina?

Delphina tragó grueso ante la pregunta de Evelyn y solo pudo asentir con la cabeza.

En ese momento, la puerta del salón se abrió de golpe, sobresaltando a todos los presentes. Evelyn observó a Anthony acercarse a ella como un león con su presa en la mira.

—Anthony, ¿qué te pasa? —preguntó Delphina, levantándose de su asiento, seguida por Albert, pero Anthony no respondió. Se detuvo frente a Evelyn, que aún permanecía sentada en el sillón.

—¿A dónde fuiste? —preguntó Anthony con tono brusco.

Evelyn suspiró ligeramente antes de levantarse para quedar frente a su esposo.

—Solo fui a dar un paseo con Albert —respondió con serenidad.

—¿Un paseo? —repitió él, sin dejar de mirarla—. ¿A Berkeley Street?

—Sí —contestó Evelyn, sin entender por qué Anthony gruñó al oír su respuesta. Después de unos segundos, sus ojos se abrieron de par en par al recordar que el documento que la acusaba de traición afirmaba que el supuesto hombre vivía en Berkeley Street. Rápidamente, levantó las manos para tocar el pecho de Anthony, tratando de calmarlo, pero él se alejó—. No es lo que piensas, Anthony.

—¿Y qué es lo que estoy pensando, Evelyn? —gruñó Anthony—. ¿A quién fuiste a ver?

Evelyn negó con la cabeza, frunciendo el ceño, incapaz de creer que Anthony dudara tanto de ella, sobre todo ahora que esperaba a su hijo.

—Solo fuimos a ver a Montford, un gran artista. Yo quería conocerlo, y Evelyn solo me acompañó —intervino Albert, frunciendo el ceño.

—¿Evelyn es ahora tu niñera? —replicó Anthony, lanzándole una mirada furiosa a Albert.

—¡Anthony! —exclamó Evelyn con ira—. No puedes hablarle así a Albert. Al menos él me acompaña a dar paseos, cosa que debería hacer mi esposo.

Sin decir más, Evelyn se apartó de Anthony y salió del salón en dirección a su habitación.

—¡Evelyn! —gritó Anthony, siguiéndola rápidamente, pero eso no la detuvo hasta que llegó a su habitación—. ¡Te estoy hablando!

—Pensé que ya habías terminado —replicó ella, mirándolo con enojo—. Estoy cansada, Anthony. Cansada de que me grites, de tu desconfianza, y de que evalúes cada uno de mis pasos.

—¿Y cómo no quieres que desconfíe cuando tú…?

—¡No te engañé! —interrumpió Evelyn, su respiración agitada por la ira y las emociones desbordadas en ese momento—. Nunca te he engañado, no conozco a ese hombre del maldito documento, pero tú prefieres creer en eso antes que darnos una oportunidad.

—Entonces dime, Evelyn. Te doy la oportunidad de decirme tu verdad —demandó Anthony, cruzando los brazos, lo que hizo que su chaleco y camisa se ajustaran más a su cuerpo, marcando sus músculos.

Anthony esperaba que Evelyn hablara, que desmintiera todo lo que decía aquel informe, pero en lugar de eso, ella solo bajó la mirada y guardó silencio. Anthony apretó los puños, sintiéndose como un idiota por haber esperado algo que, según parecía, sería una mentira más.

—No tengo cómo probarte lo contrario, pero no te engañé, Anthony. Y es tu decisión si quieres creerme o no —musitó Evelyn, mirándolo a los ojos.

—Solo dime por qué te fuiste y dónde estuviste, Evelyn. Si no me abandonaste por otro, entonces dime la razón —pidió Anthony con un tono más suave.

—No puedo. Lo mejor es que no lo sepas; vivirás más tranquilo si solo yo cargo con ese peso —respondió Evelyn, acercándose un poco más a él—. Solo mira hacia adelante y piensa en nuestro bebé, no en mí. Sé que ya nada será lo mismo entre nosotros, pero al menos trata de controlarte un poco por nuestro hijo.

Anthony suspiró y, después de unos segundos, asintió. Aun así, no estaba tranquilo, especialmente cuando Evelyn insinuaba que había una razón más grande detrás de su partida siete años atrás. De repente, sintió cómo Evelyn lo abrazaba por la cintura. Su calor lo calmó más de lo que esperaba, y él respondió al abrazo con más fuerza. La extrañaba demasiado.

Quizá lo mejor sería dejar el pasado atrás y comenzar de nuevo. Mantenerse distantes no era lo que Anthony quería para el resto de su vida. Era hora de dejar el rencor y admitir que la amaba tanto que no podía pasar un día más sin tocarla, besarla o simplemente hablar con ella como solían hacerlo. Evelyn era su esposa, la madre de su hijo, y lo más importante, la mujer de su vida.

∞∞∞

La mañana siguiente, Claire se preparaba para salir y resolver sus dudas, pero al pasar por el salon principal, encontró a Delphina leyendo las noticias del día.

—No puedo creer que estés leyendo a Lady Kennt —expresó Claire frunciendo el ceño.

—No, es una nueva revista de chismes, al parecer hay una nueva Lady Midnight y está desafiando a Lady Kennt —explicó Delphina.

—Ya era hora que alguien lo hiciera, esa mujer es una...

—Esta nueva será peor, dice que desvelará cada secreto de los nobles sin censuras —interrumpió Delphina dejando de lado la revista—. Al menos Lady Kennt era más respetuosa y no decía más allá de lo debido.

—Londres cada vez más me sorprende, realmente no sé como llegamos a esto, revistas de chismes revelando los secretos de los nobles, ¿acaso esas dos no tienen vidas propias?

Delphina solo se encogió de hombros.

—¿Irás de paseo? —preguntó Delphina olvidado el tema de las «chismosas».

—Sí, necesito salir un poco y despejar —respondió Claire.

—Bien. Te acompañaré.

—¡No! —exclamó Claire haciendo que Delphina se detuviera y frunciera el ceño—. Es que prefiero ir sola, necesito pensar y reflexionar algunas cosas.

—Está... bien —aceptó Delphina asintiendo no muy convencida.

Sin más, Claire salió de Beaufort House. El carruaje se detuvo frente a la prisión de Londres, un lugar oscuro y sombrío. Había pasado la noche anterior en vela, atormentada por la posibilidad de que Evelyn fuera su hija perdida. El descubrimiento de la marca de media luna en la nuca de ella había despertado una mezcla de esperanza, y ahora necesitaba respuestas. Respuestas que solo su hermano, Lewis Evans, podía darle.

Al llegar, bajó del carruaje y caminó con paso firme mientras era conducida por dos guardias a través de los pasillos de la prisión, hasta la celda donde su hermano estaba encarcelado. A pesar de su estatus, el duque había caído en desgracia y había sido condenado por una serie de crímenes imperdonables. Ahora, el hombre que una vez había sido poderoso y temido, se encontraba recluido en una pequeña celda.

Cuando Claire entró en la celda, encontró a su hermano sentado en un banco de madera, con la mirada fija en la pared opuesta. Sus cabellos, antes bien cuidados, ahora estaban grises y desordenados. Lewis levantó la vista, y una sonrisa cínica se dibujó en sus labios al ver a su hermana.

—Claire, querida hermana —expresó él con un tono que goteaba sarcasmo—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

Claire se quedó en silencio por un momento, tratando de mantener la compostura. El simple hecho de estar en su presencia la repugnaba, pero sabía que no podía mostrar debilidad.

—Estoy aquí por una razón muy específica —respondió Claire—. Necesito saber la verdad sobre lo que hiciste con mi hija. He descubierto algo... y creo que tú tienes la respuesta.

El Duque sonrió aún más, su expresión se volvió una mueca que mezclaba burla y satisfacción.

—Ah, la niña —expresó Lewis—. ¿Por qué, Claire? ¿Por qué revivir esos fantasmas? Pensé que ya habías aceptado que murió al nacer.

Claire sintió cómo la ira crecía en su interior, pero se obligó a mantener la calma.

—Vi una marca en la nuca de la esposa de Anthony, el duque de Beaufort, era la misma marca que tenía mi hija. No puede ser una coincidencia. Quiero saber la verdad, Lewis. ¿Qué hiciste con ella?

Lewis soltó una carcajada, disfrutando del poder que aún tenía sobre ella.

—Ah, Claire, siempre tan ingenua —musitó él—. La niña no murió, y esa marca es

inconfundible, ¿verdad? Sabía que algún día alguien la reconocería. Lo cierto es que nunca tuve la intención de deshacerme de ella. Ordené que se la llevaran lejos, pero no la mataron. La sirvienta que se suponía que debía encargarse de la situación, al final, se apiadó de la criatura. La tomó y la entregó a otra mujer, una sirvienta que poco después comenzó a trabajar en Beaufort House.

Claire sintió como si le faltara el aire. Las palabras de su hermano confirmaban lo que había temido, pero la verdad era aún peor de lo que había imaginado.

—¿Entonces sabías todo este tiempo que Evelyn... que mi hija estaba viva? —preguntó Claire con la voz temblando en una mezcla de furia y desesperación.

Su hermano se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Por supuesto —confirmó Lewis, su tono lleno de desdén—. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Revelar que mi hermana tuvo la bastarda de Devonshire? ¿y que la niña estaba siendo criada como sirvienta? Hubiera sido un escándalo, y sabes que odio los escándalos. —Claire no podía creer como su hermano había sido tan cruel de arrebatarle a su hija de esa manera, sin remordimientos, como si su hija solo fuera algo que pudiera desecharse—. Y ahora que lo sabes, Claire, dime... ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a reclamarla, sabiendo que ha vivido como una sirvienta toda su vida? ¿O simplemente aceptarás la ironía del destino?

Claire sintió una ola de náusea ante las palabras de su hermano. La crueldad con la que hablaba, su falta total de remordimiento, la llenaban de un desprecio que la hizo apartar la mirada.

—Eres un monstruo —murmuró Claire, su voz cargada de dolor—. Le robaste su vida, su identidad... todo, por tu propio egoísmo.

—Ahora que sabes la verdad, Claire, la pregunta es... ¿aceptarás a una sirvienta como tu hija? ¿O seguirás fingiendo que tu sangre noble es superior? Sé que los sirvientes nunca fueron de tu agrado. Es irónico, ¿no? La pequeña sirvienta ha ascendido a duquesa. Un giro del destino verdaderamente poético.

Claire se sintió mareada, pero se dio la vuelta bruscamente, sin querer escuchar más. Salió de la celda sin despedirse, su mente era un caos en esos momentos. Mientras el guardia la conducía de vuelta al exterior, las palabras de su hermano aún resonaban en su cabeza. La realidad de que Evelyn, la mujer a la que había mirado con desprecio y hostilidad, era en realidad su hija perdida, la abrumaba.

Una vez en su carruaje, Claire se permitió derrumbarse. Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a caer, y por un momento, solo pudo dejarse llevar por la marea de dolor y arrepentimiento. Sabía que debía enfrentar a la mujer que crió a Evelyn, y peor aún, debía enfrentar a su hija. Pero también sabía que nada de lo que dijera o hiciera podría cambiar el pasado.

Finalmente, se secó las lágrimas y se obligó a recomponerse. Tenía una misión, y no podía permitir que la debilidad la dominara.

Al llegar a Beaufort House, agradeció no encontrar a nadie en su camino. Claire respiró hondo y sintió una necesidad imperiosa de ver por sí misma lo que había sido la vida de su hija, de entender mejor quién era Evelyn. Así que, siguiendo una corazonada, se dirigió al estudio de pintura que Evelyn compartía con Albert.

Cuando entró en el estudio, el aroma familiar de la pintura y el lienzo la envolvió. El espacio estaba lleno de luz natural que entraba por los amplios ventanales, iluminando cada rincón con un brillo cálido. Claire caminó lentamente entre los caballetes y las obras en proceso. Sus pasos se detuvieron frente a una serie de lienzos que capturaron su atención de inmediato. Eran

paisajes, retratos y escenas cotidianas, todas ejecutadas con una precisión y un talento que Claire reconoció al instante. Había algo en la técnica, en la sensibilidad de los colores, que le resultaba dolorosamente familiar. Recordó cómo ella misma disfrutaba de la pintura.

Claire observó una pintura en particular: Un retrato de una mujer, la mujer que crió a Evelyn, pintado con tantos detalles que parecía casi cobrar vida. Los ojos en el cuadro reflejaban una calidez que Claire reconoció como su propio estilo.

La verdad golpeó a Claire con fuerza. Evelyn había heredado su talento, un talento que se había negado a evaluar desde un inicio, cuando Evelyn se lo había pedido y ella la rechazó con crueldad.

—Si las hubiera visto, ¿me habría dado cuenta de que eras mi verdadera hija? —musitó Claire para sí misma, sintiendo el peso del arrepentimiento crecer a cada segundo en su interior.

Era más que claro que Evelyn era su hija en más formas de las que nunca había imaginado, y Claire se había negado a ver esa conexión hasta que fue casi demasiado tarde.

En ese momento, Evelyn entró al estudio con la intención de pintar y despejar su mente un rato. Pero se detuvo abruptamente al ver a Claire de pie en el centro del salón, observando los cuadros con una expresión que nunca antes había visto en el rostro de Claire.

Evelyn frunció el ceño, sorprendida al encontrar a Claire observando sus pinturas. Nunca habría imaginado verla ahí, especialmente porque Claire jamás había mostrado interés en su trabajo ni había puesto un pie en el estudio antes.

Ta vez solo vino a ver las pinturas de Albert —pensó Evelyn mientras cerraba la puerta detrás de ella.

—Lady Claire —habló Evelyn confundida, mientras se acercaba lentamente—. No esperaba verla aquí. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

Claire giró lentamente para enfrentar a Evelyn, sus ojos recorriendo el rostro de su hija, como si estuviera grabando cada detalle en su memoria. Vio en ella los mismos rasgos que había amado en Caleb, el padre de Evelyn: la misma estructura delicada de las cejas, la forma de los labios, y sobre todo, los ojos, tan expresivos y llenos de vida.

Evelyn, sintiendo la intensidad de la mirada de Claire, volvió a fruncir ligeramente el ceño, sin entender el motivo de su visita. Evelyn nunca pensó que la mentira de Lucianne la afectaría de forma tan profunda.

—¿Lady Claire? —preguntó Evelyn con más firmeza—. ¿Hay algo que le preocupa?

Claire se quedó en silencio unos momentos más, luchando por reunir el valor necesario para lo que estaba a punto de decir. Sabía que no había un camino fácil para lo que iba a revelar, pero también sabía que no podía seguir ocultando la verdad, por mucho que temiera las consecuencias.

—Evelyn —comenzó Claire, con voz temblorosa pero decidida—, hay algo que necesito decirte... ayer, cuando vi tu marca en la nuca, descubrí algo.

Evelyn se quedó quieta, sin saber qué esperar. Había algo en el tono de Claire, en la forma en que la miraba, que la inquietaba.

—¿Qué descubrió? —preguntó Evelyn confundida.

Claire tomó una respiración profunda, reuniendo valor para revelar la verdad.

—Evelyn... —habló finalmente—. Yo soy tu verdadera madre.

Silencio, y era un silencio abrumador. Evelyn parpadeó, incrédula ante lo que acababa de escuchar. Luego de unos segundos, una risa amarga escapó de los labios de Evelyn, fruto del desconcierto y la incredulidad.

—¿Mi madre? —repitió Evelyn, sacudiendo la cabeza—. No, eso no es posible. Yo ya tengo

una madre, la mujer que me crió, que me amó y me cuidó toda mi vida. Usted no puede ser...

—Escúchame, Evelyn —interrumpió Claire, acercándose un paso más—. Hace veinticinco años, cuando naciste, yo fui engañada. Me dijeron que habías muerto al nacer, que no había esperanza de salvarte. Fue mi hermano, el duque de Lancaster, quien orquestó todo... él ordenó que te llevaran lejos, que se deshicieran de ti. Pero en lugar de eso, la sirvienta que recibió la orden decidió salvarte. Te llevó con ella y te entregó a otra mujer, a la que tú has conocido como tu madre.

Evelyn sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies. Las palabras de Claire parecían irreales, como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

—Eso no puede ser verdad... —susurró Evelyn, retrocediendo un paso, su rostro pálido—. Usted está equivocada. Mi madre es mi madre... Ella nunca me ocultó nada.

Sin más, Evelyn dio la vuelta bruscamente, ignorando la llamada de Claire, y salió corriendo del estudio, con las lágrimas comenzando a correr por sus mejillas.

—¡Evelyn, espera! —gritó Claire, intentando seguirla, pero ella ya había salido corriendo por los pasillos de la mansión.

El corazón de Evelyn latía con fuerza mientras corría hacia la habitación de la mujer que siempre había conocido como su madre. Necesitaba respuestas, necesitaba entender. Abrió la puerta con un empujón, casi sin aliento, y vio a su madre, sentada junto a la ventana, tejiendo tranquilamente.

—Hija, mira, estoy haciendo una manta para el bebé. Estoy que... —La voz de Elina fue muriendo al levantar la vista y ver el rostro devastado de Evelyn. Rápidamente dejó todo a un lado y se levantó de su lugar—. ¿Evelyn?

—¿Es verdad lo que Claire ha dicho? ¿Soy... soy su hija? —exclamó Evelyn, su voz quebrada por la desesperación

En ese momento, Elina supo que la verdad que había temido durante tanto tiempo había salido a la luz.

—Evelyn, yo... —comenzó a decir, pero antes de que pudiera hablar más, Claire irrumpió en la habitación, su rostro reflejando la tensión y el remordimiento que la consumían.

—Entonces es cierto... —susurró Evelyn, retrocediendo un paso mientras miraba a ambas mujeres—. Todo este tiempo, todo lo que he creído... era mentira.

Elina negó lentamente, con el dolor reflejado en cada rasgo de su rostro.

—No, Evelyn... No fue una mentira porque siempre te amé. Es cierto que eres la hija de... lady Claire, pero para mí... siempre serás mi hija. Yo te crié, te amé desde el día en que te sostuve por primera vez en mis brazos. Nunca te traté diferente a Sharon, las dos son mi tesoro más preciado.

Evelyn sintió como si el aire fuera expulsado de sus pulmones. La habitación parecía girar a su alrededor mientras intentaba asimilar la magnitud de lo que estaba sucediendo. Sus manos temblaban, y su voz apenas era un susurro.

—Entonces... mi vida entera... todo lo que soy... ha sido una mentira —musitó, mirando a Elina—. ¿Cómo pudieron...? ¿Cómo pudiste ocultarme algo así?

Claire dio un paso adelante.

—Evelyn, sé que esto es difícil de aceptar, pero yo también fui engañada. Pensé que habías muerto al nacer. Fue mi hermano quien orquestó todo, quien decidió que te llevaran lejos. No supe la verdad hasta hoy, y cuando lo supe, fue como si el mundo se derrumbara sobre mí.

Evelyn miró a Claire, con los ojos llenos de lágrimas, pero su expresión no mostraba compasión, sino una mezcla de furia y dolor.

—¿Y qué espera que haga ahora, lady Claire? —expresó Evelyn con la voz cargada de

amargura—. ¿Qué la acepte como mi madre? ¿Qué olvide todo lo que usted me hizo, todo el desprecio con el que me trató cuando era una sirvienta? Usted me despreciaba, me hacía sentir que no valía nada. Nunca la veré como mi madre. Nunca.

Claire sintió que sus palabras la atravesaban como dagas. En ese momento las palabras de Lucianne volvieron a su mente.

«*¿Qué clase de madre renuncia a buscar a su propia hija por comodidad? Ojalá no la encuentres nunca, porque nadie querría tener una madre tan egoísta y hostil como tú*».

Claire sabía que Evelyn tenía razón, pero no podía evitar el dolor de ser rechazada por la hija que había perdido. Se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas, mientras su mirada imploraba comprensión.

—Evelyn... por favor, entiende que todo lo que hice fue por ignorancia y orgullo. No sabía quién eras, y me dejé llevar por las apariencias. Pero ahora que sé la verdad, quiero enmendar las cosas, quiero... quiero ser parte de tu vida.

Evelyn dejó escapar una risa amarga, llena de desprecio.

—¿Enmendar las cosas? —repitió, sacudiendo la cabeza—. Usted es una mujer superficial y orgullosa, lady Claire. Siempre ha tratado a las personas de clase baja como si no fueran nada, y ahora espera que olvide todo eso solo porque resulta que soy su hija. No, nunca la perdonaré. Mi verdadera madre es la mujer que me crió, la que me amó cuando nadie más lo hizo. Y usted... usted no es nada para mí.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió de golpe, y Anthony, acompañado por Delphina, entró apresuradamente. Habían escuchado las voces alzadas desde el pasillo.

—Eve —musitó Anthony con voz suave al ver la angustia y la tristeza en el rostro de Evelyn. No podía soportar verla sufrir así.

Evelyn, al escuchar la voz de Anthony, se volvió hacia él, y al ver la preocupación en sus ojos, se derrumbó por completo.

—Anthony... —susurró, su voz quebrada por el llanto.

Sin pensarlo dos veces, Anthony se acercó y la atrajo hacia él. Sintió cómo su cuerpo temblaba mientras lloraba, y la sostuvo con fuerza, como si temiera que se desvaneciera si la soltaba.

—Shh... estoy aquí, mi flor —murmuró Anthony—. Todo va a estar bien. No estás sola.

Evelyn se aferró a él, sintiendo cómo el consuelo de sus palabras y su presencia la envolvían. A pesar de todo el dolor, de todas las revelaciones, en ese momento, la única certeza que tenía era que Anthony estaba a su lado, y eso era lo único que la mantenía en pie.

Claire observó la escena con pesar. Sabía que había perdido cualquier posibilidad de ser parte de la vida de su hija, pero también sabía que había hecho lo correcto al decirle la verdad, por mucho que doliera.

Anthony tomó a Evelyn entre sus brazos y la sacó de la habitación para llevarla a la suya, dejando a las demás mujeres atrás.

Elina, después de ver como Anthony se llevaba a Evelyn para consolarla, desvió su mirada hacia Claire.

—¡Usted! —exclamó Elina con voz afilada—. ¿Como se atreve a decirle algo así en su estado? No tenía derecho.

Claire se quedó atónita ante las palabras de Elina.

—¿No tengo ningún derecho? —replicó Claire incrédula ante la osadía de la mujer—. Ella es mi hija, la hija que me fue robada. No puedes simplemente...

—Sí —asintió Elina interrumpiéndola—. Evelyn es su hija por nacimiento. Pero la he criado toda su vida, la he amado y protegido. Aunque no lleve mi sangre, es y siempre será mi hija.

Usted no tiene ningún derecho sobre ella.

—Ya lo dijiste, no lleva tu sangre, aunque Evelyn no quiera aceptarlo ahora, llegará el momento que verá la verdad. Que soy su verdadera madre y...

—Desde que llegó aquí usted la ha despreciado, la ha tratado con crueldad, tanto cuando era una sirvienta como ahora que es duquesa, sin siquiera saber quién era. Y ahora, después de todo, ¿cree que puede aparecer de repente y reclamarla como si nada hubiera pasado? —interrumpió Elina una vez más, ahora con la voz cargada de ira contenida.

Claire sintió el impacto de esas palabras, pero no estaba dispuesta a ceder.

—Yo no sabía... —comenzó a decir ella, pero Elina no la dejó terminar.

—Pero ahora lo sabe. Y eso no cambia nada. Evelyn es mía, es mi hija, porque yo estuve allí para ella cuando nadie más lo estuvo. Usted no la merece. Ahora si me disculpa, iré a ver si mi hija está bien, porque a usted no le importó que estuviera embarazada para soltar la bomba sin al menos haberla preparado.

Elina salió de la habitación sin mirar atrás.

Delphina, que había permanecido en silencio, miró a Claire con una expresión de lástima. Aunque no estaba al tanto de todos los detalles, podía ver el peso de la culpa y el arrepentimiento en los ojos de su amiga.

—Algunas verdades son difíciles de aceptar, Claire —expresó Delphina suavemente—. Pero a veces, el tiempo puede sanar las heridas, incluso las más profundas.

Claire asintió, aunque sabía que el tiempo no podría reparar todo lo que había hecho.

Capítulo 23

Pss Pss Pss

Es curioso cómo ciertos rumores corren por Londres más rápido que la pólvora. Ha llegado a mis oídos que lady Claire ha tomado un barco de regreso a Estados Unidos. Encontrar a su verdadera hija era su mayor anhelo, pero la realidad no siempre coincide con las expectativas. Pero, ¿cuántos pueden decir que conocen la verdad de su viaje? Mientras algunos se regodean en suposiciones y conjeturas, yo mantengo mi compromiso de revelar solo lo que realmente importa.

Al final, parece que todo vuelve a su lugar, y los duques de Beaufort lo saben mejor que nadie. Aprovecho esta mención para felicitarlos por el bebé que está en camino y agradecer la invitación a mi nombre para asistir al primer baile de la nueva duquesa. Al parecer, lady Evelyn Ross está demostrando ser exactamente lo que lady Delphina Ross siempre deseó para su hijo: una duquesa perfecta.

Como siempre, me mantendré como la fuente original y auténtica de los secretos mejor guardados de Londres. Y a mis fieles lectores, les digo: continúen conmigo en este viaje de descubrimiento, donde la verdad es revelada con el toque adecuado, y donde los límites son respetados por el bien de todos. Porque en mi mundo, la gracia y la verdad van de la mano.

Revista de Sociedad de Lady Kennt

Evelyn llegó a su habitación junto a Anthony, quien la tenía cargada aún, y con suavidad la depositó en la cama para luego arrodillarse frente a ella.

—Lo siento tanto, Eve —murmuró Anthony, acariciando suavemente la mejilla de Evelyn—. Lamento que hayas tenido que pasar por todo esto.

Evelyn levantó la cabeza para mirarlo, sus ojos todavía húmedos por las lágrimas.

—Anthony... —habló ella en voz baja—. ¿Escuchaste todo?

Anthony le sostuvo la mirada, y sonrió un poco.

—Seguramente todos escucharon, Eve —respondió él con una leve sonrisa—. No estaban siendo muy silenciosas. Pero eso no importa ahora. Lo único que me importa es que estés bien.

Evelyn asintió, aún sintiendo el peso de todo lo que había sucedido. La revelación de la verdadera identidad de su madre, el conflicto con Claire, todo era muy abrumador.

—Tu padre... —continuó Anthony después de un momento, con una nota de seriedad en su voz—. Sé que todo esto es nuevo para ti, y que estás lidiando con muchas emociones. Pero debes saber que tu padre, el duque de Devonshire, tiene una vida complicada. Está casado y tiene tres hijos más. No quiero presionarte, pero en algún momento, si así lo deseas, deberás conocerlo. Él pensaba al igual que Claire, que Lucianne era su hija, de seguro él deseará conocerte cuando sepa que tú eres su verdadera hija.

Evelyn lo miró en silencio, tratando de procesar lo que Anthony acababa de decir. Sabía que conocer a su verdadero padre sería un paso importante, pero no estaba segura de querer conocerlo. Para ella su padre había muerto cuando era una niña y su madre era Elina.

—No tienes que tomar una decisión ahora, Evelyn —expresó Anthony con suavidad—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, sea cual sea la decisión que tomes.

Antes de que Evelyn pudiera responder, la puerta de la habitación se abrió suavemente,

revelando a Elina parada en el umbral. Sus ojos estaban llenos de preocupación mientras miraba a Evelyn.

Anthony, al darse cuenta de que Elina necesitaba un momento a solas con su esposa, se levantó del suelo, no sin antes darle un beso en la frente a Evelyn.

—Voy a dejarlas solas para que hablen —informó Anthony con una sonrisa tranquilizadora—. Estaré cerca si necesitas algo.

Evelyn solo asintió y observó cómo él salía de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se volvió hacia Elina, sintiendo una mezcla de emociones encontradas, sabiendo que tenía a su lado a la mujer que siempre había sido su madre en todos los sentidos que importaban.

Elina se acercó a Evelyn y la abrazó con ternura, permitiendo que Evelyn se desahogara.

Minutos después, Evelyn se calmó y Elina se sentó junto a ella en la cama, tomando sus manos con delicadeza. Sus ojos reflejaban pura preocupación, pero también amor , el mismo amor que había sentido por Evelyn desde que la tomó en sus brazos siendo solo una bebé.

—Mamá... —comenzó Evelyn, con la voz aún algo temblorosa—. Sé que ahora conozco la verdad sobre mis orígenes, pero... eso no cambia nada para mí. Tú has sido mi madre en todo lo que importa, y eso no va a cambiar.

Elina apretó ligeramente las manos de Evelyn, sus ojos se llenaron de lágrimas al escuchar esas palabras. La tensión que había sentido desde la revelación de Claire comenzó a desvanecerse un poco.

—Eve, cariño... —respondió Elina con voz suave—. No sabes cuánto significa para mí escuchar eso. Temía que... que al saber la verdad, podrías verme de otra manera. Pero te he amado como a una hija desde el momento en que te sostuve en mis brazos por primera vez.

Evelyn negó con la cabeza.

—Nada de eso, mamá. Siempre has sido mi madre, la única que conozco, la que me ha cuidado y me ha enseñado todo. No importa lo que haya descubierto hoy, mi amor por ti no cambiará. Tú eres mi madre, y Sharon es mi hermana. Eso es lo único que importa para mí.

Elina dejó escapar un sollozo contenido, y abrazó a Evelyn con fuerza. Evelyn correspondió al abrazo, sintiendo el calor y el consuelo que solo una madre podía ofrecer.

—Gracias, mi niña —murmuró Elina contra el hombro de Evelyn—. Gracias por no dejar que todo esto nos separe.

—No podría hacerlo, aunque quisiera —respondió Evelyn con una sonrisa tenue—. Porque tú eres la que me ha dado todo lo que tengo, la que me ha enseñado a ser quien soy. Y no importa lo que pase, siempre seremos una familia.

Elina se separó ligeramente de Evelyn para mirarla a los ojos,.

—Siempre seremos una familia —repitió Elina, asintiendo con firmeza—. Y pase lo que pase, te apoyaré en lo que decidas hacer, mi niña.

∞∞∞

Esa noche, Claire no bajó a cenar, no quería ver a nadie, y más que nada se sentía avergonzada y dolida por Evelyn. Ella la había llorado año tras año pensado que estaba muerta, y cuando supo que su hija podría estar viva no dudó en regresar para buscarla. Y ahora su hija no la quería a su lado.

Pero también entendía que cometió el mayor error al tratarla como lo hizo, aunque en su defensa, Claire nunca había imaginado que Evelyn fuera su hija.

Eso no justifica tu comportamiento —le recrimino una vocecita en su cabeza.

Claire sabía que, por más que luchara, no tendría una oportunidad real con Evelyn. También comprendía que su hija estaría mejor sin ella cerca. Aunque le dolía profundamente alejarse ahora que conocía la verdad, lo más sensato sería regresar a Estados Unidos. Al menos podía consolarse sabiendo que Evelyn no estaba sola y que ya no era una sirvienta.

Decidida, Claire comenzó a escribir su carta de despedida. Al terminar, dejó la carta cuidadosamente doblada sobre su escritorio y se dispuso a ordenar sus pertenencias, prefiriendo hacerlo sola, sin la ayuda de ningún sirviente. Al menos, ese momento le permitiría distraer un poco su mente.

Mientras guardaba sus cosas en los baúles, Claire encontró un sobre que la hizo detenerse abruptamente. Lo reconoció de inmediato. Sus manos temblaron levemente mientras lo abría, y, sintiendo que sus fuerzas la abandonaban, se dejó caer en el diván más cercano, con el sobre aún

—Dios... —murmuró observando el sobre sabiendo exactamente lo que era y porque lo había hecho.

Claire caminaba por los pasillos de Beaufort House, sus pasos eran ligeros y discretos. Mientras pasaba cerca del despacho de Anthony, se detuvo al escuchar algo que le interesaba.

—Necesito esos documentos lo antes posible —ordenó Anthony—. Quiero saber toda la verdad sobre Evelyn, saber porque se fue de Beaufort House y donde estuvo los dos meses que estuvo fuera en aquel entonces. No puedo tomar decisiones sin esa información.

Claire se detuvo en seco, su corazón latía con fuerza. El detective le estaba confirmando a Anthony que el informe estaría listo y entregado en la mansión en menos de un mes. Ella sabía que este era el momento clave. Si Anthony recibía un informe que confirmara las peores sospechas sobre Evelyn, sería el final de cualquier posibilidad de reconciliación entre ellos.

En ese entonces, era un buen plan para Claire al querer separarlos e involucrar a Lucianne con Anthony, desafortunadamente nada salió como ella había planeado excepto que sí logró abrir una enorme brecha entre Anthony y Evelyn.

Ahora el sentimiento de culpa era más pesado, ella ideó todo un plan y cambió los informes sin pensar en nada más que en ella y Lucianne.

Claire se aseguró de estar siempre presente cuando la correspondencia llegaba a Beaufort House, y veinte días después el informe había llegado.

—Déjenme —ordenó con una sonrisa amable a la sirvienta que había recibido ese día la correspondencia—. Me aseguraré de que este documento llegue al duque personalmente. Él mencionó que esperaba algo importante.

Las sirvienta, acostumbrada a obedecer a las damas de la nobleza sin cuestionar, le entregó el sobre cerrado. Claire sintió una punzada de triunfo mientras tomaba el sobre y se dirigía a su habitación, donde sabía que no sería molestada.

Al llegar, se aseguró de que la puerta estuviera cerrada. Con manos firmes pero cuidadosas, rompió el sello del sobre que contenía el informe original. Desplegó las hojas leyendo rápidamente el contenido. A medida que leía, la realidad de lo que Evelyn había vivido se desplegaba ante ella, pero Claire no se detuvo a sentir compasión o remordimiento.

Sacó un segundo sobre de su mesita de noche, uno que había preparado cuidadosamente en los días anteriores. Contenía un informe falso que había encargado secretamente a un conocido suyo, alguien con habilidades en falsificación y que se había encargado de conocer como el detective de Anthony trabajaba los informes de sus clientes, como también había conseguido un

sello igual al que el detective usaba. El informe falso describía a Evelyn como una mujer traidora, que había desaparecido durante dos meses para estar con otro hombre antes de regresar a la mansión como si nada hubiera pasado.

Claire metió el informe original en un sobre y lo guardó entre sus cosas para nadie diera con el, luego colocó el falso dentro del sobre del detective. Lo selló de nuevo con cera, utilizando el sello falso para asegurarse de que nadie notara la diferencia.

Con el informe intercambiado y sellado, Claire salió de su habitación, su rostro reflejaba serenidad, como si no hubiera hecho nada malo. Para ella, Lucianne era quien merecía esa vida, Evelyn no estaba preparada para ser una duquesa.

Sin más, se dirigió al despacho de Anthony, donde lo encontró reunido con uno de sus nuevos socios.

—Claire —habló Anthony sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

Claire le sonrió suavemente.

—Vi que llegó algo importante para ti —respondió mientras le entregaba el sobre—. Pensé que querrías verlo de inmediato.

Anthony tomó el sobre.

—Sí, lo estaba esperando, gracias, Claire —agradeció Anthony dejando el sobre a un lado.

Claire solo asintió y luego salió del despacho de Anthony con una sensación de triunfo. Solo era cuestión de tiempo para que su plan comenzara a funcionar.

—¿Qué he hecho? —murmuró Claire, cubriéndose el rostro con las manos mientras sentía el peso de sus acciones caer sobre ella.

Nunca había herido a Evelyn de esa forma si hubiera sabido que ella era su verdadera hija. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Había querido ayudar a Lucianne a ascender en la sociedad, pero en el proceso había destruido la vida de Evelyn, su hija. Y lo peor de todo, había privado a Anthony de la verdad, del conocimiento sobre lo que realmente le habían hecho a Evelyn.

—¡Dios mío! —sollozó Claire, apretando sus manos contra su pecho, como si el dolor pudiera aliviarse con la presión—. No sabía... no sabía quién eras...

Cada vez que pensaba en cómo Anthony había visto a Evelyn con desprecio por una traición que nunca cometió, el arrepentimiento la consumía aún más. Y ahora, la verdad estaba allí, ante sus ojos, y con ella la horrible realización de que todo había sido un error. Claire sabía que no podía enfrentarse a Evelyn después de lo que había hecho. ¿Cómo podría mirarla a los ojos y decirle que fue ella, su propia madre, quien la pintó como una villana, quien la condenó a sufrir el rechazo y el odio de su esposo?

—No soy más que una destructora... —se dijo a sí misma, su voz era apenas un susurro ahogado por el llanto.

La idea de irse de Londres se hizo más fuerte. Claire sabía que no podía quedarse, no después de lo que había hecho. No solo había destruido la vida de Evelyn, sino que también había arruinado cualquier posibilidad de redención. Si se quedaba, solo traería más dolor y sufrimiento.

Sin embargo, la idea de abandonar a Evelyn, de irse sin pedirle perdón, sin explicarle lo que realmente había sucedido, la devastaba.

—Pero, ¿cómo podría mirarla a la cara después de lo que he hecho? —se preguntó Claire con la voz rota—. ¿Cómo podría siquiera intentar explicarle que fue su propia madre quien la traicionó?

La única respuesta que encontraba era que no podía. No tenía la fuerza ni el valor para

enfrentarse a lo que había hecho. Finalmente, Claire decidió que debía irse lo más rápido posible.

∞∞∞∞

—Aún no puedo creer que Claire se haya ido sin despedirse —expresó Delphina, cortando su filete de cordero.

—Puede que estuviera abrumada y dolida al saber que Evelyn no la quería en su vida —respondió Anthony.

Evelyn no respondió a ninguno de los comentarios. Habían pasado dos días desde que supo la verdad, y durante ese tiempo, había evitado a Claire a toda costa. Y justo esa misma mañana, todos recibieron una carta de despedida de Claire, pero Evelyn no quiso leer la suya. Ni siquiera tenía interés en conocer su contenido. En lugar de ello, simplemente decidió echar la carta al fuego.

—Lady Kennt anunció que fue vista tomando un barco de vuelta a Estados Unidos —volvió a hablar Delphina—. Y creo que ella sabe que Evelyn es su hija, no lo dijo pero mencionó algo como que *«Al final, parece que todo vuelve a su lugar, y los duques de Beaufort lo saben mejor que nadie»*.

—Al menos fue algo discreta en eso, no quiero que nadie sepa que ella es mi madre —habló Evelyn por primera vez desde que habían comenzado a comer.

Aquí tienes el texto corregido:

—

—¿Y qué pasa con el duque de Devonshire, tu padre? —preguntó Delphina. Evelyn miró a Anthony y luego a su madre, quien también había permanecido en silencio.

—Tampoco quiero relacionarme con él o con sus hijos. Mi hermana es Sharon —respondió Evelyn.

—¡Aush! —Albert llevó las manos a su corazón, fingiendo estar ofendido—. Creí que yo también era tu hermano.

Evelyn sonrió ante el drama de Albert. Lo único positivo de saber la verdad era que Albert compartía su sangre y que tenían un vínculo único.

—Sabes que también lo eres, Albert. Pero ya sabes que nadie puede enterarse —respondió Evelyn. Albert asintió.

—Entonces, debo suponer que Londres será tu nuevo hogar —inquirió Anthony, mirando a Albert y cambiando de tema.

—Por el momento, lo es —respondió Albert, lanzando una mirada rápida a Sharon. Todos lo miraron con curiosidad, pero nadie comentó al respecto.

Una vez que la cena terminó, Anthony acompañó a Evelyn a su habitación para que descansara.

—Anthony, tengo muchas cosas que hacer, el baile no se organiza solo —protestó Evelyn.

—Solo quiero que no te sobrecargues. Mi madre se encargará de los detalles. Ahora, tú descansa —insistió Anthony—. ¿Estás segura de que no quieres dormir en nuestra habitación?

Evelyn negó con la cabeza. Desde que le había pedido a Anthony que intentara dejar el pasado atrás, él había insistido en que volvieran a dormir juntos, pero Evelyn se resistía. Quería estar segura de que Anthony realmente sabía lo que quería y que sus palabras no fueran producto de la obligación o la compasión.

—Es tu habitación, Anthony —recalcó ella, mirándolo a los ojos. Anthony suspiró y asintió. Luego se acercó al tocador de Evelyn y sacó una caja de una de las gavetas.

—Es para ti. Noté que ya se había agotado la caja que te compré la semana pasada —expresó Anthony, tendiéndole la caja de bombones.

Evelyn se sonrojó un poco. No sabía que Anthony estuviera tan al pendiente de ese detalle.

—Es que me gustan mucho, y al parecer al bebé también. Me dan muchos antojos por las noches —explicó Evelyn, bajando la mirada con timidez.

—Entonces deberé comprar más —indicó Anthony, encogiéndose de hombros.

—Te agradecería que no lo hicieras. Por mucho que me gusten, no puedo abusar de ellos. Pronto estaré hinchada por el bebé, y si sigo comiendo esos chocolates, explotaré, y no será por culpa del bebé.

Anthony no pudo evitar reír ante el comentario de Evelyn.

—Sabes que no me importaría si tus pechos crecen y tus caderas se ensanchan un poco más. Me encantas tal como eres, Eve —expuso Anthony, mirándola intensamente, pero Evelyn desvió la mirada, con el corazón latiéndole frenéticamente—. ¿Qué pasa?

—No sé si creerte, Anthony. Hace unos días me evitabas y me mirabas con desprecio. Y ahora... dices esto —respondió Evelyn, negando con la cabeza.

—Me pediste que mirara hacia adelante y dejara el pasado atrás, Evelyn. Eso es lo que estoy haciendo. Estoy tratando de dejar todo lo sucedido atrás porque quiero un futuro tranquilo y feliz —explicó Anthony con sinceridad.

—¿Lo haces solo por el bebé o...?

—Por nosotros. Por ti, por nuestro hijo y por mí —interrumpió Anthony, despejando sus dudas. Evelyn solo asintió—. Ahora descansa, Eve. Más tarde podrás seguir con los preparativos para el baile.

Anthony depositó un suave beso en la frente de Evelyn y luego salió de la habitación para dirigirse a su despacho. Al sentarse en su escritorio, miró el sobre que Claire le había dejado antes de partir. Respirando hondo, decidió abrir primero la carta.

Querido Anthony.

No sé cómo empezar estas palabras, porque sé que ninguna disculpa puede reparar el daño que he causado. Sin embargo, lo menos que puedo hacer es tratar de explicarme, aunque sé que eso no aliviará el dolor que he infligido.

En tu poder tienes un sobre con documentos que contienen mentiras y engaños. Yo los cambié. La verdad que estabas buscando, la verdad que merecías conocer, fue oscurecida por mí.

Lo que hay dentro es una falsificación que encargué para hacerte dudar de Evelyn, para hacerte

pensar que ella no era digna de ti. He cometido un error imperdonable, cegada por el deseo de asegurarle un futuro a Lucianne. Te pido perdón, Anthony. Sé que no puedo esperar ser perdonada, pero aun así, lo pido con toda mi alma.

Te pido que hagas feliz a Evelyn. Ambos han sufrido mucho, y merecen encontrar la felicidad que se les ha negado durante tanto tiempo. Deseo, desde lo más profundo de mi corazón, que encuentren la paz y el amor que yo no supe proteger.

Con mis más sinceras disculpas...

Claire Tumbler.

Al terminar de leer la carta, Anthony se sintió desconcertado. Sin esperar más, tomó el sobre que Claire le había dejado y lo abrió con rapidez. Al sacar los documentos, sus ojos recorrieron las líneas y pronto se dio cuenta de que el contenido era similar al primer informe que había recibido hacía varias semanas. Sin embargo, había algo distinto en este; contaba una historia completamente diferente.

Informe Confidencial
Fecha: 12 de Julio de 1825
Remitente: James Hawthorne, Detective Privado
Destinatario: Lord Anthony Ross, duque de Beaufort.
Asunto: Investigación sobre la desaparición de lady Evelyn Ross hace siete años

---

Resumen del Informe:
Este informe expone los resultados de la investigación sobre la desaparición de lady Evelyn Ross durante un período de dos meses hace siete años. La investigación se centró en los eventos que ocurrieron durante su ausencia y las circunstancias que rodearon su regreso a Beaufort House.
Antecedentes:
Lady Evelyn desapareció de Beaufort House a finales del verano de 1818. Durante esos dos meses, no se supo nada de su paradero, lo que generó una gran preocupación. Sin embargo, al cabo de ese tiempo, lady Evelyn regresó a la mansión sin ofrecer una explicación clara sobre su ausencia. Se ordenó una investigación para esclarecer lo ocurrido durante ese período.
Hallazgos:
Encierro en una Propiedad del ducado en Berkeley Street: La investigación ha revelado que lady Evelyn fue obligada a abandonar Beaufort House por órdenes del duque, difunto padre de lord Anthony Ross. Fue trasladada y confinada en una pequeña propiedad del difunto duque en Berkeley Street, donde fue mantenida en aislamiento total. Según los testimonios obtenidos, el duque deseaba mantener su paradero en secreto mientras se realizaban "ciertas investigaciones" sobre su condición.
Testimonio Médico y de Curanderas: Durante su confinamiento, lady Evelyn fue visitada por un médico y varias curanderas, quienes han testificado que el difunto duque ordenó estas visitas para confirmar si ella estaba embarazada. Una vez confirmado el embarazo, el difunto duque, preocupado por las implicaciones de un embarazo fuera del matrimonio en la familia Beaufort, presionó al personal médico para que realizaran un procedimiento abortivo. Se ha corroborado que lady Evelyn perdió al bebé como resultado de estas acciones, que fueron realizadas sin su consentimiento.

Asistencia de una mujer desconocida: Lady Evelyn solo estuvo acompañada por una curandera y por una sirvienta de Beaufort House durante su confinamiento. La curandera ha proporcionado un testimonio crucial, revelando que después del procedimiento abortivo, lady Evelyn sufrió complicaciones severas, incluida una grave pérdida de sangre y una depresión profunda. La sirvienta proporcionada por el difunto duque cuidó de ella durante ese tiempo, haciendo todo lo posible para ayudar a lady Evelyn a recuperarse físicamente.

Enfermedad y Depresión: Lady Evelyn cayó gravemente enferma debido a la pérdida de sangre y al trauma emocional del aborto. La curandera informó que, durante semanas, lady Evelyn estuvo al borde de la muerte, debilitada tanto física como mentalmente. La falta de atención médica adecuada y el aislamiento empeoraron su estado. La recuperación fue lenta y dolorosa.

Regreso a Beaufort House: Después de dos meses, cuando el difunto duque consideró que la situación estaba "resuelta", permitió que lady Evelyn regresara a Beaufort House. No se ofreció ninguna explicación sobre su ausencia, y el difunto duque ordenó que todo lo sucedido permaneciera en secreto. Lady Evelyn, debilitada y traumatizada, fue obligada a reanudar sus actividades cotidianas como si nada hubiera pasado.

Conclusión:

Los hallazgos indican que lady Evelyn no abandonó voluntariamente Beaufort House, sino que fue forzada por el difunto duque a aislarse en una propiedad del ducado en Berkeley Street. Durante su confinamiento, sufrió un aborto inducido bajo presión, lo que resultó en complicaciones de salud graves. La información sugiere que el difunto duque tomó estas medidas extremas para preservar la reputación del ducado Beaufort.

Firmado:
James Hawthorne
Detective Privado
Londres, 1825

Capítulo 24

Queridos amigos...

En una sociedad que valora tanto la pureza del linaje, resulta curioso que nadie haya profundizado en los orígenes de ciertas damas:

Según las versiones que nos han querido vender, lady Lucianne Ashford fue traída de un recóndito pueblo del norte, pero hasta ahora, no se ha presentado ninguna prueba tangible que confirme esta historia.

Pero mientras ponemos bajo el microscopio a lady Lucianne, no podemos ignorar otra figura que, aunque más discreta, no deja de ser intrigante: Lady Evelyn Ross. Desde su ascenso al título de duquesa, muchos han caído rendidos ante su elegancia innata, pero Lady Midnight se pregunta: ¿qué sabemos en realidad sobre sus orígenes? Se ha dicho que su entrada en la sociedad fue tan sutil como su encanto, pero no debemos permitir que la luz cegadora de su presencia nos impida ver las sombras que la rodean. Si bien algunos pueden ser fácilmente deslumbrados, esta publicación se compromete a indagar en las verdades no contadas. ¿Quién es realmente lady Evelyn? ¿Es posible que haya más en su historia de lo que nos quieren hacer creer?

Los más ingenuos pueden creer que estos detalles son insignificantes, pero Lady Midnight les asegura que el diablo está en los detalles. Y cuando los detalles no encajan, uno debe preguntarse qué es lo que realmente se oculta bajo la superficie.

La Gaceta Susurrante de Lady Midnight.

Una gruesa lágrima rodó por la mejilla de Anthony al terminar de leer el documento. Su visión se nublaba mientras sus ojos se detenían en las palabras que confirmaban los horrores que Evelyn había sufrido, todo por la mano de su propio padre. El hombre a quien había admirado durante gran parte de su vida, era ahora la fuente de su mayor dolor. Se sentía engañado, culpable y dolido, pero sobre todo, dolido.

El informe describía con detalles insoportables cómo su padre había orquestado la desaparición de Evelyn, cómo la había encerrado, aislada de todos, tratando de descubrir si estaba embarazada.

Cada palabra era como un golpe en el pecho. La confirmación de que Evelyn había estado embarazada de su hijo, y cómo ese bebé había sido cruelmente arrebatado de su vida antes de que pudiera nacer. Las lágrimas continuaron cayendo, su mente abrumada por la imagen de Evelyn , sola, asustada y sufriendo.

Anthony sintió una punzada de culpa profunda. Había sido engañado, sí, pero había sido su culpa que todo eso sucediera. Y pensar que había dudado de Evelyn, que la había rechazado cuando más necesitaba su apoyo, y ahora sabía la verdad: Evelyn era una víctima de su familia, no una traidora.

El dolor dio paso a la furia. No podía reclamarle a su padre, porque estaba muerto, él ya no estaba para enfrentar las consecuencias de sus actos, para responder por la monstruosidad que había cometido. Anthony apretó los dientes, sintiendo cómo la rabia lo consumía desde dentro.

Pero, aunque su padre estuviera muerto, no podía ignorar el hecho de que su madre debió haber estado al tanto de todo. No podía creer que ella no hubiera sabido nada de lo que su esposo

había hecho.

Anthony se levantó abruptamente, arrojando el informe sobre el escritorio. No podía quedarse quieto, tenía que enfrentarse a su madre, tenía que saber qué papel había jugado en todo esto, y tenía que obtener respuestas.

Anthony salió del despacho con paso decidido, su mente estaba fija en un solo objetivo. La furia y el dolor que sentía no lo dejaba pensar con claridad, solo deseaba las respuestas que solo Delphina podría darle.

Subió las escaleras hacia la habitación de su madre, su corazón latía con fuerza, su respiración era pesada mientras trataba de mantener el control. Cuando llegó a la puerta, no se molestó en tocar; la abrió de golpe, entrando sin importarle nada.

Delphina, que estaba sentada en un sillón junto a la ventana, se sobresaltó al verlo entrar de esa manera. Al notar la expresión en el rostro de su hijo, su sonrisa se desvaneció.

—Anthony, ¿qué ocurre? —preguntó, aunque en su interior ya intuía que algo terrible había sucedido.

Anthony se acercó a ella, su mirada ardía con furia contenida.

—Lo sé todo, madre —habló él con una voz cargada de ira—. Sé lo que mi padre le hizo a Evelyn , lo que tú permitiste que sucediera.

Delphina palideció al escuchar sus palabras, pero mantuvo la compostura.

—Anthony... no entiendo de qué hablas —intentó decir, pero su voz temblaba ligeramente.

—¡No finjas ignorancia! —gritó Anthony, su voz llena de amargura resonó en toda la habitación, —. ¡Tú sabías lo que le hizo! Sabías cómo la encerró, cómo la aisló, cómo la obligó a perder a nuestro hijo... ¡Tú lo sabías y no hiciste nada para detenerlo!

Delphina bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de la ira de su hijo. Las lágrimas comenzaron a formarse en sus ojos.

—Yo... no quería que pasara de esa manera —susurró, su voz era apenas audible—. Pero tu padre... él creía que hacía lo mejor para proteger a la familia, para protegerte...

—¡¿Protegerme?! —replicó Anthony con incredulidad, la furia se intensificaba con cada palabra—. ¡Me robó la vida que podría haber tenido con Evelyn ! ¡Me robó a mi hijo! Y tú, madre, ¿tú simplemente dejaste que sucediera?

Delphina comenzó a llorar silenciosamente, sus hombros temblaban mientras la culpa y el arrepentimiento la consumían.

—No podía detenerlo, Anthony... No podía... —murmuró entre sollozos—. No tuve elección, tu padre la obligó y yo no pude hacer nada, traté de razonar con él, pero terminé con más golpes de lo imaginado. Andrew no quería bastardos en su linaje.

Anthony miró a su madre, el dolor en su pecho era insoportable. Pero el daño ya estaba hecho.

—Nunca podré perdonarte por lo que hiciste... —expresó Anthony con voz dura, dando un paso atrás—... Pero tampoco puedo seguir cargando con esta furia. Lo único que quiero ahora es que Evelyn y yo podamos encontrar la paz y felicidad que se nos fue arrebatada.

Delphina lo miró, con lágrimas corriendo por sus mejillas, asintiendo débilmente. Sabía que su relación con su hijo había cambiado para siempre.

Anthony, sintiendo que no podía soportar más, dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a su madre sola en su dolor. Caminó lentamente por los pasillos, y al llegar a la puerta de la habitación de Evelyn, se detuvo por un momento, tratando de controlar las lágrimas.

Cuando entró, encontró a Evelyn dormida plácidamente, su respiración era suave y rítmica. La tenue luz del sol se filtraba por las cortinas, iluminando su rostro sereno. Anthony se quedó allí, en silencio mientras la miraba. Se sentó en el borde de la cama, sin poder apartar la vista de ella,

y finalmente, las lágrimas que había intentado contener comenzaron a caer sin control.

No podía evitar recordar las palabras que Evelyn le había dicho antes, cuando había intentado protegerlo de la verdad: *«Lo mejor es que no lo sepas, vivirás más tranquilo si solo yo cargo con ese peso»*.

Ahora entendía completamente lo que ella había querido decir, y eso lo llenaba de una mezcla de dolor y admiración. Evelyn había soportado en silencio una carga que habría destrozado a cualquiera, todo por amor a él. La pérdida de su hijo, el sufrimiento y la soledad, todo lo había guardado en su corazón, sin decirle nada, sin culparlo cuando él sí lo había hecho y sin ninguna razón justificable. Era una mujer fuerte, y ese sacrificio solo lo hacía amarla más.

Anthony se inclinó hacia adelante, cubriendo su rostro con las manos mientras sollozaba en silencio. Las lágrimas caían por su rostro, mientras el dolor por todo lo que Evelyn había sufrido lo invadía completamente. No podía imaginar el infierno que ella había vivido, y la culpa por no haber estado allí para ella, por haber sido cegado por la manipulación de su familia, lo estaba destrozando por dentro.

En medio de su llanto, sintió un suave movimiento a su lado. Evelyn se había despertado al escuchar sus sollozos. Abrió los ojos lentamente, al principio desorientada, pero al ver a Anthony en ese estado, se alarmó de inmediato.

—Anthony... —expresó Evelyn con voz suave, llena de preocupación mientras se incorporaba rápidamente en la cama—. ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

Anthony levantó la cabeza, sus ojos estaban rojos e hinchados por el llanto, y al ver la preocupación en el rostro de Evelyn , sintió que el dolor se intensificaba.

—Evelyn ... —murmuró él, su voz era apenas un susurro quebrado—. Lo siento... lo siento tanto...

Evelyn , con el corazón latiendo rápido, se acercó a él y lo abrazó con fuerza, tratando de consolarlo mientras él seguía llorando. Podía sentir cómo su cuerpo temblaba, cómo las lágrimas mojaban su hombro.

—Por favor, Anthony, dime qué ha pasado —le susurró al oído, tratando de calmarlo—. Estoy aquí, estoy contigo.

Anthony se aferró a ella, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento.

—Lo sé todo, Evelyn ... —respondió Anthony entre sollozos—. Sé lo que mi padre te hizo... lo que te obligó a pasar... y lo que le hizo a nuestro hijo.

Evelyn se quedó inmóvil por un momento, luego cerró los ojos con resignación, ya no había vuelta atrás, Anthony había descubierto la verdad que tanto había tratado de proteger. Sintió cómo las lágrimas comenzaban a formarse en sus propios ojos, pero no dejó de abrazarlo.

—Anthony... —susurró Evelyn—... No quería que lo supieras... No quería que cargaras con este dolor. Pero nunca fue tu culpa. Nunca te culparía a ti por lo que hizo tu padre.

Anthony se aferró a ella con más fuerza, sintiendo cómo su corazón se rompía aún más al escucharla.

—Lo siento tanto, Evelyn —expresó él con la voz quebraba—. Te fallé. No estuve allí cuando más me necesitabas. No te protegí. Y perdimos a nuestro hijo... todo por mi familia...

Evelyn lo sostuvo con fuerza, acariciando suavemente su cabello mientras intentaba calmar su dolor. Sabía que no había palabras que pudieran borrar el sufrimiento, pero lo único que quería en ese momento era que él supiera que ella lo perdonaba, que lo amaba.

—Anthony... no me fallaste —musitó Evelyn con suavidad—. Lo que pasó no fue tu culpa ni mía, en ese entonces, las cosas pasaron muy rápido, tu padre no nos quería juntos y mucho menos quería un niño nuestro.

Anthony, aún con lágrimas en los ojos, levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Por qué regresaste, Evelyn? —preguntó con un hilo de voz, temiendo la respuesta y, al mismo tiempo, anhelándola—. Después de todo lo que pasó, después de todo lo que te hicieron... ¿por qué volviste?

Evelyn lo miró fijamente y luego sonrió un poco.

—Regresé por ti, Anthony —respondió ella con firmeza—. Porque nunca dejé de amarte. Mi amor por ti nunca cambió. Y sabía que, a pesar de todo, no podía vivir lejos de ti.

—Evelyn ... —murmuró él con la voz llena de emoción—. No sé cómo pude haber dudado de ti... no sé cómo podré reparar todo el daño que se ha hecho, pero te juro que haré todo lo posible para que seamos felices. Para que nunca tengas que cargar con ese peso sola de nuevo.

Evelyn sonrió a través de sus lágrimas. Se inclinó hacia adelante y besó suavemente los labios de Anthony.

—Te amo, Anthony —susurró contra sus labios—. Y eso nunca cambiará.

Anthony la abrazó con fuerza, luego la besó con todo el amor que sentía por ella.

—Yo también te amo, Evelyn —murmuró sobre los labios de Evelyn—. Te amo más que a mi propia vida. Y haré todo lo que esté en mi poder para que siempre lo sepas, para que nunca tengas que dudarlo.

Anthony volvió a besarla, esta vez el beso fue más duradero, y con cada segundo se volvía más apasionado, más ardiente.

—No deberíamos... —susurró Anthony, con un atisbo de duda en su voz.

—Sí podemos... lo deseo, mi amor —murmuró Evelyn contra sus labios, acallando cualquier resistencia.

Anthony no pudo contenerse más y continuó besándola, mientras sus manos comenzaban a deslizarse con destreza por su cuerpo, despojándola lentamente de su ropa. La había necesitado tanto en esas semanas que estuvieron distanciados, y todo por su maldita culpa, por no confiar en ella. Con movimientos suaves, desató los cordones de su vestido revelando la camisa y el corsé que aún la cubrían. Con cada prenda que quitaba, lo hacía con una mezcla de ternura y deseo, hasta que finalmente ella quedó desnuda bajo su mirada. Anthony gimió al verla, recordando lo mucho que la había extrañado, lo mucho que había anhelado ese momento. Había pasado días sobreviviendo solo con el recuerdo de su cuerpo, y ahora la tenía frente a él, dispuesta a entregarse por completo.

Evelyn sonrió al ver la intensa mirada de deseo en los ojos de Anthony. Siempre había amado el poder que tenía sobre él, la forma en que su cuerpo lo hacía perder el control. Desnudarse ante él no era motivo de vergüenza, sino de orgullo, sabiendo el torbellino de emociones que provocaba en su esposo.

—Ahora déjame desnudarte yo a ti —murmuró ella cerca de su oreja, provocando un estremecimiento en Anthony.

Con la misma calma y cuidado que él había mostrado, Evelyn comenzó a despojarlo de su ropa. Primero la chaqueta, luego el pañuelo que rodeaba su cuello, y finalmente, la camisa, revelando su torso firme y marcado. Sus manos se deslizaron sobre su piel, acariciando y rasguñando suavemente, antes de bajar hasta los pantalones. Sus ojos se encontraron con los de Anthony, que la miraba con expectación.

—Hazlo —demandó él con la voz cargada de deseo.

Sin hacerle esperar, Evelyn aflojó los pantalones y los bajó hasta las rodillas, revelando lo preparado que él ya estaba para ella. Anthony, sin querer perder más tiempo, se deshizo de los pantalones por completo y se acercó de nuevo a la cama, cayendo sobre Evelyn besándola con

pasión desmedida.

—Quiero hacerte el amor —murmuró Anthony, pegando su frente a la de ella—. Pero te deseo tanto que no sé si podré ser paciente y delicado.

—No quiero que lo seas —respondió Evelyn con la voz cargada de necesidad—. Sabes que me encanta cuando pierdes el control.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Anthony ante sus palabras.

—Sí, lo sé.

Con esa promesa en mente, Anthony se inclinó y tomó uno de sus generosos pechos en su boca, mientras su mano acariciaba el otro, provocando que Evelyn gimiera de placer. Instintivamente, ella levantó las caderas, haciendo que el miembro de Anthony se acomodara entre sus piernas, él dejó de succionar su pecho para gemir, mirándola con una mezcla de deseo y adoración.

—¿Quieres que termine antes de empezar? —bromeó Anthony, haciendo que Evelyn riera suavemente—. Ya veremos quién termina primero.

Evelyn volvió a reír desafiándolo.

Anthony descendió por su cuerpo, cubriéndolo de besos hasta llegar a su sexo. Sus dedos acariciaron sus labios internos, separándolos con cuidado, y Evelyn jadeó al sentir el pulgar de Anthony presionando su clítoris, enviando oleadas de placer por su cuerpo.

—Tan mojada... —murmuró Anthony, casi en un susurro, antes de inclinarse y reemplazar sus dedos con su lengua.

Evelyn arqueó la espalda, aferrándose a las sábanas con una mano mientras la otra se hundía en el cabello de Anthony, levantando las caderas en busca de más. Su lengua y sus dedos trabajaban en perfecta armonía, llevándola al borde del clímax. Su cuerpo comenzó a temblar incontrolablemente, y con un grito ahogado, se liberó, sintiendo cómo su orgasmo se deslizaba por sus muslos.

Anthony la levantó ligeramente, haciendo que sus intimidades se rozaran, y Evelyn abrió más las piernas, esperando con ansias la penetración.

—Hazlo ya, te lo suplico —rogó, con la voz llena de deseo.

Sin dudarlo, Anthony se deslizó en su interior.

—¡Ah! —gimieron ambos al unísono, mientras Evelyn envolvía las caderas de Anthony con sus piernas, incitándolo a seguir.

Él comenzó a moverse dentro de ella con fuerza, como si su vida dependiera de ello, y cada embestida la hacía gritar de placer. No había necesidad de ir despacio; sus cuerpos se conocían bien y sabían exactamente lo que el otro deseaba.

—Me encantas —gruñó Anthony, embistiéndola con certeza, mientras Evelyn gemía y levantaba aún más las caderas para recibirlo—. Córrete conmigo.

Evelyn asintió, y sus labios se encontraron en un beso apasionado y hambriento. Anthony no dejó de moverse, sus embestidas eran duras y profundas, tal como a ambos les gustaba. Evelyn correspondió, moviéndose junto a él, provocando que ambos temblaran mientras el placer los abrumaba, hasta que finalmente alcanzaron el clímax juntos, mezclando sus esencias en un momento de pura conexión.

—Dios, cómo te amo —susurró Anthony, aún jadeante, mientras se abrazaban, ambos sumidos en la euforia de su amor y deseo.

Capítulo 25

Los días habían pasado con una extraña tensión en el aire. Después de la revelación sobre el pasado y de haber hecho el amor, Evelyn había sentido un cambio en Anthony. Aunque siempre se mostraba atento y cariñoso, había una distancia emocional que no podía ignorar. Parecía que, a pesar de saber la verdad, algo lo retenía, algo lo mantenía a un paso de ella, y esa lejanía comenzaba a molestarla.

También descubrió que la culpable de que Anthony la hubiera creído una traidora todo ese tiempo era Claire. Esta revelación le dio a Evelyn una razón más para sentirse aliviada por la decisión de Claire de alejarse definitivamente de su vida.

El día del gran baile que habían organizado había llegado, y Evelyn, envuelta en un hermoso vestido, intentaba concentrarse en los últimos detalles del evento. Pero no podía evitar pensar en Anthony. Había esperado que, después de todo lo que habían pasado, estuvieran más unidos que nunca, pero era todo lo contrario.

Mientras los invitados comenzaban a llegar y la música llenaba el salón, Evelyn decidió que no podía seguir así. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ahora. Buscó a Anthony entre la multitud, y cuando lo vio, su corazón dio un vuelco. Estaba hablando con un grupo de invitados, pero su mirada era distante, como si su mente estuviera en otro lugar. Con determinación, Evelyn se acercó a él, ignorando las sonrisas y saludos de los invitados. Cuando llegó a su lado, tocó su brazo suavemente, llamando su atención.

—Anthony —habló ella en voz baja—. Necesito hablar contigo. Ahora.

Anthony, al ver la seriedad en sus ojos, asintió sin decir nada. Disculpó a los invitados y la guió hacia una sala adyacente, lejos de las miradas curiosas. Una vez dentro, cerró la puerta detrás de ellos. Evelyn se volvió hacia él, mirándolo con determinación.

—Anthony —comenzó, tratando de mantener la calma, aunque su voz temblaba ligeramente —. Han pasado días desde que... descubriste la verdad, pero siento que te estás alejando de mí. ¿Por qué? Ya sabes todo... no hay necesidad de que nos mantengamos distantes. ¿O hay algo que te molesta y no quieres decirme?

Anthony bajó la cabeza, incapaz de sostener la mirada de Evelyn.

—Evelyn, no es tan simple —respondió él en voz baja, casi en un susurro—. Me siento... me siento tan culpable por todo lo que pasó.

—Anthony, no puedes culparte por lo que sucedió —expresó Evelyn—. No fue tu culpa, no fue nuestra culpa. Lo que sucedió fue obra de tu padre, no tuya.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar que, si hubiera sido más consciente, si hubiera hecho algo diferente... tal vez nada de eso habría sucedido. Tú haz guardado tanto dolor todos estos años mientras yo te culpaba por algo que no hiciste, y me atormenta no poder hacer para cambiar eso, me atormenta el simple hecho de que no pueda enfrentar a mi padre. Yo no merezco estar a tu lado después de todo lo que has sufrido por mi culpa.

Evelyn sintió que el dolor se intensificaba en su pecho al escuchar sus palabras. Dio un paso hacia él, intentando cerrar la distancia entre ellos, tanto física como emocionalmente.

—Yo te necesito a mi lado, Anthony, no al margen. Y por esta razón era que no quería que supieras nada, sabía como te sentirías, y en el fondo no quería dañar la imagen que tienes de tu padre.

Anthony sonrió débilmente negando con la cabeza.

—Eres increíble, Eve. Mi padre nos arrebató a nuestro hijo y nos separó todos estos años, ¿y

aún así cuidas su imagen? —expuso Anthony desviando la mirada.

—No lo hice por él, lo hice por ti, Anthony —respondió ella acercándose a él—. Debes dejar de alejarte de mí, me está hiriendo más de lo que imaginas. No quiero que te mantengas apartado, quiero que estemos juntos.

Anthony levantó la mirada, sus ojos estaban llenos de dolor y culpa, pero también de amor. La desesperación por no saber cómo lidiar con todo eso lo había llevado a creer que Evelyn estaría mejor sin él, pero ahora, al escuchar sus palabras, se dio cuenta de que se había equivocado.

—No sé cómo seguir adelante sabiendo todo lo que te hicieron —admitió él. Evelyn nunca lo había visto tan abatido—. No quiero perderte, Evelyn, no otra vez, pero no sé cómo estar a tu lado sin sentir que te estoy fallando de nuevo.

Evelyn negó con la cabeza, él no podía pensar eso.

—Anthony, lo que necesito de ti es que estés conmigo, sin reservas, sin miedo. No quiero que me alejes, no quiero que nos mantengas separados. Si estás a mi lado, entonces puedo soportar cualquier cosa, pero no puedo hacerlo si sigues manteniéndote distante. No tienes que cargar con la culpa, porque ya la he cargado yo durante demasiado tiempo. Lo que necesitamos ahora es estar juntos.

—No puedo imaginarme mi vida sin ti. Pero no quiero que sufras más por mi causa. Como tampoco quiero ser la fuente de más dolor.

—Entonces, no me alejes —indicó Evelyn—. Déjame estar a tu lado. Y por favor, no envíes a tu madre a otro lugar. No es a ella a quien debemos culpar, sino a tu padre, y él ya no está aquí para enfrentarse a sus errores. Pero nosotros sí.

—Mi madre es tan culpable como mi padre, Evelyn. No la defiendas —indicó Anthony con seriedad. Él no había querido hablar con Delphina desde que supo toda la verdad.

—No la defiendo —respondió Evelyn encogiéndose de hombros—. Tu madre solo estaba siguiendo las ordenes de su esposo. Eso no la hace menos culpable, tienes razón. Pero es tu madre y bien o mal ella siempre ha querido lo mejor para ti. Creo que solo una madre lo entendería.

—Bien, tienes razón. Haremos lo que quieras —aceptó Anthony, cerrando la distancia entre ellos para rodearla por la cintura—. Perdóname una vez más, realmente soy un imbécil, pensando que podría alejarme de ti cuando tú eres mi oxígeno.

Evelyn sonrió, sintiendo que por primera vez en días, la distancia entre ellos comenzaba a desvanecerse.

—Te amo —musitó Evelyn con una sonrisa temblorosa—. Y eso es lo único que importa.

—Y yo a ti, Evelyn —murmuró contra su cabello—. No más distancia, no más miedo. Solo tú y yo.

Capítulo Final

Pss Pss Pss

Cada vez más, la duquesa de Beaufort me sorprende. No cabe duda de que está destinada a ser una verdadera duquesa. Aunque sé que muchos podrían no estar de acuerdo con su perspectiva, esas personas están atadas a reglas antiguas y se resisten a ver el futuro de nuestra nación.

Para quienes aún no lo sepan, lady Evelyn Ross está a punto de inaugurar una organización dedicada a ayudar a todas las mujeres, especialmente a aquellas de clase baja. Su proyecto incluye la apertura de escuelas, instituciones, y la creación de oportunidades que abrirán muchas puertas para ellas. Es admirable ver cómo una duquesa se preocupa por una causa tan noble, y es evidente que comprende bien las dificultades que enfrentan estas mujeres. Pero no solo ellas; incluso las damas nobles tienen sus propios tormentos.

Estoy segura de que este proyecto marcará una diferencia en la vida de muchas mujeres en nuestra sociedad.

Revista de sociedad de Lady Kennt

Evelyn y Sharon entraron a Beaufort House, sus risas llenaban el aire mientras hablaban animadamente. Los últimos días habían sido los más felices y tranquilos que Evelyn había vivido desde aquel doloroso momento en que la separaron de Anthony y le arrebataron a su hijo. No podía quejarse de su vida, toda la sociedad la respetaba y valoraba, lo que indicaba que estaba haciendo un excelente trabajo como duquesa. El baile que ella y Anthony organizaron fue un éxito absoluto, y por primera vez en mucho tiempo, todo parecía estar en su lugar. Sharon, su hermana, caminaba a su lado, radiante, mientras hablaba sobre algo que visiblemente la tenía emocionada.

—No puedo creerlo, Evelyn —expresó Sharon, con una sonrisa que iluminaba su rostro—. Albert ha sido tan atento y dulce... ¡Me cuesta creer que realmente me esté cortejando! Todo parece un sueño.

Evelyn rió suavemente, encantada de ver a su hermana tan feliz.

—Él siempre mostró interés en ti —informó Evelyn sonriendo—. Me alegra tanto verte así, Sharon. Albert es un buen hombre. No puedo creer que mis dos hermanos se casaran. —Evelyn le dio un suave apretón en el brazo, sintiéndose dichosa por su hermana.

—Si lo dices de esa manera, suena muy extraño —Expresó Sharon riendo también.

Mientras ambas se adentraban a la mansión, Dana se acercó a Evelyn.

—Eve, tu esposo te espera en el despacho —anunció Dana.

Evelyn asintió, aún sonriendo por la conversación con Sharon. Se despidió de su hermana y Dana, prometiendo continuar la charla más tarde, y luego se dirigió hacia el despacho de Anthony, con una sonrisa radiante en su rostro sin poder creer que él ya quería verla cuando solo habían estado separados tres horas.

Sin embargo, cuando Evelyn abrió la puerta del despacho y entró, su sonrisa se desvaneció al

instante. Anthony no estaba solo. En la habitación había tres hombres más, y al verlos, su expresión cambió a una más seria. Reconoció de inmediato a los dos hombres que estaban junto a Anthony; eran muy buenos amigos de su esposo. Junto a ellos, el tercer hombre, de porte imponente y mirada penetrante, la observaba con una intensidad que hizo que su corazón diera un vuelco.

Evelyn reconoció al hombre al instante: el duque de Devonshire, su verdadero padre.

Con pasos seguros, se acercó a Anthony, buscando su apoyo, y él, al sentirla junto a él, la tomó suavemente por la cintura.

—Evelyn —habló Anthony con suavidad, mirándola con preocupación, él sabía que ella no quería involucrarse con sus verdaderos padres, pero el duque había ido hacia él para pedir su apoyo—, ellos han venido a conocerte. Claire, antes de irse, le contó al duque quién eres realmente.

Evelyn respiró hondo, sus ojos se fijaron en el duque y sus hijos, nunca imaginó que esos dos hombres y lady Jayne podrían ser sus hermanos de sangre. Aunque su corazón latía con fuerza, se mantuvo firme. Sabía que esta reunión podría cambiar muchas cosas, pero no estaba dispuesta a dejar que su vida fuera dictada por circunstancias que no había elegido.

—Me siento halagada de que quieran conocerme —habló Evelyn con la voz calmada—. Pero debo ser clara desde el principio. No estoy dispuesta a que se haga público que soy la hija bastarda de un duque. He tenido una vida... una familia, y es la única que estoy dispuesta a reconocer. Ustedes pueden seguir con sus vidas como hasta ahora, sin mí en ellas.

El duque de Devonshire, que había permanecido en silencio hasta ese momento, asintió lentamente, sus ojos no se apartaron de Evelyn. Aunque su rostro era severo, había un atisbo de respeto en su mirada.

—Entiendo tu postura, Evelyn —expresó el duque con una voz grave—. No hemos venido aquí para alterar tu vida o causar problemas. Solo queríamos conocerte, saber que estás bien, después de todo, y aunque lo queramos negar, eres mi hija y yo soy tu padre. Pero te aseguro que este asunto quedará entre nosotros.

Normanby y Windsor, que habían estado observándola con curiosidad, también asintieron, mostrando que comprendían y respetaban su decisión.

—La verdad, nunca creí del todo que Lucianne era la hija de nuestro padre, pero viéndote y escuchar tu determinación hace que no quede dudas sobre la sangre que corre por tus venas —expresó Windsor mirándola fijamente—. Aunque no habrá lazos más allá que la sangre, debes saber que siempre estaremos si nos necesitas.

—Como dijo nuestro padre, eres su hija y nosotros tus hermanos aunque lo niegues —terminó Normanby.

Anthony, aún sosteniendo la mano de Evelyn, la miró asintiendo con la cabeza, indicándole que ellos hablaban muy enserio. Sabía lo difícil que debía ser para ella enfrentarse a esta situación, pero también sabía que su esposa era una mujer fuerte y valiente.

Evelyn los miró por uno segundos antes de asentir en respuesta.

—Bien. No quiero que piensen que los rechazo por mi posición, es que... no quiero alterar mi vida, me siento feliz como la he vivido y como la estoy viviendo. Y estoy segura que ustedes tampoco quieren alterar la suya... —Evelyn miró a Windsor y luego a Normanby, ambos hermanos tan parecidos físicamente, pero ¿serán iguales por dentro?—... Aunque sé que siempre estarán para ayudarme si lo necesito.

El duque de Devonshire dio un paso adelante, sus ojos se suavizaron un poco al mirar a Evelyn.

—No esperaría menos de una hija mía —expresó con un tono más amable—. Tienes mi palabra de que no interferiremos en tu vida. Solo queríamos conocerte y asegurarnos de que estás en buenas manos. Y ahora que veo cómo te cuida Beaufort, sé que estás donde debes estar.

Evelyn asintió, sintiendo que la tensión en su pecho comenzaba a disiparse. Sabía que había hecho lo correcto al ser honesta y directa sobre sus deseos.

—Gracias por respetar mi decisión —respondió Evelyn—. Aprecio su comprensión.

El duque y sus hijos se despidieron con cortesía, dejando claro que respetarían los deseos de Evelyn. Cuando finalmente se marcharon, Evelyn se giró hacia Anthony, quien la envolvió en un abrazo reconfortante.

—No puedo imaginar lo difícil que fue, pero manejaste todo a la perfección —murmuró Anthony, besando suavemente su frente—. Aunque me siento algo inútil, no me necesitas para afrontar las situaciones.

Evelyn no pudo evitar reír.

—Sí te necesito, sabiendo que estás a mi lado, siento que puedo con todo —respondió Evelyn recostando la cabeza en su hombro.

La puerta del despacho se abrió lentamente llamando la atención de ambos, y mostrando a Delphina, quien entró con pasos cuidadosos .

—Lamento interrumpirlos —habló Delphina mirando a su hijo y a su nuera—. Pero necesitaba hablar contigo, Evelyn, si es un buen momento.

Evelyn levantó la vista, sorprendida por la aparición de su suegra. Aunque habían tenido varias conversaciones en los últimos días, esta visita inesperada despertó su curiosidad.

—Por supuesto —respondió Evelyn, esbozando una sonrisa—. ¿De qué se trata?

Delphina dio un paso adelante.

—Quería discutir contigo algunos detalles sobre la organización que estás creando para ayudar a las mujeres —comenzó Delphina, dando un paso adelante—. Ya sabes lo mucho que me interesa este proyecto. Y antes de eso, también quería reiterar frente a mi hijo lo que te dije hace unos días. Lamento profundamente lo que sucedió hace siete años. Sé que mi apoyo a las decisiones de mi esposo te causó un inmenso dolor, y aunque seguía sus órdenes, eso no me hace menos responsable. Pero quiero que sepas que lo siento de verdad.

Evelyn la miró en silencio por un momento, recordando la conversación que habían tenido días antes. Delphina se había acercado a ella pidiendo perdón por el papel que había jugado en las acciones de su difunto esposo. Aunque Evelyn sabía que Delphina había sido una víctima de las circunstancias, también entendía que aferrarse al rencor no haría más que prolongar el dolor. Por eso, decidió perdonarla, sabiendo que dejar atrás el pasado era la única manera de avanzar.

—Te perdoné entonces, Delphina —expresó Evelyn con suavidad, tratándola con más cercanía—, y lo mantengo.

Delphina asintió, aliviada por la comprensión de Evelyn, y una sonrisa genuina apareció en su rostro. Luego miró a Anthony, pero él aún seguía mirándola con frialdad.

—Evelyn te perdonó, pero yo no, madre. Preferiste preservar las apariencias ante la sociedad mientras yo, tu hijo, era quien sufría pensando que la mujer que amaba lo había abandonado —refutó Anthony con voz dura.

—Anthony —musitó Evelyn tratando de calmarlo, no quería que le gritara o se enojara más con su madre.

—No, Evelyn. Ella solo está aquí por ti, por que me pediste que no la enviara lejos —expresó Anthony mirando a Evelyn y luego volviendo a mirar a su madre—. Una madre siempre debe preferir la felicidad de su hijo, pero tú elegiste el título.

—Anthony, no...

—Viniste a hablar con Evelyn, así que me iré. Tengo asuntos pendientes que atender en la fábrica.

Anthony se giró hacia Evelyn, dándole un suave beso en los labios antes de dirigirse hacia la puerta y abandonar el despacho.

—Lo siento —se disculpó Evelyn mirando a Delphina quien mantenía la cabeza baja.

—No tienes que disculparte, en parte merezco su duro rechazo. Él tiene razón, por miedo a Andrew y al que dirán, dejé que mi hijo y tú sufrieran las consecuencias.

Evelyn decidió no decir nada, quería consolarla, pero Delphina tenía razón, en parte merecía el trato que Anthony le daba.

—Entonces, ¿qué querías decirme? —preguntó Evelyn desviando el tema mientras le indicaba a Delphina el camino para salir del despacho de su esposo.

—Claro, he tenido varías ideas que pueden ayudar —comentó Delphina.

Mientras caminaban por el pasillo, Evelyn no pudo evitar sentirse un poco sorprendida al ver como su suegra quería colaborar. Días atrás, cuando Delphina se ofreció para formar parte de la organización, había sentido una mezcla de asombro y duda. Que Delphina, una mujer que siempre había seguido las normas rígidas de la sociedad, se mostrara tan dispuesta a apoyar una causa tan progresista era una señal de lo mucho que había cambiado.

—Todavía no puedo creer que estés tan involucrada en esto, Delphina —expresó Evelyn con una sonrisa—. Me alegra saber que compartes mi visión sobre la importancia de darle más voz a las mujeres.

—Siempre he creído que las mujeres son mucho más fuertes y capaces de lo que la sociedad les permite ser —respondió Delphina—. Solo que... nunca me atreví a hacer algo al respecto. Pero ahora, con este proyecto, siento que podemos marcar una verdadera diferencia.

—El proceso no será fácil, puede que lleve años hacer que la sociedad lo acepte, pero mientras, puedo ir ayudando a todas esas mujeres que lo necesitan. Estoy segura que llegará el momento donde las mujeres serán escuchadas.

Delphina asintió estando de acuerdo con la visión de Evelyn.

—He estado pensando en el nombre de la organización —continuó Evelyn—. Quiero algo que refleje la unidad y la fuerza de las mujeres.

—¿Qué te parece *Voces unidas*? Creo que transmite la idea de cooperación y apoyo mutuo, que es lo que queremos lograr —indicó Delphina sorprendiendo a Evelyn.

—Me gusta mucho —respondió Evelyn—. Es un nombre que sugiere exactamente lo que estamos buscando: unidad, fuerza y un propósito compartido. Además, es fácil de recordar.

—Perfecto —exclamó Delphina complacida—. Entonces, *Voces Unidas* será.

—Podemos comenzar contactando a algunas mujeres que estén interesadas en unirse a la causa. Lady Liviana sería un gran apoyo, tiene una red de contactos extensa gracias a su esposo, y está interesada en causas benéficas. Si logramos que se una, podríamos tener un gran impulso desde el principio.

—Sería buena idea si su esposo no estuviera tan involucrado con la corte inglesa, lady Liviana no querrá desacreditar el trabajo de su esposo —informó Delphina, Evelyn torció los labios con disgusto, sabía que Delphina tenía razón—. Pero no te desanimes, como dijiste, llevará un tiempo. —Evelyn asintió en respuesta—. Además, deberíamos considerar la contratación de institutrices que compartan nuestros valores. Necesitamos mujeres que no solo enseñen habilidades básicas, sino que también empoderen a otras mujeres, ayudándolas a descubrir y desarrollar su verdadero potencial.

—Sí, eso es fundamental —asintió Evelyn—. Quiero que estas mujeres tengan acceso a la educación y las herramientas necesarias para valerse por sí mismas. Creo que deberíamos buscar institutrices que tengan experiencia, pero también que comprendan la importancia de empoderar a las mujeres, no solo de instruirlas.

Delphina mostró su aprobación con un gesto de la cabeza.

—Podemos organizar entrevistas para seleccionar a las más adecuadas. Estoy segura de que encontraremos a mujeres dispuesta a llevar cabo este proyecto.

—Estoy ansiosa por comenzar —expresó Evelyn con entusiasmo—. Al menos sé que Lady Kennt nos apoya.

—De cierto modo, pienso que ella tuvo la idea de empoderar y alzar su propia voz y pensamientos, aunque sea para decir chismes.

Evelyn no pudo evitar reír por el comentario de su suegra.

—Realmente quisiera conocer a la mujer que sabe todos los secretos de Londres y nadie conoce los de ella —expresó Evelyn.

—Tal vez esté más cerca de nosotros de lo que imaginas —respondió, esbozando una sonrisa enigmática.

∞∞∞

El sol brillaba suavemente sobre los jardines de Beaufort House, bañando el espacio con una cálida luz dorada. Solo las personas más cercanas a Evelyn y Anthony se habían reunido esa tarde para celebrar el cumpleaños de Elina, la mujer que significaba todo para Evelyn: su madre.

El jardín estaba decorado con esmero, con mesas esparcidas por el jardín, cada una adornada con arreglos florales. Una mesa central, llena de una variedad de comidas y cócteles, era el punto de encuentro de los invitados, que charlaban y reían animadamente.

En el centro del jardín, rodeado de un hermoso arco de flores, se encontraba el regalo más preciado que Evelyn había preparado para su madre: el cuadro que ella misma había pintado para ese día. El cuadro mostraba a su madre en su juventud, con una expresión serena y una sonrisa cálida. Estaba rodeada de lavandas, las flores favoritas de su madre.

Evelyn se acercó a Elina, que estaba admirando el cuadro con emoción.

—Mamá... —comenzó Evelyn con voz suave, tomando las manos de su madre entre las suyas —. No sé agradecerte por todo lo que has hecho por mí. Me has dado una vida llena de amor, me has cuidado y protegido, y lo has hecho cuando no era tu deber hacerlo. Me amaste desde el primer momento, y ese amor ha sido más de lo que podría haber pedido, más de lo que podría haber necesitado.

Elina, con los ojos llenos de lágrimas, sonrió y apretó las manos de Evelyn con fuerza.

—Eve, mi niña... tú eres mi hija en todos los sentidos. No importa cómo llegaste a mi vida, lo único que importa es que siempre te he amado como si hubieras nacido de mí. Verte hoy, aquí, tan hermosa y rodeada de personas que te aman y respetan, es el mayor regalo que podría recibir.

—Quiero que sepas que no me importa de donde vengo. Siempre serás mi madre, y siempre estaré agradecida por el amor que me diste, por haberme hecho quien soy hoy.

Las dos se quedaron abrazadas por un momento, rodeadas por la belleza del jardín y el calor de los rayos del sol.

—Sé que tú también serás una buena madre —expresó Elina y por instinto Evelyn llevó su mano a su vientre un poco más abultado.

—La verdad es que tengo miedo —admitió Evelyn.

—No tienes porque tener miedo, mi niña. Tu bebé nacerá sano y salvo y tú lo verás crecer —aseguró Elina.

Horas más tarde, la noche había llegado y la celebración aún seguía su ritmo, pero ahora con más invitados, la mayoría de ellos, amigos de Anthony.

El vizconde de Berkley había asistido, pero lastimosamente Lucianne no. Evelyn deseaba hablar con ella y saber como estaba, pero Lucianne no permitía que nadie se le acercara, después de la boda con el vizconde, todo cambió y para Lucianne el mundo era su enemigo, o más bien, su esposo era su enemigo.

—Evelyn. —Al escuchar su nombre se giró encontrando a Dana.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Necesito tu ayuda —susurró Dana mirando a su alrededor, como si temiera que alguien la viera hablando con ella, algo absurdo ya que Dana era su doncella.

—Por supuesto —aceptó Evelyn con el ceño fruncido. Dana le indicó que la siguiera.

Evelyn la siguió hasta la habitación de Dana.

—¿Que pasa? ¿Le pasó algo a tus hijos? —preguntó Evelyn preocupada. Dana solo y negó y abrió la puerta de su habitación.

Evelyn entró en la habitación de Dana, su preocupación se intensificó al ver a una mujer desconocida. La mujer era de piel morena, con cabellos largos y negros que caían en ondas sobre sus hombros. Sus ojos eran de un turquesa muy hermosos, pero estaban llenos de inquietud, y se movían nerviosamente por la habitación, como si esperara que alguien irrumpiera en cualquier momento.

Dana cerró la puerta detrás de ellas, volviendo su atención hacia Evelyn.

—Ella necesita ayuda, Evelyn —indicó Dana—. Necesita esconderse.

Evelyn miró a la mujer con el ceño fruncido, la preocupación mezclada con la confusión.

—¿Por qué necesita esconderse? —preguntó Evelyn, dirigiendo su mirada a la mujer, esperando una respuesta.

La mujer abrió la boca para hablar, pero luego se detuvo, apretando los labios en una línea tensa. Parecía estar luchando por encontrar las palabras adecuadas, pero después de un momento, simplemente sacudió la cabeza, incapaz de responder.

—No habla bien nuestro idioma —explicó Dana—. Apenas entiende algunas palabras. —Evelyn miró a Dana, buscando más respuestas, pero ella solo negó con la cabeza—. No sé por qué necesita esconderse —continuó Dana—. Solo sé que está asustada y desesperada. Es la mujer de la que te hablé hace un tiempo, la española que trabajaba en la casa del duque de Windsor.

Evelyn entrecerró los ojos, recordando las historias que Dana le había contado.

—Aun así, no entiendo por qué quiere huir —expresó Evelyn, su voz era suave pero firme mientras intentaba comprender la gravedad de la situación.

La mujer finalmente levantó la mirada, sus ojos color turquesa se encontraron con los de Evelyn.

—Soy... la esposa del duque de Windsor —habló la mujer con esfuerzo, pronunciando cada palabra con cuidado, y aunque su inglés era limitado, su voz estaba cargada de desesperación—. Quiero alejarme de ese... cruel hombre.

Evelyn no podía creer lo que estaba escuchando. ¿La esposa de Windsor? Frunció el ceño, intentando procesar la revelación. Al parecer, su querido hermano no era tan bueno como aparentaba, si su esposa deseaba huir de él con tanta desesperación.

—Dios mío... —murmuró Evelyn mirando a Dana—. ¿Lo sabías?

Dana negó con la cabeza ante la pregunta de Evelyn.

—Lo estoy sabiendo ahora igual que tú —respondió Dana, luego hizo una pausa antes de volver a hablar—. No sé los detalles, pero está claro que debemos ayudarla. No podemos dejarla en manos del duque.

Evelyn asintió lentamente, su mente estaba enredada en una maraña de pensamientos. Sabía que ayudar a esa mujer no sería fácil ni sin consecuencias, era la esposa de un duque, pero no podía dejarla a su suerte.

—Está bien —aceptó Evelyn finalmente—. La esconderemos por ahora, y veré qué podemos hacer para protegerla. Pero tenemos que ser extremadamente cuidadosas. Nadie puede saber que está aquí. Mañana buscaremos un lugar para ella.

Dana asintió con determinación, mientras la mujer española dejaba escapar un suspiro de alivio mientras cruzaba sus brazos sobre su vientre como si quisiera protegerlo. Nuevamente Evelyn frunció el ceño, pero prefirió no hacer más preguntas.

Si esa mujer estaba huyendo de su hermano, por alguna razón debía ser.

Epílogo

Queridos amigos...

Si alguna de ustedes soñaba con ser la afortunada que capturara el corazón del distinguido duque de Windsor, lord Logan William, lamentamos informarles que deberán posponer sus aspiraciones indefinidamente. El duque ya no está disponible en el mercado matrimonial, pues ha sido, al parecer, "tomado" por otra mujer.

Sí, lo han leído bien. El duque de Windsor está casado. Sin embargo, lo que resulta aún más sorprendente es que este matrimonio fue llevado a cabo hace más de un año, y que su esposa es alguien de quien nadie en la alta sociedad parece haber oído hablar.

Pero eso no es todo, la historia no termina aquí.

Nos ha llegado la noticia de que esta mujer desconocida no solo es la esposa del duque, sino que también ha huido de él. ¡Así es! La duquesa de Windsor ha desaparecido, dejando atrás a su ilustre esposo. Y esto nos lleva a la pregunta más intrigante: ¿Quién en su sano juicio huiría de un hombre tan poderoso y deseado como lord Logan William?

¿Qué ha podido llevar a esta misteriosa mujer a abandonar a un duque, y más aún, a uno tan apuesto y bien posicionado como él? Estoy segura que hay algo oscuro detrás de las puertas del ducado Windsor que haya impulsado esta fuga. O tal vez, sea la duquesa quien oculta secretos que aún no he descubierto.

Lo cierto es que la alta sociedad londinense está conmocionada por este desarrollo inesperado. Mientras tanto, muchas damas deberán resignarse a esperar a otro soltero igual de codiciado que lord Logan, si es que tal hombre existe.

Queridas lectoras, la historia recién comienza, y pueden estar seguras de que yo estaré aquí para desvelar cada detalle de este escandaloso misterio.

La Gaceta Susurrante de Lady Midnight.

Habían pasado diez meses desde que la felicidad completa llegó a la vida de Evelyn y Anthony. Después de estar años separados y llenos de tormento y desdicha, finalmente podían disfrutar de la paz y el amor que merecían. La llegada de su hijo había coronado esa felicidad. Ahora, mientras se preparaban para el bautizo de su pequeño, la iglesia estaba llena de amigos y familiares que compartían la misma felicidad.

El aire era fresco y el sol brillaba con suavidad a través de los vitrales de la iglesia mientras que el sonido suave del órgano llenaba el espacio. Evelyn, que estaba radiante en su vestido de seda color marfil, sostenía en sus brazos al pequeño marqués de Revenshire, lord Anthony Edward Ross, mientras que Anthony permanecía a su lado.

El bebé, con apenas tres meses de vida, ya mostraba una mezcla evidente de sus padres. Tenía el cabello castaño claro de Evelyn, que caía en suaves rizos sobre su frente, y los ojos café profundo y penetrante que había heredado de su padre. Sus mejillas eran redondeadas y sonrosadas, y su pequeña boca formaba una sonrisa adormilada mientras miraba con curiosidad el mundo que lo rodeaba.

Delphina estaba presente, observando todo con emoción contenida. Había pasado meses tratando de enmendar sus errores y diferencias con su hijo. Con la presión suave pero constante

de Evelyn, Anthony había logrado sobrellevar su resentimiento hacia su madre, permitiendo que las heridas comenzaran a sanar y que el pasado no fuera un impedimento para que Beaufort House sea un hogar lleno de paz, amor, y felicidad.

El sacerdote se acercó a ellos con una sonrisa. Todos los presentes guardaron silencio mientras la ceremonia comenzaba. Anthony y Evelyn se acercaron a la pila bautismal, sosteniendo a su hijo entre ellos.

—¿Cuál es el nombre del niño? —preguntó el sacerdote con voz solemne.

—Anthony Edward Ross, marqués de Revenshire —respondió Anthony con firmeza, mientras miraba a su hijo con orgullo.

El sacerdote tomó un poco de agua bendita y la vertió suavemente sobre la frente del bebé.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo, Anthony Edward Ross —pronunció el sacerdote, mientras hacía la señal de la cruz sobre la cabeza del niño.

El pequeño Edward apenas se inmutó, mirando alrededor con ojos grandes y curiosos, como si comprendiera que este momento era especial.

Después de la ceremonia, mientras los invitados comenzaban a moverse hacia la salida de la iglesia, Lucianne se acercó a Evelyn. Había un aire de seriedad en su rostro, a pesar de la ocasión festiva. Evelyn, aún con el bebé en brazos, la recibió con una sonrisa, hacía casi una año que ella no veía a Lucianne.

—Lucianne —habló Evelyn con una sonrisa—, no sabes como alegra verte. Han pasado meses desde la última vez que te vi. ¿Dónde has estado? Desapareciste de Londres tan repentinamente…

Lucianne la miró unos segundos, sus ojos azules parecían estudiar cada detalle. Antes de abordar la pregunta de Evelyn, su mirada se suavizó levemente al posar sus ojos en el pequeño Edward.

—Primero, felicidades, Evelyn —expresó Lucianne con un tono cortés—. Tu hijo es hermoso, tiene lo mejor de ambos.

Evelyn sonrió en agradecimiento.

—Gracias, Lucianne. Pero dime, ¿dónde has estado? Te fuiste sin decir nada, y me preocupé.

Lucianne bajó la mirada por un momento, su expresión se endureció, volviendo a la frialdad que era habitual en ella.

—Me fui de Londres porque necesitaba tiempo… lejos de todo —respondió Lucianne con su típico autocontrol—. Mi matrimonio con el vizconde no ha sido… muy tranquilo que digamos. Sabes que nunca quise casarme con él, y la realidad de nuestra unión ha sido incluso peor de lo que imaginaba.

Evelyn frunció el ceño, algo preocupada por la revelación. Sabía que Lucianne había aceptado el matrimonio con resignación, pero nunca imaginó que el vizconde le desagradara tanto.

—Lucianne… —comenzó Evelyn, buscando las palabras adecuadas—. ¿Qué ha sucedido? No tienes que contarme todo si no lo deseas, pero me preocupa que hayas tenido que irte tan repentinamente.

Lucianne respiró hondo, pero mantuvo su expresión fría y distante.

—Es complicado, Evelyn. Pero puedo decirte que el vizconde y yo… no compartimos los mismos sentimientos. Y necesitaba escapar, aunque fuera por un tiempo. Necesitaba recuperar mi… fortaleza, lejos de él.

Evelyn sabía que había más en la historia, algo oscuro y doloroso que Lucianne no estaba dispuesta a compartir completamente. Pero también sabía que forzarla no ayudaría.

—Lo siento tanto, Lucianne. No puedo imaginar lo difícil que ha sido para ti —expresó

Evelyn com empatía—. Si alguna vez necesitas hablar o un lugar donde quedarte, estoy aquí para ti. Siempre.

Lucianne asintió, agradecida por la oferta aunque no lo expresara abiertamente.

—Gracias, Evelyn. Me alegra verte feliz y que todo al final haya sido para bien.

Con esas palabras, Lucianne se apartó ligeramente, su expresión volvía a la neutralidad habitual, pero Evelyn imaginaba que Lucianne guardaba más dolor en su corazón de lo que quería aparentar.

El pequeño Edward, ajeno a todo, se acurrucó en los brazos de su madre, poco a poco sus ojitos se fueron cerrando hasta que quedó dormido.

Mientras, no tan lejos de Evelyn, estaba Anthony con sus amigos manteniendo una conversación algo similar, pero con el duque de Windsor.

—No puedo creer que nos hayas ocultado el hecho de que estás casado, creí que eramos amigos —expresó Anthony fingiendo estar dolido por la omisión de su amigo.

—No seas hipócrita, Beaufort, hasta hoy le has ocultado a todos el verdadero origen de tu esposa y nadie te está juzgando —expuso Windsor con fastidio. Ya no le importaba que todos supieran que estaba casado; lo único que deseaba era encontrar a su esposa, quien había huido de él hacía diez meses—. Además, no olvidaré que me has negado hablar con tu esposa.

—Porque no hay razón alguna para que hables con ella, Windsor —respondió Anthony, esta vez con un tono más serio.

—¿Y por qué quieres hablar con la esposa de Beaufort? —preguntó Winchester, quien estaba al lado de Anthony.

—Estoy segura que su odiosa organización ayuda mujeres está escondiendo a la mía —gruñó Windsor en respuesta.

—Somos amigos Windsor, pero no te permito que te refieras al trabajo de mi esposa de esa manera —advirtió Anthony.

—Lo mejor es calmarse —intervino Agnes evitando una discusión entre ellos—. Y Beaufort no es el culpable de que tu esposa haya huido de ti, Windsor, así que no te molestes ni insultes a los que te estamos ayudando.

Windsor resopló molesto.

—Agnes tiene razón —concordó Winchester—. Si yo fuera tu esposa hubiera huido hace mucho más tiempo, nadie querría un esposo que la oculta de todos y la obliga a ser su sirvienta.

—Ya veo que Jayne no pudo mantenerse callada —musitó Windsor, pero todos escucharon.

—Mi esposa y yo no nos ocultamos nada, no sé si lo sepas, pero eso mantiene a un matrimonio más unido —reprochó Winchester.

—Como sea —habló Windsor mirando su reloj de bolsillo—. Yo me retiro, no tengo nada más que hacer aquí. Y Beaufort, no siempre podrás evitar que hable con tu esposa, en algún momento lo haré y ella me dirá donde está mi mujer.

Y con esas palabras dichas con determinación, Windsor abandonó la Iglesia.

∞∞∞

La tarde se teñía de un dorado suave mientras Anthony guiaba a Evelyn por los jardines de Beaufort House. Anthony la llevaba de la mano, sin decirle a dónde iban, pero la sonrisa de él le decía que estaba planeando algo especial.

Finalmente, se detuvieron frente a una puerta que Evelyn no reconoció al principio. Pero cuando Anthony la abrió con una ligera sonrisa, Evelyn se quedó sin aliento al ver lo que había

detrás. Era el jardín de invierno, pero no como ella lo recordaba.

Durante los siete años que estuvieron separados, ese lugar, que una vez fue el refugio de ambos, había caído en el olvido, dejando que la vegetación creciera salvaje y las paredes se agrietaran. Pero ahora, estaba completamente restaurado, como si el tiempo nunca hubiera pasado.

Las plantas, muy bien cuidadas, florecían en todos los rincones, y un suave aroma a jazmín y rosas llenaba el aire. El suelo estaba cubierto por pétalos de flores, y en el centro del jardín había una alfombra, con dos copas de vino y una botella esperando.

Evelyn dio un paso dentro, maravillada por la transformación. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba a su alrededor.

—Anthony... —susurró ella—. ¿Cómo es posible? Este lugar... está más hermoso de lo que jamás fue.

Anthony se acercó a ella, envolviendo su cintura con sus brazos y acercándola a él.

—Lo restauré solo para ti, mi flor —expresó Anthony a la vez que besaba suavemente el cuello de Evelyn—. Este fue el lugar donde consumamos nuestro amor por primera vez, y es aquí donde quiero prometerte de nuevo el futuro que una vez te prometí. Uno lleno de amor, de pasión, y de todo lo que mereces.

Evelyn lo miró a los ojos, viendo en ellos el mismo amor que había sentido desde el primer día. Anthony tomó sus manos entre las suyas y la miró con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Eve —expresó él con voz firme pero cargada de emoción—, estos años han sido un viaje, uno lleno de dolor, rencor y oscuridad. He cometido errores pero nunca he dudado de lo que siento por ti. Tú eres mi hogar, mi refugio, mi amor eterno. Quiero que este lugar, nuestro jardín de invierno, sea testigo de una nueva promesa.

Anthony se arrodilló suavemente frente a Evelyn, sacando un pequeño anillo de su bolsillo. Era sencillo pero significativo, con un diseño que representaba dos manos entrelazadas en un abrazo, sosteniendo delicadamente un corazón en el centro.

—Quiero que seas mi esposa en todos los sentidos, de nuevo y siempre. Quiero que renovemos nuestros votos aquí, donde todo comenzó. Quiero prometerte un futuro juntos, uno en el que el amor y la pasión sean los protagonista de nuestra historia.

Evelyn, con el corazón latiendo rápidamente, asintió, sin poder contener más las lágrimas.

—Sí, mi amor. Quiero todo eso y más. Quiero que nuestro futuro esté lleno de amor, como el que siempre soñé.

Anthony sonrió y se levantó, deslizándole el anillo en el dedo de Evelyn. Luego la atrajo hacia sí y la besó con toda la pasión y el amor que sentía, sellando así la promesa de un nuevo comienzo.

Cuando se separaron, Anthony la miró profundamente a los ojos.

—A lo largo de todo lo que hemos vivido, me has enseñado tantas cosas, Eve. Me enseñaste a amar sin reservas, a perdonar y a seguir adelante. Pero lo más importante, tú me enseñaste el verdadero precio del amor, tu amor hacia mí es tan grande que sufriste sola para que yo no lo hiciera y después de todo volviste por mí, creo que eso nadie lo haría. Y por eso te amo cada día más, y estoy dispuesto a pagar cualquier precio una y otra vez, solo por ti, por nosotros.

—Pero no tendrás que pagarlo, mi amor —expresó Evelyn con una enorme sonrisa en sus labios—. Este no es el final de nuestra historia y el futuro nos espera con dicha. Nunca más volveremos a sufrir como lo hicimos, ahora solo debemos aprovechar el tiempo y disfrutar la vida que tenemos hasta el final de nuestros días.

—Hasta el final.

Evelyn asintió y lo abrazó con fuerza, sintiendo que en ese momento, en ese lugar, habían cerrado el círculo y abierto un nuevo capítulo en sus vidas.

FIN

Pss Pss Pss

Las máscaras caen, pero nuevas se levantan. Los matrimonios se forjan, pero ¿cuántos de ellos resistirán el peso de los secretos que aún no han sido desvelados?

Así que, mientras cerramos este capítulo, recordemos que el verdadero final aún está por escribirse. Y cuando ese día llegue, estén seguros de que estaré aquí, con pluma en mano, lista para contarles cada detalle. Hasta entonces, sigan escuchando, observando y, sobre todo, susurrando…

Lady Kennt.

Nota de la autora

Mi querido lector:
Gracias por acompañar a Evelyn y Anthony en su *drama* de amor. Muy pronto podrás conocer la historia de Esmeralda y Logan, duque de Windsor.
Si te ha gustado esta historia te invito que dejes una breve reseña diciéndome cuanto has disfrutado la historia de Evelyn y Anthony.

Si quieres saber más sobre la saga Amores Encadenados, te invito a seguirme en mi Instagram como: ejblack20.

---

[1] La fábrica textil y de accesorios
[2] La asociación creada para la industrualización.
[3] Es la fábrica de Barcos
[4] London Insustrial Alliance
[5] London Industrial lliance
[6] Es la fábrica de Metalurgia y Maquinaria
[7] Palacio de Westminster, donde se reune la Cámara de Lores.
[8] London Industrian Alliance.
[9] fábrica de Metalurgia y Maquinaria
[10] La fábrica textil y de accesorios.